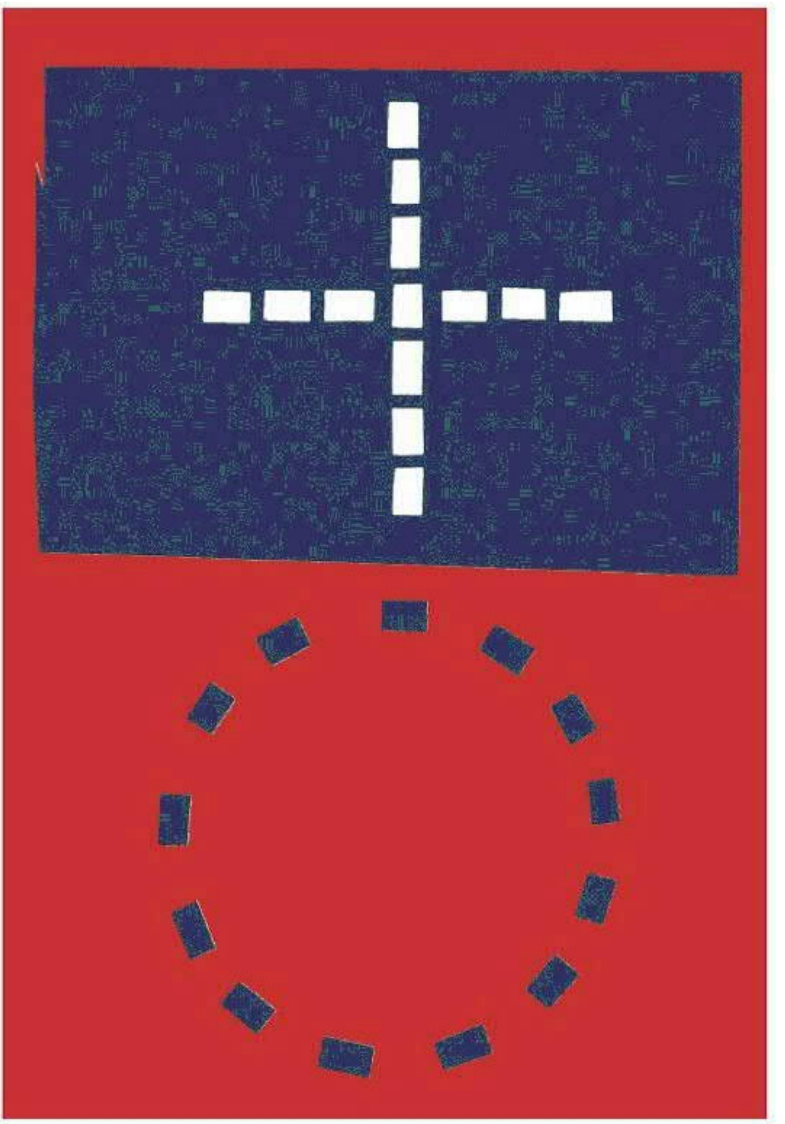
GEOPOLÍTICA

UNA RE-VISIÓN DE LA POLÍTICA MUNDIAL



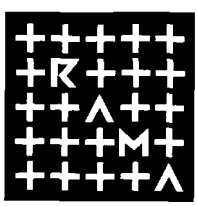
JOHN AGNEW

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

GEOPOLÍTICA: UNA RE-VISIÓN DE LA POLÍTICA MUNDIAL

por

John Agnew



TRAMA EDITORIAL

Colección ECÚMENE

CREATIVE COMMONS

Traducción: María D. Lois Barrio
Revisión: Adela Despujol Ruiz-Jiménez y Heriberto Cairo Carou

Portada: Pablo Maojo

Primera edición en español, Julio de 2005
© Trama Editorial
Apartado Número 10.605
28080 Madrid, España
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

Primera edición en inglés, 1998. Segunda edición, 2003.
© Routledge, an imprint of the Taylor & Francis Group
Esta traducción de la segunda edición en inglés de *Geopolitics: Re-visioning World Politics* se publica por acuerdo con Taylor & Francis Group

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

ISBN: 84-89239-54-1
Depósito legal: M. 32623-2005

Realización gráfica: SAFEKAT, S. L.

ÍNDICE

LISTA DE ILUSTRACIONES, FIGURAS Y TABLAS VII

PRÓLOGO. RE-PENSANDO LA GEOPOLÍTICA: LA RENOVACIÓN DE LA DISCIPLINA Y LAS APORTACIONES DE JOHN A. AGNEW IX
Por Heriberto Cairo

I. LAS RENOVACIONES RADICALES DE LA DISCIPLINA: SUS LOGROS Y SUS PROBLEMAS X
II. EL PROYECTO DE LA GEOPOLÍTICA CRÍTICA XII
III. LA IMPORTANCIA DEL LUGAR XIII
IV. DE LA GEOPOLÍTICA COMO ANÁLISIS DE ESTRUCTURAS ESPACIALES A LA GEOPOLÍTICA COMO FORMA DE VER EL MUNDO XIV
V. PUBLICACIONES PRINCIPALES DE JOHN A. AGNEW XV

PREFACIO DEL AUTOR A LA EDICIÓN ESPAÑOLA XVII

AGRADECIMIENTOS XIX

INTRODUCCIÓN 1
I. LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA 2
II. LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA EN ACCIÓN: DOS EJEMPLOS 8
III. LA JERARQUÍA GLOBAL Y SUS ORÍGENES 10
IV. ESQUEMA DE LOS CAPÍTULOS 13

CAPÍTULO 1. VISUALIZANDO EL ESPACIO GLOBAL 17
I. VER EL MUNDO COMO UN CONJUNTO ESTRUCTURADO 19
II. GEOGRAFÍAS BINARIAS 26
III. CONCLUSIÓN 36

CAPÍTULO 2. LA CONVERSIÓN DEL TIEMPO EN ESPACIO 39
I. CARTOGRAFIAR LO DESCONOCIDO 39
II. LAS EXPEDICIONES A AUSTRALIA 41
III. LA EXTRAÑA ITALIA 45

IV. ESPACIOS DE ATRASO 49
V. CONCLUSIÓN: DE LA METÁFORA AL MITO 53

CAPÍTULO 3. UN MUNDO DE ESTADOS TERRITORIALES 57
I. LA TRAMPA TERRITORIAL 60
II. UN CASO CONCRETO: LAS TEORÍAS CLÁSICAS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES 61
III. LA ESPACIALIDAD DEL PODER EN LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA 62
III.1. *El poder coercitivo sobre bloques de espacio*, 62— III.2. *El poder como coerción en las relaciones internacionales*, 65— III.3. *¿Estatalidad y protección de los derechos de propiedad?*, 67 .....
IV. EL LIBERALISMO TRANSNACIONAL Y LAS NUEVAS ESPACIALIDADES DEL PODER 69
IV.1. *De la literatura a las literaturas*, 70— IV.2. *Migración y ciudadanía*, 73— IV.3. *Dinero y Estados, 75*
V. CONCLUSIÓN 77

CAPÍTULO 4. LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA 79
I. LOS ORÍGENES SOCIALES DE LAS GRANDES POTENCIAS 79
II. LOS AXIOMAS DE LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA 82
III. LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA SUPREMACÍA 89
IV. MÁS ALLA DE LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA 98

CAPÍTULO 5. LAS TRES ERAS DE LA GEOPOLÍTICA 101
I. CONTINUIDAD Y PERIODIZACIÓN DE LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA 101
II. LA GEOPOLÍTICA CIVILIZATORIA 103
III. LA GEOPOLÍTICA NATURALIZADORA 110
IV. LA GEOPOLÍTICA IDEOLÓGICA 121
V. CONCLUSIÓN 134

CAPÍTULO 6. ¿UNA NUEVA ERA DE GEOPOLÍTICA «GLOBAL»? 137
I. TRES ESCENARIOS 137
I.1. *El «régimen de acceso a los mercados» y la oposición que concita*, 138—I.2. *El «choque de civilizaciones»*, 142—I.3. *Del estadocentrismo a la unipolaridad de Estados Unidos*, 146
II. CONCLUSIÓN 150

CAPÍTULO 7. CONCLUSIONES 151
I. LA REVISIÓN DE LAS PREMISAS TEÓRICAS 151
II. LA DISCUSIÓN DE LAS CRÍTICAS 152
III. MAS ALLÁ DE LA GEOPOLÍTICA 153

GLOSARIO 159

BIBLIOGRAFÍA 163

LISTA DE ILUSTRACIONES, FIGURAS Y TABLAS

ILUSTRACIONES

1.1 Grabado alemán (ca. 1505) que muestra una representación de los topinambas de la costa de Brasil 23
1.2 Britannia coronada 31
5.1 Europa como una reina 105
5.2 Indios del Canadá hacen sacrificios al Gran Espíritu 108
5.3 «Las selvas de hoy son las minas de oro del mañana» 111
5.4 «Detrás de las potencias enemigas: los judíos» 115
5.5 Caída del Muro de Berlín 128
6.1 «¿De verdad crees que esto dará resultado?» 144

FIGURAS

I.1 Un fantasma recorre Europa Central: la historia de sus fronteras 4
I.2 El «eje del mal» del presidente George W. Bush 5
1.1 El mundo de Ptolomeo, según la edición romana de 1409 20
1.2 El mundo tal como lo conocían los europeos alrededor de 1800 29
1.3 Modelo geopolítico de Mackinder (1904) 33
2.1 Las demandas sobre la tierra de los aborígenes en Australia (1997) 43
2.2 La geografía de la unificación italiana (1860-70) 48
4.1 El juego del dilema del prisionero 97
6.1 El mundo durante y después de la Guerra Fría 139
6.2 Las civilizaciones de Huntington (1993) 143
6.3 Presupuestos de defensa por países, absoluto (A) y relativo (B) (2000) 147
7.1 Las espacialidades del poder 154
7.2 Diacronía de las espacialidades del poder 157

TABLAS

3.1 Dos dimensiones del poder del Estado y los cuatro tipos ideales de Estado que definen 62

3.2 Pilares de la emergente economía mundial de «acceso al mercado» 68
4.1 Balanzas comerciales usuales y según la propiedad de EE UU (1986) y Japón (1983), en miles de millones de dólares estadounidenses 95

PRÓLOGO

RE-PENSANDO LA GEOPOLÍTICA: LA RENOVACIÓN DE LA DISCIPLINA Y LAS APORTACIONES DE JOHN A. AGNEW

Por *Heriberto Cairo*

Es ya un lugar común mencionar el resurgimiento de la Geopolítica, como disciplina, a partir de los años setenta del siglo XX. Volvieron a aparecer trabajos en cuyo título se recogía su carácter geopolítico, y se renovaron (o reaparecieron, según el caso) los métodos y las teorías geopolíticas. En definitiva, se produjo la reaparición de una Geopolítica conservadora, pero también una renovación radical.

En la nueva Geopolítica que podríamos denominar conservadora destaca en esos años el papel de Henry Kissinger [1], que puso de nuevo en circulación el término, aunque con un sentido un tanto genérico, aplicándolo a los aspectos globales de las relaciones internacionales. Pero quizás fueran los trabajos de Colin S. Gray [2] los más representativos de esta corriente, que se reclamaba heredera intelectual de la Geopolítica tradicional y de sus prácticas ligadas a la actividad militar de los Estados [3]. Gray se proponía orientar la política exterior de los Estados Unidos, al igual que otros autores como Ray S. Cline [4] o Zbigniew Brzezinski [5]. Y con una orientación conservadora similar se fundó en París en 1982 el *Institute International de Géopolitique*, con el objetivo de mostrar lo que consideraban «tendencias hegemónicas soviéticas y la necesidad que tiene la OTAN de reforzarse y hacer frente al supuesto peligro» [6].

---

[1] Véase L. W. Hepple: «The revival of geopolitics», *Political Geography Quarterly*, 5, 1986, pp. 21-36.

[2] De entre las más conocidas obras de Colin S. Gray donde trata el tema de la Geopolítica, podemos citar: *The Geopolitics of the Nuclear Era: Heartland, Rimlands, and the Technological Revolution*, Nueva York, Crane, Russak & Co, 1977, y *The Geopolitics of Super Power*, Lexington, University Press of Kentucky, 1988.

[3] Gray considera que la Geopolítica es fundamental «para entender los principales problemas de seguridad internacional» (*Op. cit.*, 1988, p. 4).

[4] Véase Ray S. Cline: *World Power Trends and US Foreign Policy for the 1980s*, Boulder, Westview Press, 1980.

[5] Véase Zbigniew Brzezinski: «*Game Plan*». *A Geostrategic Framework for the Conduct of the US-Soviet Contest*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1986.

[6] Heriberto Cairo Carou: «Geopolítica» en R. Reyes, dir.: *Terminología científico-social*, Barcelona, Anthropos, 1988, p. 437.

I. LAS RENOVACIONES RADICALES DE LA DISCIPLINA: SUS LOGROS Y SUS PROBLEMAS

En cuanto a las renovaciones radicales —y hay que hablar en plural, ya que no constituyen un todo unificado, ni siquiera articulado—, en los años setenta y ochenta se produjeron varios intentos por parte de diferentes geógrafos de encontrar un nuevo sentido a la Geopolítica, que han servido para que la disciplina tenga un nuevo auge. Uno de los pioneros en esta tarea fue el francés Yves Lacoste [7], que edita desde 1976 la revista *Hérodote*, donde han aparecido numerosos análisis geopolíticos de diversas áreas del planeta, haciendo hincapié en el análisis de las situaciones de conflicto. El inglés Peter J. Taylor, también editor de otra revista especializada, *Political Geography Quarterly*, desde 1982, ha contribuido a sentar una de las bases que han permitido renovar la Geopolítica, desde una perspectiva radical, al trasladar a la disciplina el análisis de sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein [8]. Otras bases fundamentales de la renovación radical han sido los intentos de desarrollar una geografía del poder, uno de cuyos exponentes más prominentes puede ser Claude Raffestin [9].

Para Lacoste y, de forma general, al conjunto de científicos sociales (geógrafos, politólogos, historiadores...) y periodistas vinculados, en mayor o menor medida, a la revista *Hérodote*, la Geopolítica es «una herramienta para continuar comprendiendo el mundo» [10], pero una herramienta teórica de características especiales «que trata de las relaciones entre los fenómenos políticos y las configuraciones geográficas, a la vez físicas y humanas» [11], y que puede ser utilizada tanto a escala internacional como a escala regional, en tanto que se trata de un razonamiento estratégico: «La Geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad del Saber por el Saber» [12]. De ahí que se produjera, según Lacoste, un divorcio entre la Geografía «de los profesores» y la «de los estados mayores», la primera perdida en disquisiciones poco útiles y la segunda «al

---

[7] Los trabajos emblemáticos de Lacoste pretendían mostrar la estrecha relación existente entre la práctica de la geografía y la guerra; en este sentido véase *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, París, F. Maspero, 1976, o «Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été 1972). Méthode d'analyse et réflexions d'ensemble», *Hérodote*, 1, 1976, pp. 86-117.

[8] Véase la obra de conjunto de Peter J. Taylor: *Political Geography: World-Economy, Nation-State and Locality*, Londres, Longman, 1985 (4ª ed 1999).

[9] Véase Claude Raffestin: *Pour une géographie du pouvoir*, Paris, LITEC, 1980.

[10] Béatrice Giblin: «Hérodote, une géographie géopolitique», *Cahiers de Géographie du Quebec*, 29 (77), 1985, p. 291.

[11] Yves Lacoste: «Géographie, géopolitique et relations internacionales», *Relations internationales*, 41, 1985, p. 43.

[12] Yves Lacoste: *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977 [trad. castellana del original francés, 1976], p. 7.

servicio» del poder. Pero esta posición responde a una concepción específica, en cierta medida reduccionista, del poder; éste estaría concentrado en el Estado y sólo desde esta instancia se puede asignar sentido al saber. Considerar el poder como algo que se puede conquistar, mantener o perder, supone independizarlo de las relaciones sociales, que entonces se podrían en teoría constituir al margen del poder; implicaría poco menos que entenderlo como un «botín» que genera guerras por su captura. Pero la humanidad es, por el contrario, «*efecto e instrumento de relaciones de poder complejas*, cuerpos y fuerzas sometidos por dispositivos de "encarcelamiento" múltiples, objetos para discursos que son ellos mismos elementos de esta estrategia» [13], y los científicos, universitarios o militares, no son ajenos a esa realidad, son efecto e instrumento de la misma. Aunque resulte refrescante que la Geopolítica ya no tenga que estar al servicio de los Estados y de las Grandes Potencias, la propuesta de Lacoste presenta también problemas, como su cartesianismo y cientifismo, que señala Gearóid Ó Tuathail [14], y abren la puerta a una Geopolítica «objetiva».

En el caso de Taylor, la Geopolítica queda circunscrita al estudio de uno de los conflictos predominantes dentro del sistema-mundo que considera, esto es, «se ocupa de la rivalidad entre las "potencias principales" (Estados centrales y semiperiféricos emergentes) [...] Espacialmente, en la actualidad, se refleja en la pauta "Este-Oeste"» [15], que hay que diferenciar de otra relación, que también se produce dentro del terreno de lo político y a una escala interestatal: el imperialismo, que «se ocupa de la dominación por Estados fuertes (en el centro) de Estados débiles (en la periferia) [...] Espacialmente, en la actualidad, se refleja en la pauta "Norte-Sur"» [16]. Ambas estructuras están relacionadas, según Taylor, ya que la rivalidad en el centro se produce a fin de dominar la periferia. La reducción del objeto de estudio que realiza Taylor produce efectos paradójicos: por un lado, dificultaría la comprensión de las relaciones existentes en el sistema de Estados-nación, ya que habría una sobredeterminación de las mismas por parte de las superpotencias, y por otro, al considerar que las relaciones Norte-Sur no serían objeto de la Geopolítica, circunscribe ésta a un período bastante concreto de la historia.

Claude Raffestin critica que en la Geografía Política tradicional se produjo una identificación entre *política* y *Estado* mediante la cual las relaciones políticas se reducen sólo al ámbito estatal. Este es el hecho fundamental que le conduce a afirmar que, al margen de su intención, la Geografía Política ratzeliana «es de hecho una Geografía del Estado y es el vehículo, implícitamente, de una concepción totalitaria, la de un Estado todopoderoso» [17]. No cabe duda de que, desde esta perspectiva, la Geografía Política se puede reducir a una Geografía del Estado, ya que, «desde el momento en que el Estado = lo político, y la categoría del poder estatal es superior a

---

[13] Michel Foucault: *Vigilar y castigar*, México D. F., Siglo XXI, 1976 [trad. al castellano del original francés, 1975], p. 314 (el énfasis es mío).

[14] Gearóid Ó Tuathail: *Critical Geopolitics*, Londres, Routledge, 1996, pp. 167-8.

[15] Taylor: *op. cit.*, 1985, p. 36.

[16] *Ibidem.*

[17] Raffestin: *op. cit.*, p. 11.

todas las otras, el Estado puede ser la única categoría de análisis» [18]. Siguiendo un razonamiento similar ("el Estado [...] es el único actor que la Geopolítica tiene en cuenta»), Raffestin rechaza la utilidad de la Geopolítica como disciplina liberadora, ya que sólo permite estudiar las organizaciones en las que el poder va de arriba abajo y «este hecho niega de partida las posibilidades de la población de encontrar su propio poder» [19]. Esta negativa a mirar el plano global implicará, a mi juicio, una debilidad en este enfoque que provocará las consiguientes limitaciones en el análisis, pero no oscurece la potencia de la propuesta de Raffestin en el análisis de la «producción del mundo» y en la reconstrucción de la naturalización de sus procesos.

II. EL PROYECTO DE LA GEOPOLÍTICA CRÍTICA

La obra de John A. Agnew se enmarca en un proyecto más amplio que desde principios de los años noventa intenta abordar el estudio de la política mundial y, en particular, de los discursos geopolíticos desde una perspectiva postestructuralista. La expresión de «geopolítica crítica» para designar un enfoque particular de la disciplina se utilizó por primera en la tesis doctoral que realizó Gearóid Ó Tuathail [20] bajo la dirección de John Agnew, presentada en 1989. Por la misma época Simon Dalby publicaba un trabajo en el que se deconstruían los discursos que habían contribuido a la construcción de lo que se conoció como «Segunda Guerra Fría» [21] durante la presidencia de Ronald Reagan en los Estados Unidos. Se habían echado las bases de otra manera de «mirar» la política mundial, cuyo objetivo se definía escuetamente en un artículo que publicaban Agnew y Ó Tuathail: la «reconceptualización de la Geopolítica en términos de discurso» [22].

El proyecto de la Geopolítica crítica se beneficiaba del camino abierto por algunas de las perspectivas radicales a las que nos hemos referido, pero las trascendía. La denuncia de la Geopolítica tradicional como una disciplina auxiliar del Estado, no conducía, como en el caso de Lacoste a una esteril tensión entre saber «útil» y saber «enmascarador», ya que en este caso se define la Geopolítica como una práctica discursiva por la cual diversos grupos de intelectuales de gobierno (*intellectuals of statecraft*) «*espacializan* la política internacional para representarla como un "mundo" caracterizado por tipos determinados de lugares, gentes y relatos» [23].

La noción de discurso es fundamental en este enfoque, y en el trabajo de John Agnew se aleja de dos peligrosos reduccionismos: el idealista, que lo constituiría en un

---

[18] *Ibidem.*

[19] *Ibid.*, p. 179.

[20] Gearóid Ó Tuathail: *Critical Geopolitics: The Social Construction of Space and Place in the Practice of Statecraft*, Tesis doctoral no publicada, Syracuse University, 1989.

[21] Simon Dalby: *Creating the Second Cold War: The Discourses of Politics*, Londres, Pinter, 1990.

[22] Gearóid Ó Tuathail y John Agnew: «Geopolitics and Discourse: Practical Geopolitical Reasoning in American Foreign Policy», *Political Geography*, 11, 1992, p. 191.

[23] *Ibid.*, p. 192.

a priori de la actividad práctica, y el materialista, que lo reduciría a una mera ideología justificativa o enmascaradora de la «realidad». Así, al definir el discurso geopolítico como «la forma en que la geografía de la economía política internacional ha sido "escrita y leída" en las prácticas de la política económica y exterior [de los Estados] a lo largo de diferentes períodos de orden geopolítico» [24], está planteando que la relación entre las «prácticas espaciales» y las «representaciones del espacio» —por utilizar la terminología y nociones de Henri Lefebvre que el mismo Agnew emplea— es de tipo dialéctico: «las condiciones espaciales de la vida material se conforman a través de sus representaciones tanto como las representaciones adquieren su forma siguiendo los contornos espaciales de la vida material» [25]. Y, por ende, sitúa la Geopolítica crítica en el ámbito intelectual de esa misma relación dialéctica.

Poco a poco la Geopolítica crítica ha ido estableciendo su propia agenda de investigación, que pasa por la deconstrucción de los discursos geopolíticos del pasado y del presente, tal y como se han ido construyendo en diferentes ámbitos: el académico y el de los institutos de investigación (la geopolítica formal), el de la burocracia encargada de la política exterior (la geopolítica práctica) y el de los medios de comunicación y las industrias culturales (la geopolítica popular) [26].

III. LA IMPORTANCIA DEL LUGAR

Uno de los aportaciones más importantes de Agnew es la reconsideración del papel del lugar en los procesos políticos y sociales. Desarrollado extensamente en trabajos de los años ochenta [27], seguirá constituyendo uno de los pilares de las reflexiones geopolíticas de Agnew.

El lugar dejará de ser un escenario estático en el que los diferentes hechos se suceden, y pasará a considerarse en sus trabajos como un componente siempre dinámico de los procesos políticos, sociales y económicos. Muestra cómo no existe una sola forma de relación entre lugar e identidad política en áreas que se pretenden una sola comunidad política, por ejemplo, el atractivo que ejerce el Scottish Nationalist Party en Dundee es diferente del que tiene en las Western Isles o en Peterhead, o en otras palabras que el significado del nacionalismo es diferente en diferentes lugares y está asociado a las diferentes características que tienen esos lugares, que componen la «nación» [28].

---

[24] John Agnew y Stuart Corbridge: *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*, Londres, Routledge, 1995, p. 46.

[25] *Ibid.*, p. 47.

[26] Véase Gearóid Ó Tuathail y Simon Dalby: «Introduction. Rethinking geopolitics: towards a critical geopolitics», en G. Ó Tuathail y S. Dalby (eds.): *Rethinking Geopolitics*, Londres, Routledge, 1998, pp. 1-15.

[27] Véase John Agnew: *Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society*, Londres, Allen and Unwin, 1987, o la compilación de John Agnew y J. S. Duncan (eds.): *The Power of Place: Bringing Together Geographical and Sociological Imaginations*, Londres, Unwin Hyman.

[28] Véase Agnew: *op. cit.*, 1987, caps. 7, 8 y 9.

En trabajos más recientes y de índole más geopolítica el análisis del lugar sigue teniendo una importancia capital. Por ejemplo, en *American space, American place*, se pretende mostrar Estados Unidos desde una perspectiva diferente, que resulta de «la tensión entre, por un lado, la imagen convencional del espacio americano [estadounidense] y el relato promulgado nacionalmente de su origen y función, y, por otro, los Estados Unidos como un lugar (o un conjunto de lugares) que se desarrolla y cambia no sólo en relación a ese relato nacional sino también como resultado de influencias locales y globales» [29]. El espacio se conceptualiza como «un campo de acción o área en la que un grupo u organización (por ejemplo, un Estado) actúa», mientras que el lugar «representa el encuentro de la gente con otra gente y con las cosas en el espacio. Se refiere a la forma en que la vida cotidiana se inscribe en el espacio y adquiere significado para grupos particulares de gente y organizaciones» [30]. Si el espacio se mantiene unido gracias a imágenes cartográficas o determinadas narrativas (a menudo oficiales), el lugar es reafirmado cotidianamente.

La interrelación entre espacio y lugar aparece también en otros ejemplos, como cuando al referirse a los atentados del 11 de septiembre de 2001 señala que los terroristas eran perfectamente conscientes de la importancia simbólica de los lugares a los que dirigieron los aviones, y como, asimismo, estos no habían sido seleccionado aleatoriamente, sino que eran de dos aerolíneas estadounidenses e iban repletos de combustible porque su destino final era Los Ángeles y San Francisco [31].

Por supuesto, la importancia del lugar no se deriva de ninguna «localización» especial ni de su «riqueza» en recursos, sino que es una construcción social histórica: «el éxito o fracaso relativo de diferentes localidades o regiones en la economía política internacional en cualquier época se debe a la acumulación histórica de activos y pasivos y a su capacidad de adaptarse a circunstancias cambiantes» [32].

IV. DE LA GEOPOLÍTICA COMO ANÁLISIS DE ESTRUCTURAS ESPACIALES A LA GEOPOLÍTICA COMO FORMA DE VER EL MUNDO

La Geopolítica durante la mayor parte de su historia como disciplina ha tenido como objeto la búsqueda de las «causas» geográficas que estarían detrás de las relaciones entre Estados, o, de las «verdaderas» razones del comportamiento geopolítico de los Estados. La práctica de la disciplina se centraba en determinar los elementos (casi siempre ocultos) que en mayor o menor número el analista debía estudiar: el control del corazón continental, de los mercados, del petróleo o de las vías marítimas, por ejemplo, serían explicaciones plausibles del surgimiento de los

---

[29] John Agnew: «Introduction», en J. Agnew y J. M. Smith (eds.): *American Space/American Place: Geographies of the Contemporary United States*, Londres, Routledge, 2002, p. 2.

[30] *Idem.*, p. 5.

[31] John Agnew: *Making Political Geography*, Londres, Arnold, 2002, p. 3.

[32] Agnew y Corbridge: *op. cit.*, p. 6.

conflictos en la periferia de Eurasia, pongamos por caso. Eurasia era una realidad a priori, que se asumía como punto de partida del análisis, casi nadie se preguntaba sobre el racionalidad y objetivos de entender una porción del planeta con esa denominación como una unidad de análisis.

Las características geográficas que constreñían o determinaban las actividades de los Estados eran contempladas como realidades fijas o, al menos, estables. La disposición de las tierras y los océanos o los ciclos económicos ofrecían una regularidad a la explicación geopolítica. Pero los presupuestos de partida (una concepción del poder como capacidad de que el otro haga algo y una concepción de los Estados como organizaciones maximizadoras de poder[33]) de la mayor parte de estas teorías geopolíticas eran cuando menos cuestionables. El estudio de la hegemonía desde una perspectiva gramsciana le permite a Agnew superar las limitaciones de estas concepciones y proponer otra forma de entender la Geopolítica.

En definitiva, la obra de John Agnew ha sido una de las claves en la aparición (cada vez más rotunda) de una Geopolítica crítica, que ha transformado una disciplina que pretendía analizar (y proponer la construcción) de estructuras geopolíticas a otra que fundamentalmente se ocupa de estudiar (y deconstruir) la forma de ver el mundo que va a definir el escenario de la política internacional. De este modo Agnew le atribuye a la Geopolítica un significado concreto: «el examen de los supuestos, clasificaciones y explicaciones geográficas que participan en el diseño de la política mundial». Y de eso se ocupan las páginas que siguen.

V. PUBLICACIONES PRINCIPALES DE JOHN A. AGNEW

Hegemony: The New Shape Of Global Power, Philadelphia, Temple University Press, 2005.

A Companion to Political Geography, Oxford, Blackwell, 2003 (coeditor con Katharyne Mitchell y Gearóid Ó Tuathail).

Place and Politics in Modern Italy, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

Making Political Geography, Londres, Arnold, 2002.

American Space/American Place: Geographies of the Contemporary United States, Londres, Routledge, 2002 (coeditor con Jonathan M. Smith).

Reinventing Geopolitics: Geographies of Modern Statehood, Heidelberg (Alemania), Hettner Lectures, Institute of Geography of the University of Heidelberg, 2001.

«Disputing the nature of the international in political geography», *Geographische Zeitschrift*, 89, 2001, 1-16.

«Political power and geographical scale», en Y. H. Ferguson y R. J. B. Jones (eds.): *Political Space: Frontiers of Change and Governance in a Globalizing World*, Albany (New York), SUNY Press, 2002.

Human Geography: An Essential Anthology, Oxford, Blackwell, 1996 (coeditor con David Livingstone y Alisdair Rogers).

---

[33] *Ibid.*, p. 3.

«Mapping politics: how context counts in electoral geography», *Political Geography*, 15, 1996, 129-146.

«Time into space: the myth of backward Italy in modern Europe», *Time and Society*, 5, 1996, 27-45.

Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy, Londres, Routledge, 1995 (coautor con S. Corbridge).

Rome, Nueva York, Wiley, 1995.

«The Rhetoric of Regionalism: The Northern League in Italian Politics, 1983-1994», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20, 1995, 156-72.

The Geography of the World Economy, Londres, Arnold, 1994 (coautor con Paul Knox).

«The Territorial Trap: The Geographical Assumptions of International Relations Theory», *Review of International Political Economy*, 1, 1994, 53-80.

«The US Trade and Budget Deficits in Global Perspective», *Society and Space*, 9, 1992, 71-90 (coautor con S. Corbridge).

«Geopolitics and Discourse: Practical Geopolitical Reasoning in American Foreign Policy», *Political Geography*, 11, 1992, 190-204 (coautor con G. Ó Tuathail).

The Power of Place: Bringing Together Geographical and Sociological Imaginations, Londres, Unwin Hyman, 1989 (coeditor con J. S. Duncan).

«Sameness and Difference: R. Hartshorne's "The Nature of Geography" and Geography as Areal Variation», en J. N. Entrikin y S. Brunn (eds.): *Reflections on Richard Hartshorne's The Nature of Geography*, Washington DC, Association of American Geographers, 1989.

«"Better Reds than Thieves"? The Nationalization Thesis and the Possibility of a Geography of Italian Politics», *Political Geography Quarterly*, 7, 1988, 307-21.

Place and Politics: The Geographical Mediation of State and Society, Londres, Allen and Unwin, 1987.

The United States in the World Economy: A Regional Geography, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

The City in Cultural Context, Londres, Allen and Unwin, 1984 (coeditor con J. Mercer y D. E. Sopher).

PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El término «geopolítica» se usó por primera vez justo hace cien años por el politólogo sueco Rudolf Kjellen. Pero los modelos geopolíticos formales ya existían (como en los trabajos de Friedrich Ratzel en Alemania) o estaban en el trance de desarrollarse (como es el caso de las ideas de Halford Mackinder en Inglaterra). Sin embargo, una de las presunciones fundamentales de este libro es que las prácticas geopolíticas antecedieron ampliamente tanto al uso de la palabra como a la elaboración de modelos geopolíticos formales basados en polaridades geográficas tales como las de «potencias marítimas» contra «potencias terrestres» o «corazón continental» (*heartland*) frente a «anillo continental» (*rimland*). El término geopolítica se utiliza en esta obra para referirse al modo en que la política mundial moderna se ha sustentado sobre formas particulares de entender la geografía mundial y a la manera en que éstas han incidido sobre la conducción cotidiana de los «asuntos internacionales». Aunque el carácter específico de esta «imaginación geopolítica moderna» ha cambiado a lo largo del tiempo, tal y como el capítulo 5 se esfuerza en mostrar, existen no obstante una serie de «principios» que han estado presentes constantemente. Este libro se ocupa de explicar estos principios y de mostrar cómo están relacionados con las formas en que han sido conducidas las relaciones internacionales en los siglos pasados.

Quisiera agradecer al Profesor Heriberto Cairo de la Universidad Complutense de Madrid la iniciativa de traducir este libro al español. Creo que el libro contiene un mensaje que es relevante no sólo en Estados Unidos y el resto del mundo angloparlante, sino también en todos los lugares en que se invoquen afirmaciones, argumentos o ideas geográficas para justificar políticas y estrategias. Como residente en Los Angeles soy consciente de la importancia determinante que tienen en el mundo de hoy los flujos de gente, bienes, inversiones e ideas de una amplísima variedad en cuanto a las áreas de origen, más que las bases de recursos estáticos y culturas ligadas a territorios nacionales. Por ello me agrada la idea de que este libro pueda contribuir al desarrollo de una interacción con autores y activistas en el mundo de habla española, que podrían también cuestionar los saberes convencionales acerca de la política mundial y el desarrollo económico.

El libro forma parte de un proyecto más amplio, en el que hemos estado involucrados yo mismo y otros autores a lo largo de la pasada década, para «repensar» la Geopolítica, para reorientar los estudios de la geografía de la política mundial lejos del rol de escenario físico fijo e inmutable hacia una consideración de las formas

en que la geografía se construye socialmente para lograr uno u otro objetivo de los grupos sociales o elites políticas de los países más poderosos que han dominado la dirección de las relaciones internacionales desde hace mucho tiempo. Esta no es una geopolítica que esté al servicio de una Gran Potencia en particular o que justifique las relaciones internacionales contemporáneas, sino que, más bien, es un esfuerzo serio para extender a la Geopolítica —entendida como una expresión abreviada del contenido geográfico de las prácticas dominantes de las relaciones internacionales— el tipo de escrutinio crítico en el que se han comprometido y han aceptado los estudiosos de la «política doméstica».

La perspectiva general puede ser definida en términos amplios como historicista, en el sentido de que es un enfoque que entiende que las ideas y prácticas geopolíticas se adaptan a diferentes épocas, en las que nos encontramos con diferentes Estados dominantes y economías políticas características. Además, hay también un énfasis en la continuidad de la imaginación geopolítica moderna, en que a pesar de los retos y contestaciones derivadas de todo tipo de críticas y desafíos se recurre permanentemente a los temas y tropos asociados con sus cuatro principios básicos: la visión del mundo como un todo, la catalogación de las diferentes partes del mundo como modernas o atrasadas dependiendo de si han seguido una trayectoria histórica similar a la de una Europa idealizada, la división del mundo en Estados territoriales y la interpretación de que estos Estados están en perpetua pugna por la primacía. Vivimos en una época en la que, de forma similar a otros períodos críticos de transición en el pasado, es posible en términos realistas intentar hacer un mundo que sea menos estadocéntrico y consecuentemente menos peligroso. Sin embargo, la existencia de una posibilidad de avanzar en esa dirección dependerá en parte de nuestra capacidad para escapar de las trampas mentales puestas por la imaginación geopolítica moderna. Mi esperanza es que este libro, al señalar la contingencia histórica-discursiva de la imaginación geopolítica, pueda ser un pequeño paso hacia la rehumanización del mundo al situar otra vez en el centro de la Geopolítica a la gente, en vez de las «fuerzas de la naturaleza» que afirmaba la Geopolítica tradicional.

JOHN AGNEW
Los Angeles (California), 19 de Octubre de 2002

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a Nick Entrikin, Linda Mcdowell, Carol Medlicott, Felicity Nussbaum y Gearoid Ó Tuathail sus comentarios y sugerencias, que resultaron de gran ayuda, en la primera edición de este libro. Howard Harrington y Chase Langford ayudaron oportunamente en la elaboración de las ilustraciones. Derek Gregory leyó el manuscrito original con gran atención y sus sugerencias fueron clave para hacer este libro más coherente y accesible. Mathew Coleman, Vilho Harle, Sami Moisio y David Slater hicieron sugerencias útiles para la segunda edición. Sin embargo, soy el único responsable de lo que he hecho con todos esos comentarios y sugerencias.

Las siguientes instituciones u organizaciones han concedido el permiso necesario para la reproducción de material con derechos de reproducción:

Ilustración 1.1 The New York Public Library
Ilustración 1.2 The British Library, Londres
Ilustración 5.2 The Getty Research Institute, Los Angeles
Ilustración 5.4 Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín
Ilustración 6.1 Cartoonbank.com del *New Yorker*

Se ha hecho el máximo esfuerzo en encontrar a todos los propietarios de los derechos del material reproducido en este libro. Cualquier derecho no reconocido en esta edición se hará en subsiguientes si se comunica oportunamente al editor.

INTRODUCCIÓN

Tras los atentados contra el *World Trade Center* de Nueva York y contra el Pentágono (Ministerio de Defensa de EE UU) en las afueras de Washington D. C. el 11 de Septiembre de 2001 el presidente estadounidense George W. Bush declaró la guerra al «terrorismo». Este hecho, como ha quedado después claro, implica mucho más que la persecución de los terroristas que cometieron los atentados (la red de terroristas islamistas denominada Al Qaeda cuyo líder es el millonario saudí Osama Bin Laden). La consecuencia ha sido nada más y nada menos que una completa reorganización de la política mundial, en la que el gobierno estadounidense reivindica el derecho a intervenir militarmente dónde y siempre que quiera, empezando por Irak pero sin límites geográficos muy definidos. La erradicación del terrorismo en todo el mundo ha sustituido viejos lemas de la política exterior estadounidense como el «freno al avance del comunismo» (en la antigua Unión Soviética y en su ámbito de influencia), la creación de una «seguridad colectiva», tras la Primera Guerra Mundial o la contribución al equilibrio de poder entre las grandes potencias europeas a finales del siglo XIX. Actualmente el gobierno de EE UU puede hacer más o menos lo que quiera —al menos en el aspecto militar— porque es la única superpotencia que queda. No cabe duda de que los ataques que sufrió en su suelo también se debieron a la importancia geopolítica global que tiene y al apoyo que presta a gobiernos (especialmente el de Israel y el de Arabia Saudita) que despiertan gran hostilidad entre los extremistas musulmanes.

Lo que constituye una novedad tras el 11 de Septiembre es que el mundo nunca había experimentado antes la combinación de una única superpotencia a la que se enfrenta violentamente una misteriosa red que no actúa en nombre de ningún Estado (aunque estuvo a punto de actuar en nombre de uno: el Afganistán dominado por los talibanes del periodo entre 1996 y 2000). Sin embargo, lo que resulta más familiar es que el gobierno estadounidense y sus nuevos adversarios participen en un «juego» global para hacerse con el poder que tiene funestas consecuencias para el mundo entero. El juego se remonta a la creación de la política mundial moderna que comenzó en el siglo XVI, pero que no se desarrolló por completo hasta el siglo XIX. Es fruto de una imaginación geopolítica moderna que incluye a la par que orienta la teoría y la práctica de la política mundial. Hace mucho tiempo que esta imaginación geopolítica estructura la política mundial a modo de un contexto global envolvente en que los Estados compiten por el poder más allá de sus fronteras, se hacen con el control (formal e informal) de zonas menos modernizadas —y de

sus recursos— y aventajan a otros Estados importantes en la lucha mundial por la supremacía global. La combinación de todas esas características es la que hace que la imaginación geopolítica sea especialmente moderna.

El período desde el final de la Guerra Fría en 1989-91 ha presentado numerosos cambios radicales. Podría dar la impresión de que estos cambios, junto con las redes terroristas de alcance mundial, ponen en peligro la persistente utilidad de la imaginación geopolítica moderna como única guía para la práctica de la política mundial. Entre estos cambios están: 1) la consolidación de la Unión Europea con la creación de una nueva moneda, el euro, que da lugar a una nueva forma de sistema de gobierno que no es ni un Estado territorial gigante ni tampoco un simple mercado común; 2) el derrumbe o disminución del poder de las instituciones centrales en muchos Estados de todo el mundo (desde Colombia hasta Somalia y Afganistán); 3) la amenaza de bancarrota económica nacional en el caso de Estados como Argentina, Brasil o Turquía; 4) el apabullante crecimiento de China como economía manufacturera exportadora que suministra cantidades aparentemente inagotables de artículos de consumo a las economías desindustrializadas como la de Estados Unidos, y 5) la incapacidad de las principales partes para llegar a acuerdos respecto a sus fronteras mutuas en muchos enfrentamientos nacionalistas, como el de Israel y Palestina, porque cada uno de ellos reclama casi el mismo territorio que el otro. Pudiera parecer que el mundo basado en los Estados, en el que se ha desarrollado y al cual se aplica la imaginación geopolítica moderna, se halla en un caos considerable.

I. LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA

No obstante, el propósito de este libro es señalar los principales elementos de este enfoque de la política mundial que ha predominado tanto tiempo (la imaginación geopolítica moderna), y así poner de manifiesto su especificidad histórico-geográfica en las tomas de contacto con el mundo de los europeos y más tarde de los americanos. En otras palabras, el objetivo del libro es poner de manifiesto cómo la imaginación geopolítica moderna nació de la experiencia euroamericana, pero fue proyectada después al resto del mundo y hacia el futuro en la teoría y práctica de la política mundial. La globalización, que empezó en los años ochenta cuando terminó la Guerra Fría, empezó a ofrecer la posibilidad de un mundo estructurado de una forma muy distinta. Por ejemplo, cuando cayó el Muro de Berlín en noviembre de 1989, también lo hizo el supuesto geopolítico del Este soviético contra el Oeste estadounidense que había caracterizado la política mundial durante los anteriores cuarenta años. Parece también que el bienestar económico nacional depende cada vez más de conexiones favorables con una economía mundial que ya no es dominada completamente por las políticas de los Estados más poderosos. Incluso aunque la reacción de los gobiernos a una serie de acontecimientos recientes (desde los atentados terroristas del 11 de Septiembre —y algunos posteriores como el del 12 de Octubre de 2002 en Bali— que atrajeron más atención sobre Afganistán e Irak

que sobre los propios terroristas, al prolongado enfrentamiento entre Corea del Norte, por un lado, y Japón y Estados Unidos, por el otro, y el sangriento conflicto entre Rusia y los separatistas chechenos en el que Rusia se reafirma como Gran Potencia que defiende su «integridad territorial») pudiera indicar que a la imaginación geopolítica moderna todavía le queda mucho recorrido político, hay tendencias cuya interpretación apunta en otro sentido.

Más concretamente, varias «certezas» cruciales (sobre, por ejemplo, las estables e incuestionables fronteras políticas entre los Estados, la división del mundo en bandos armados hostiles entre sí a causa de su ideología política, el papel fundamental que desempeñan los Estados en la política mundial, y el predominio de identidades nacionales estables en psicología política) o han desaparecido o han sido cuestionadas desde hace tan poco como quince años. El final de la Guerra Fría, la importancia creciente de bloques comerciales como la Unión Europea y la proliferación de movimientos étnicos y regionalistas dentro de Estados consolidados han contribuido a socavar mucho de la sabiduría convencional del meollo de la imaginación geopolítica moderna. Quizá no sorprenda, por tanto, que ahora se preste mayor atención a la manera en que académicos y líderes políticos han entendido y practicado la política mundial. Los tiempos de cambios continuos son más propicios al examen minucioso de las opiniones ortodoxas.

Este libro se ocupa principalmente de la perspectiva que proporciona el papel de las interpretaciones geopolíticas predominantes para entender la política mundial. La misma expresión «política mundial» transmite una sensación de escala geográfica al margen de Estados o localidades concretos, en la que los Estados y otros actores desarrollan una serie de actividades (diplomacia, acción militar, cooperación, actividades fiscales y monetarias, regulaciones legales, beneficencia, etc.) cuyo objetivo es ejercer poder sobre otros y aumentar el poder (político, económico y moral) de los actores concretos que las llevan a cabo. Pero estas actividades responderían a una serie de supuestos geográficos más específicos acerca de *dónde* es mejor actuar y qué sentido tendría esa actuación. El mundo es activamente «espacializado», dividido, etiquetado, clasificado por geógrafos políticos, otros académicos y líderes políticos en una clasificación de lugares de mayor o menor «importancia». Este proceso aporta el marco geográfico en que las elites políticas y la sociedad en general se desenvuelven en el mundo en busca de su propia identidad e intereses.

Un par de ejemplos pueden servir para ilustrar el modo en que se produce el marco geográfico que está en el centro de la imaginación geopolítica moderna. Europa Central, por ejemplo, ha tenido una presencia importante en la política exterior de los EE UU, Alemania, la URSS y de otras grandes potencias muchos años. Fue el objetivo principal de la expansión territorial de la Alemania nazi antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Checoslovaquia era representada en los mapas geopolíticos nazis a finales de los años veinte y principios de los treinta como una «daga» que apuntaba al centro del territorio alemán. Durante la Guerra Fría fue el principal escenario de la «tensión geopolítica» entre los «bandos» estadounidense y soviético. Hoy ha vuelto a entrar en la política mundial fundamentalmente en relación con la expansión geográfica de la Unión Europea. Sin embargo, los antiguos pape-

les que desmpeñaba la región no han desaparecido del todo, porque en la Europa central aún se siguen produciendo cambios en las fronteras internacionales, víctimas mortales y movimientos de población a gran escala tales como los que se produjeron tras la Segunda Guerra Mundial (Fig. I.1). En el verano de 2002, cuando la Unión Europea debatía el potencial ingreso en la misma de varios Estados de la Europa Central, el redescubrimiento de los «decretos de Beneš» dictados por el gobierno checoslovaco en 1945 —que fueron la base legal para la expulsión de los alemanes de los Sudetes de Checoslovaquia— resucitó de golpe el debate en Alemania y en toda la zona sobre lo que se había convertido en una cuestión «muerta» durante la Guerra Fría: las fronteras entre los Estados de la zona y la compensación —incluida la devolución de la propiedad— que se debía a los que habían sido desplazados. Así pues, la Europa Central no ha perdido del todo el papel de marca (*marchland*) entre el Oeste y el Este por mucho que haya cambiado el contexto histórico.

En el segundo ejemplo me referiré al discurso del estado de la Unión de Enero de 2002 del presidente George W. Bush en que no sólo declaraba la guerra al terrorismo sino que también señalaba lo que denominó sus apoyos políticos (Fig. I.2). Esos tres Estados, a los que, junto a otros, se denominaba antes «Estados canallas» (*rogue states*), fueron elegidos debido a: 1) el empeño que tenían en poseer «armas de destrucción masiva» (biológicas, químicas y nucleares); 2) la hostilidad que sentían hacia Estados Unidos en concreto y a la distribución global del poder en la actualidad en general, y 3) al supuesto apoyo que prestaban a grupos terroristas y a otros Estados canallas. El hecho de que Pakistán y Arabia Saudita, por ejemplo, también podrían haberse contado entre los integrantes del «eje», debido a que el primero suministró equipo para la fabricación de bombas a Corea del Norte y a su propia

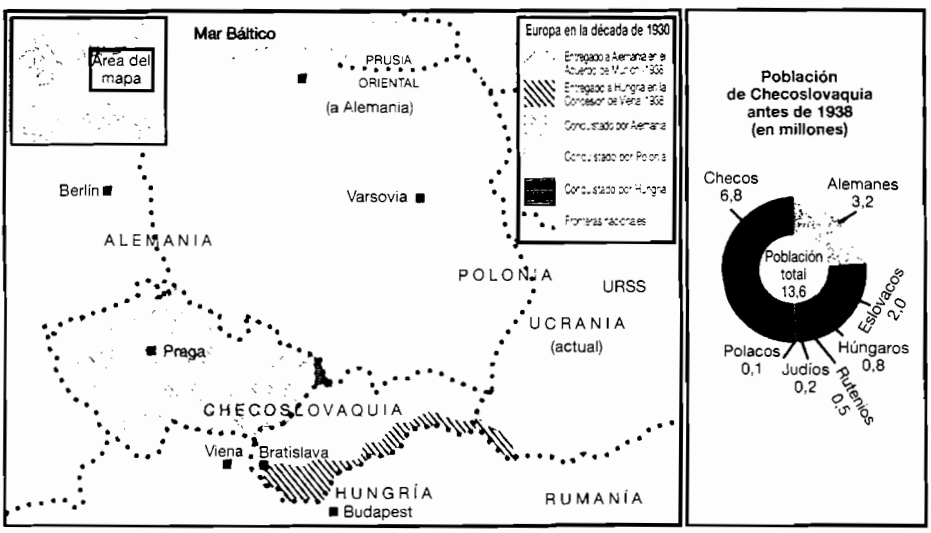


Figura I.1 *Un fantasma recorre Europa Central: la historia de sus fronteras*
FUENTE: Autor

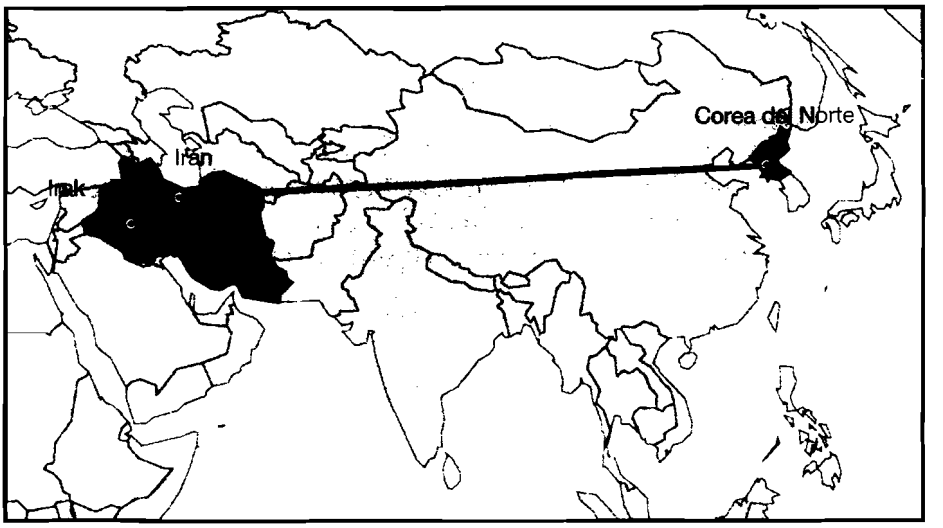


Figura I.2 *El «eje del mal» del presidente George W. Bush*
FUENTE: Autor

búsqueda de armas de destrucción masiva, y a que el segundo lleva mucho tiempo apoyando al Islam fundamentalista y presta apoyo financiero a los terroristas de la Al Qaeda de Bin Laden, pone de relieve la importancia del segundo de los criterios sobre los demás. La imagen de un eje de Estados que desafíe a Estados Unidos tiene mayor importancia que la exactitud empírica de si son o no los principales fabricantes de armas de destrucción masiva o los principales impulsores del terrorismo. La imagen es la de un «eje» o conexión real entre ellos, aunque no está claro lo que tienen en común al margen de los tres criterios anteriores, e implica una evidente analogía que nos retrotrae a la Segunda Guerra Mundial cuando Alemania, Italia y Japón (que eran aliados reales) constituyeron las denominadas Potencias del Eje. Por tanto, lo que el presidente Bush intentaba era dar una estructura geopolítica clara a las amenazas a las que se enfrentaba Estados Unidos (y el orden mundial actual) y recordar una importante amenaza del pasado para apoyar sus argumentos. En una fecha posterior de 2002 el presidente Bush invocó el «eje» para justificar una nueva doctrina de política exterior de Estados Unidos basada en la posibilidad de llevar a cabo guerras preventivas contra Estados que pudieran eventualmente plantear amenazas a Estados Unidos (que incluye la «amenaza» para el suministro de petróleo mundial de países como Irak donde la industria petrolífera es de propiedad estatal y no está dominada por empresas estadounidenses) aunque tales amenazas no fueran inminentes.

Una de las formas de reflexionar sobre el marco geográfico de la política exterior consiste, efectivamente, en recordar las «doctrinas» de política exterior formuladas por diversos presidentes estadounidenses a través de los años, desde el presiente Monroe en 1823, pasando por el presidente Truman en 1947, hasta el presidente G. W. Bush en 2002. La doctrina Monroe al principio conllevaba tres imperativos

geopolíticos relacionados con la política exterior estadounidense: 1) las Américas se negaban a que los europeos las siguieran colonizando; 2) Estados Unidos tenía que evitar implicarse en las guerras europeas, y 3) en especial, que el gobierno estadounidense consideraría como una amenaza para el propio EE UU el empeño de cualquier potencia europea en extender su imperio por el hemisferio occidental. Con el tiempo, por ejemplo durante la presidencia de Reagan y la de Johnson, se invocó esta doctrina para justificar la intervención militar estadounidense en diversas partes de Latinoamérica (algo curioso porque no figuraba en las alegaciones iniciales de la doctrina). En su momento, la doctrina de Truman de 1947 contribuyó a preparar el decorado para la Guerra Fría al enfrentarse a la Unión Soviética cuando intentó infringir las fronteras de las esferas de influencia estadounidense y soviética, que se habían establecido dos años antes en la Conferencia de Yalta, tratando de utilizar fuerzas interpuestas para debilitar gobiernos aliados de EE UU, empezando por Grecia y Turquía para hacerlo después de un modo más generalizado. La doctrina de Bush de 2002, formulada por el presidente Bush en un discurso en la academia militar de West Point, en el estado de Nueva York, también es explícitamente intervensionista, sólo que la reivindicación del derecho a intervenir incluye ahora el derecho explícito a una intervención militar *preventiva* de los Estados Unidos cuando se declare que un Estado determinado amenaza o plantea un peligro inmediato para el «interés nacional» de EE UU a pesar de que aún no haya preparado ningún ataque militar.

El término geopolítica se ha usado mucho tiempo para referirse al estudio de las representaciones y prácticas geográficas que sustentan la política mundial. De hecho, la palabra «geopolítica» ha experimentado un cierto renacimiento en los últimos años. Actualmente el término se utiliza profusamente para referirse a fenómenos tan dispares como conflictos de fronteras internacionales, la estructura de las finanzas globales o la configuración geográfica de los resultados electorales. Una de las acepciones del término le atribuye un significado más concreto: el examen de los supuestos, clasificaciones y explicaciones geográficas que participan en el diseño de la política mundial. Algunos de los trabajos más recientes en el campo de la geografía política han intentado demostrar lo útil de la adopción de esta definición del término. Al utilizar esta definición trato de analizar de qué modo el descubrimiento y la integración del mundo en una sola entidad, por un lado, y el desarrollo del Estado territorial como ideal político, por otro, se unieron para crear el contexto de la política mundial moderna. Estudiar la geopolítica en este sentido, o la «geopolítica», para distinguirla de lo que se está describiendo, implica tratar de entender cómo se produjo el hecho de que las expectativas de un Estado con respecto a las de los demás Estados fueran consideradas en relación con unas circunstancias globales que se creían determinantes del éxito que alcanzara un Estado en el escenario global. El uso de las metáforas visuales es deliberado: la política mundial no fue inventada hasta que fue posible *ver* el mundo (en la imaginación) como un todo y plantearse objetivos relacionadas con dicha escala geográfica.

Según la historia de la palabra, la geopolítica empezó en 1899 cuando el término fue acuñado por el politólogo sueco Rudolf Kjellen. La acuñación de la palabra

supuso que la lógica geopolítica formal posibilitó que el pensamiento global de los Estados fuera explícitamente conectado con la posibilidad de actuar globalmente. Sin embargo, las maneras de pensar y actuar geográficamente implícitas en la frase «política mundial» habían comenzado mucho antes cuando los intelectuales de gobierno (*intellectuals of statecraft*) de los Estados europeos (líderes, estrategas militares, teóricos políticos), al ocuparse de sus «intereses», tuvieron que definir sus estrategias teniendo en cuenta las circunstancias globales desveladas tras el descubrimiento del resto del mundo por parte de Europa. Efectivamente, como expone el capítulo 1, los europeos del Renacimiento habían recurrido a fuentes más antiguas (especialmente la cosmografía de Tolomeo) para interpretar el mundo. No obstante, la novedad era que el mundo que hallaron no correspondía a los mundos geográficamente limitados que los antiguos conocían sino que cada vez se parecía más a la totalidad de la Tierra. El surgimiento de la economía capitalista y el desarrollo del Estado territorial europeo dieron lugar a una nueva serie de supuestos acerca de la división del espacio terrestre. La «estratificación» del espacio global desde la escala mundial hasta escalas más reducidas creó una jerarquía de escalas geográficas para interpretar la realidad político-económica. Han sido cuatro, por orden de importancia: la global (la escala del mundo como un todo), la internacional (la escala de las relaciones entre Estados), la doméstica/nacional (la escala de los Estados) y la regional (la escala de las partes del Estado). Los problemas y las decisiones políticas han sido definidos según las escalas geográficas (o interiores/nacionales o internacionales/exteriores) en las que se consideraba que ocurrían en el contexto global. Así pues, se considera que la política mundial funciona desde la escala global hacia escalas inferiores. El término geopolítica, por tanto, se suele aplicar a la escala global; pero, se basa en suposiciones sobre la diversa importancia para la vida en el planeta que tienen las escalas geográficas que ya funcionan. Se da prioridad fundamentalmente a la escala global y nacional excluyendo a las demás. Pero la denominación de «geopolítica» aplicada a esos supuestos y la creación de modelos que afirman comprender mejor la realidad geopolítica se produjo mucho después del comienzo de las representaciones y prácticas geopolíticas en sí. El objetivo de este libro es señalar y examinar de una manera crítica las características principales de la imaginación geopolítica que surgió en Europa, a principios del siglo XV, y que más tarde se ha convertido en una fuente útil de actitudes tanto en lo referente a las concepciones de la política mundial como a las prácticas de la política exterior.

La imaginación geopolítica moderna es un *sistema* de visualización del mundo con hondas raíces históricas en el descubrimiento europeo de la totalidad del mundo. Se trata de una imagen elaborada del mundo y *no* de una imagen sencilla y espontánea que nazca de una mera contemplación del mundo desde el «sentido común». La imaginación geopolítica moderna, al ser un sistema de teoría y práctica, no ha existido ni existe en el vacío. Se empezó a desarrollar en una Europa que estaba aceptando tanto un nuevo papel global como la desintegración de la imagen del orden universal basada en la religión que había preponderado anteriormente entre los intelectuales y líderes europeos. Una característica fundamental de la modernidad europea es la insistencia en hacerse cargo del mundo. La forma de reali-

zarlo ha cambiado considerablemente con el tiempo a medida que ha ido cambiando el contexto material (las tecnologías imperantes, las formas de organización económica, el ámbito de la organización estatal, la capacidad de agresión) (véase Agnew y Corbridge, 1995). Por este motivo, tras señalar y definir sus cuatro pilares, pasaré a ocuparme de cómo se ha comportado históricamente en el curso de los dos últimos siglos. Es preciso distinguir esta geopolítica *histórica*, dedicada al razonamiento geopolítico práctico, de lo que a veces se llama geopolítica *crítica*, que se ocupa bien de exponer las huecas afirmaciones de ciertos autores geopolíticos de que han encontrado la «verdad» en la política mundial, bien de indicar las representaciones que están en la base de la política exterior de determinados Estados.

Merece la pena hacer otras distinciones para aclarar el objetivo de este libro. No se trata de una repetición o una explicación minuciosa de la geopolítica asociada con los inventores del término y de sus aplicaciones: Rudolf Kjellén, Friedrich Ratzel, Halford Mackinder. Tampoco se trata de un argumento en apoyo de esa visión del mundo agotada, cínica y aristocrática, que es popular entre los políticos realistas de las universidades y *think tanks* del *establishment* (si se quieren consultar buenos ejemplos recientes de este género véase, por ejemplo, Mearsheimer, 2001; y Haslam, 2002), de que la maldad generalizada del mundo implica que «la necesidad es la mejor virtud», considerando siempre amenazadores y peligrosos otros lugares (Estados y gentes). Es un análisis de lo que considero como una imposición práctica construida históricamente sobre un mundo complejo y diverso, que es más acertado interpretar como un mosaico de lugares vinculados y diferenciados de diversas formas que como un simple reflejo de la disputa de «identidades» e «intereses» geopolíticos de Estados que se han convertido en fetiches.

II. LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA EN ACCIÓN: DOS EJEMPLOS

Dos ejemplos relativamente conocidos de la reciente política mundial pueden demostrarnos como ciertas representaciones geopolíticas respaldan ciertas políticas e intervenciones (prácticas), que después son interpretadas según dichas representaciones. El primer ejemplo se refiere a los recientes conflictos en la antigua Yugoslavia. La desintegración de la antigua Yugoslavia entre 1989 y 1994 siguiendo diferencias étnico-regionales podría entenderse como un conflicto *local* relacionado con el reparto de poder y de bienestar económico entre los diferentes grupos en conflicto (serbios, croatas, bosnio-musulmanes, etc.). Pero los actores externos, como los gobiernos de Estados Unidos y Alemania, plantearon sus políticas en términos de un panorama geopolítico más amplio. Estas políticas fueron cruciales en el desarrollo del conflicto porque todos los grupos internos necesitaban aliados externos. Para los EE UU, el mantenimiento de la integridad territorial del país fue primordial durante los primeros años del conflicto, ya que Yugoslavia se veía como un *Estado tapón* entre la Unión Soviética y sus aliados del Este, por un lado, y los Estados Unidos y sus aliados del Oeste, por otro. El gobierno de la entonces Alemania Occidental adop-

tó una posición muy diferente. Pensando en términos de la inversión y el comercio potencial con las regiones más ricas, como Eslovenia y Croacia, el gobierno alemán alentó la independencia política de ambas regiones y Bosnia sin exigir garantías acerca de como serían tratadas las minorías (en su mayor parte serbias) en los nuevos Estados independientes. Ambos planteamientos geopolíticos reflejaban los intereses globalmente definidos propios de cada uno de los poderosos actores externos, lo que contribuyó a mantener el conflicto, aunque los dos declararan que se estaban dedicando a resolverlo.

Muchos analistas se han preocupado sólo de la geopolítica de la desintegración del país, prestando poca o ninguna atención al ensamblaje de causas en todas las demás escalas geográficas. Este hecho refleja la prioridad de las escalas global y nacional que está implícita en la imaginación geopolítica moderna. A pesar de ello, gran parte del debate acerca de si se mantenía el Estado original o si se reconocían sus distintos componentes se llevó a cabo en términos de la soberanía absoluta de cada gobierno para hacer esto o aquello dentro de *sus* territorios: se trataba de la estatalidad de los actores. Los objetivos de todas las partes también fueron formulados para facilitar la entrada de la zona en «Occidente», con el fin de sacarla de su atraso económico y político. Finalmente, los diferentes bandos externos (Estado Unidos, la Unión Europea, Alemania, Francia, etc.) se interesaban por las repercusiones de su política en la posición que ocupaba cada uno en la jerarquía social global de los Estados. Por ejemplo, al gobierno de los EE UU le preocupaba que la antigua URSS —como había ocurrido al principio del conflicto— obtuviera ventajas políticas de una Yugoslavia dividida en detrimento de Estados Unidos. Todos y cada uno de estos ejemplos ponen de manifiesto el gran arraigo de la imaginación geopolítica moderna en las elites políticas —y los geógrafos políticos— de todo el mundo.

La intervención estadounidense en Vietnam en los años sesenta también se basó en una serie de supuestos geopolíticos similares. El primero fue que la participación de los Estados Unidos era indispensable para la *contención* geográfica del comunismo mundial, representado por la Unión Soviética y sus aliados, incluyendo el Viet Cong en Vietnam del Sur y el gobierno comunista en el del Norte, tal y como se planteó por primera vez entre 1947 y 1950. El segundo, que es inseparable de los principios de la contención, fue que la analogía histórica indicaba la universalidad de ciertas «verdades» geográficas, tales como el efecto *dominó* (un país tras otro irán cayendo si no se toman medidas en el primero), la *conexión* (Vietnam sólo podía ser entendido con relación al omnipresente conflicto entre los EE UU y la URSS) o la *credibilidad* (si no se tomaban medidas, otros aliados —más importantes—se cuestionarían su relación con los Estados Unidos). Los dirigentes estadounidenses usaron la «historia» para justificar sus decisiones, como si la historia se limitara a repetirse a sí misma sin necesidad de formular juicios fundamentados geográficamente sobre el carácter de las distintas situaciones mundiales. Las analogías históricas específicas eran tan comunes entre la generación de políticos estadounidenses que planificaron la intervención americana en Vietnam, que podrían ser resumidas en dos palabras: «Munich» y «Corea». Cada una de ellas era una manera conveniente de referirse a los futuros costes que acarrearía la contemporización

con la «agresión» o intimidación. Sólo podría evitarse un futuro enfrentamiento más sangriento si se contenía la movilización del Viet Cong. Al final, se presentó a Vietnam «del Norte» como «invasor» de Vietnam «del Sur», para definir el conflicto como consecuencia de un acto de invasión internacional y no como una guerra civil entre facciones políticas rivales que en una época —durante las últimas fases del gobierno colonial francés— habían actuado ambas en todo el país. Pero la división de 1954, conseguida en buena medida a instancias del gobierno de EE UU que no permitió que se realizasen elecciones en todo Vietnam después de la retirada francesa, se convirtió en la representación geográfica decisiva que calificaría la guerra ante la población estadounidense de guerra de invasión a la que había que oponer resistencia. En este sentido, el Viet Cong era la «Quinta Columna» (un término usado por primera vez en la Guerra Civil española de finales de los años treinta, pero que se remonta al Caballo de Troya de la Antigüedad griega) operando como agentes del «Norte» en el «Sur». Es evidente, como sabemos hoy, que la «pérdida» de Vietnam del Sur tras la retirada estadounidense ante la fuerte presión política interna no desembocó en una toma por parte del comunismo de todo el Sudeste de Asia. Ciertos supuestos geográficos fundamentales resultaron erróneos, pese a que constituían en gran medida los elementos que daban sentido a la intervención en su conjunto, como relata dolorosamente en sus memorias el Secretario de Defensa de los EE UU de aquella época, Robert McNamara (1995). Algunas intervenciones militares estadounidenses más recientes, como las de Granada, Kuwait y Haití, aunque difieren de la de Vietnam, han estado acompañadas de la misma clase de retórica geográfica, incluyendo referencias frecuentes a las «lecciones» de Vietnam (limitar el acceso de los medios de comunicación, bombardear de forma continua, evitar la escalada lenta, etc.) poniendo de manifiesto hasta qué punto toda la política exterior estadounidense llegó a depender de una serie de supuestos geopolíticos durante el período de la Guerra Fría (1947-1989). Estos supuestos y expresiones geográficas indican los diferentes aspectos de una imaginación geopolítica más global que insistía en cuestiones tales como: dividir el mundo como un todo en unidades estatales soberanas; el desafío y la reacción de una superpotencia (EE UU) a la lucha por la «supremacía» (convertirse en el «número uno») por parte de otros Estados importantes (como la URSS); la calificación de Vietnam del Sur de país «atrasado» que sólo podría «desarrollarse» satisfactoriamente imitando el ejemplo estadounidense de «modernidad», y situar a Vietnam en un contexto global singular (el de la «Guerra Fría») en lugar de en términos de causas *locales* de resentimiento político y revolución.

III. LA JERARQUÍA GLOBAL Y SUS ORÍGENES

Los fundamentos de la imaginación geopolítica moderna no surgieron de repente durante la Guerra Fría, a pesar de las peculiaridades del contexto histórico, sino que hunden sus raíces mucho tiempo atrás en las relaciones establecidas inicialmente entre los Estados europeos y en su actitud hacia el resto del mundo. Los primeros cua-

tro capítulos de este libro están dedicados a esos «fundamentos». Una advertencia importante es que la imaginación geopolítica, tal y como es analizada en los párrafos anteriores, nunca ha ejercido un dominio *absoluto* sobre el desarrollo de la política mundial, en el sentido de que no ha superado los efectos de determinantes materiales, como los tecnológicos y los económicos, ni dominando totalmente las ideas de los geógrafos políticos y de otros analistas. Sin embargo, la imaginación geopolítica moderna, ha dado sentido y racionalidad a las prácticas de las elites políticas. Ha definido el «espacio ideológico», por utilizar la expresión de Immanuel Wallerstein (1991), en que se originan las categorías geográficas en las que se organiza y mediante las que funciona el mundo. Desde este punto de vista, la historia de la política mundial moderna se ha estructurado a través de prácticas basadas en una serie de explicaciones acerca de «la manera en que funciona el mundo», que constituyen, en su conjunto, los elementos de la imaginación geopolítica moderna. Es eurocéntrica porque Europa y sus vástagos (como Rusia y Estados Unidos) llegaron a dominar el mundo. Las elites políticas de todo el mundo se ajustaron y adaptaron a las explicaciones y prácticas procedentes de Europa. Gran parte del legado europeo al mundo es la prolongada solidez del «sentido común» sobre la política mundial legada en forma de imaginación geopolítica. Desde Brasilia a Seúl y desde El Cairo a Berlín, el modelo preponderante sigue siendo el que se inventó originariamente en Europa.

Eso no significa que no haya habido otras «consideraciones» en la política mundial a las que la imaginación geopolítica haya tenido que adaptarse o que tener en cuenta, tales como los cambios tecnológicos y económicos. Por una parte, los orígenes materiales del surgimiento del poder europeo se basaron en, como mínimo, presiones sociales y económicas para que se expandiera geográficamente, ventajas tecnológicas militares y navales, enfermedades para los que las otras poblaciones no tenían ninguna o escasa inmunidad y capacidad para tomar prestados y sintetizar elementos de otras culturas. Por ejemplo, a medida que el mundo industrializado se ha hecho cada vez más dependiente del petróleo, el mapa de los suministros mundiales de petróleo ha adquirido una importancia cada vez mayor en el cálculo que dirige el funcionamiento de la imaginación geopolítica. Sin embargo, es cierto que la importancia del surgimiento de una imaginación geopolítica moderna no implica que corrientes ideológicas «opuestas» (como el anticolonialismo, la economía del *laissez faire* y algunas variedades del socialismo, por ejemplo) no hayan logrado cuestionar las prácticas y representaciones preponderantes; pero han tenido que luchar contra una poderosa y bien arraigada interpretación ortodoxa de «cómo son las cosas», que ha reproducido la imagen estadocéntrica y de jerarquía de lugares del mundo en que se basa. Los movimientos para acabar con el colonialismo solían terminar aceptando e incluso exaltando las frecuentemente problemáticas fronteras políticas impuestas por los imperios coloniales. India y los países de África son casos clásicos. El «socialismo en un solo país» (al estilo del de la antigua Unión Soviética o de la China contemporánea) y las políticas económicas neoliberales basadas en gobiernos intervencionistas (como la administración Reagan en los Estados Unidos, 1981-1988, y el gobierno Thatcher, 1979-1990 en Gran Bretaña) reflejan el en-

cauzamiento de discursos opuestos dentro de los mismos parámetros, definidos en gran parte por la imaginación geopolítica hegemónica.

Las representaciones y prácticas predominantes —o hegemonía— que conforman la imaginación geopolítica moderna han sido en su inmensa mayoría las de las elites políticas de las grandes potencias, aquellos Estados e Imperios más capaces de imponerse ellos mismos y sus ideas al resto del mundo. El ser miembro de este grupo depende del reconocimiento de los demás miembros. Los requisitos no son fruto exclusivamente del poder coercitivo, de la capacidad para obligar a otros a hacer lo que deseas, sino también de la capacidad de diseñar la agenda político-económica de los demás, definiendo los modos de conducta apropiados y suministrando un marco para las relaciones interestatales al que los otros deben adaptarse si pretenden obtener el reconocimiento y las recompensas de las grandes potencias. Los relatos periodísticos que recurren a justificaciones de «sentido común» respecto a lo que está en juego para «nosotros» o para otros en esta o aquella parte del mundo, las «historias oficiales» contadas por los líderes políticos y las exposiciones de los intelectuales acerca de la «lógica» de las distintas políticas exteriores y de las estrategias militares son todas ellas formas relevantes de difundir, tanto nacional como internacionalmente, los principales argumentos y acciones políticas de los diferentes Estados y otros actores.

En cualquier momento sólo un Estado puede ser el *número 1* entre las grandes potencias, teniendo un papel clave en el diseño y la ejecución de las «reglas del juego» (situación que normalmente es conocida con el término de «hegemonía»). Este fue el caso de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX y de los Estados Unidos desde 1945 a 1970. A raíz del derrumbe de la Unión Soviética a principios de los noventa Estados Unidos ha adquirido una posición hegemónica todavía mas evidente. Pero siempre que unas elites políticas comienzan a relacionarse con otras debe haber reglas que regulen su interacción. Así pues, aún en ausencia de un hegemón concreto la hegemonía aún se mantiene en forma de una serie de explicaciones y prácticas predominantes que regulan la política mundial. En los últimos tiempos un cierto liberalismo transnacional patrocinado por las elites gobernantes de todo el mundo, pero con un patrocinio estadounidense especialmente importante, parece ofrecer un ejemplo de una incipiente hegemonía ideológica sin necesidad de un hegemón (o Estado preponderante) concreto. Al basarse más en los principios del libre comercio y de las ventajas comparativas, en beneficio de las empresas globales —y de sus aliados locales—, que en el aumento del poder del Estado, su existencia cuestiona algunos de los principios fundacionales de la imaginación geopolítica moderna. No obstante, su aparición no marca el «fin de la geopolítica», sino una posible reformulación de un enfoque estadocéntrico en otro enfoque que gire en torno a las empresas y a las ciudades y en el que (algunos) Estados se tienen que adaptar a las nuevas demandas que se le plantean para aminorar el control que ejercen sobre los mercados. Hasta el momento, la imaginación geopolítica moderna, aunque haya variado el hincapié que pone en un principio o en otro por los cambios que se han producido con el tiempo en el equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias y la marcha de la economía mun-

dial, sigue predominado a la hora de formular la conducta de la política mundial. No es de extrañar que la Geografía Política y disciplinas de estudio vecinas como las Relaciones Internacionales y la Sociología Política permanezcan en gran parte vinculadas a la misma imagen. ¿Cuáles son los orígenes de esa imaginación? ¿Por qué tiene ese poder de permanencia? Estas son, entre otras, las cuestiones de las que se ocupa este libro.

IV. ESQUEMA DE LOS CAPÍTULOS

Los primeros cuatro capítulos se ocupan de los «principios» clave de la imaginación geopolítica moderna y de cómo se han desarrollado a través de los años. El primer capítulo trata sobre un asunto básico: la visión global sin la cual la política *mundial* sería imposible. La adquisición y perpetuación de esta visión (el sentido del «mundo-como-un-todo» que los actores más poderosos deben explorar y dominar) se puede analizar a través de la historia de la primera cartografía moderna, en la teorización de «un sólo mundo de la humanidad», en las cosmologías imperiales, las economías coloniales, los modelos geopolíticos formales y en la polarización ideológica global de la Guerra Fría. El objetivo es poner de manifiesto el fundamento histórico acumulativo de la imagen geográfica global: cómo la Tierra se convirtió en el Mundo. Concebir el mundo como un todo no fue algo que se hiciera en un momento, que se estableciese de una vez y para siempre y que se diera por sentado a partir de entonces. Para mantener su vigencia se ha tenido que reproducir constantemente en circunstancias económicas y tecnológicas cambiantes. Ver el mundo como una unidad y después dividirlo en una jerarquía de lugares ha requerido vincular las reflexiones sobre el mundo con las cambiantes condiciones materiales en el mismo momento en que se perpetúa el supuesto *a priori* de la totalidad. Condensar el mundo en las visiones mentales como un marco explicativo de cualquier cosa que pase en cualquier lugar también puede servir para legitimar lo que podría ser una imagen muy parcial del mundo, desde la posición que se ocupa en un lugar determinado, convirtiéndola en una visión que podría pretender que es una «imagen desde ninguna parte»: una perspectiva objetiva del mundo como la que se tiene desde el espacio exterior. Eso no quiere decir que esa imagen sea *a priori* ilegítima intelectual y políticamente, sino que la asociación del pensamiento geopolítico global con los «intereses» propios de un Estado determinado (como Alemania o Gran Bretaña) tuvo tendencia a utilizar la reivindicación de la ciencia a la objetividad en defensa de identidades/intereses particulares. Este uso de la «imagen desde ninguna parte en concreto» siempre ha sido una parte importante de la imaginación geopolítica moderna. La relación que establece entre cualquier parte con todas las partes se basa en la legitimidad que le otorga ser una «imagen desde ninguna parte». Si sólo fuese considerada como una imagen desde alguna parte concreta, desde el principio resultarían evidentes su parcialidad y posicionamiento. De esta forma un argumento político en defensa de intereses particulares se transforma en un argumento natural del mundo tal y como es.

Una característica fundamental de las diferencias establecidas entre las diversas partes del «mundo-visto-como-un-todo» ha sido el etiquetado de «bloques» del espacio global como «expositores» de los atributos esenciales de la experiencia histórica previa del bloque predominante. Esta conversión de «tiempo en espacio» es el tema del segundo capítulo. Tradicionalmente, la taxonomía geográfica moderna incluye la designación de diferentes regiones mundiales o áreas como «primitivas» o «avanzadas», «modernas» o «atrasadas». Europa y algunos de sus herederos político-culturales (como Estados Unidos) son entendidos como definidores de la modernidad y otras partes del mundo sólo son relevantes dependiendo del lugar en que se encuentren, según el referente del pasado europeo. Imitar a Europa o llegar a ser como ella se convierte entonces en una condición para entrar en el sistema estatal —y es precisamente lo opuesto a la justificación de la dominación— y proporciona la norma o el criterio para juzgar a los Estados concretos (¿quién es el más avanzado?, etc.). La idea de «los tres mundos» del desarrollo se utilizará para poner de manifiesto cómo la división global del espacio según «grados» de desarrollo temporal se ha entremezclado en la política mundial. La exploración y las primeras colonizaciones de Australia se usarán para poner de manifiesto la manera en que la explicación vigente en aquel momento sobre el lugar de este continente en el mundo condicionó la actitud y el comportamiento de los exploradores y colonizadores. El caso de la historiografía de Italia, un Estado europeo considerado a menudo «rezagado» respecto al resto del continente, demuestra lo generalizado de la utilización del criterio de transformación del «tiempo en espacio» en la creación de la imaginación geopolítica moderna.

Para la política mundial el mapa mundial fundamental es el político: el mapa de los Estados territoriales. El tercer capítulo establece los supuestos geográficos que producen este carácter estadocéntrico de la imaginación geopolítica. Los supuestos fundamentales en que se basa la importancia fundamental del estado de la imaginación geopolítica moderna son tres: primero, la soberanía estatal y el espacio territorial; segundo, el Estado territorial como continente de la sociedad; y, finalmente, la polaridad interior/exterior. Estos supuestos son modernos: el primero data como pronto del siglo XVI y los otros son incluso más recientes. Aún así, la imaginación geopolítica concede una importancia trascendental a la idea de un mundo formado únicamente por Estados o actores territoriales, en contraposición a otras formas políticas. En la política mundial el espacio sólo puede ser dividido entre Estados existentes y Estados en-vías-de-formación. Otros modos de organizar la política geográficamente (como las políticas basadas en el parentesco, las ciudades-Estado, los Imperios clásicos como el otomano de Turquía y el manchú en China o las confederaciones) son consideradas como reliquias o como Estados «realmente» territoriales pero disfrazados (es decir, que pueden ser considerados «como si» fueran Estados reales). Los Estados territoriales son los actores individuales de la imaginación geopolítica. Esta perspectiva, que elimina la gran diversidad de formas de gobierno que ha habido en todas las épocas para fundirlas en un solo tipo, suele ser mencionada como la «imagen westfaliana», a raíz del Tratado de Westfalia (1648), que acabó con las guerras religiosas entre católicos y protestantes que hubo en Europa al establecer

como norma la idea de una sola jurisdicción gubernamental sobre un único territorio.

La fuerza dinámica que aglutina los demás elementos de la imaginación geopolítica moderna es la consagración a la idea de que la lucha por los intereses de un Estado (normalmente, el mío o el tuyo) o la *seguridad* respecto a todos los otros es algo necesario para alcanzar la seguridad ontológica personal. El mundo moderno se considera como un mundo de incesante pugna por la supremacía: para dominar el mundo económicamente (según explicaciones recientes) o para convertirlo en un imperio mundial (según interpretaciones más comunes). El cuarto capítulo se ocupa de tres cuestiones que surgen de esta concepción de la política mundial: ¿qué convierte una gran potencia en un posible Estado «hegemónico»? Esa cuestión nos lleva a prestar atención a dos características fundamentales de la reflexión acerca de la competición interestatal: los porcentajes desiguales de crecimiento económico y la anarquía internacional. Le siguen otras dos cuestiones: ¿en qué circunstancias histórico-geográficas ha sido posible la lucha por la supremacía?, y ¿es ésta todavía posible a comienzos del siglo XXI?

Señalar esos «aspectos fundamentales» está muy bien. Pero ¿cómo han cambiado con el tiempo los fundamentos geopolíticos de la política mundial moderna? El capítulo 5 propone una explicación basada en las tres «eras de la geopolítica» en las que la imaginación geopolítica moderna ha dado muestras de rasgos y prácticas característicos. La primera, predominante en el siglo XVIII y principios del XIX, fue una geopolítica *civilizatoria*, en la que la comparación entre la civilización europea y el recién descubierto «resto del mundo» desempeñó un papel fundamental. La segunda, que abarca desde finales del siglo XIX hasta 1945, el período en que la geografía política se establece como disciplina, fue una geopolítica *naturalizadora*, en la que el carácter «natural» de los Estados como depredadores y competidores ocupó un lugar clave. La tercera, vigente durante los años de la Guerra Fría, fue una geopolítica *ideológica*, fundamentada en la división del mundo sobre la base de una diversidad de ideas sobre cómo organizar mejor la vida política y económica («socialismo» *versus* «capitalismo», etc.). Aunque los «principios» de la geopolítica expuestos en los capítulos 1 al 4 permanecen vigentes no han ejercido siempre la misma influencia. Así pues, en el marco de una continuidad general podemos señalar diferentes épocas en que las representaciones y prácticas geográficas implícitas en la política mundial han experimentado cambios importantes.

Por último, el capítulo 6 examina qué grandes cambios políticos recientes (como el final de la Guerra Fría) y qué cambios tecnológicos y económicos (como aquellos asociados con un incipiente capitalismo de la información y la globalización, los llamados conflictos entre civilizaciones y el rol de única superpotencia de los Estados Unidos) podrían pronosticarse para el futuro de la imaginación geopolítica y para la geografía política que sigue vinculada a ella. ¿Se trata de una nueva época de geopolítica postmoderna o, como creo más probable, de un orden geopolítico incipiente dominado por el intento de EE UU de fomentar la globalización pero que se ve frustrado por la debilidad económica nacional de EE UU, una extendida nostalgia por un supuesto pasado de territorios nacionales «seguros» (en Estados Unidos tam-

bién) y la incapacidad de tratar con adversarios no estatales (como las redes de terror global y los traficantes de drogas) y para tratar fácilmente con las soberanías de Estados que se desintegran y las crisis humanitarias que se producen a continuación? Ante el grado en que muchas elites políticas y muchos intelectuales de todos los colores políticos permanecen apegados a ella, la imaginación geopolítica moderna parece dispuesta a crear al mundo más tribulaciones que progreso en los años venideros.

El último capítulo (el capítulo 7) señala las premisas fundamentales del enfoque adoptado en este libro y hace un repaso de las críticas que pudieran hacérsele. Después reúno los argumentos de capítulos anteriores para alegar que para comprender la geografía política global es preciso un reordenamiento aparte del marco de referencia de la imaginación geopolítica moderna. Este nuevo enfoque no daría prioridad a ciertas escalas geográficas de análisis, como la global y la nacional, por su supuesta especial relevancia. En lugar de ello el replanteamiento del análisis geopolítico llevaría a hacer hincapié en el modo en que cambian con el tiempo las relaciones entre las distintas escalas y las redes entre lugares. Este planteamiento aparta el pensamiento de los horizontes políticos que giran en torno al Estado y lo dirigen a una visión más pluralista de la organización política del pasado y del futuro. Esta imaginación alternativa podría contribuir a reflexionar y empezar a poner en práctica una política mundial que deje de estar sometida a la depredación de la imaginación geopolítica moderna.

Recapitulando el libro en su conjunto, la política mundial puede ser analizada desde el punto de vista de una serie de principios que en conjunto constituyen la imaginación geopolítica moderna. Pero también hay que examinarlos respecto a la forma en que se han aplicado en diferentes épocas históricas. Al usar el análisis de la imaginación geopolítica moderna como manera de cuestionar la política mundial es posible dar una nueva estructura narrativa a la historia mundial moderna (capítulos 5 y 6), determinando con ello las explicaciones y prácticas geopolíticas decisivas en que siguen basándose la política mundial y muchos de los enfoques utilizados para entenderla (capítulos 1 a 4). El hecho de que ya ha dejado de ser suficiente, pese a que se le reconozca cierta lógica o al menos cierta inevitabilidad en épocas anteriores, y que ahora es preciso sustituirlo por un método diferente de explicación de la geografía política mundial y empezar así a hacer una política mundial distinta es el tema implícito en el libro en su conjunto.

CAPÍTULO 1

VISUALIZANDO EL ESPACIO GLOBAL

Al hacer un análisis de la imaginación geopolítica moderna, es decir, del modo en que la política mundial se ha representado y la repercusión en ella, geográficamente hablando, tanto de sus principales actores como de los analistas de los últimos doscientos años, se debe empezar por los orígenes y el desarrollo de la capacidad de ver el mundo como un todo. Desde este punto de vista, el mundo «moderno» se definió gracias a la capacidad imaginativa para trascender los límites espaciales impuestos por la vida diaria, y contemplar el mundo como una imagen, concebirlo y aprehenderlo en cuanto tal. Por tanto, la imaginación geopolítica es uno de los elementos que definen la modernidad. Su rasgo más característico es la concepción del mundo como una sola entidad físico-política, aunque esté dividida, un logro de la imaginación imposible antes del encuentro de los europeos con el resto del mundo que comenzó a finales del siglo XV y principios del XVI.

Han sido dos las características de la visualización del espacio global que surgieron con la era de los descubrimientos europeos. Desde entonces, se han reproducido tanto en los principios que han regido el pensamiento geográfico como en los procedimientos del arte de gobernar. La primera característica, más presente en investigaciones recientes, es que la visión del mundo-como-una-imagen, como un todo ordenado, estructurado, separa al que lo está viendo del propio mundo. El observador se mantiene fuera del espacio terrestre, por así decirlo, y lo conceptúa como algo separado y previo a las personas y lugares que contiene. Esta parece ser una perspectiva europea en sus orígenes, ligada a la separación renacentista del observador y del mundo, y una forma de conocimiento que concibe la vista como el más «noble» de los sentidos humanos. Lo que se «ve», incluso desde la perspectiva que ofrecen herramientas como los mapas, es lo que existe. El mapa es un informe exacto de lo que hay; el mundo y su representación serían lo mismo. Como reacción a este ensalzamiento de una visión determinada y a la falta de escepticismo sobre sus consecuencias, gran parte de la filosofía más reciente se ha mostrado tremendamente reticente respecto de lo visual y de lo que Martin Jay (1993: 14) denomina «su papel hegemónico en la era moderna». Estas dudas ya aparecían en la filosofía de Friedrich Nietzsche (1844-1900) así como en el feminismo y en otras filosofías críticas de la «visión objetiva» (*view from nowhere*); no existe un conocimiento puro, atemporal, objetivo, sin referencia geográfica; ni razón pura, ni conocimiento absoluto o inteligencia absoluta. Todo lo que se ve y se conoce es una perspectiva, adoptada desde un punto de vista determinado. Desde este punto de vista, la objetividad real

no estaría en la difusión de una única perspectiva condicionada por una determinada experiencia histórica sino en el recurso a tantos ojos —perspectivas— como sea posible. No existe la perspectiva única objetiva.

La segunda característica de la visualización global es que el mundo situado más allá del horizonte es caótico y peligroso. Los malos espíritus y las zonas oscuras que aparecían en los márgenes de los primeros mapas modernos, y que hacían referencia a lugares «desconocidos» y presumiblemente peligrosos, se situaron dentro del propio mundo, para representar sin temor diferencias políticas, religiosas y de civilizaciones. Así pues, una imagen única del mundo no estaría constituida por elementos iguales y pacíficos sino por una jerarquía de lugares, de lo conocido a lo desconocido, de lo más seguro a lo más peligroso. La representación más conocida de este tipo es la dicotomía global Oriente-Occidente, donde Occidente es totalmente opuesto a Oriente, y desde la cual se entiende que Occidente debería de ser un ejemplo para Oriente. Este antagonismo, con raíces en la Antigüedad europea, sirve como plantilla geográfica sobre la que se pueden cartografiar diferencias locales, que resultan así comprensibles sólo por estar ubicadas en una representación más amplia. Las diferencias locales tendrían sentido por su vinculación con diferenciaciones mundiales, no en cuanto diferencias locales *per se*. Lo local *sólo* tendría significado en relación con lo global, porque no se pueden entender las diferencias sin una referencia global. Este es el atributo de conexión en virtud del que lugares específicos se insertan en un marco de referencia geográfico global.

La idea de que Occidente es una civilización está en sus mismos fundamentos, y diferencia a Europa y a sus derivados ultramarinos, en particular los Estados Unidos, del resto del mundo. De hecho, definir y defender «Occidente» en estos términos es un proyecto de carácter civilizatorio, un intento de proporcionar un barniz de homogeneidad cultural a una parte del mundo que de otro modo presentaría profundas divisiones geográficas y numerosos conflictos históricos. Hoy en día el término se aplica casi exclusivamente a las medidas de los gobiernos de EE UU, que se presentan como portavoces de la totalidad de Occidente. Pero sus orígenes se encuentran en la geografía binaria que se estableció al principio, cuando los europeos se encontraron con un mundo que hasta entonces no habían conocido.

Este capítulo trata sobre los orígenes y la evolución de estas características de la visualización global. Comienzo con los orígenes renacentistas de esa visión del mundo desde más allá de sus límites: la visión objetiva que se produce desde ninguna parte. Expongo un argumento acerca de la manera en que esta perspectiva (tanto en el sentido teórico como en el visual de la palabra) fue explicada y divulgada en el marco de una concepción empirista del conocimiento, que designaba la vista como el sentido humano más importante. Con relación a la segunda característica, indicaré algunos de los orígenes del pensamiento geográfico binario, en especial de la oposición entre Oriente y Occidente, y expondré cómo se han ido fortaleciendo históricamente recurriendo, por ejemplo, a cosmologías imperiales, economías coloniales, planteamientos de la geopolítica formal, analogías históricas y tecnologías de la información. La idea del mundo como un todo y como algo peligroso no fue algo que surgiera en un momento determinado y que se fuera reproduciendo de la misma for-

ma sin ambigüedades ni cuestionamientos. La visualización del espacio global implicaría la adaptación de estas características al contexto más amplio de la imaginación geopolítica moderna.

I. VER EL MUNDO COMO UN CONJUNTO ESTRUCTURADO

Son los acontecimientos, más que las ideas, los que atraen la atención popular. Ni Galileo, con su refutación del geocentrismo, en el que el planeta Tierra fijo e inamovible era el centro del cosmos, ni tampoco el anónimo descubrimiento de que el Sol es una estrella, lograron que se cayera en la cuenta de que la Tierra es un objeto esférico que da vueltas y en el están conectados todos los lugares de la superficie. Quizá fue el regreso de la tripulación de Magallanes de la primera circunnavegación conocida de la Tierra, en 1522, lo que lo demostró. Es cierto que el explorador portugués no logró volver, pues fue asesinado en lo que más tarde se llamarían las Islas Filipinas (tras el reinado de Felipe II de España). «Los europeos» según una cita de J. H. Elliot (1991: 10) «habían encontrado espacio, y lo encontraron a una escala inimaginable. Pero, paradójicamente, a la vez que su mundo se expandía, también comenzaba a encogerse. Un globo abarcado pasaba a ser un globo reducido». A partir de entonces, Europa dejó de ser el mundo y el mundo dejó de ser el centro del universo. Esta circunstancia tuvo consecuencias revolucionarias tanto para la visión europea del mundo como para el significado de la vida:

> Si la Tierra gira diariamente, el cielo y el infierno no podían estar donde se había pensado, y, entre los pensadores más racionales, surgió un escepticismo creciente acerca de su existencia. El demonio sin infierno no era plausible. Dios sin el cielo era inconcebible, al menos el Dios medieval; aquí terminaba su lógica (Manchester, 1992: 295).

La popular concepción vertical del universo (la Gran Cadena del Ser) que unía a los mortales europeos con el resto del universo, era puesta en duda por una serie de límites horizontales que mostraban una nueva visión del mundo y del lugar que tenía Europa dentro de él. Era preciso disponer de un marco para comprender este nuevo mundo y, aunque en forma rudimentaria, no tardó en aparecer.

El redescubrimiento de Ptolomeo (que vivió del 90 al 168 d. de C.) en el Renacimiento suministró un modelo de la estructura del mundo muy oportuno. Fue resumida, usada como modelo y popularizada, sobre todo, por Sebastián Munster en su *Cosmographia universalis* (1550). La cosmografía de Ptolomeo (una representación del mundo en la que los fenómenos que había que estudiar tenían su propio lugar) presuponía un mundo global sin más límites que sus polos, regiones y zonas (Figura 1.1). Tal y como se revelaría en los siglos siguientes, este modelo era incorrecto en muchos aspectos; por ejemplo, suponía que las zonas glaciales y las desérticas eran inhabitables para los humanos, que existía una simetría exacta entre los hemisferios Norte y Sur, y que América no existía. Al estrecharse el mundo de Norte

a Sur y mostrar dos bloques unidos por tierra, presentaba una organización diferente de la del Viejo Mundo, en la que figuran los tres continentes: Europa, Asia y África. Sin embargo, el modelo de Ptolomeo era un buen sustituto de la visión medieval. La principal ventaja que presentaba era la posibilidad de rellenar los espacios «desconocidos», a medida que los viajes iban ampliando la perspectiva y que el incentivo del comercio y la conquista hizo que aumentaran las especulaciones y preguntas sobre las zonas «no visitadas». Ante todo,

> este modelo, evidentemente incorrecto, resultó fructífero en virtud de su propio anacronismo. Ofrecía a los geógrafos un lienzo vacío en sus tres cuartas partes, sobre el que podrían inscribirse los contornos de nuevas tierras «inventadas» o descubiertas; una estructura abierta y cerrada a la vez, llena e incompleta, que representaba la construcción ideal en la que acoger, con sus localizaciones estimadas y dispares, los «trozos» de espacio que los navegantes traían a la vuelta de sus largos viajes (Lestringant, 1994: 7).

Sobre este «lienzo» podían ponerse en práctica las «ficciones cosmográficas», como la búsqueda de la conexión entre el Norte y el Oeste o un continente meridional, que inspiraron tantos proyectos personales y nacionales de exploración y

Figura 1.1 *El mundo de Ptolomeo, según la edición romana de 1409.* Originalmente compilada en Alejandría, la guía geográfica de Ptolomeo fue conservada para la posteridad por estudiosos árabes y bizantinos. Traducido de un manuscrito griego al latín, en 1409 en Florencia, las ediciones impresas sólo se difundieron ampliamente en la Europa de las últimas décadas del siglo XV.

FUENTE: Crone (1978)

conquista. Muchas de estas «ficciones» resultaron ser patrañas, resultado de afirmaciones realizadas sin ningún fundamento, pero otras descubrieron cosas por casualidad, lo que alentó más exploraciones y descubrimientos con independencia de lo equivocado o excéntrico de sus orígenes. Un buen ejemplo de una patraña que resultó fructífera por casualidad es la expedición de Sebastian Cabot de 1508, que supuestamente había sido la primera en buscar el Paso del Noroeste dando la vuelta a América del Norte en ruta hacia Asia. Un estudio reciente ofrece pruebas convincentes de que «todo el viaje de Cabot fue ficticio, que en realidad nunca salió de Inglaterra» (Roberts 2001: 6).

La difusión tanto de las conjeturas como del conocimiento del mundo basados en Ptolomeo se refleja claramente en los mapas del mundo realizados desde los siglos XVI al XIX. A principios del siglo XVI, los mapas originales de Ptolomeo se impusieron en Europa. Sin embargo, las rivalidades nacionales no tardaron en alentar el esfuerzo de los cartógrafos por estar al día de los últimos descubrimientos (e incluso adelantarse a ellos). En 1489 Henricus Martellus, aunque continuaba ateniéndose al modelo de Ptolomeo, introdujo una nueva línea costera de Sudáfrica, que tenía en cuenta el viaje de Díaz realizado tres años antes. En 1506 Giovanni Contarini presentó el perfil completo de África e incluyó los descubrimientos de Colón. En 1507 Martin Waldseemüller «previó un a América completamente insular más de 270 años antes de que Cook demostrara finalmente que estaba completamente separada de Asia» (Zerubavel 1992: 84). En 1529, Diego Ribeiro utilizó los escritos de Antonio Pigaffeta sobre el viaje de Magallanes para diseñar un nuevo mapa del mundo. Por último, el mapa de Blaeu, publicado en los Países Bajos en 1648 para celebrar la Paz de Westfalia y toda una representación simbólica del mundo estadocéntrico que comenzaba a instituirse, mostraba gran parte de la Australia y Nueva Zelanda que había descrito Abel Tasman tras su viaje en 1642-43. Así pues, a mediados del siglo XVII los pensadores y líderes políticos ya sabían que vivían en un mundo que tenía un contorno definido, aunque su conocimiento fuese incompleto, según los criterios del siglo XXI.

Estos mapas, normalmente especulativos, compartían dos características. Una de ellas, también presente en los mapas a escala reducida de épocas pasadas y futuras, era un permanente etnocentrismo. Europa está situada en el centro de los mapas (especialmente en la popular proyección de Mercator), lo que transmitiría un sentimiento de la centralidad ideológica de Europa. Un mapa o una compilación de mapas en un atlas tienen muy poco de neutralidad. Pueden transmitir un mensaje respondiendo a una «visión del mundo» concreta; por ejemplo, los mapas británicos de las colonias americanas del siglo XVIII incluían grabados y recuadros que vilipendiaban a los franceses, estereotipaban a los esclavos africanos, eliminaban a los indios cartográficamente antes de que fueran eliminados físicamente, y mostraban asimismo la extensión de los dominios británicos sobre un atractivo paisaje. La segunda característica es la representación jerárquica del espacio, señalando y nombrando lugares según la importancia social y geopolítica que tuvieran. El poder de los mapas residiría en ocultar esas características bajo un barniz de objetividad. El criterio selectivo introducido en la elaboración de mapas nunca se pone de mani-

fiesto. El lector tiene que asumir que los mapas son una descripción fiel de lo que está «ahí fuera», en el mundo que está fuera del alcance de su experiencia directa. Los mapas transmitirían una imagen del mundo sin la mano intermediaria del cartógrafo. ¿Lo que allí aparecía era lo que allí había?

Por tanto, el cosmógrafo moderno presentaba una serie de diferencias con respecto al antiguo. La primera tenía que ver con la percepción del espacio, que ya no era algo totalmente abstracto. El horizonte podía cruzarse, hecho que transmitía una sensación tanto de ubicuidad como de omnipotencia que le había faltado a Ptolomeo. El mundo podía ser pensado y experimentado como si fuera un conjunto; de hecho, la navegación en mar abierto requería un posicionamiento preciso de la ruta en relación al mundo. Otra diferencia era que cada vez se tenía una mayor experiencia directa del mundo, algo que confería a los viajeros la autoridad para hablar acerca de donde habían estado según su propio criterio de la ubicación de aquellos lugares. El haber estado en algún sitio daba licencia para especular sobre cualquier sitio. Los antiguos sólo podían hacer conjeturas; pero el nuevo conocimiento del mundo se basaba en una amalgama de visiones personales, fantasías y especulaciones. La cosmografía moderna, a la vez que recurría a la Antigüedad griega para encontrar su modelo, lo vinculaba al astrolabio, al globo del navegante y a la ingenua experiencia del narrador-observador. La tercera diferencia, que reflejaría la etimología de la palabra griega *cosmos* —raíz tanto de cosmografía como de cosmética—, era la atención estética que reciben la singularidad y belleza de los objetos. Al principio, lo único que importaba era la singularidad de lo que era descubierto, por la variedad empírica que suponía, como en el caso del cosmógrafo francés Thevet. El asombro y la novedad que presentaba el mundo descubierto y la cantidad de información nueva era difícil de clasificar teóricamente (Ilustración 1.1). Pero con el surgimiento de disciplinas que se ocupaban de los fenómenos más diversos, se puso orden en la inmensa variedad del mundo basándose en la experiencia y el ejemplo europeo. Lo veremos en el capítulo 2.

El modelo cosmográfico, la proyección de una supuesta estructura de la geografía física sobre el mundo basada en los clásicos, se reformuló rápidamente. Los estudios más especializados de la Geografía (la descripción a escala global de mares, continentes y climas) y Corografía (regiones y paisajes) reemplazaron a la posición central de la Tierra dentro de un universo más amplio, propio de la Cosmografía. Sin embargo, la visión del mundo como un todo proporcionada por la Cosmografía es la que adoptarían las generaciones posteriores. Los viajeros llevaban con ellos la visión «de la nave espacial Tierra», aún cuando sus aventuras fueran desmantelando muchas de las suposiciones geográficas de la Cosmografía. En primer lugar, el Creador era sustituido por la «mirada» del observador, que hablaba con la autoridad que le otorgaba la experiencia. La visión objetiva pasó a ser el ideal moderno, y el conocimiento parcial (¿trabajo de campo?) justificaba el conocer la totalidad. Haber estado en algún sitio era equivalente a haber estado en todas partes. Las imágenes, más que las palabras, o lo que el geógrafo Denis Cosgrove (2001) denomina la «mirada racional y distante», daban credibilidad a la Geografía y a la Corografía que descendían de la vieja Cosmografía. En segundo lugar, el mo-

Ilustración 1.1 *Grabado alemán (ca. 1505) que muestra una representación de los topinambas de la costa de Brasil.* La imagen muestra una mezcla confusa de canibalismo y vida doméstica, lo que sugiere que su autor no estaba muy seguro de cómo reflejar los diferentes relatos sobre los topinambas y trató de recoger todo lo que había oído.
FUENTE: The Spencer Colection, New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundation

delo cosmográfico interpretaba el mundo como un todo, como un conjunto; un lienzo sobre el que podía pintarse el mundo moderno, cuyo centro era Europa. Descubrir no era tanto comprender el nuevo lugar, sino compilar y acumular conocimiento para traducir la variedad del mundo a categorías familiares para la mentalidad europea.

El Renacimiento europeo, sin embargo, determinó algo más que el redescubrimiento y reelaboración de la cosmografía de Ptolomeo: se descubrió la «perspectiva». Brunelleschi, el genial arquitecto del Duomo de Florencia, es, técnicamente hablando, el autor de la óptica de la representación artística en la que una estructura o una escena es contemplada desde una perspectiva lineal que el artista o el arquitecto utiliza para conseguir el efecto deseado sobre el observador. Siguiendo esta lógica, la interpretación de un edificio o de una pintura es posible gracias a una visión ordenada conseguida a través de un punto de mira exterior desde el cual todos los objetos aparecen con la misma luz. Esta idea de una misma mirada será clave no sólo en las artes pictóricas. La perspectiva lineal fue una de los componentes básicos de la «visión del mundo» renacentista. El lenguaje del conocimiento (perspectiva, visión, vista, visión del mundo) estaba plagado de términos claramente visuales. El mundo era un objeto separado del individuo que lo observa, que sólo se podía comprender adecuadamente si se entendía como un conjunto. En consecuencia, sus «partes» sólo tienen sentido por su relación con el todo. La perspecti-

va permite enmarcar, o establecer en un «campo de proyección», los objetos concretos en tanto que elementos de una totalidad ordenada.

John Berger (1972: 16) ha resumido las implicaciones del nacimiento de la perspectiva como principio que regía tanto el ver como el saber:

> La perspectiva, convención propia del arte europeo que fue utilizada por primera vez en el Renacimiento, concentra todo en el ojo del observador. Sería como en el haz de luz de un faro, sólo que en vez de que la luz se desplace hacia fuera, son las formas las que parecen moverse hacia adentro. Esta convención llamó *realidad* a las apariencias. La perspectiva convirtió al ojo en el centro del mundo visible. Todo convergería en el ojo, punto de fuga* en el infinito. El mundo visible se ordena para el espectador de la misma manera en que una vez se había imaginado el Universo como algo ordenado por Dios.

La idea de un espacio uniforme que aparece ante el observador apoyaba esta forma de ver, en la que el campo visual tendría unos límites precisos, pero lo que se ve siempre será conceptuado en referencia a ella. Esta concepción iría en consonancia con el momento económico. Los objetos —por ejemplo, aquellos que estuvieran dentro del campo visual— no tendrían valor más allá de su relación con ese campo, que sería equivalente al valor de cambio del producto en el comercio capitalista. Por tanto, el surgimiento de la perspectiva, al liberar al conocimiento de la subordinación a textos antiguos, afianzó la tendencia hacia la cosificación del mundo propia del comercio, lo cual permitió que el mundo fuese dividido en cuadrículas y reproducido a través de proyecciones. Esta cuantificación del mundo en segmentos y trozos precisos —de acuerdo a la latitud y la longitud, por ejemplo— era posible gracias a la visualización del mundo como un todo. A partir de entonces, los dominios «planetarios» podían ser utilizados para controlar vías y rutas de circulación. De esta manera, el espacio global fue «jerarquizado» y ordenado en zonas con mayor o menor significado según su grado de adecuación a unas actividades y comportamientos. Así pues, las técnicas para ordenar la superficie terráquea fueron fundamentales en el desarrollo de la imaginación geopolítica moderna.

La idea del conocimiento *perspectivista*, al ser algo tan familiar, parece algo natural. Sin embargo, pese a tener ciertos antecedentes, supuso un cambio revolucionario en la concepción de las relaciones entre el sujeto y el mundo —y con los otros—. El sujeto pasaba a estar fuera del mundo (como observador) y dentro del mundo (como actor): para proceder como actor necesitaba ser observador. Antes no existía esa separación entre el conocer y el hacer. En lugar de basarse en las particularidades de lo local, el conocimiento moderno necesitaba un marco *a priori* en

---

* En la teoría de la perspectiva, el «punto de fuga» es aquel punto en que el rayo principal corta la tabla o plano óptico, y hacia el cual concurren las líneas perpendiculares en el infinito. Por ejemplo, las vías del tren que, al ser paralelas parecen juntarse en el horizonte, lo harían en el punto de fuga [*N. de la T.*].

el cual pudiera encuadrarse el conocimiento acerca de lugares y poblaciones. El orden podía descubrirse creando una distancia entre el observador y lo observado, e interpretando lo que se observaba en relación con ese marco. El observador europeo, comerciando y conquistando a la par que mirando, veía el mundo «como una sola *entidad* diferenciada, integrada y jerárquicamente ordenada» (Gregory, 1994: 36), en la que él —normalmente era un él— era tanto el árbitro externo que juzgaba sobre la verdad de las partes como el agente principal de la creación de un mundo integrado donde anteriormente no lo había.

El modelo científico tradicional fue construido sobre esta base *perspectivista.* El escepticismo acerca de la capacidad de comprensión que se podía obtener de las explicaciones de textos o libros sagrados —que quizá procediera del cuestionamiento de la autoridad tradicional por parte de la Reforma protestante, algo curiosos por las afirmaciones bíblicas en las que se basaba— ocasionó que se enfatizara la importancia de las virtudes de la «observación directa» de los hechos, que podían cartografiarse y así ser sometidos a una verificación independiente. Una conducta orientada a la consecución de reproducciones cada vez más precisas impidió que la inevitable discriminación de hechos representados que hacen los mapas y otras representaciones del mundo, por más sofisticadas que resultasen, fuese cuestionada críticamente. En lugar de reflejar el mundo a secas, los mapas convencionales contribuyeron a constituirlo. Al enmascarar la selección que llevaban a cabo bajo la afirmación empírica de que ofrecían representaciones exactas, suministraron un poderoso medio de representación del mundo como un todo, como si existiera independiente o separadamente de todos los intentos de conquistarlo, someterlo o explotarlo.

Sin embargo, no era inevitable trazar una conexión entre la globalidad y la jerarquía. El hecho de ver el mundo en su conjunto, aunque fuera una práctica selectiva, podía implicar un sentimiento de destino común, de una humanidad común conviviendo en armonía planetaria, cualesquiera que fuesen sus diferencias locales. De hecho, esa era la visión de algunos europeos. El cosmopolitismo, propio de la Ilustración, del filósofo alemán Herder (1744-1803) representa, por ejemplo, una versión en la que sólo existe una raza humana y una razón humana, siendo el clima y otras características geográficas lo que explicaría las diferencias que existen entre culturas. En este argumento no pueden existir culturas superiores, ni grupos o naciones cuyos miembros sean más «humanos» que otros. Pero era la experiencia europea la que determinaba el criterio de lo que podía considerarse «la humanidad». De hecho, la experiencia europea definió lo que debía ser la «humanidad»: una única naturaleza humana basada en atributos «universales», que eran las más de las veces proyección de los atributos europeos.

Finalmente, prevalecieron las posturas más jerarquizadas, las más acordes con el crecimiento del capitalismo y el desarrollo de los Estados territoriales. Factores como el desarrollo desigual que conllevó el mercado mundial y la industrialización europea, la vinculación entre modernidad y subdesarrollo para entender cómo ocurrían estos procesos (ver capítulo 2) y la definida jerarquía entre Estados (ver capítulos 3 y 4) ahondaron la convicción de que los lugares estaban ordenados jerárquicamen-

te en la escala mundial. En concreto, la reacción del romanticismo en el siglo XIX al racionalismo ilustrado se unió a las viejas ideas *perspectivistas* del «carácter nacional» que afirmaban la superioridad de la condición humana y de la capacidad de visión perspectiva de determinadas nacionalidades europeas. Cuando Gran Bretaña se convirtió en la potencia hegemónica mundial, el «sentido común» inglés, basado en la veneración empirista a la exactitud de las representaciones (como los mapas) que revelaban la realidad de más allá del horizonte, se estableció como el criterio para juzgar «cómo son las cosas». Las innovaciones tecnológicas, como la máquina de vapor, el telégrafo, el teléfono y las técnicas asociadas para ordenar el mundo en zonas horarias —y hacer posibles los horarios de los trenes y las máquinas de vapor—, ahondaron la sensación de un «mundo integrado» que podía ser representado y entendido de una manera simple y llanamente empírica.

El conocimiento que partía del mundo como un todo *horizontal* pero jerárquicamente organizado se institucionalizó como la alternativa moderna a la Gran Cadena del Ser *vertical*—que conectaba lo sobrenatural con los mundos humanos—, que había sido la cosmología imperante de otras civilizaciones más antiguas. Los contenidos particulares podían diferir, dado que los intelectuales de Estado mezclaron sus propios mitos nacionales con la estructura general de la imaginación geopolítica; pero en el siglo XIX en todas las grandes potencias y en los Estados que aspiraban a serlo se generalizó la tendencia a diseñar estrategias y opciones dentro del un marco de referencia mundial.

II. GEOGRAFÍAS BINARIAS

Es bien sabido que todas las sociedades definen límites entre ellas y otras. El «mundo» allende el horizonte es amenazante a la vez que tentador. La zona de lo peligroso y diferente repele y atrae a la vez. Al mismo tiempo, las sociedades sólo pueden existir definiéndose a sí mismas en contraposición a algo exterior, un Otro sin el que el *Yo* no puede entenderse como algo distinto. La sociedad «europea», la misma idea de Europa como una entidad socio-geográfica coherente, sólo pudo surgir en referencia a lo que no lo era y en relación con dónde empezaba y terminaba. Dentro de Europa, igualmente, la naturaleza de las diferentes sociedades sólo podía conocerse con respecto a lo que las demás no eran. No todas las sociedades, sin embargo, son capaces de imponer sus cartografías de la diferencia y el peligro sobre otras. Aquí es donde entraban en juego los recursos materiales. Los europeos han sido capaces de hacer a escala mundial lo que sólo los grandes imperios como el romano o el chino habían hecho a nivel más restringido: imponer límites geográficos sobre los demás durante un largo período de tiempo. Así, las diferencias locales han sido invariablemente asimiladas en una taxonomía geográfica global realizada según criterios europeos.

La división más básica era la que existía entre Europa y el resto de los continentes. El mapa mundial más antiguo que ha sobrevivido (del siglo VII d. de C.) representaba tres continentes, Asia, Europa y África, no tiene un océano circundan-

te —a diferencia probablemente de otros más antiguos— y presentaba una gran extensión deshabitada al este. El límite entre África y Europa es el Mediterráneo, entre África y Asia el río Nilo, y entre Europa y Asia el río *Tanais* (el río Don) y el *Meotides Paludes* (el mar de Azov). El mapa está literalmente «orientado», alineado al Este, donde sale el sol y donde, supuestamente, estaba el Paraíso. La idea de que los hijos de Noé poblaron los tres continentes después del Diluvio Universal se refleja en los nombres del mapa. Sem recibe Asia, Cam África, y Jafet Europa. Así, las narraciones judías y cristianas del Génesis y de lo que pasó tras el Diluvio se incorporan al mapa con Jafet (el precursor de la Europa cristiana, de acuerdo con las narraciones de la época) que se identifica con el continente cristiano. Sin embargo, este no fue un argumento muy aireado hasta el siglo XV, cuando la identificación de Europa con la cristiandad se convirtió en algo habitual. En este momento el límite entre Europa y Asia se desplazó considerablemente hacia el oeste como resultado de las divisiones dentro del cristianismo (la separación entre ortodoxos y romanos), el resurgimiento de la autoridad papal en Europa occidental que siguió al Gran Cisma de 1378-1418 y la amenaza que suponía la expansión del Imperio otomano. El conjunto de estos factores produjo una definición «civilizatoria» de Europa en la que el término de *Respublica cristiana* se refirió a Europa y el adjetivo «europeo» fue usado por primera vez (ambos por parte del papa Pío II, 1458-64).

Este sentimiento de unidad cultural fue reforzado por dos tendencias intelectuales relacionadas entre sí. Una era la difusión de un «ideal» de educación basada en la lectura de autores griegos y romanos (también llamados clásicos) en su lengua original. Esta educación humanista unía a las elites de los países europeos, a la vez que aumentaba la división política entre ellos con el surgimiento del capitalismo mercantil y la formación de los Estados. La segunda era la tendencia a remontarse a los griegos y los romanos para dotar a Europa de una genealogía sobre la cual podía asentarse su unidad. Los europeos de los siglos XIV y XV, aunque eran mayoritariamente descendientes de las tribus que se habían extendido por Europa en los tiempos de la caída del Imperio romano, y no habían vuelto a tener contacto con el mundo antiguo hasta el Renacimiento, se apropiaron con avidez del pasado «clásico». La manera convencional de entender los nuevos mundos con que los europeos se habían topado de Colón en adelante fue asimilarlos al «propio» pasado unitario de Europa: al tránsito de lo pagano y bárbaro a lo cristiano y civilizado. Fue Roma, sobre todo, la que suministró el modelo político y el lenguaje para los florecientes Imperios europeos: el español, el francés y el británico. Esta «dependencia imaginativa de lo nuevo respecto a lo viejo» (Pagden, 1994: 12) contribuyó a definir lo que debía de ser un Imperio y también aportó una serie de principios comunes en torno a los que se organizó la competencia imperial. Cada uno de los Imperios europeos podía considerarse a sí mismo como el heredero del manto imperial de Roma, al mismo tiempo que la competición que existía entre ellos situaba a los principales participantes en Europa. La imitación de Roma —sino de Cristo— sólo era posible dentro de los límites de Europa. Así pues, la división clásica entre Europa y Asia, que se remontaba a los griegos, fue reciclada para dar al concepto de Europa cierta independencia del concepto de Cristiandad.

Las teorías políticas del Renacimiento ahondaron esta división entre Europa, África y Asia. Una de ellas consistía en la invención del concepto de «equilibrio de poder», que fue utilizado, desde los tiempos del teórico político florentino Maquiavelo (1469-1527) en adelante, para referirse exclusivamente al equilibrio entre Estados en Europa. En otra teoría se contraponían las prácticas políticas europeas y las del resto del mundo. Asia u «Oriente», concretamente, se consideraban despóticos y carentes de formas plurales de organización política. Todo ello a pesar de la trayectoria histórica, tal como es descrita por Patricia Springborg (1992), de un Oriente más emprendedor e indómito en comparación con Occidente, inactivo y carente de participación popular en la política hasta el siglo XX (véase también el capítulo 2). Esta inversión histórica, de acuerdo con Springborg (1992: 20), podría entenderse como un intento de «acotar el terreno, esperando, de este modo, crear hechos». Este argumento fue elaborado de una manera algo más general por Edward Said (1978: 54) en su libro *Orientalismo* cuando sostiene que los europeos se definieron a sí mismos negativamente —como hacen todos los grupos, se podría añadir—, es decir, en oposición a otros de quienes se desconocía su naturaleza:

> [E]l sentimiento de no ser extranjero está basado en una idea muy poco rigurosa de lo que está «ahí fuera», más allá del propio territorio. Surgen toda clase de suposiciones, asociaciones y ficciones que abarrotan el espacio situado fuera del propio.

El Mundo de Oriente, que Said considera decisivo en la definición del Otro que Occidente utiliza como referente para construir las «imágenes propias» *(self-images)*, era, en realidad, muy poco conocido. Este hecho supone una prueba más de que la imaginación geográfica no precisa de mucho contenido empírico (Fig. 1.2). Pero también es crucial entender, como el historiador Jerry Brotton ha demostrado, que también implicó la negación de las contribuciones de Oriente a la civilización europea: desde el mismo cristianismo hasta las innovaciones intelectuales, artísticas y en el campo de la navegación de los árabes y otomanos. Finalmente, quisiera hacer hincapié en el hecho de que esta construcción supone también hacer encajar una historia europea que fue más bien diversa desde la caída del Imperio romano en un molde continental. En otras palabras, el orientalismo implicó un occidentalismo paralelo que creó una imagen unificada de Europa a la vez que el mundo no europeo sufría la alineación y la sobresimplificación.

El cristianismo desempeñó un importante papel en las imágenes autoreferenciales de los europeos, pero alrededor del siglo XVIII comenzó a perder protagonismo. Para entonces Europa se concebía cada vez más como un centro de innovación artística e intelectual, factor que se había vinculado a una sensación de progreso material palpable, dando lugar todo ello a que se considerara que Europa era una nueva civilización. Esta conciencia no sólo produjo un creciente sentimiento de superioridad europea, sino que también dio origen a la idea de que existían «niveles» de civilización, con Europa a la cabeza, aunque existía la posibilidad de que otras regiones pudiesen alcanzar su grandeza si seguían los pasos de los europeos. Otros lugares y pueblos sólo se entenderían adecuadamente en

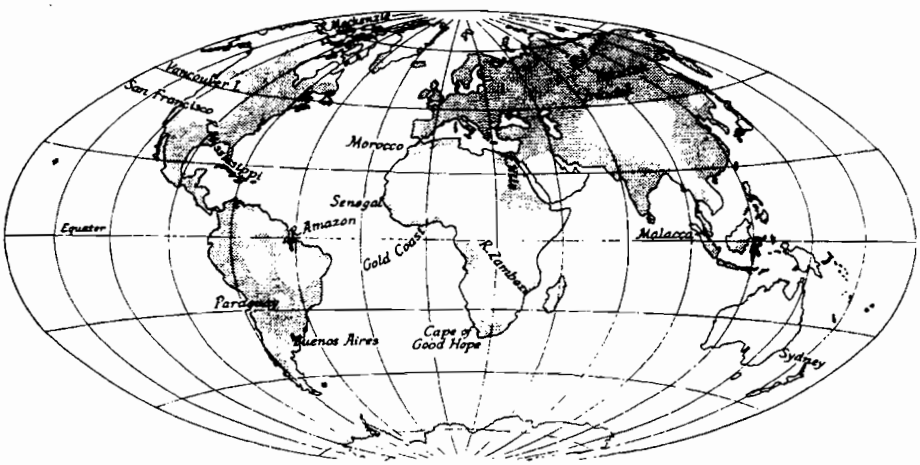


Figura 1.2 *El mundo tal como lo conocían los europeos alrededor de 1800.* Las áreas sombreadas representan aquellas zonas del mundo que eran «algo» conocidas por esas fechas.
FUENTE: Crone (1978)

relación con esta jerarquía cultural global. La gran división, entre Oriente y Occidente, trajo consigo otras divisiones más pequeñas, especialmente cuando las diferencias locales eran descubiertas en el transcurso de la exploración, mercantilización y conquista. Se desarrolló todo un acervo popular de saber taxonómico, que distinguía unas razas, regiones y naciones de otras según se situaran respecto a la diferenciación global más abstracta, la de Oriente y Occidente. Incluso dentro de Europa, la distinción entre Europa Oriental y Occidental fue importante para delimitar dónde «acababa» Europa y «comenzaba» Asia. No sólo las regiones más «exóticas», como las del Pacífico Sur o Brasil, dotaron de contenido al artificio intelectual de diferenciar Europa del Resto. Las clasificaciones raciales y culturales extraídas de la Europa «Oriental» fueron, cuando menos, más importantes, debido a la importancia fundamental de la división Europa/Asia para el resto de las divisiones geográficas.

La idea de raza fue fundamental para trazar las distinciones esenciales entre las diferentes partes del mundo. No tenemos evidencia de la existencia de una idea consciente de «raza» antes del siglo XVI, y dicha idea no alcanzó su «punto álgido» hasta finales del siglo XIX y principios del XX cuando las elaboradas distinciones del «racismo científico» reemplazaron a los antiguos métodos, más informales, para establecer límites raciales. En lugar de narraciones inciertas sobre Sem, Cam y Jafet, el género humano fue ordenado tras 1680 según diferencias de anatomía, temperamento y pigmentación. Irónicamente, al principio reapareció la diferenciación bíblica de los tres hijos de Noé ahora sustituida por la distinción entre norteños, meridionales y sureños, aunque ésta tuviese fundamentos más naturales que teológicos. Esas taxonomías posteriores se basaban en la fórmula tripartita, uniendo la apariencia física a las características culturales. No obstante, las diferentes razas se seguían

asociando con diferentes regiones mundiales y con etapas de desarrollo moral y económico.

Dentro de las amplias divisiones raciales de la humanidad, se recurrió a las más elaboradas para explicar los orígenes «nacionales» con argumentos raciales. Por ejemplo, el filósofo francés Montesquieu (1689-1755) reelaboró la reputación de los bárbaros del Norte, quienes hasta entonces se habían considerado como los destructores brutales del Imperio romano, al concebirlos como una de las «razas» con más tradición, arraigada a través de siglos al clima, al país y al suelo. Esta afirmación sirvió, y ha servido desde entonces, para legitimar un pasado racial «francés» independiente del de Roma. De hecho, todavía están presentes en la política francesa debates sobre este punto, y sobre el argumento contrario de que los orígenes franceses estarían en un mundo galo-romano, más antiguo aunque no originario; por ejemplo, en otoño de 1996, la llegada del Papa a Francia para celebrar el quingentésimo aniversario del bautismo cristiano de Clovis, rey de los francos, resucitó los antiguos debates sobre los orígenes raciales de Francia, incluyendo las disputas sobre si Clovis había sido o no el «primer francés».

El vínculo de lo local con las taxonomías geográficas globales e imperiales fue también propiciado por la diferenciación de los territorios según la función que desempeñaran dentro de la creciente división global del trabajo, que cada vez se entendía y se justificaba más en relación con el clima y otras diferencias medioambientales existentes entre diferentes lugares. Las historias naturales escritas en el siglo XIX empezaron a describir el mundo en términos de Norte *versus* Sur más que en términos de Oriente *versus* Occidente. Previamente, África no había ocupado un papel importante en la incipiente imaginación geopolítica, en parte porque para los europeos era desconocida e inhóspita, por lo que había sido algo más parecido a un espacio vacío que un lugar fundamental en la cartografía europea del mundo. Pero en el siglo XIX se produjo un cambio: los criterios civilizatorios dejaron paso a los argumentos científicos, y África, las Américas, Asia y Europa tenían que tenerse en cuenta en la gran organización horizontal global de las cosas y los espacios. El argumento fundamental era que los climas tropicales estimulaban la pereza mientras que los climas templados (¡como el europeo!) estimulaban la industriosidad y la innovación. Esta naturalización de las diferencias de actividad económica no tenía en cuenta, evidentemente, la cantidad de manufacturas y otras actividades «avanzadas» presentes en zonas climáticas distintas a las templadas hasta que fueron destruidas por la producción en serie europea y la subordinación de los mercados tropicales a los de las zonas templadas; todo lo cual no tenía relación alguna con el carácter intrínseco de estas zonas.

No obstante, el atractivo de esta caracterización para los europeos llega hasta el punto de que incluso en los relatos británicos de finales del siglo XVIII sobre el desarrollo económico y las diferencias culturales partían de la distinción, todavía poco elaborada, entre zonas frías, templadas y tórridas (especialmente entre estas dos últimas). En ocasiones llegaban a ser considerablemente sexistas, cuando el clima se asociaba con las diferencias de grado del deseo sexual, y el diferente status de las mujeres se vinculaba con las diferencias fundamentales de civilización entre las distin-

tas zonas. Para el escritor escocés Adam Ferguson —que escribía en 1767—, por ejemplo, los climas calientes eran zonas de pasión incontrolada mientras que en las zonas templadas había un mayor control. En concreto, las mujeres europeas eran vistas por muchos escritores como personas que gozaban de una serie de privilegios negados a sus hermanas del resto del mundo. Esta circunstancia elevaba la posición de las mujeres europeas sobre las mujeres de otras partes, y situaba en la categoría de fenómenos naturales las diferencias que existían respecto al comportamiento sexual —y a la gran variedad de prácticas culturales asociadas con él— entre diversos lugares. Mujeres en diferentes actitudes y situaciones (vestidas/desnudas) simbolizaban las diferentes regiones del mundo. Si en una publicación británica del siglo XVIII una *Britannia* con corona representaba a Europa rodeada por sus sirvien-

Ilustración 1.2 *Britannia coronada.* Un frontispicio de G. Child en *A New Collection of Voyages and Travels,* Vol. I (Londres 1745-47). La Britannia coronada, representando a Europa, está sentada sujetando su cetro, y flanqueada por sus sirvientas América, Oriente y África.

FUENTE: The British Library

tas América, Oriente y África (Ilustración 1. 2), en la mayoría de las representaciones África solía ser una mujer desnuda y Oriente una cortesana muy bien vestida rodeada de admiradores (Nussbaum, 1995: 67-69).

Debido a lo frecuentemente que se asociaban los lujos superfluos con lo femenino en los escritos del siglo XVIII, la naturalización de las diferencias condicionadas por las zonas climáticas también se asoció lo femenino con las áreas tropicales, de donde procedían la mayoría de los nuevos artículos suntuarios. Era la contrapartida global al omnipresente miedo que las elites políticas e intelectuales de la Europa del siglo XVIII tenían a la feminización de la cultura y la política:

> A medida que la riqueza procedía cada vez más de las colonias y los mercados financieros, y a medida que los cultivos nacionales se hacían más eficientes, los defensores de un ideal político ruralista (y masculinizado) se volvieron cada vez más defensivos. Se pensaba que el poder se trasladaba del campo a la ciudad, y lo que volvía al campo era la iconografía de los excedentes de la riqueza: parques y mansiones ocupadas la mitad del año por financieros millonarios, personalidades feminizadas [...] La creciente concentración de excedentes en manos de la aristocracia y de las clases medias burguesas se interpretaba como el abandono de una economía de la necesidad (subsistencia masculinizada) por una economía del deseo (superficialidad feminizada) (Simpson, 1996: 101).

La naturalización de la división binaria del mundo que se reflejaba en estas oposiciones alcanzó su cenit en los esquemas geopolíticos propuestos a finales del siglo XIX y principios del XX, que planteaban la división entre potencias marítimas y terrestres señalada ya por el escritor de la antigua Grecia Tucídides en su obra *La guerra del Peloponeso.* Dichos esquemas ampliaron el ámbito geográfico del enfrentamiento entre Atenas y Esparta al de los imperios comerciales marítimos (como Gran Bretaña) contra las potencias autárquicas terrestres (como Alemania y Rusia). Por fin la educación europea clásica mostraba su relevancia contemporánea. La ubicación geográfica en relación con los océanos y a las masas terrestres sugería una especie de «destino» geográfico contra el que cualquier acción era inútil, salvo para señalar las posibilidades u opciones que tendrían las distintas partes dependiendo de su ubicación relativa (véase el modelo geopolítico formal de Mackinder de 1904 en la Fig. 1.3). La analogía histórica desempeñó un papel importante al convertir este modelo en algo «de sentido común», alejándolo así de cualquier posibilidad de crítica. Por ejemplo, las referencias a la historia de las invasiones bárbaras de Europa procedentes de Asia hicieron creíble la caracterización, que hacía Mackinder, del «corazón continental» de Asia Central como un lugar amenazante y peligroso: ya había sido así en el pasado. El destino geopolítico que presuponía el modelo aportaba la «conexión temporal» o «un futuro para el pasado o un pasado para el futuro fundamentalmente tranquilizador» (Crocker, 1977: 37-39). Los modelos geopolíticos —y teorías generales similares que reducen las diferencias locales a contrastes físicos y ambientales globales— contribuyeron a estabilizar la conciencia de un mundo cada vez más pequeño en el que la rapidez de los

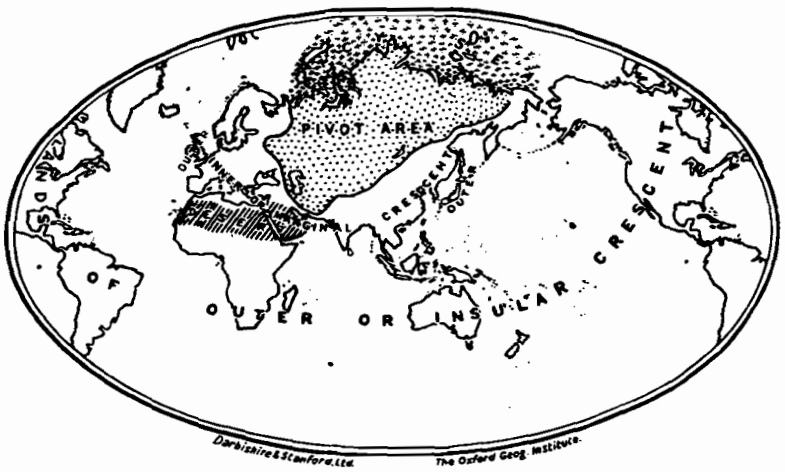


Figura 1.3 *Modelo geopolítico de Mackinder (1904).* Halford Mackinder (1861-1947) fue uno de los principales defensores de la geografía «al servicio del Estado», así como un miembro conservador del Parlamento británico durante varios años. Aunque revisó su modelo geopolítico varias veces, la estructura geográfica permaneció prácticamente igual: una «región pivote» *(pivot area)* o «corazón continental» *(heartland),* un «cinturón interior o marginal» *(inner or marginal crescent)* y un «cinturón exterior o insular» *(outer or insular crescent).*

FUENTE: Mackinder (1904)

cambios estaba a la orden del día. El mundo entero —incluso los imperios territoriales del momento— se había sumado al sistema de Estados constituido en Europa. Incluso Estados «de fuera», como Japón y Estados Unidos, aspiraban a seguir la trayectoria imperial de los europeos. A finales del siglo XIX también se produjeron cambios muy importantes en las estructuras espacio-temporales con la difusión del ferrocarril, los teléfonos, las líneas marítimas de transporte, las noticias sobre el extranjero, la fotografía y el cine, y los flujos comerciales y financieros. En un mundo de agitación política y económica los modelos geopolíticos ofrecían una certeza y una estabilidad muy atractivas.

Asimismo, ofrecían una visión del mundo de la que se podía afirmar que estaba basada en las características naturales de la tierra. No es que expresaran una «simple opinión»: lo contaban tal y como era. En un principio, no había ningún problema en que a partir de estos modelos los Estados establecieran sus perspectivas globales. La idea de que pudiese existir un modelo geopolítico formal alejado de los intereses de un Estado particular comenzó a ser problemática sólo cuando una gran potencia revisionista, como la Alemania nazi, pareció sucumbir a la perversa influencia de un aluvión de construcciones geopolíticas. No es de extrañar, por tanto, que los modelos geopolíticos formales, a fuerza de asociarse con los crímenes del régimen nazi en Alemania, tendieran a perder adeptos tras la Segunda Guerra Mundial.

Las doctrinas de la contención y las teorías del efecto dominó estadounidenses de la Guerra Fría (mencionadas en la Introducción a propósito de la guerra de Vietnam) recordaban a los viejos modelos geopolíticos, como el del «corazón continental» de Mackinder, a pesar de que les faltara el marco formal del escenario global que ofrecían estos modelos. La metáfora visual del efecto dominó resultó ser especialmente fascinante. Como ha puesto de manifiesto convincentemente el historiador Frank Ninkovich (1994: XVI), desde sus orígenes, como uno de los argumentos de Woodrow Wilson en pro de la participación de EE UU en la Primera Guerra Mundial, hasta la guerra del Vietnam, la «imagen metafórica de fichas de dominó derrumbándose» ligó a Estados Unidos a un «sistema firmemente unido», que no se regulaba «automáticamente» sino que requería la aplicación de la fuerza para evitar que la «reacción en cadena» alcanzase a la «última ficha»: los Estados Unidos. Las amenazas que procedían de un Oriente despótico y peligroso (representado por la Unión Soviética y la China «roja») que sólo se podían contener con la defensa de las fichas de dominó más próximas a la línea del frente; de lo contrario, todo estaría perdido, y un país tras otro caerían en manos enemigas en un proceso contagioso. En otra versión, se mantenía que el contagio sería parecido al efecto que tendría una manzana podrida sobre las que le rodean. En ocasiones, una especie de maniqueísmo religioso (antagonismo total entre el *status* religioso de las diferentes entidades) entraba en los cálculos del dominó: el infierno y el Demonio estaban en Oriente, tal y como habían estado situados en el «submundo» medieval que describió de una forma tan imaginativa el gran poeta medieval florentino Dante. El Otro satánico, o «Imperio del mal» para usar la expresión que utilizó el presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan para referirse a la Unión Soviética, era la única fuente de todos los males a los que se enfrentaba el género humano; pero que, en vez de enfrentarse a los más fuertes directamente, comenzaba atacando las partes más débiles para pasar luego a los eslabones más fuertes del ejército de los Justos. Los líderes soviéticos utilizaban representaciones similares —basándose más en metáforas de desarrollo y decadencia orgánica, más parecidas a la versión de la teoría del dominó de la «manzana podrida» que a la imaginería religiosa— para describir el gran conflicto global entre un experimento socialista acorralado y un mundo capitalista agresivo pero decadente.

Sin embargo, a mediados del siglo XX una serie de prácticas y representaciones espaciales dominantes ya avalaban la prolongada conexión entre las diferencias locales y la división binaria del mundo, que no tenía mucho que ver con los modelos geopolíticos formales. Una de ellas era la creciente interconexión entre las diferentes partes del mundo a medida que las economías coloniales daban lugar a que las regiones se especializaran en la producción de distintas mercancías (como el algodón en el sur de los Estados Unidos o las plantaciones de caucho en la Malasia «británica» y en las Indias Orientales «holandesas») que funcionaban como si fuesen los elementos de un sistema mercantil que unía a Gran Bretaña con otros países industrializados y con las colonias en un sistema de producción e intercambio global. El Sur colonizado fue situado en el lugar que ocupaba antes el antiguo Oriente, utilizando casi los mismos estereotipos que justificaban su subordinación. En

los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial la distinción entre la metrópoli y la colonia que había reproducido la división Oriente-Occidente durante el colonialismo se derrumbó ante la ola de movimientos descolonizadores y el inicio de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Así surgió en los años cincuenta la idea de que existían «Tres Mundos»: un Occidente natural y normal (el Primer Mundo), que era desafiado por un Oriente antinatural que estaba en las manos autoritarias del estado (el Segundo Mundo), mientras que ambos rivalizaban por conseguir discípulos político-económicos en un Tercer Mundo de países no desarrollados que se convirtieron en la representación más usual de la persistente división geopolítica entre el Este y el Oeste. Los gobiernos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética se representaban a sí mismos y uno al otro como tipos ideales de agentes globales que se disputaban la herencia de Occidente. La Unión Soviética se mostró especialmente vulnerable a las acusaciones de «despotismo oriental», a pesar de que su economía política y su sistema de gobierno tuvieran sólidas credenciales occidentales: se convirtió en el Otro malvado frente al que se definió la identidad de los Estados Unidos. Buena parte de la política interior y exterior de los Estados Unidos se elaboró en respuesta a las percepciones de la amenaza que planteaba la Unión Soviética para la concepción estadounidense del orden mundial y viceversa. Lo que es más importante es que las explicaciones sobre cómo funcionaba el mundo se vieron dominadas de nuevo por una geografía binaria, que ponía a Oriente frente a Occidente. La categoría de «Tercer Mundo» nacía de la oposición estructural entre los otros dos mundos: un Primer Mundo aliado de los Estados Unidos que se enfrentaba a un Segundo Mundo bajo dominio soviético. Por tanto, las regiones y países incluidas en la vasta zona del Tercer Mundo, en lugar de ser significativos en y por sí mismos (ver capítulos 2 y 5), quedaron reducidos al papel que desempeñaban en el conflicto entre los otros dos.

El carácter militar del conflicto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética sirvió para ahondar la división en dos partes del espacio global. La capacidad de enviar, de manera casi instantánea, armas nucleares a una gran distancia devaluó la importancia militar del espacio territorial e hizo hincapié en algo distinto como la «virtualidad», al tiempo que intensificó la sensación de que alguien se podía convertir en objetivo militar por el mero hecho de vivir en una zona determinada. La consecuencia fue reforzar la sensación de que uno constituía un «blanco espacial», que en términos de la Guerra Fría significaba ser o *del* Este o *del* Oeste; tenías que estar de un «lado» o del otro, dada la configuración de los objetivos de las armas nucleares. Tu «hogar» seguía dependiendo de la parte de la que tú estuvieras, incluso cuando la disuasión basada en un conocimiento «claro» de las capacidades destructivas de la otra parte fue reemplazada por tecnologías de disimulo de las señales de radar, de ocultamiento de las mismas (como el STEALTH*) y de emisión de seña-

* Avión militar estadounidense que no puede ser detectado por los aparatos de radar. Esta denominación se aplica por extensión a toda la tecnología militar caracterizada por esa evasión de los radares [*N. de la T.*].

les falsas. Por ejemplo, «Al suelo y a cubierto», el *leitmotiv* de los programas de defensa civil de los Estados Unidos en los años cincuenta —¡imagínense a los niños corriendo por debajo de los pupitres!—, creó la ilusión de que era posible sobrevivir a un ataque nuclear y vivir para perpetuar los valores del santuario, el hogar «americano», que un ataque de tal magnitud forzosamente profanaría.

Desde el final de la Guerra Fría, a principios de los noventa, el concepto de los Tres Mundos ha perdido gran parte de su atractivo. Además, las crecientes desigualdades en el desarrollo económico de los países del Tercer Mundo han hecho bastante problemático que se utilice sin mencionar a los otros dos. La desaparición de una amenaza nuclear inmediata también ha borrado la distinción básicamente militar entre el Segundo y el Primer Mundo, otro de los elementos en los que se basaba el antagonismo Este-Oeste. Parece que las divisiones binarias nacientes son de dos tipos: o bien las que distinguen entre «ricos» y «pobres» en términos informacionales, es decir, en relación con el acceso a las redes de telecomunicaciones globales y a los flujos de información —que se produce mayoritariamente en inglés— sobre las finanzas y la producción; o bien aquellos que postulan una división cultural Oriente-Occidente y una serie de conflictos «civilizatorios» que se producirían a lo largo de las líneas de falla culturales globales, en especial la que existiría entre «Occidente y el resto del mundo». La primera de estas divisiones propone un criterio de diferencia global muy fragmentado y bastante localizado, mientras que la segunda alude a la continuidad de una división global donde las diferencias locales deben ser asimiladas. El conflicto entre estas dos concepciones y el grado en que las prácticas espaciales se organicen en torno a cada una de ellas será importante —junto con los intentos de restaurar la importancia del Estado— para determinar cuáles sean las posibilidades, si es que existen, de que la imaginación geopolítica moderna se rehaga en el futuro. Al final del capítulo 6 volveré brevemente sobre estas dos concepciones opuestas.

III. CONCLUSIÓN

La política mundial ha llegado a ser lo que es por la manera en que el «mundo» ha sido analizado en los últimos quinientos años. En resumen, he mostrado como dos aspectos de la visualización global han producido las principales taxonomías geográficas en torno a las que se ha organizado la política mundial. Ver el mundo como un «todo» estructurado requirió volver a las viejas cosmografías para encontrar un modelo relevante que explicara el mundo con el que los europeos empezaban a toparse desde finales del siglo XV y principios del XVI en adelante. La cosmografía de Ptolomeo ofreció un primer modelo especialmente prometedor gracias a que se adaptaba bien a los descubrimientos y a que «se rellenaba» fácilmente con nueva información. La perspectiva lineal que surgió asociada con las prácticas arquitectónicas y cartográficas del Renacimiento añadió un elemento fundamental: la separación del observador del objeto observado y la ubicación del objeto dentro del campo visual que determinaría el significado que adoptaría dicho objeto. Todo ello permi-

tió que el mundo se representase como un conjunto con significado propio en que cada parte podría entenderse sólo en relación con el todo. También hizo hincapié en la evidente fiabilidad de la información tal y como aparecía en los mapas del mundo entero. Los mapas eran las guías del territorio, y no unas plantillas que servían de marco a una selección, nomenclatura y orden de lugares. Estas innovaciones conceptuales fueron el telón de fondo para una tendencia, más específica y recurrente, a dividir el mundo en dos zonas opuestas, cada una de las cuales definía a la otra mediante el enunciado de lo que no era. La más importante ha sido la persistente división Oriente-Occidente (que incluye la división Norte-Sur), que aunque fuera variable en sus manifestaciones, dependiendo de las condiciones materiales de la época y de sus correspondientes representaciones (ver capítulo 5), tiene hondas raíces en el pensamiento occidental. Pero también utiliza y confirma otras oposiciones fundamentales entre los climas tórridos y los templados, entre un Occidente pluralista y un Oriente despótico, entre potencias terrestres y marítimas o entre civilizados y bárbaros, oposiciones que vinculaban las ideas sobre el tipo de las prácticas económicas y políticas con las concepciones geopolíticas del funcionamiento del mundo como un todo. Este tipo de oposiciones básicas define los horizontes de la imaginación geopolítica moderna tal y como se ha desarrollado desde finales del siglo XV y el siglo XVI hasta el presente. La más típica de estas divisiones que pueblan la imaginación geopolítica moderna, la que opone lo primitivo o atrasado a lo moderno, constituye el tema del capítulo 2.

CAPÍTULO 2

LA CONVERSIÓN DEL TIEMPO EN ESPACIO

En este capítulo me gustaría plantear como segundo elemento de la imaginación geopolítica moderna la conversión del tiempo en espacio. En otras palabras, los «bloques» de espacio identificados en el capítulo 1 se han definido en relación a los atributos básicos y a la experiencia histórica idealizada de uno de esos bloques: el Occidental. Así, los territorios se han calificado de «primitivos» o «avanzados», o «subdesarrollados» frente a «modernos» en base a una versión idealizada de la experiencia europea.

Numerosos críticos en el campo de las ciencias sociales han apuntado esta tendencia al ocuparse del cambio social. En este capítulo me propongo extender la crítica de dos maneras. En la primera planteo que la conversión de tiempo en espacio, por así decirlo, es una característica fundamental del pensamiento geográfico moderno. En la segunda afirmo que esta concepción del espacio predomina en todos los textos contemporáneos sobre «desarrollo nacional» sin que importe en qué parte del mundo estaría ubicado el Estado en cuestión. Aunque esta manera de pensar se desarrollara durante el colonialismo europeo no es algo propio de un momento histórico determinado, que sólo pueda aplicarse a aquellas partes del mundo objeto de la construcción del imperio europeo. En realidad, el mundo en su totalidad se ha ajustado a esta concepción del cambio social, y no sólo se ha aplicado a aquellas partes extraeuropeas sujetas a control económico y político europeo, sino también a los propios europeos. No es de extrañar, por tanto, que este planteamiento haya subsistido tras la finalización oficial del colonialismo formal. El imperialismo, entendido como los razonamientos y las prácticas de la imaginación geopolítica moderna que surge a raíz de los primeros encuentros con pueblos no europeos (y por sus extensiones, como los Estados Unidos), ha sobrevivido al fin del colonialismo. Para ilustrar el argumento general sobre la generalización de la expresión del tiempo en términos espaciales utilizaré los ejemplos de Australia e Italia. Estos ejemplos ponen de manifiesto que la división del espacio en términos de secuencias temporales no es sencillamente una y global, como demostraría quizás el ejemplo australiano, sino que se ha convertido en más abstracta y genérica en sus aplicaciones, como demuestra el modo en que Italia es concebida en gran parte del pensamiento contemporáneo.

I. CARTOGRAFIAR LO DESCONOCIDO

¿Por qué nos parece tan importante este argumento? Por un lado, el conocimiento del tiempo y el espacio se han visto afectados por el hecho de que uno se expresase

en términos del otro. El tiempo, en particular, ha perdido su carácter dinámico al ser reducido a una doble categorización del espacio. Como resultado, el espacio se ha simplificado demasiado porque se ha reducido a una serie de simples contenedores con unas determinadas características. El lenguaje del pensamiento moderno está lleno de expresiones de la fusión del tiempo con el espacio en distinciones binarias entre aquellas áreas «avanzadas» o «aventajadas» y las «atrasadas» o «subdesarrolladas». De hecho, uno de los mecanismos para pensar sobre el mundo, la división intelectual del trabajo entre especialistas en cada uno de los «Tres Mundos del desarrollo», es decir, estudiosos del mundo capitalista avanzado, estudiosos del Segundo Mundo (antiguamente) comunista, y estudiosos de las barreras al «desarrollo» en el Tercer Mundo de las antiguas colonias, nace de la imposición de una versión idealizada del desarrollo del Primer Mundo sobre los espacios ocupados por los otros dos Mundos.

La yuxtaposición de un estadio temporal con la categoría espacial es esencial para la imaginación geopolítica moderna porque supone una unión natural entre el pasado europeo, por un lado, y el presente global fuera del mundo moderno, por otro, desde el punto de vista de lo que le falta a este último y de lo que el primero tiene que ofrecer para superar sus deficiencias. La proyección de cualidades temporales características de una experiencia histórica concreta sobre el total del espacio terrestre, ha posibilitado tres posiciones político-intelectuales: la primera es la tendencia a *esencializar* lugares, es decir, a identificar una peculiaridad para caracterizar una unidad espacial particular (por ejemplo, las castas en la India, o la Mafia y la inestabilidad política en Italia); la segunda es la tentación de *exotizar*, o de concentrarse en las diferencias como si fueran el único criterio para comparar áreas, de manera que las similitudes y problemas globales quedan fuera de toda consideración (por ejemplo, las dificultades de movilidad social o las barreras a la participación política presentes en todas partes), y la tercera es la tendencia a *totalizar* la comparación, es decir, a transformar las diferencias relativas en absolutas. El «total» de una sociedad se hace reconocible en todas y cada una de sus partes. La totalidad del «bloque» espacial es inundado por características definidas por la totalidad de la sociedad (normalmente una «cultura» entendida como una unidad espacialmente indivisible). Estas maneras de pensar han sido siempre cuestionables. En el mundo contemporáneo de flujos globales de personas, bienes y dinero son bastante problemáticas.

El problema en cuestión no es exclusivamente teórico: que una explicación particular de cómo el mundo se divide y se caracteriza tenga sentido es también un problema normativo. Lugares y personas no son entendidos en sus propios términos sino sólo en función de cómo encajan en el esquema global de las cosas, como espacios que están en esta o aquella etapa de «desarrollo» en relación a un pasado europeo idealizado. Las particularidades y peculiaridades de Europa y de otros lugares son catapultadas a categorías globales basándose exclusivamente en el supuesto estatus más «avanzado» de Europa. Sin embargo, es más discutible que esta situación relativa sea permanente. De hecho, ya en el siglo XVIII la idea de que exista una oposición permanente entre lo avanzado y lo primitivo comenzó a cuestionarse y a ser sustituida por la idea de que lo primitivo puede progresar. Esta creencia ha sido

el *leitmotiv* de las doctrinas modernas de desarrollo económico, de origen capitalista americano o comunista soviético.

Los orígenes de esta forma de cartografiar lo desconocido mediante la conversión de tiempo en espacio son dobles. El hecho de haber adoptado a Ptolomeo y otras fuentes antiguas como guías cartográficas para representar el mundo como un todo, aunque se pensase que no tenía consecuencias, de hecho las tenía. Reforzó la tendencia a considerar Europa como centro del mundo y constituyó el pasado europeo, tal y como simbolizaba el trabajo de Ptolomeo y otros, en el patrón universal. Otros en otros lugares no podían medirlo. Pero este sentido de superioridad se reforzó por la presencia física, corporal, de los europeos en el resto del mundo. Los europeos no sólo habían viajado más lejos y más rápido de lo que nadie lo había hecho antes, sino que se las habían ingeniado para superar y conquistar a los otros gracias a la mayor sofisticación de sus armas y al provecho que obtendrían de su mejor visión para el comercio y las finanzas. Las regiones «desconocidas» del mundo, por lo tanto, a pesar del genuino interés que suscitaban a menudo debido a sus particularidades, eran ya «conocidas» en términos de un patrón global de excelencia que tenía Europa como modelo. La imaginación geopolítica moderna sencillamente ha heredado esta concepción de «cartografiar lo desconocido».

II. LAS EXPEDICIONES A AUSTRALIA

Es evidente que la experiencia del encuentro de los europeos con el resto del mundo fue en todos los casos más complicada y variada de lo que la categorización geopolítica nos dejaría entrever. Los movimientos que se produjeron desde el núcleo hasta los confines del imperio fueron de diverso tipo y dieron lugar a diversas formas de colonialismo. En circunstancias tales como las de la India, donde los extranjeros se toparon con una civilización claramente sofisticada y densamente poblada, el orden social se mantuvo por mucho tiempo, pero reorientado hacia los intereses económicos del centro imperial. La colonización de Australia, sin embargo, se realizó bajo la premisa de que su sociedad indígena era primitiva y de que la concepción de la propiedad que tenían los indígenas entraba en conflicto con las necesidades de una colonia ordenada. Esto no implica que todos los exploradores y primeros colonos pensasen que la Australia del interior era una zona deshabitada que se podía colonizar sin ningún tipo de trabas, puesto que hubo frecuentes disputas sobre los derechos de los Aborígenes a la tierra. Existía una cierta fascinación ante la habilidad de los Aborígenes para sobrevivir y, hasta cierto punto, prosperar en unas condiciones medioambientales que los europeos consideraban inhóspitas. Así pues, las consecuencias de la dominación imperial fueron aleatorias y discutibles; peto las historias que se contaron a las generaciones posteriores de «nuevos» australianos coincidían en su mayoría con la narrativa heroica en la que lo «moderno» desplazaba a lo «atrasado». Los exploradores también tendían a usar términos heroicos similares para calificar sus actividades al enfrentarse a pueblos desconocidos y peligrosos. En cualquier caso, los exploradores de Australia ya sabían cómo interpretar lo que

se iban a encontrar antes de dejar la costa para desplazarse hacia el interior. La imaginación geopolítica moderna debe mucho de su atractivo a estas simplificaciones de la historia, que consisten en colocar la información empírica en una serie de casillas previamente habilitadas a tal efecto.

Por tanto, las consecuencias morales y políticas de las representaciones y prácticas espaciales ligadas a la conversión del tiempo en espacio estarían bien ilustradas en los encuentros de los europeos con los pueblos aborígenes australianos en el siglo XIX. Para los europeos la frontera entre ellos y los que se iban encontrando era una línea de «apropiación de la propiedad» (*proprietary appropiation)*, que definía los límites de lo moderno con lo tradicional, Para los aborígenes, sin embargo, las fronteras eran «lugares disputables», que consideraban como zonas para la comunicación entre tribus. Evidentemente, al final, Australia fue «colonizada», y se convirtió en un asentamiento colonial donde la mayoría de la población no era indígena. En consecuencia, las fronteras que fueron surgiendo no servían para delimitar un encuentro cultural sino para imponer una presencia europea. Esta violenta imposición

> que sustituyó al diálogo, se institucionalizó de manera que lo que se representaba como «Australia» eran los nombres y los límites de la dominación, el mapa geopolítico mundial se solidificaba, eliminando toda posibilidad de un acercamiento [...] Es hora de dejar de leer el viejo mapa y de empezar el proceso de hacer uno nuevo, un proceso sin límites (Shapiro, 1995: 40-41).

Australia podría describirse como una colonia de poblamiento que fue capaz de conseguir la transferencia del poder imperial, que le había otorgado existencia por primera vez como entidad política, desde el centro británico a la propia colonia. En consecuencia, Australia no se incluye en la categoría de Tercer Mundo, ya que el poder imperial permaneció bastante tiempo ajeno a sus criaturas; pero tampoco podría incluirse en la del Primer Mundo europeo. Al igual que la historia popular de los Estados Unidos en el caso de los americanos, la historia de la exploración y colonización de Australia todavía abunda en imágenes de los propios australianos, y aparece en la política contemporánea australiana. Los recientes debates políticos para deshacerse de sus vínculos con Gran Bretaña y convertirse en una república, y los juicios sobre las reivindicaciones de tierra de los aborígenes, recuerdan los orígenes coloniales del país (ver Fig. 2.1). La obtención de algún tipo de resarcimiento por parte de la población aborigen en lo referente a las reclamaciones de tierras, parece indicar también que los australianos están finalmente afrontando lo que el Tribunal Supremo australiano ha denominado «herencia nacional de vergüenza indescriptible» entre los colonos europeos y la población precolonial (Pagden, 2001: 170). La experiencia australiana indica que los términos de las obligaciones establecidas en la época de las primeras exploraciones y asentamientos no son fáciles de superar. El tipo de relación de los europeos con el resto del mundo se mantiene hoy, por tanto, en la política y en la mente de muchos que no tuvieron nada que ver con el encuentro original.

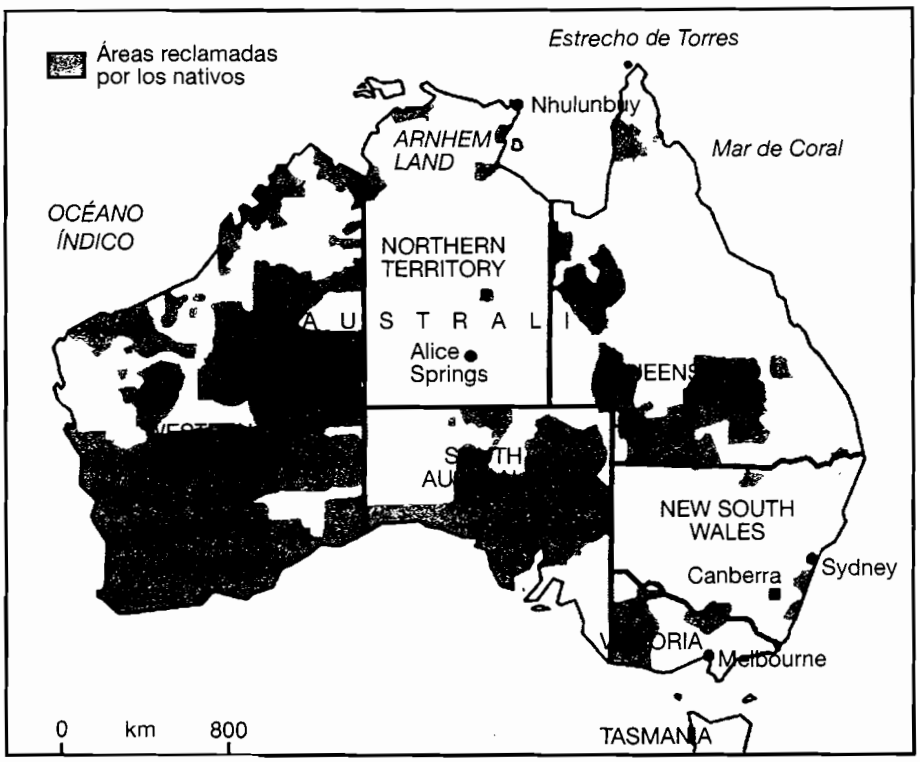


Figura 2.1 *Las demandas sobre la tierra de los aborígenes en Australia (1997).* Esto demuestra que los términos en los que se realizaron la exploración original y los primeros asentamientos en Australia continúan teniendo repercusiones más de un siglo después.
FUENTE: Autor

Australia fue «abierta» a la explotación y colonización europea por un gran número de aventureros, comerciantes, misioneros, criminales fugitivos y también por «exploradores» más convencionales. Había considerables diferencias de opinión acerca de los habitantes nativos, denominados «aborígenes» desde el principio del proceso de exploración; sin embargo, lo que parece claro es que los términos del debate ya estaban establecidos antes de que se llevara a cabo cualquier tipo de exploración. Dos estrategias argumentativas predominaron en las descripciones de los exploradores de Australia del siglo XIX. Una consistía en interpretar las costumbres nativas respecto, o bien a la cultura europea clásica (los griegos y romanos antiguos), o bien con relación a los estereotipos sobre Oriente (o el Este) que los europeos creían conocer. El explorador Sir Thomas Mitchell (1839), por ejemplo, interpretó que la costumbre aborigen de usar ramas de hojas verdes cuando se reunían con los visitantes era buena señal, lo que sería una referencia explícita a la asociación que existía en la Antigua Grecia entre ramas verdes y esfuerzos pacificadores. Aunque pudiera ser así, se imaginaba a los aborígenes en relación al pasado europeo, más que como a una cultura diferente que coexistía con ellos en el tiempo y el espacio. En muchas ocasiones

los exploradores comparaban lo que ellos creían que hacían los aborígenes con lo que ellos ya conocían como exótico de los dominios árabes, los chinos o los indios. Esta construcción de los aborígenes como algo familiar, sin embargo, no llegó hasta considerarlos como iguales a los europeos de ninguna de las maneras. Una segunda estrategia argumentativa recurre a una serie de mecanismos para diferenciar totalmente a los aborígenes de los exploradores. En primer lugar, un lenguaje sobre razas ya existente fue utilizado para clasificar a los aborígenes en relación con una serie de dicotomías: blanco *versus* negro, civilizado *versus* salvaje, cristiano *versus* pagano, racional *versus* instintivo, etc. En concreto, la de civilizado *versus* salvaje se utilizó para explicar las reacciones ante la presencia de exploradores. Así, se recurría a los innatos impulsos «salvajes» para explicar por qué los aborígenes se resistían al drenaje del agua por el explorador visitante. Nunca pareció ocurrírsele a los exploradores que esta clase de reacción fuera una respuesta racional a los estragos perpetrados por los intrusos. Al mismo tiempo, los aborígenes eran asociados con una «tierra virgen» en la que no se aplicaban las definiciones de la propiedad individual. La sociedad aborigen estaba en el último peldaño de la jerarquía social global. Esta jerarquía asociaba a los pueblos del pasado europeo, como los bíblicos y los orientales, a partir de los que la civilización europea se había definido, con los aborígenes. Se utilizaron una serie de prejuicios previos para interpretar lo que se descubría.

Estas interpretaciones eran fundamentales, ya que los exploradores estaban al frente de los asentamientos europeos y suministraban héroes fundacionales para la emergente nación-colonia australiana. Ellos recapitulaban las argumentaciones que los europeos llevaban consigo donde quiera que fueran. No todo se pensaba o se decía exactamente de la misma manera, pero existía un campo semántico común al usar el mismo vocabulario y recurrir a las mismas comparaciones con el pasado europeo y el supuestamente más familiar Oriente (como se expuso en el capítulo 1). Un explorador, George Grey (1841) (citado en Simon Ryan, 1996: 158), captó tanto ese tipo de equivalencia histórica como el sentimiento de superioridad europea en relación a las condiciones de los aborígenes cuando escribió esta crónica sobre los aborígenes mirando su campamento desde la distancia:

> [C]on la ayuda de mi telescopio llegué a distinguir sus cuerpos oscuros moviéndose entre los arbustos. Un grupo de cacatúas, posadas entre ellos y nosotros, estaban en un estado de constante inquietud a causa de los movimientos de una u otra parte, y finalmente, encontraron que su presencia era tan molesta que las evacuaron, y volaron hacia algún lugar más tranquilo. Su partida, sin embargo, supuso una gran pérdida para nosotros, ya que ellas desempeñaban hasta cierto punto el mismo rol que las ocas en el Capitolio [Romano]: cada vez que nuestros negros vecinos [aborígenes] hacían el movimiento más insignificante, los vigilantes en guardia de las cacatúas lo detectaban al instante, y al mover sus crestas y gritar [...] nos daban fiel aviso de cada movimiento.

Esta descripción no sólo representa una de las referencias clásicas comunes entre los estudiantes británicos de aquel momento, sino que también implica que los

aborígenes eran los transgresores, que amenazaban con traspasar las tierras de los exploradores. Que los aborígenes serían efectivamente los romanos en esta analogía histórica es, desde luego, totalmente ignorado por el observador.

Australia no estaba simplemente «ahí fuera», sino que fue creada en los encuentros de los europeos con el continente y sus habitantes. Pero el descubrimiento no fue sólo una respuesta ingenua a lo que se encontraba, sino que como en todos los lugares colonizados por los europeos, los encuentros estuvieron mediados por las ideas sobre las diferentes sociedades y sobre su poder y grado de progreso. Desde este punto de vista, ¡Australia ya se comprendía antes de ser descubierta! Y fue interpretada durante mucho tiempo según el esquema de las «etapas» de ese pasado europeo impuesto sobre todos los demás lugares.

III. LA EXTRAÑA ITALIA

Las coordenadas conceptuales que representan las diferencias espaciales en términos temporales se han universalizado de tal manera que incluso las diferencias dentro de Europa han acabado por concebirse con los términos de subdesarrollo y modernidad. Así, mientras desde la escala global Italia es moderna, puesto que actualmente es la quinta economía mundial con una renta *per capita* mayor que la de Gran Bretaña, dentro de Europa se suele considerar que presenta claros síntomas de subdesarrollo: corrupción e inestabilidad política, crimen organizado, compromiso con la emoción más que con la razón, inclinación por la decoración y la ornamentación. Como en el caso australiano, un juicio moral esta implícito en estas consideraciones. Las diferencias entre ella y sus vecinos se han hecho absolutos. Parece ser que hay algo de lo que carece Italia respecto a sus vecinos que explicaría estas diferencias, por tanto está por detrás de ellos en la senda hacia la modernidad.

En el caso de Italia, el recurso a la metáfora «moderno-atrasado» es muy común. El debate en torno a la modernidad y a la modernización de Italia ha sido el tema principal de los estudios sobre este país hechos tanto por italianos como por no italianos. El uso de los calificativos atrasado y moderno no es patrimonio de una escuela o grupo en particular sino que es compartido por todo el espectro político. Por ejemplo, el debate sobre el fascismo italiano (1922-1943) se ha planteado en torno a argumentos y contraargumentos sobre sus rasgos «modernos» y «tradicionales», independientemente de las inclinaciones políticas de sus autores. En la mayor parte de la bibliografía sobre la historia italiana reciente también abundan este tipo de planteamientos. Quiero concentrarme en dos ejemplos: uno extraído de textos ingleses sobre Italia (el libro de Paul Ginsborg [1990], sobre la historia de la postguerra italiana, de 1943 a 1988) y otro que procede de los trabajos de un famoso antropólogo italiano (Carlo Tullio Altan).

La minuciosa narración de Ginsborg sobre la historia italiana desde 1943 a 1988 gira en torno a una serie de antagonismos a través de los que se interpreta el paso del subdesarrollo a la modernidad. Ordenados por el grado de abstracción serían: Estado débil *versus* sociedad fuerte, orientación hacia la familia *versus* acción colec-

tiva, obreros *versus* burgueses, norte *versus* sur, reformas estructurales *versus* reformas puntuales, y militancia *versus riflusso* (retraimiento a la vida privada). Ginsborg trabaja desde una posición que simpatiza con la situación de los campesinos y los trabajadores del principio de la posguerra. Ve el período de 1943 a 1948 como un momento en el que se perdió la oportunidad para redistribuir la riqueza y el poder, a diferencia del caso de Gran Bretaña donde tuvieron lugar importantes cambios. La historia sucesiva es interpretada en términos de las consecuencias de este fatídico fracaso. Pero a pesar de este problema alrededor de los años ochenta la nacionalización de los valores había afectado incluso a los italianos más tradicionales, aunque Ginsborg duda de su permanencia. Esta circunstancia se debe a que la modernidad de Italia es especialmente frágil, al estar amenazada por la persistente posibilidad de la pérdida del equilibrio actual entre opuestos. El camino de la modernidad emprendido tras 1948 todavía está sujeto a cambios impredecibles y a desviaciones patológicas. En consecuencia, como concluye Ginsborg para la Italia de los ochenta, Italia sería un país con «una relación deformada entre los ciudadanos y el Estado» (1990: 421), donde «nadie, ni la sociedad civil ni el Estado ha planteado una formulación nueva y menos destructiva de la relación entre la familia y la colectividad» (1990: 418) y, más concretamente, «la falta de *fede publica* (confianza pública) continúa asolando a la sociedad del sur» (1990: 417). Así, para Italia, a diferencia de Gran Bretaña, la verdadera modernidad siempre está a la vuelta de la esquina, ¡una promesa que nunca se llega a cumplir!

Desde otra perspectiva, sin embargo, no es tanto la ausencia de modernidad como la presencia de subdesarrollo lo que llama la atención. En su libro, Tullio-Altan (1986) retrata una Italia condenada a la repetición perpetua de su condición de inmadurez cívica. Este autor atribuye este hecho a la persistencia temporal y a la difusión geográfica por toda Italia (de sur a norte) del síndrome de familismo amoral, diagnosticado por primera vez por el politólogo americano Edward Banfield en su libro *La base moral de una sociedad atrasada* (1958). Para Tullio-Altan, las raíces del atraso de Italia estarían en el fracaso inicial en tiempos de la unificación, en el período 1860-70, para superar el dualismo nacional entre un norte desarrollado y un sur subdesarrollado. Comparte la profecía hecha por Mazzini (uno de los líderes del movimiento de unificación italiana): «Italia será lo que el Mezzogiorno (Italia del sur) sea» (1986: 16). Se señalan dos fenómenos responsables de la «sureñización» de la sociedad italiana: el *clientelismo* (intercambio de votos por favores) y la práctica del *trasformismo* (colaboración entre políticos a cambio de favores). La generalización de estas prácticas habría evitado el desarrollo de una clase gobernante nacional con una orientación verdaderamente nacional. A causa de su persistente fragmentación geográfica Italia se ha visto atrapada en una situación de atraso cultural en comparación con otras sociedades nacionales que han obtenido más logros.

El principal argumento es que la «clase política» italiana personifica tanto una cultura particularista como una práctica política basada en el intercambio de favores, y se parte de la base de que ambas son herederas inequívocas del pasado. Pero, ¿y si fuesen algo nuevo? ¿Qué ocurriría si fuesen elementos de un «sistema de poder

moderno y eficaz diseñado para integrar en la sociedad nacional a un gran sector de la población que está peligrosamente inclinada a demandar participación democrática y su propia emancipación», en otras palabras, «una cultura política moderna» (Signorelli, 1986: 45)? Además, si el ideal de madurez cívica se ha materializado a duras penas en cualquier lugar del planeta, ¿por qué Italia tendría que atenerse a un estándar tan difícil de alcanzar? Desalentar la participación política y subvertir las instituciones políticas para obtener beneficios personales son características de la mayoría de las sociedades políticas, y no ocurren exclusivamente en Italia.

Así pues, la atribución de subdesarrollo sólo tiene sentido si las características del «atraso» italiano se comparan implícitamente con algún ideal de modernidad. Para Tullio-Altan estas características incluirían obviamente la ausencia de la asociación voto-intercambio al que presta tanta atención en su explicación del atraso de Italia. Pero también nos ofrece algunas pistas de características más positivas de la modernidad. Este autor contrapone radicalmente las sociedades organizadas en relación a la conciencia social basada en la responsabilidad individual, que él ve como fruto de la rama calvinista de la Reforma protestante, a otras sociedades, como Italia, donde prevalece el «familismo amoral». Esta sería la idea de Bansfield de que no se puede desarrollar una conciencia moderna cuando los horizontes morales están definidos por los límites de la familia nuclear. El atraso de Italia, entonces, se debería a que no habría experimentado la Reforma protestante.

En realidad, el caso italiano nos muestra una cierta arbitrariedad en las caracterizaciones de su atraso y ahonda la sospecha de que deben de tener un origen político. Por ejemplo, es bastante evidente que Italia ha tenido una elite política más sólida y orientada nacionalmente que muchos otros Estados-nación europeos, incluyendo Francia y Alemania. Si consideramos tecnología, industrialización o hábitos de consumo como rasgos de modernidad, entonces Italia difícilmente podría tacharse de subdesarrollada. La imprecisión de los términos «atrasado» y «moderno» los dota de una cualidad misteriosa que les permite ser usados para pintar un cuadro con cualesquiera que sean los materiales apropiados para elaborar cada argumento particular (cada caso). En este caso, el objetivo parece ser el echar al sur la culpa de los recientes reveses políticos de Italia, y el calificar como indicadores de atraso aquellas características de la política y la sociedad italiana más vinculadas con esa región.

Ante esta arbitrariedad no cabe más remedio que preguntarse: ¿por qué tienen tanto atractivo los calificativos subdesarrollo y modernidad? En el caso italiano destacaríamos dos factores. El primero es que existe una sensación generalizada entre los intelectuales italianos de que Italia no ha logrado «madurar» como entidad política. Esto no es una imposición foránea que simplemente resulte de un antagonismo entre explicaciones propuestas por inocentes propios y malvados ajenos, sino que tiene profundas raíces en la propia Italia. Por ejemplo, el tema principal del genial escritor florentino Maquiavelo (1469-1527) en trabajos tan renacentistas como *El Príncipe* o *Historia de Florencia* era la corrupción cívica de la época en comparación con las excelencias cívicas de los antiguos (republicanos) romanos. El poder de los

papas y la intervención «extranjera» en Italia serían los principales culpables. En el siglo XIX, las principales figuras de la unificación italiana también culparon a los regímenes reaccionarios de los Austrias y los Borbones (españoles), que gobernaron amplias zonas de la península y de las islas, del declive social y económico que Italia experimentó tras el Renacimiento (Fig. 2.2).

En segundo lugar, Italia se ha caracterizado, incluso durante la unificación, por una desunión basada en su fragmentación geo-económica y lingüística. Las ciudades-Estado más vinculadas con el Renacimiento europeo (Florencia, Venecia, etc.) fracasaron en la creación de un Estado integrado que habría llevado a los italianos a seguir el modelo de Francia, España e Inglaterra. La variedad y la densidad de ciudades con sus propias «áreas de influencia» (*hinterlands*) se aliaron contra la creación de un Estado territorial con una única capital que tuviera el poder. Los gobernantes extranjeros encontraron en Italia circunstancias propicias para la estrategia de «divide-y-gobernarás». La persistencia del poder secular de la

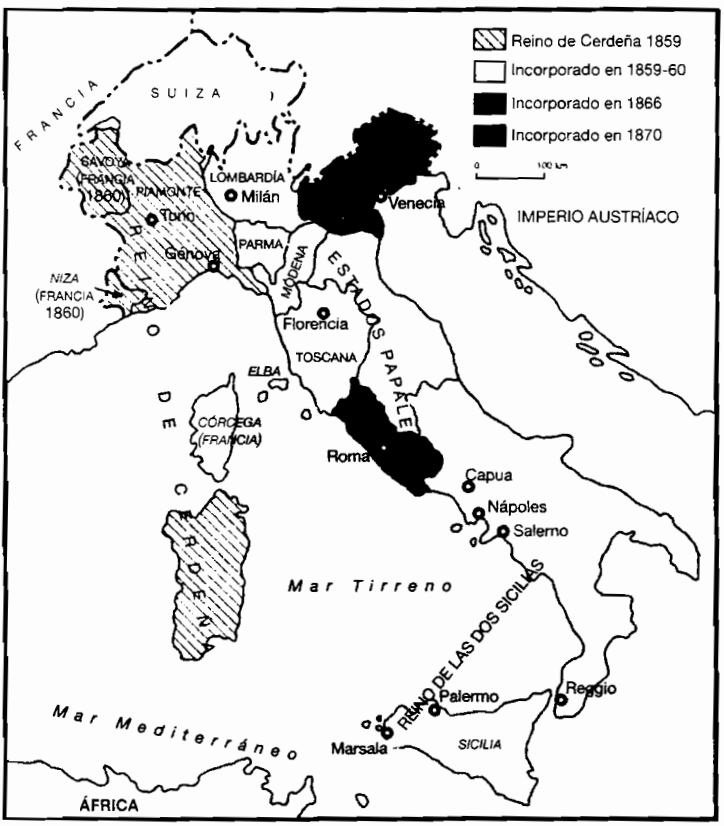


Figura 2.2 *La geografía de la unificación italiana (1860-70).* Italia, al igual que Alemania, se unificó mucho más tarde que otros Estados europeos. Muchas zonas estaban controladas por Austria y la península como entidad ha permanecido políticamente fragmentada durante mucho tiempo.

FUENTE: Autor

Iglesia romana (pero católica) ha hecho fracasar una y otra vez los intentos de crear un Estado nacional en sus dominios. En consecuencia, los italianos han tenido que buscar su inspiración fuera de Italia, hasta el punto de que «la admiración por los extranjeros ha sido el principal ingrediente del nacionalismo italiano» (Lanaro, 1989: 212).

IV. ESPACIOS DE ATRASO

Una de las consecuencias del retorno de Colón de su famoso viaje de 1492 fue el fortalecimiento entre los intelectuales europeos de que existía una jerarquía en las sociedades humanas, de lo primitivo a lo moderno. Probablemente no es una coincidencia que en las explicaciones tradicionales de los períodos de la historia, la historia «moderna» comience en la época de Colón. Sin embargo, describir estos hechos como una simple yuxtaposición de nuevos mundos sobre el familiar «viejo mundo», de donde procedían los exploradores, nos daría una visión demasiado simplista de lo que ocurrió. Todas las sociedades definen límites geográficos entre ellas y las demás. A veces, el mundo más allá del horizonte es amenazador, a veces, tentador. Pero no todas las sociedades se dedican a calificar a las otras sociedades que se encuentran de «primitivas» o «subdesarrolladas».

De hecho, poco se sabe acerca del modo concreto en que los primeros europeos modernos asimilaron a los «pueblos exóticos» en sus razonamientos geográfico-históricos. Sin embargo, en una de las principales revisiones académicas que abarca los siglos XVI y XVII, Michael Ryan sugiere que el modo principal consistía en la asimilación de lo exótico con el pasado pagano y bárbaro de Europa: «En la relación triangular entre Europa, su pasado pagano, y lo exótico, el vínculo principal era entre Europa y la antigüedad» (Ryan, 1981: 437). Las categorías de «pagano» y «bárbaro», descubiertas como legado de los antiguos europeos, fueron utilizadas para diferenciar el mundo recién descubierto del viejo. Así, una concepción de la transición temporal a través de la que el orden social europeo se había transformado definió la relación espacial entre los nuevos mundos y Europa en su totalidad. La dimensión religiosa fue especialmente importante para interpretar los nuevos mundos paganos frente al mundo cristiano (europeo), al establecerse el mismo tipo de relación que Europa mantenía con su propio pasado pagano.

Este hecho no es de extrañar si recordamos que el primer «descubrimiento» de los nuevos mundos geográficos coincidió con el redescubrimiento del pasado antiguo de la propia Europa que se efectuó en el Renacimiento (descrito en el capítulo 1). De hecho, tal y como Mandrou (1978: 17) expone:

> Los nuevos mundos que fascinaban a los intelectuales del siglo XVI no eran tanto las Indias —Occidentales e incluso Orientales— sino los mundos antiguos, a través del estudio y la comparación de textos largo tiempo olvidados, que se iban revelando más ricos y complejos de lo que se había supuesto.

Italia, claro está, fue el centro de esta nueva actividad, por su vinculación con bibliotecas monásticas, universidades y la recuperación de textos antiguos. Irónicamente, dado el desafío a la autoridad eclesiástica que el redescubrimiento de los mundos antiguos podía ocasionar, fue desde dentro de la Iglesia desde donde surgió el «nuevo conocimiento»: «las ciudades italianas, con mayor número de clérigos que muchas de las del resto de Europa y más cercanas a la autoridad papal, constituyeron el escenario más apto para estimular el estudio de los textos antiguos y del pensamiento precristiano» (Mandrou, 1978: 23).

La expresión de diferencias espaciales en términos temporales fue reforzada por el «saber taxonómico» que los europeos del Renacimiento aprendieron de los antiguos. Como ha sugerido Edward Said (1978: 57), gran parte del teatro de la antigua Grecia implicaba la demarcación de una «geografía imaginaria» en la que Europa y Asia estaban radicalmente separadas. «Europa es poderosa y está unida: Asia, vencida y distante [...] La racionalidad se ha debilitado por los excesos orientales, esos valores misteriosamente atractivos opuestos a lo que parecen los valores normales». Se recurrió a una imagen de diferencias esenciales con hondas raíces en el pasado primordial para inventar una geografía que no contaba con referencias empíricas reales. En términos de categorías como las de raza, propiedad, oligarquía y economía, lo Oriental (y lo no europeo en general) se interpretaba como «la negación de todo lo que era defendido por Occidente, de la mano de diletantes que, en realidad, sabían muy poco sobre el tema» (Springborg, 1992: 20). En este estereotipo se basan visiones como las que asocian la democracia con Occidente y el despotismo con Oriente, la historia con Occidente y el estancamiento cultural con Oriente, la iniciativa con Occidente y el conformismo con Oriente. Estas visiones nunca se basaron en evidencias empíricas sino en argumentos *a priori*. No es sólo que «Oriente» y «Occidente» tengan largas trayectorias históricas de interacción e intercambio mutuo, sino que el propio cristianismo procede de Oriente, pero las historias de cada zona eran complejas y muy heterogéneas. Ninguna de ellas ha sido tampoco la «patria» histórica de la democracia o del despotismo. La reducción de la complejidad cultural a un simple antagonismo entre dos zonas tuvo unos orígenes históricos determinados (ver el capítulo 1). El «peligro otomano» (la amenaza de una invasión turca) del Renacimiento hizo más creíble entre los vulnerables europeos la impresión de que existía un profundo abismo entre el familiar mundo europeo y el exótico mundo del Otro oriental. En Europa, «la amenaza turca contribuyó al resurgimiento de la lealtad a la *Respublica Cristiana* (la idea de Europa como cristiandad) que estaba en decadencia, y dio nuevos impulsos a la antigua reivindicación de paz y unidad en una cristiandad encabezada por el Papa» (Schwoebel, 1967: 23). Por muy lejos de Europa que se aventuraran los europeos, les acompañaba esta profunda sensación de que existía una oposición entre lo civilizado y lo primitivo y entre cristianos y paganos. Por tanto, era de esperar que los exploradores y colonizadores de Australia llegaran allí con expectativas previas sobre los otros que se iban a encontrar. Es evidente que no se presentaron sin una clara impresión de las diferencias que los distinguían de sus vecinos más cercanos, los turcos, moros y árabes.

A medida que iban surgiendo los Estados europeos tras los enfrentamientos dinásticos y las guerras de religión del siglo XVII, y que fueron desarrollando sus planes para construir imperios fuera de Europa, no se resistieron a compararse a sí mismos con el mundo antiguo, especialmente con el «modelo» romano. Lord Lugard (1926: 618), gobernador británico del norte de Nigeria, mantenía en los últimos tiempos del período colonial que Gran Bretaña era una especie de sucesora apostólica del Imperio: «así como el imperialismo romano [...] llevó a los bárbaros de estas islas hacia el camino del progreso, en África hoy estamos pagando la deuda, y trayendo a los oscuros lugares de la tierra [...] la antorcha de la cultura y el progreso». Quizá el exponente más importante de esta concepción de la historia de inspiración romana fue el filósofo alemán Hegel (1770-1831), especialmente en su *Filosofía del Derecho*, publicada en 1821. A partir de la idea de la soberanía absoluta del Estado y de lo que él llamaba su «substancia ética», la nación, Hegel dividió el mundo en cuatro escenarios históricos dispuestos jerárquicamente, con lo Oriental (India aparece persistentemente en su pensamiento) como la más baja, la germánica la más alta (¡sorpresa!), y los antiguos griegos y romanos, como precursores de lo germánico, en el medio. En el pensamiento de Hegel (que tan bien encaja entre las generaciones posteriores de italianos), el logro de un Estado-nación integrado era una condición necesaria para conseguir identidad moral (ver el capítulo 3). Desde este punto de vista, Hegel es especialmente importante como filósofo de la imaginación geopolítica. Veía el mundo como un todo, que dividía en porciones geográficas según niveles de desarrollo político *vis-à-vis* una interpretación de la historia europea cuya parte más importante era el Estado-nación europeo, que se hallaba en el momento en el que estaba escribiendo en pleno proceso de sustituir a una gran variedad de formas de organización política (imperios dinásticos, estados papales, territorios feudales, sistemas de poder compartido como el Sacro Imperio Romano, etc.).

A finales del siglo XVIII, al recurso a los antecedentes clásicos para entender las diferencias espaciales en el orden social se le dotó de base científica. El sentido común pragmático fue sustituido por explicaciones realizadas en términos de procesos naturales o a través de analogías con procesos naturales. Se hizo tremendamente popular considerar el cambio social como una transición de un estadio o nivel de desarrollo a otro. A medida que avanzaba el siglo XIX, y a imitación del discurso de la biología, este punto de vista fue elaborado en forma de un movimiento de evolución, desde un nivel de organización más bajo a uno más alto. Esta tendencia tomó dos direcciones. Por un lado, la «raza» cambió de significado, pasando de un sentido amplio, que aludía a grupos que se diferencian tanto desde el punto de vista de la civilización como físicamente, a uno mucho más estricto, en el que la complexión y talla física determinarían las diferencias entre las civilizaciones. Si una generación anterior de europeos, incluyendo a muchos de los intelectuales de la Ilustración como Kant (1724-1804), habían utilizado nociones de diferencias raciales para subrayar la ruptura con las «Épocas Oscuras» en las que el resto del mundo todavía estaba viviendo, a mediados del siglo XIX la raza había adquirido, en los escritos de autores tan opuestos a la Ilustración como Gobineau o Le Bon, la connotación de *el* factor determinante para explicar la historia humana. Una segunda

orientación de esta tendencia hizo que, cada vez más, ciertas partes del mundo se contemplaran sobre la base de los niveles de desarrollo —es decir, niveles de crecimiento económico y de progreso político y social— que Europa había experimentado previamente. Pero esas diferencias no condenarían a los desafortunados al subdesarrollo perpetuo: si se imitaba la experiencia de los «desarrollados», entonces los que se habían quedado atrás aún podían ponerse al día. La terminología de lo que el historiador indio Ranajit Guha (1989: 27) denomina «Adelanto» (*Improvement*) sustituirá a la de «Orden». La distinción ya no se fundamentaría en la diferencia esencial que no podría paliarse, sino en la posibilidad de superar el subdesarrollo a través de la imitación. El porvenir de los subdesarrollados estaba en repetir lo que Europa había hecho.

El poder de esta última idea nos lo muestra el éxito entre las elites políticas del ideal de modernidad en forma de recapitulación de la experiencia europea y, más recientemente, americana. Por ejemplo, incluso los gobiernos de China, aparentemente antioccidentales, han utilizado desde 1949 una retórica que apela a ponerse al día o dar alcance a Europa. En pleno período maoísta, a finales de los años cincuenta, cuando las ideas occidentales eran supuestamente un anatema para el régimen, el plan económico del momento, el Gran Salto Adelante, proclamaba el *chao ying gan mei* (literalmente «dar alcance a Inglaterra e igualar a Estados Unidos»). Esta circunstancia era el reflejo del compromiso a largo plazo contraído por las elites chinas (independientemente de su ideología política) con la idea del *zhong xue wei ti, xi xue wei yong* («las enseñanzas chinas son para los principios fundamentales, las occidentales para su uso práctico»). El problema estaba en la dificultad, sino imposibilidad, de restringir la influencia occidental al ámbito de la tecnología. Al mismo tiempo, nunca había estado muy claro lo que era «puramente» chino para defenderlo de la invasión exterior. La solución ha sido defender un esencialismo chino, es decir, una diferencia radical con todos los demás lugares basada, sobre todo, en las dificultades de existencia material en China. Esto llevaría a una definición limitada de los derechos humanos, asociada con la alimentación de la población, aunque no hay nada en la historia de China que implique necesariamente una concepción semejante. No hay nada particularmente chino en la falta de libertad de expresión o de juicios conforme a la ley.

A finales del siglo XIX, por tanto, la modernidad se entendía cada vez más como la forma de sociedad en la que la interacción social se organizaba y regulaba racionalmente. La teoría de la racionalidad del economista/historiador social Max Weber (1864-1920) dio la explicación más importante para esta modernidad dentro de una concepción evolutiva del cambio social. Para Weber, que escribía a finales del siglo XIX, la racionalización de la vida social en el mundo moderno (occidental) implicaba el aumento de la regulación de la conducta a través de la racionalidad instrumental, utilizando un sistema de méritos en el empleo, por ejemplo, en lugar de normas y valores «tradicionales» como la casta, la familia y el parentesco. El propio Weber no veía con muy buenos ojos este proceso de modernización. Él asociaba modernidad con el surgimiento de la burocracia y con la regulación impersonal del comportamiento social, pero sus discípulos sociólogos han tenido menos reparos. La ver-

sión de la teoría de Weber difundida en el mundo angloparlante por Talcott Parsons, un importante sociólogo estadounidense de los años cincuenta y sesenta, disocia la «modernidad» de sus orígenes europeos y la caracteriza como un modelo neutral espacio-temporal aplicable a procesos de desarrollo social en general, perdiendo así toda conexión con sus orígenes, en los que constituía una crítica a una tendencia determinada del desarrollo social. En esta interpretación, la modernidad, que a estas alturas se identificaba completamente con la sociedad estadounidense, se convierte en un modelo social al que otras sociedades «menos desarrolladas» pueden aspirar.

Esta manera de pensar sólo fue posible porque se creía que el tiempo tenía la misma extensión que el mundo, es decir, adquirió la forma del aquí (Occidente), que es ahora, y del allí (el Resto), que era antes. Todo el mundo estaba unido en una historia única, con una sola dirección. Aunque los avances tecnológicos como el ferrocarril y el teléfono crearon un sentimiento de simultaneidad global, la caracterización de diversos lugares en relación con una única trayectoria de la historia actuó en el sentido opuesto, provocando una ausencia de «coetaneidad», es decir, de la sensación de que las sociedades se influyen unas a otras al mismo tiempo. La idea de que la evolución temporal determinaba las diferencias geográficas se impuso sobre la idea de que tales diferencias eran el resultado de la interacción contemporánea entre las sociedades locales y las influencias procedentes de más allá de sus horizontes.

El impulso final para la calificación de áreas como subdesarrolladas o modernas surgió de la confrontación ideológica de la Guerra Fría en la que dos mundos modernos, el del capitalismo y el del comunismo, luchaban por imponer su dominio en el subdesarrollado o atrasado Tercer Mundo. Aunque más tarde se adoptó como un referente simbólico para la solidaridad de los pueblos que habían sido colonizados, el concepto «Tercer Mundo» nunca fue demasiado útil empíricamente. Su significado se basaba en la existencia previa de dos modelos rivales de desarrollo que no permitían una alternativa, lo que explicaría su origen, a principios de los años cincuenta, al comienzo de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la antigua Unión Soviética. El subdesarrollo del Tercer Mundo era necesario para definir la modernidad de los otros dos. En esa zona los dos mundos podían competir por adeptos para sus respectivos modelos de economía política. En esta traducción del tiempo en espacio, el Tercer Mundo representaba lo que los otros dos mundos habían sido. Sus afirmaciones de modernidad se basaban en comparaciones con aquellas partes del mundo que todavía no habían alcanzado sus «niveles». Lo moderno sólo puede existir, por tanto, si existe algo atrasado con el que compararlo. Ambas partes de la Guerra Fría veían su rivalidad de esta forma. Sus pasados se reflejaban en el presente y en el futuro del resto del mundo.

V. CONCLUSIÓN: DE LA METÁFORA AL MITO

Podríamos decir que toda esta crítica está muy bien, pero seguramente las expresiones de atrasado y moderno no son más que una sugerente metáfora que ayuda a comunicar las diferencias entre Australia o Italia y dos tipos ideales de sociedad (¿la sub-

desarrollada y la moderna?). Yo sostendría que estos términos son mucho más que todo eso, y que organizan y orientan el pensamiento sobre la «naturaleza» de lugares como Australia e Italia. Desde esta perspectiva, la primitiva Australia y la atrasada Italia son mitos, pero la idealización implica el olvido de que la metáfora ha sustituido al análisis. Esto no quiere decir que las metáforas sean falsas en todos sus usos, sino que funcionan en los casos aquí examinados, y en la imaginación geopolítica moderna, más como una fábula que como un mero instrumento comunicativo.

El analista literario Frank Kermode hace una distinción entre «mito» y «ficción» que podría ser de ayuda en este contexto: una ficción es «un constructo simbólico consciente, irónicamente, de su propia falsedad, mientras que en los mitos sus palabras simbólicas se han entendido literalmente y así se ha naturalizado su estatus» (Eagleton, 1991: 191). El límite entre ambas no está claramente definido sino que es difuso, puesto que todas las ficciones pasan a ser mitos una vez que se establecen y se difunden ampliamente. Esto fue lo que pasó con las metáforas de la Australia primitiva y de la Italia atrasada.

Los intelectuales estadounidenses y europeos han dado por sentado que las sociedades modernizadas (cuyos casos paradigmáticos a escala global serían Europa, especialmente Inglaterra, y los Estados Unidos) son racionales y seculares hasta el punto de excluir mitos tradicionales o metafísicos sobre su fundación y su esencia. Como ya se planteó en este mismo capítulo, esta postura se ha convertido en el elemento fundamental de la propia metáfora moderno-atrasado. La modernidad es, por definición, la vida sin mito. Pero puede que se trate más de que nuestros queridos mitos europeos, como atrasado *versus* moderno, sean simplemente unos mitos que no esperan procurar un mundo repentinamente mejor en general, meras ficciones naturalizadas que dotan de significado a la especulación sobre las trayectorias históricas de sociedades concretas. Aunque parte de su atractivo resida, al menos en cuanto a lo que la terminología del progreso se refiere, en que ofrecen realmente la esperanza de que los otros puedan llegar a ser como nosotros.

Es precisamente el «sentido común» de la antítesis entre lo tradicional y lo moderno lo que le da su poder mítico. Desde que Colón regresó del primero de sus viajes transatlánticos nos hemos acostumbrado de tal manera a caracterizar las diferencias geográficas en términos temporales idealizados que no encontramos ningún inconveniente en esta forma de pensar. Los exploradores de Australia indudablemente pensaban así, y asimilaban la información empírica a las dicotomías (primitivo *versus* civilizado, etc.) que manejaban. Las generaciones posteriores han continuado interpretando *todo* mediante el antagonismo entre lo atrasado y lo moderno. El mensaje de subordinación que conlleva esta asociación se enmascara como si fuera la «historia natural». Así, aunque el contexto original para convertir el tiempo en espacio estaba fuera de Europa, en los primeros viajes de descubrimiento y conquista, el mismo mensaje puede difundirse actualmente dentro de Europa, lo que nos muestra que el mensaje esencial sigue siendo de dominación geopolítica y subordinación, y no se trata de argumentos justificables empíricamente sobre el desarrollo nacional. Pero lo más gracioso, dados los mismos orígenes de Colón en una ciudad-Estado italiana (Génova) y que son los antiguos romanos los que inspiran en gran

medida la distinción elemental entre el *Homo humanus* (el romano), que vive en el centro, y el *Homo barbarus* (todos los otros), que vive en la periferia, es que en un contexto europeo Italia haya sido representada más como atrasada que como moderna. Una metáfora temporal inicialmente aplicada para darle sentido a la «brecha» espacial entre los Nuevos Mundos y el Viejo se ha convertido, por ejemplo, en la forma preferida de interpretar las diferencias italianas en relación con una modernidad idealizada europea. Esa calificación hace que el carácter intrínsecamente normativo de los términos atrasado y moderno quede menos claro. No obstante lo que les da tanto poder es su carácter de juicios morales sobre personas y lugares: nos cuentan quién tiene el control y por qué debe tenerlo. Al menos Colón y sus contemporáneos parecen haberlo entendido así. ¿No será este quizá el momento para aquellos que actúan en términos de emparejar lo atrasado y lo moderno de que reconozcan la complacencia ética que supone ignorar la dimensión moral de convertir el tiempo en espacio? Pero eso requeriría abandonar uno de los principios clave de la imaginación geopolítica moderna.

CAPÍTULO 3

UN MUNDO DE ESTADOS TERRITORIALES

En la imaginación geopolítica moderna el poder se ha definido como la capacidad de conseguir que otros hagan lo que uno desea y, al menos desde el siglo XIX en adelante, ha estado asociado exclusivamente a los Estados territoriales, normalmente considerados como Estados-nación, es decir, aquéllos donde hay una estrecha correspondencia entre los miembros de una nación concreta y las fronteras de un Estado particular. En este capítulo quiero examinar estos argumentos con cierto detalle y poner de manifiesto como la «espacialidad» o la organización geográfica del poder no está necesariamente unida en todo momento y lugar a la territorialidad de los Estados. La justificación de la espacialidad del poder centrada en el Estado, lo que denomino la «trampa territorial», es la proyección histórica de un mundo en que el poder sobre los otros se concibe como algo que está «repartido» entre entidades de soberanía territorial semejantes, normalmente entre los Estados militarmente más importantes, las llamadas Grandes Potencias.

Hay unos argumentos clásicos en la geografía del poder que aunque sean más explícitos en el caso de la geografía política y del estudio de las relaciones internacionales, son compartidos por las ciencias sociales contemporáneas. Estos argumentos se apoyan en tres supuestos geográficos: el primero, que los Estados tienen un poder exclusivo dentro de sus territorios, identificado con el concepto de soberanía; el segundo, que los asuntos «nacionales» y los asuntos «exteriores» son realidades esencialmente separadas reguladas por normas diferentes; y, finalmente, que los límites del Estado definen los límites de la sociedad de manera que ésta última está «contenida» en el primero. Estos supuestos se refuerzan unos a otros en la configuración de una concepción del poder estadocéntrica en la que el espacio ocupado por los Estados sería inamovible, como si fuera perpetuo. Al asumirse una territorialidad-estatal esencial para el funcionamiento del poder, queda fuera de lugar la reflexión acerca de la espacialidad del poder.

Este punto de vista funcionó particularmente bien en el mundo estadocéntrico que comenzó a desarrollarse en el siglo XIX (ver el epígrafe sobre la geopolítica naturalizadora en el capítulo 5). En el contexto de aquella época tenía sentido el caracterizar la evolución de los cambios económicos y sociales según las experiencias vividas en los pedazos de espacio delimitados por los límites geográficos de los Estados. Las empresas y los sindicatos, la representación política y la vida social se organizaban, cada vez más, sobre la base del Estado. Pero también existía un

elemento normativo para pensar sobre el poder en términos fundamentalmente estatales: como reflejo del nacionalismo floreciente en Europa —y progresivamente en otras partes— en el siglo XIX, la política se entendía *mejor* si se imaginaba desde el punto de vista de los Estados nacionales. Las ideas acerca de la existencia de «caracteres nacionales» específicos y el reflejo de dichos caracteres en las habilidades militares, deportivas, tecnológicas, artísticas y educativas llegaron a gozar de gran aceptación.

Este proceso ha sido interpretado desde hace mucho como algo que era patrimonio exclusivo de Europa (y de las áreas de poblamiento europeo). Se concebía Europa como una zona que tenía los prerrequisitos necesarios para que existieran Estados, concretamente características tales como un legado ancestral (los griegos y los romanos), superioridad racial y una evidente aptitud tecnológica. El resto del mundo estaba al alcance del imperialismo europeo. Entre 1800 y 1914 las principales potencias europeas, Rusia y Estados Unidos pasaron de dominar el 35 por ciento a controlar el 84 por ciento de la superficie terrestre (Kennedy, 1987: 148-49). Los imperios mundiales mantenían el control ya fuera por medios pacíficos ya fuera por la fuerza, sirviéndose en muchos casos de gobernantes locales de uno u otro tipo. El ejemplo de los Estados Unidos y de las repúblicas latinoamericanas independientes hacía vaticinar que el gobierno imperial no iba a durar siempre. Por lo tanto, al final

> Lo que ocurrió con el Imperio romano también le ocurrió al Imperio británico, al francés, al alemán y, por último, al ruso: los pueblos dominados sólo estaban dispuestos a permanecer sometidos mientras un número significativo de los mismos percibiera que obtenía algún tipo de ventaja (Paguen, 2001: 163).

Una vez que empezaba la resistencia a la dominación colonial, el principal medio de organizarla era, curiosamente, «la misma remodelación de la sociedad que había constituido la fuerza impulsora de la mayor parte del imperialismo moderno, es decir el nacionalismo» (Paguen, 2001: 164). El Estado moderno y la imaginación geopolítica moderna se convirtieron así en uno de los productos de exportación europeos más populares.

Al mismo tiempo que el nacionalismo y el imperialismo europeos iban creando circunstancias propicias para la extensión del fenómeno estatal por todo el mundo, las nuevas ciencias sociales (la economía, la sociología, las ciencias políticas) usaban los territorios de los Estados modernos como referente fijo y fiable para las investigaciones que realizaban sobre una gran diversidad de fenómenos. Se consideraba que en el mundo «moderno» (europeo) las comunidades locales eran eclipsadas por el sol naciente de las «sociedades» basadas en el Estado-nación. La *Gesselschaft* (sociedad) iba sustituyendo a la *Gemeinschaft* (comunidad) como principio geográfico-cultural fundamental de ordenamiento. De esta manera un «nacionalismo metodológico», que en gran medida era implícito, acabó imponiéndose en el pensamiento político y social. Aquellas corrientes de pensamiento que tenían en cuenta visiones más complejas acerca de las escalas geográficas en las que los pro-

cesos sociales, económicos y políticos podían tener lugar fueron, realmente, marginadas.

El Estado territorial moderno se apoyaba, por tanto, en la afirmación de que era el «mentor» popular para el culto a la nación. Y en la forma más radical, para los revolucionarios franceses discípulos de Rousseau el Estado-nación suministraba la base para reestablecer un fundamento religioso para la autoridad política. En vez de la persona del emperador-divino o del monarca por designación divina, el *Estado educador* trasmitiría a los ciudadanos un sentimiento de unidad moral y de identificación con el padre (o la madre) tierra. Esta «sacralización» de la nación otorgó al Estado territorial una creciente ventaja competitiva sobre otros tipos posibles de organización político-espacial, como confederaciones, imperios poco definidos o ciudades-Estado.

No ha sido sino hasta hace poco cuando los inconvenientes de una perspectiva estadocéntrica del poder se han hecho evidentes. Esto se debe, por un lado, a la percepción de cambios en la forma en que los Estados se relacionan unos con otros y a la emergencia de una sociedad global en la cual los Estados deben compartir su poder con otro tipo de actores. Vivimos en una época en la que el declive de la viabilidad militar incluso de los Estados más extensos, los crecientes mercados globales, el capitalismo transnacional en expansión, y las formas de gobierno alternativas a las del Estado territorial (como la Unión Europea, las diferentes agencias de las Naciones Unidas, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional) han ido disminuyendo la posibilidad de ver el poder como un monopolio espacial ejercido exclusivamente por los Estados.

Por otro lado, el problema es más profundo que el de una simple «adaptación adecuada» a las cambiantes condiciones económicas y sociales del mundo contemporáneo. El estadocentrismo ha sido reconocido finalmente como la principal estrategia de los intelectuales modernos, de todas las posiciones políticas, para limitar la definición de poder a la de un instrumento coercitivo, y para restringir la «política» al ámbito doméstico *del* Estado —una manera de pensar que tiene sus raíces tanto en los trabajos del filósofo de la antigua Grecia Aristóteles, como en los del teórico político de principios de la modernidad en Florencia Maquiavelo—. Representar el espacio como la territorialidad del Estado también sirve para situar la estatalidad más allá del tiempo, a causa de la fuerte tendencia a asociar espacio con algo estático o inmutable, imponiendo así una estabilidad intelectual sobre el mundo que de otro modo sería imposible. En consecuencia, el estadocentrismo sigue ejerciendo un atractivo normativo para intelectuales y políticos, a pesar de que en la práctica la capacidad de mando y reglamentación de los Estados está disminuyendo. Este concepto aporta un conjunto fundado de elementos socio-geográficos para el análisis de datos longitudinales y transversales, y también ofrece una serie de oportunidades institucionales concretas —por muy comprometida que esté su capacidad en la práctica— para la acción política.

I. LA TRAMPA TERRITORIAL

Tres supuestos, analíticamente distintos pero inevitablemente relacionados, sostienen la «trampa territorial», es decir, el pensar y actuar como si el mundo estuviese enteramente constituido por Estados que ejercen su poder sobre bloques de espacio y de este modo se constituyen en el único referente geográfico-político de la política mundial. El primer supuesto, y el más arraigado, es que la soberanía del Estado moderno requiere espacios claramente delimitados territorialmente. El Estado moderno difiere de todos los demás tipos de organización porque afirma la soberanía absoluta de su territorio. Defender la *seguridad* en su dominio espacial particular y la actividad política que lleva aparejada es el principal objetivo del Estado territorial. Personificada durante un tiempo en la persona del monarca —u otro líder dentro de la jerarquía de «categorías» que van desde el campesino más humilde a los guerreros, sacerdotes y nobles— la soberanía actualmente se atribuye al territorio.

El segundo supuesto clave es que existe una división fundamental entre asuntos «interiores» y «exteriores» en el mundo moderno. Esto se apoya en la concepción que comparte la teoría política occidental de que los Estados son similares a personas que se enfrentan para lograr poder y fortuna en un mundo hostil. Los logros económicos y políticos de un Estado siempre se consiguen a expensas de otros, motivo por el que la cultura cívica y el debate político sólo son posibles dentro de los límites del Estado. En el exterior, la razón de Estado (la búsqueda de los intereses de un Estado) constituye la regla suprema. Esta concepción determina los procesos de competencia política y económica a nivel del sistema de Estados.

Tercero, y último, el Estado territorial sirve de «contenedor» geográfico de la sociedad moderna. La organización política y social está definida desde el punto de vista de tal o cual Estado. Por ello, escribimos y hablamos desinhibidamente de sociedad «americana» o «italiana», como si los límites del Estado fueran también los límites de los procesos sociales o políticos que nos interesaran, quedando así excluidas otras escalas de pensamiento o análisis geográfico. Esto se debe a que se suele considerar que el Estado es el garante del orden social en las sociedades modernas. El Estado sustituye al orden cultural auto-perpetuado que podría encontrarse en las sociedades llamadas tradicionales (eso está relacionado con el tema del Capítulo 2).

Estos tres supuestos unidos son los cimientos de una concepción de estatalidad sin horizontes temporales, como si fuera la única fuente de poder en el mundo moderno. El primero data del período de la historia europea en el que la soberanía pasó de la persona del monarca al Estado y sus ciudadanos. En Europa, este proceso no ocurrió de la noche a la mañana, sino que se prolongó desde el siglo XV hasta el XIX. El segundo data de los últimos cien años, aunque la contraposición de los asuntos interiores a los exteriores tiene sus raíces en las doctrinas del mercantilismo económico del siglo XVII. Juntos sirven para situar al Estado territorial moderno al margen de la historia en general y de la historia de Estados concretos, en particular. Definen un mundo formado exclusivamente por actores territoriales similares que logran sus fines mediante el control de bloques de espacio.

II. UN CASO CONCRETO: LAS TEORÍAS CLÁSICAS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La importancia del Estado territorial y el rol similar que desempeña en teorías distintas puede observarse en los escritos de teóricos de las relaciones internacionales tan influyentes como Kenneth Waltz (1979) y Robert Kehoane (1984.) Serían autores representativos de cada uno de los extremos del *continuum* que abarcaría desde el «realismo» al «liberalismo», las principales posturas sobre el poder estatal en torno a las que se ha desenvuelto la imaginación geopolítica moderna en el siglo XX.

Waltz se ocupa de lo que él denomina «estructuras de las relaciones interestatales», que excluyen de cualquier consideración explicativa el carácter nacional de los Estados. En su opinión, la estructura del sistema internacional tiene tres características importantes: 1) es anárquica, sin una autoridad superior a otra; 2) todos los Estados desempeñan las mismas funciones y son unidades equivalentes, y 3) existe una distribución desigual de recursos y posibilidades entre Estados. A partir de estas características fundamentales extrae las siguientes conclusiones: que en todo momento la forma del sistema en su totalidad está determinada por la cantidad y la calidad de las relaciones entre las Grandes Potencias (aquellas con más recursos y posibilidades) y que el equilibrio del poder entre estas Grandes Potencias es el mecanismo clave de la política mundial. Desde este punto de vista, por tanto, desde 1945 hasta 1990 el sistema internacional fue un equilibrio de poder bipolar entre dos Grandes Potencias (los Estados Unidos y la Unión Soviética) en contraste, por ejemplo, con la multipolaridad de principios del siglo XIX en Europa. El motor del sistema es el miedo a ser dominado por los otros. Así pues, los Estados se conciben como actores unitarios que intentan maximizar su status en relación con los otros (ver el capítulo 4 para una discusión más extensa de la importancia que esta concepción ha tenido para la imaginación geopolítica moderna). Ninguna otra entidad aparte de los Estados está implicada, por definición, en las relaciones internacionales. La política mundial consiste exclusivamente en relaciones internacionales (es decir, interestatales).

En contraste aparente, Kehoane está interesado en el modo en que la cooperación puede tener lugar entre Estados sin que haya una Gran Potencia dominante. Sostiene que hay importantes incentivos para la cooperación entre Estados, que actúan contra la búsqueda competitiva del poder coercitivo en un mundo anárquico, aunque Keohane acepte la existencia de ese mundo. Tratados, acuerdos e instituciones internacionales formales imponen límites al comportamiento de los Estados, porque los Estados aceptan restricciones cuando los beneficios que se obtienen al hacerlo superan los costes. Concibe los Estados como agentes que intentan maximizar los beneficios públicos antes que el status. Pero los Estados siguen siendo los únicos actores significativos en esta explicación, pues son los únicos participantes en el juego de los beneficios públicos.

A pesar de las diferencias sobre cuál sea la prioridad de los Estados, los dos teóricos se mantienen fieles a una concepción estadocéntrica del mundo o, más exac-

tamente, a un mundo centrado en las Grandes Potencias. Esta es una concepción heredada de una extensa tradición de politólogos y políticos. Es un ingrediente esencial de la imaginación geopolítica moderna.

III. LA ESPACIALIDAD DEL PODER EN LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA

III.1. *El poder coercitivo sobre bloques de espacio*

Tres características de la concepción clásica del poder y de los Estados han sido cruciales para obstaculizar la comprensión de la espacialidad o de la organización geográfica del poder solamente a los Estados. Estas características hicieron problemática la perspectiva territorial o de bloques espaciales sobre el poder mucho tiempo antes de que los recientes cambios en la marcha de la economía política internacional la cuestionaran más profundamente. La primera característica ha sido la definición del poder implícita en la imaginación geopolítica moderna en cuanto que capacidad de obligar a otros a cumplir tu voluntad (o poder *sobre*). Esto nos lleva a un concepto de poder como monopolio del control ejercido igualmente sobre todos los lugares dentro de un territorio dado o de un área geográfica por un grupo social dominante o élite («poder despótico»). Este concepto pasa por alto la contingencia y fragilidad del «poder infraestructural» (el suministro estatal de bienes y servicios, etc.) sobre el que descansa fundamentalmente la legitimidad (el derecho a gobernar reconocido por la población) de los Estados modernos. El sociólogo Michael Mann (1984) ha señalado con cierto detalle el importante papel del poder infraestructural a la hora de distinguir los Estados territoriales modernos (tanto burocráticos como autoritarios) de los tipos de gobierno feudal y clásico-imperial (Tabla 3 1). Debido a que tiene la capacidad de suministrar servicios organizados central y territorialmente que otras organizaciones no tienen, el Estado territorial deja de ser la criatura de las elites estatales (y de su poder despótico). Hay una fuente de poder autónomo en sus roles de dirección y coordinación. Pero esta *relativa* autonomía depende de la prestación de una serie de servicios por parte de los Estados

Tabla 3.1 *Dos dimensiones del poder del Estado y los cuatro tipos ideales de Estado que definen*

		Poder infraestructural	
		bajo	*alto*
Poder despótico	*bajo*	FEUDAL	BUROCRÁTICO
	alto	IMPERIAL	AUTORITARIO

FUENTE: Mann (1984: 188).

que no pueden ser suministrados de ninguna otra manera, circunstancia que, evidentemente, plantea desafíos tanto al régimen (instituciones en activo) como al Estado cuando éste no puede hacer frente al suministro de bienes.

Esta redefinición, aunque resulte útil para señalar la dependencia del Estado moderno de lo que hace por su población, pasa totalmente por alto el grado en que el poder es inherente a todas las acciones humanas. Todas las prácticas sociales implican la utilización de poder, es decir, la capacidad de abordar acciones encaminadas a la realización de objetivos socialmente aprobados (poder *para*). Desde este punto de vista, el poder no es una cosa o una posibilidad cedida exclusivamente a los Estados (o a las instituciones políticas asociadas) sino el recurso a la acción *(agency)* implicado en toda actividad social encaminada a conseguir los fines que se ha propuesto. Los Estados territoriales son un tipo de concentración social de poder que surgió en unas condiciones históricas específicas en las que la territorialidad del Estado era útil en la práctica para lograr los objetivos de los grupos sociales tanto dominantes como dominados. Hoy, podemos ver cómo el poder estructural comienza a ser aplicado por parte de gobiernos locales y regionales y de comunidades suprarregionales para fines tales como el desarrollo económico o la identidad política, sin que vaya acompañado del poder coercitivo tradicionalmente asociado a los Estados territoriales. No cabe duda que esa configuración espacial distinta del poder respecto a la del Estado moderno territorial no es del todo nueva. Por ejemplo, la Liga Hanseática, la Confederación Helvética, el Imperio Romano, la Confederación Iroquesa, el Concierto Europeo y los primeros Estados Unidos son ejemplos familiares de sistemas de poder y autoridad distintos del sistema de Estados territoriales de Westfalia. La existencia efectiva de este tipo de disposiciones institucionales nos indica las diversas posibilidades en que se puede organizar espacialmente el poder. Plantean que los sistemas de poder son generados, sostenidos y reproducidos por medio de prácticas sociales específicas histórica y geográficamente, en lugar de ser algo existente desde siempre con un configuración espacial concreta: la de la territorialidad del Estado. De hecho, no hay nada de inevitable en el surgimiento del sistema moderno de Estados territoriales. Hasta el siglo XIX los piratas, por ejemplo, ponían en cuestión incluso el monopolio del poder coercitivo de los Estados sin dificultad, y eran comunes formas alternativas a la organización geográfica del poder centralizado, como, por ejemplo, las jurisdicciones traslapadas del Sacro Imperio Romano Germánico.

Desde un punto de vista más tajante, se podría pensar que el poder de los Estados sobre sus poblaciones y en relación con otros Estados se apoya en el poder «desde abajo»; es decir, el Estado territorial «absorbe» (como por capilaridad) el poder de los grupos sociales y las instituciones, y no se impone a ellos sin más. Desde este punto de vista, el poder está presente en todas las relaciones entre personas y animales, y el poder del Estado cuenta con un amplio abanico de fuentes a las que puede recurrir. Esta podría denominarse una concepción del poder no soberanista, en contraposición a la concepción del poder emanando de una sola fuente (soberana), como el Estado. En esta interpretación, el poder es concebido como algo equivalente a la energía moviéndose a lo largo de un sistema circulatorio, en lugar

de un antagonismo mecánico entre un foco de poder, por un lado, y un súbdito obediente (o descontento), por otro. Existen múltiples puntos en los cuales el consentimiento y la resistencia forman parte de la expansión o del retraimiento de la interacción entre los Estados y los súbditos y, por lo tanto, de la definición de la territorialidad efectiva del Estado, o, en otras palabras, de cómo domina el Estado el bloque espacial que reivindica. El monopolio espacial del poder ejercido por un Estado no es y no puede ser absoluto cuando su poder se deriva de lo que unos ceden y otros pueden volver a tomar.

Tanto la importancia como los límites de las descripciones convencionales que giran en torno al poder coercitivo ejercido en el territorio de un Estado pueden contemplarse en referencia a los «Estados-nación» africanos. A mediados de los sesenta, justo cuando muchas de las antiguas colonias europeas en África habían alcanzado la independencia, se anunció el «avance» o la intensificación de la soberanía. Treinta y cinco Estados recibieron los símbolos de la soberanía estatal entre 1951 y 1966, pero todo resultó una falsa ilusión por dos razones, que veremos a continuación.

En primer lugar, fueran cuales fueran las dudas de los nacionalistas, las políticas imperialistas les obligaron, por razones de índole práctica, a buscar la independencia en el seno de los territorios coloniales existentes, que no tenían ni los materiales culturales necesarios para la construcción de una nación ni fronteras políticas que tuvieran algún sentido económico o geopolítico. Se ha producido en consecuencia una omnipresente política clientelar porque los gestores del Estado, como han tenido que hacer frente al deterioro de las condiciones comerciales, a la emigración masiva del campo a la ciudad y al fracaso de las iniciativas para impulsar el desarrollo de las industrias del país y de una clase media, han vaciado las arcas públicas (y lo recaudado a los grupos exportadores) para legitimar su gobierno, al menos a los ojos de sus beneficiarios. La importación de ideologías de la Guerra Fría de forma tergiversada atrajo la ayuda exterior y a los consejeros, pero se mostró de poca utilidad a largo plazo. La capacidad de los Estados para vigilar o desarrollar sus territorios —o, en otras palabras, la capacidad de ejercer el poder ya sea despótico ya sea infraestructural en sus territorios— ha permanecido lejos de su alcance. Así pues, se ha convertido al Estado en un obstáculo, más que en un agente, del cambio social progresivo en muchas zonas de África.

En segundo lugar, los Estados africanos, desde su misma independencia, no han sido considerados por las Grandes Potencias mundiales en lo que concierne a su soberanía equivalentes a los Estados europeos o a cualesquiera otros Estados «reales». Por lo tanto, lo que perjudica la efectividad de los Estados africanos no es sólo la falta de eficacia interna sino también la falta de respeto externa. El aparente «caos» social africano se percibe como una llamada para que los europeos desde fuera vuelvan a intervenir o gestionar los asuntos. Es como si hubiera diferentes «regímenes» de soberanía que predominaran en diferentes partes del mundo. Desde este punto de vista, el destino de África se selló durante la Guerra Fría, que hizo que el continente se convirtiese en esa época no sólo en un tablero para jugadores astutos con intervenciones episódicas y luchas de poder por subrogación, sino que su historia colonial reciente (con conflictos continuos entre indígenas y colonos en Zimbabwe,

Sudáfrica y otros lugares bien entrados los años noventa) también la tacharon de zona donde la estatalidad era considerada como una especie de poblado del Oeste, una imitación en cartón piedra del original. Esta imagen —de África como «zona salvaje» que queda al margen de la política «normal» de los Estados westfalianos— es ahora mayoritariamente compartida por numerosas personas tanto de África como de fuera.

III.2. *El poder como coerción en las relaciones internacionales*

La segunda característica de la asociación entre Estados y poder en la imaginación geopolítica moderna es que suele considerarse que las relaciones coercitivas entre Estados son la única manera en que se ejerce el poder más allá de los límites del Estado territorial. ¡Incluso la cooperación entre Estados, como en el ejemplo de Kehoane anteriormente citado, se interpreta como un disfraz de la «búsqueda del beneficio propio»! De hecho, la práctica de la política, la división de grupos y las disputas sobre «la sociedad ideal» y quién obtiene qué, cuándo, cómo y dónde, dentro de los límites estatales, suelen compararse con la razón de Estado (acción expeditiva para defender o favorecer los intereses propios del Estado). La teoría política democrática, por ejemplo, se ha limitado casi siempre a las posibilidades de la representación y la participación política dentro de los Estados y no a las perspectivas favorables entre, o más allá, de ellos. A nivel del sistema de Estados, el concepto de «hegemonía» es usado habitualmente para indicar el dominio ejercido por un Estado determinado sobre otros durante un período histórico concreto. Esta definición nos da una idea de la importancia concedida al poder despótico o coercitivo en las relaciones internacionales, al margen de la «relación» concreta de la que se trate.

Sin embargo, el concepto de hegemonía puede tener un significado diferente, más próximo al planteado originalmente por el pensador marxista italiano Antonio Gramsci (1891-1937), que se refiere al poder que está implícito en los usos imperantes que gobiernan la sociedad, tanto dentro como más allá de los límites del Estado territorial. En este planteamiento, por tanto, la política mundial implica diversas prácticas sociales que requieren un despliegue de poder, no simplemente la coerción militar de los Estados. Las identidades y los intereses de los Estados (y otros actores) se configuran en la interacción de unos con otros y en el nexo entre las prácticas sociales globales y locales. La hegemonía se refiere a la naturaleza de las prácticas sociales dominantes en un período histórico dado y cómo conectan entre sí a los diferentes actores en una sociedad global. Las prácticas dominantes podrían beneficiar desproporcionadamente a un Estado —como a Gran Bretaña a mediados del siglo XIX y a los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial (véase el capítulo 5)—, pero las ventajas e inconvenientes (económicos y culturales) pueden ser distribuidos de una manera más difusa entre todos los actores (tanto a los afiliados a los Estados como los que no lo están) porque están de acuerdo con los «principios» contemporáneos de la vida internacional —tales como los que definen la imaginación geopolítica moderna— independientemente de su ubicación geográfica.

Esta es una de las perspectivas comprehensivas que proceden de los denominados estudios postcoloniales, que llaman la atención sobre la penetración en todo el mundo de las prácticas y explicaciones dominantes (como las etiquetadas bajo el término de «nacionalismo») y sobre su normalización en las rutinas de la vida cotidiana como «sentido común» y «cosas de la vida». En un mundo que está más caracterizado por las prácticas sociales que por los sistemas institucionales reificados, por tanto, no solamente los Estados deben actuar bajo las «reglas»establecidas por los grupos dominantes que están presentes en todos ellos, sino que la naturaleza de la acción de legislar presupone que los Estados (y otros actores) no son *simplemente* agentes coercitivos en un mundo anárquico.

Dos ejemplos nos servirán para ilustrar la importancia de este argumento. El primero está relacionado con el cambio en las condiciones tecnológicas y sociales de la viabilidad militar de los Estados y su repercusión en la posibilidad de que se declare una guerra por razones de Estado. La aparición de armas nucleares ha tenido como consecuencia que ahora la seguridad «dependa de la parálisis de los Estados y no del ejercicio del poder estatal, y de la aceptación de la imposibilidad del monopolio territorial de la violencia, y no de perseguirla» (Deudney, 1995: 219). Al mismo tiempo, la difusión de armas convencionales fáciles de usar (como las ametralladoras Kalashnikov y los misiles tierra-aire Stinger, por ejemplo) ha hecho mucho más fácil para los grupos locales resistirse a los designios de adversarios aparentemente más poderosos. Como Deudney afirma al resumir lo esencial de las prácticas militares contemporáneas: «Es casi imposible proteger el territorio de la aniquilación; pero es más fácil que nunca evitar la conquista» (1995: 219).

El segundo ejemplo está relacionado con la descentralización y desterritorialización contemporánea (a nivel estatal) de los medios de producción y comunicación. Estos factores reflejan la apertura de la economía mundial debido al aumento de los flujos de comercio e inversiones transfronterizas bajo los auspicios estadounidenses durante la Guerra Fría. Los recientes avances de los mercados financieros y de las tecnologías de la información, sin embargo, han acelerado los cambios en el modo en que interactúan personas, lugares y Estados y en la forma en que los actores políticos y económicos perciben estas interacciones. Los Estados (y otros) deben *gestionar* ahora estas interacciones. Aunque la coerción externa es una posibilidad real para los Estados más poderosos, su utilización se limita desde el momento en que las políticas estatales deben de centrarse en atraer capital «externo» y en tener acceso a los flujos globales de información. Así pues, las prácticas económicas contemporáneas, apuntan hacia la incipiente creación de una hegemonía *liberal-transnacional* en la que los Estados territoriales han dejado de ser las piezas esenciales, puesto que están siendo cuestionados con toda celeridad por los nuevos espacios de redes y flujos en los que la velocidad y la capacidad de acceso son más importantes que el control militar del territorio. Incluso en Francia, por ejemplo, a la que los escépticos sobre el nacimiento de un mundo de flujos que cuestiona al mundo de los territorios suelen calificar de zona inmutable, los recientes gobiernos neo-gaullista y socialista han apoyado una nueva moneda europea y una retirada del Estado de muchas actividades. Fue el general

De Gaulle quien dijo que Francia sólo existe gracias al Estado, el ejército y el franco. Actualmente, tanto sus discípulos como sus enemigos políticos velan por su desmantelamiento.

III.3. *¿Estatalidad y protección de los derechos de propiedad?*

Si los Estados se ubican en el contexto de un mundo con prácticas sociales cambiantes, pierden su exclusividad. Pero lo que ocurre es que se revitaliza uno de los roles históricos del Estado: la definición y reglamentación de los derechos de propiedad. El moderno sistema de Estados ha estado asociado desde sus orígenes en los siglos XVIII y XIX en Europa con la determinación de un marco para definir los derechos de propiedad (los derechos legales de tenencia y uso) sin los que el capitalismo global no habría sido posible. Los Estados nunca son tan «soberanos», en el sentido convencional de entidades singulares dotadas de monopolio de poder dentro de sus territorios, como cuando son concebidos como definidores y valedores de los derechos de propiedad.

La tercera característica de las explicaciones estadocéntricas de la espacialidad del poder, por tanto, es que silenciarían el papel que han desempeñado los Estados en el desarrollo de ciertas prácticas sociales básicas del capitalismo (la definición y protección de los derechos de propiedad), que han traspasado los límites del Estado para conseguir beneficios poniendo en circulación la «propiedad móvil» (el capital). El término *propiedad* implica una fijación o permanencia en un lugar, que los modernos Estados territoriales han dado una protección prioritaria. Consecuentemente, muchas de las leyes de la mayoría de los Estados occidentales tratan de establecer derechos de tenencia y acceso. Pero un territorio patrio también supone una base desde la que hacer los intentos de adquirir propiedades en otro lugar. Para lograrlo los recursos han de tener un cierto grado de liquidez y poder trasladarse en el espacio y cruzar los límites estatales. En un momento dado, sin embargo, los Estados experimentan una tensión, lo que Ruggie (1993: 164) llama el problema de «individuación absoluta», que puede dar lugar a un «desdoblamiento» de la territorialidad cuando los Estados sustituyen el control sobre los flujos económicos generados en sus territorios por un incremento en el acceso a los flujos que vienen de otros lugares. La consecuencia es que cuando aumenta la proporción de propiedades movibles más allá de los límites de cada Estado, estos solamente suministran una protección parcial y poco sólida de los derechos de propiedad absolutos. Otros niveles geográficos de gobierno y regulación pasan a ser más atractivos, como fue el caso del sistema regulador de las finanzas internacionales de 1944 a 1972 de Bretton Woods, y como es ahora —aunque sea menos efectivo— la cumbre anual del G7 entre los dirigentes de los Siete Grandes países industrializados. Pero la incertidumbre acerca de las acciones políticas futuras y de los cambios macroeconómicos (aranceles, tasas de interés, etc.) también supone un incentivo para que los propietarios no depositen sus recursos en un Estado sino que los repartan más.

Tabla 3.2 *Pilares de la emergente economía mundial de «acceso al mercado».*

Pilares del régimen de libre comercio	Pilares del régimen de acceso al mercado	Medidas políticas
Forma de gobernanza		
1 Modelos de organización industrial de EE UU	Modelo de organización industrial híbrido	Mayor confianza en los foros de negociaciones bilaterales y plurilaterales
2 Sistemas de gobernanza separados	Internacionalización de las políticas nacionales	Transparencia, derechos especiales de apelación y comportamiento vinculante
3 Bienes comercializados y servicios producidos y consumidos nacionalmente	Globalización de los servicios; desaparición gradual de la distinción entre bienes y servicios	Los servicios se negocian a nivel nacional y existe una reciprocidad jerarquizada
4 Las reglas universales constituyen la norma	Lo habitual es la existencia de códigos específicos de cada sector	Reformas de convenios de ajuste voluntario, *anti-dumping* y programas de subvención
Principios		
5 Libre circulación de bienes; condicionantes para las inversiones	Las inversiones y el comercio se sitúan al mismo nivel	Reglas sobre la procedencia y nuevas reglas de inversión para asegurar el acceso al mercado, *anti-trust* global
6 Ventajas comparativas nacionales	Ventajas regionales y globales	Reglas de comercio justo en las normativas, producción e I+D

FUENTE: Cowhey y Aronson (1993: 237)

Este proceso no es nuevo, puesto que sus orígenes se remontan al capitalismo mercantil del siglo XVI. La novedad es el aumento de la escala y la ampliación del alcance geográfico de los bienes muebles que actualmente circulan de aquí para allá cruzando las fronteras del mundo de Estados comerciantes e inversores. En este contexto, Estados y empresas han cambiado su orientación, del libre comercio a lo que ha sido denominado «acceso a los mercados» (*market access*) (Cowhey y Aronson, 1993). Los presupuestos del régimen de comercio mundial que prevalecieron tras la Segunda Guerra Mundial están siendo sustituidos por los de otro régimen en el que se da un gran valor a la apertura de los límites. Las «filtraciones» en los flujos de bienes e inversiones transfronterizas y en la multinacionalidad de las empresas han llegado a ser un torrente de capital, comercio y alianzas corporativas. Cowhey y Aronson (1993: 237) contrastan la naturaleza del viejo régimen con la del nuevo señalando

seis «pilares» sobre los que se apoyarían cada uno de ellos y las políticas asociadas con el nuevo régimen (Tabla 3.2). Las medidas políticas muestran un abandono de la clásica soberanía del Estado a cambio de garantizarse los derechos de acceso a los territorios de otros Estados. El mundo se ha apartado de la estricta asociación entre derechos de propiedad y acumulación de capital con la territorialidad del Estado. Hoy en día una serie de factores no territoriales determinan la competitividad de las empresas en muchos sectores: el acceso a tecnología, las estrategias de marketing, la receptividad hacia los consumidores o las técnicas de gestión flexibles. Todos estos constituyen ahora los recursos de las compañías, y no los territorios. Las compañías crecen a través del despliegue de sus recursos internos de la manera más eficaz posible. Y los Estados compiten unos con otros para atraer estos recursos muebles (propiedad) a sus territorios.

Tres son los aspectos del «régimen de acceso a los mercados» que destacan especialmente en relación con el cambio en la espacialidad del poder. Uno es la internacionalización de una serie de políticas nacionales para ajustarse a las normas de funcionamiento globales. De esta manera, no sólo la política comercial sino también la industrial, los riesgos de la producción y las políticas de bienestar social están sujetas a delimitación y vigilancia en lo que se refiere a su impacto en el acceso al mercado entre países. El segundo es el incremento en el comercio de servicios, en otro tiempo creados y consumidos en su mayor parte dentro de los límites estatales. Esto se deriva en parte del hecho de que muchos bienes manufacturados requieren una gran inversión de servicios (desde I+D a marketing y publicidad). Pero también se debe a que la revolución de las telecomunicaciones significa que muchos servicios, desde los bancarios a los de diseño y embalado, pueden ser suministrados a mercados globales. Esta situación representa un significativo desafío material a la distinción nacional *versus* internacional de la que parte el «realismo» de las explicaciones estrictamente territoriales sobre la espacialidad del poder. El tercero y último es que la extensión del alcance de las compañías transnacionales y el surgimiento de alianzas corporativas internacionales ha influido profundamente en la naturaleza de los flujos de comercio e inversión, debilitando la identificación entre territorio y economía. Sintomáticas de la integración de comercio e inversión son las tan frecuentemente oídas preocupaciones sobre las reglas para la inversión internacional e impuestos unitarios, las reglas que regulan el contenido local y el lugar de origen de los productos para evaluar dónde fue añadido el valor en las cadenas de mercancías de la producción globalizada, y los principios relacionados con la competencia desleal y el *anti-trust* o las prácticas de comercio monopolísticas.

IV. EL LIBERALISMO TRANSNACIONAL Y LAS NUEVAS ESPACIALIDADES DEL PODER

Si se plantean las tres características principales de las explicaciones convencionales de la espacialidad o de la organización geográfica del poder, queda claro un defecto que comparten: presuponer que el poder coercitivo de los Estados territoriales es

una característica inmutable del mundo moderno en lugar de verlo como el resultado de una serie de contingencias históricas. El «desdoblamiento» contemporáneo de la territorialidad del Estado constituye la prueba más clara de una reformulación de la hegemonía distanciándose de las prácticas estadocéntricas de la época previa. Esta circunstancia no quiere decir que los Estados territoriales se hayan (finalmente) «debilitado», sino que ahora deben operar en un contexto global en el que sus relaciones con los otros deben tener en cuenta un entorno militar y económico diferente. De hecho, a falta de unidades de más alto nivel para hacer respetar los derechos de propiedad y organizar la provisión de los servicios públicos, los Estados tienen un papel prolongado y esencial que desempeñar dentro de un mundo de redes y flujos en expansión. Por ejemplo, la desregulación de los mercados financieros exige la acción deliberada de autoridades gubernamentales, no es algo que «ocurra» sin más. Durante la Guerra Fría entre 1947 y 1990, los Estados Unidos, que competía militar e ideológicamente con la Unión Soviética, respaldaron una apertura de la economía mundial sin precedentes, en parte para difundir su «mensaje» político-económico y en parte para aprovechar las oportunidades que suponía para sus negocios. Al final lo que ha ocasionado es que los mercados han adquirido poderes que en otra época se atribuían a los Estados principales. Según este proceso se ha ido intensificando y expandiendo, algunas localidades y regiones dentro los de Estados se han beneficiado de redes globales financieras, industriales y de producción cultural en perjuicio de otras. El «régimen de acceso a los mercados» vincula directamente áreas locales con los mercados globales. Las prósperas son aquellas que pueden mejorar su posición al incrementar su atractivo para compañías globales y multinacionales. Así pues, un mosaico de lugares coexisten dentro de un sistema global de nodos y redes, pero están erosionando lentamente la espacialidad territorial con la que estamos familiarizados. En el resto de este capítulo se ponen de manifiesto tres consecuencias de esta tendencia para dar pruebas fehacientes a la afirmación de que está en perspectiva una nueva geopolítica del poder: la explosión de identidades políticas no territoriales asociadas a movimientos políticos globales y locales (ejemplificada, respectivamente, por las nuevas producciones literarias locales y postnacionales), la progresiva tensión en la intersección entre ciudadanía y migración, y la progresiva descentralización del sistema financiero mundial, ilustrado por la «desterritorialización» de las monedas.

IV.1. *De la literatura a las literaturas*

Uno de los supuestos comunes en los estudios literarios es la coincidencia histórica entre la creación de la novela como género literario y los orígenes del Estado territorial moderno. Teóricos literarios como Lúkacs (1971) o Watt (1957) han afirmado que la novela «asciende» (según Watt) junto al nuevo Estado y las nuevas clases que trae consigo, sobre todo la nueva clase media o burguesía, uniendo la idea de nación con la de Estado. *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (publicada en 1719) suele ser considerada la primera novela, al identificar al inglés autosuficiente que

es el héroe de la historia con un espacio nacional concreto. Sus diversos rasgos también definen al tipo ideal inglés que será de ahí en adelante el tema del discurso de la novela inglesa. El recurso a ciertas representaciones paisajísticas y formas históricas de comportamientos sociales (téngase en cuenta, por ejemplo, las novelas de Jane Austen o Anthony Trollope) también contribuyeron a confundir la nación con el Estado. La primera sería la identidad de un grupo social que ocupa un territorio específico, y el segundo la plasmación del ejercicio de poder dentro de un territorio delimitado. Esta combinación —particularmente estrecha en el mundo angloparlante— contribuyó activamente a la «naturalización» de los Estados existentes y posibles como los representantes adecuados de las naciones en las que la población mundial estaba aparentemente dividida (véase el capítulo 5).

El «auge de la novela» también tuvo que ver, no obstante, con la creación de una nueva categoría de producción literaria: Literatura con «L» mayúscula. En contraste con las formas literarias más antiguas que se transmitían oralmente, los nuevos trabajos requerían:

> Alfabetización, intimidad, lectura en voz baja y una elite que determinara cuales eran sus componentes. Dependía del capitalismo de mercado, que proporcionaba la impresión de los libros, las costumbres sociales que permitían o limitaban la alfabetización según la clase y el género, y la invención y adjudicación del «buen gusto» por parte de los individuos que constituían la elite (Allen, 1995: 99).

El estudio de la literatura aún está en su mayor parte dividido en secciones, debido a razones de especialización y competencia lingüística en géneros identificados con territorios específicos: literatura italiana, literatura irlandesa, etc. Pero dos tendencias señalarían el grado hasta el que la asociación histórica de la novela con el Estado territorial moderno está sufriendo una presión significativa. La primera es el aumento de la importancia en las listas mundiales de *best-sellers* de las llamadas novelas postnacionales. Ejemplos de novelas postnacionales incluirían *El Nombre de la Rosa*, de Umberto Eco; *Versos Satánicos*, de Salman Rushdie; *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, y *Lady Oracle*, de Margaret Atwood. A veces estas novelas están profundamente impregnadas de ciertas identidades nacionales, o se asocian fácilmente con Estados concretos, pero todas ellas abordan asuntos relacionados con la carencia de lugar (la diáspora, la pérdida de esencia de la existencia, etc.) y el rápido paso de un mundo cultural a otro. Lo que es más importante, se publican casi simultáneamente en varias lenguas y se distribuyen a escala global. La industria editorial es actualmente una de las actividades más globalizadas. El lugar de publicación ha dejado de tener demasiada importancia para la publicación de muchos trabajos de «ficción». De algunas novelas postnacionales se han hecho películas (otra industria globalizada) que llegan a audiencias de todo el mundo que no pueden o no quieren leer la novela. Su atractivo reside en que suelen mostrar que las identidades a las que hacen referencia son tremendamente problemáticas. Es decir, que cuestionan la estabilidad de las mismas identidades que las novelas más antiguas trataban tanto de representar

como de construir. Suministran a la gente de otros lugares un reflejo de su propia identidad al revelar la identidad nacional de otros. Por ejemplo, la novela de Kundera, a la vez que se compromete con las dificultades que los protagonistas checos tuvieron durante y después de la Primavera de Praga de 1968, trata sobre el triunfo de lo *kitsch* en el mundo, de lo que no puede ser pensado o hablado. El especialista literario Beverly Allen (1995: 103) lo expresa siguiendo la lógica de un espejo, y usando un ejemplo particularmente evocador:

> Consideremos la posibilidad, por ejemplo, de que una persona culta en Noruega o en Filipinas o en Estados Unidos vea la película basada en la novela de Kundera. La distancia del espectador respecto de los conflictos de los personajes sobre su propia identidad nacional checa contiene la posibilidad de que la propia identidad nacional del espectador asuma un papel determinado, un sentido de arbitrariedad, incluso quizá un matiz de intercambiabilidad virtual en un mundo de tasas variables en el intercambio de las identidades nacionales.

Por consiguiente, la circulación por todo el mundo de los «códigos de identidad» contenidos en las novelas postnacionales implicaría un cambio en que el Estado-nación territorial dejaría de ser el organizador total de la identidad y se tendería a un espacio de compromiso transnacional en el que las identidades sociales son contingentes y parciales.

La segunda tendencia en la producción literaria es el resurgimiento de la literatura local. En enfoque y contenido esta literatura precede a la Literatura y ha existido a la sombra de los géneros nacionales desde que el Estado-nación territorial adquirió importancia en Europa y las Américas. Su propia existencia siempre ha restado fuerza a las expresiones monopolizadoras de los cánones literarios nacionales, especialmente cuando se ha utilizado un dialecto o lengua local distinta de la nacional. Los personajes son «tipos» locales más que nacionales y la visión del mundo que transmiten es la que reside en los pensamientos y el comportamiento de las personas que viven vidas en localidades fuera del contexto nacional o de otros más «amplios». Las novelas locales y la poesía atraen obviamente a públicos que son parte del mundo que retratan. Pero también, así como las novelas nacionales lo hacen desde «arriba», éstas cuestionan desde «abajo» las identidades sociales establecidas en relación a los Estados-nación particulares al ser leídas tanto por los nacionales como por los extranjeros. Allen (1995) usa los ejemplos de la poesía italiana contemporánea en dialecto y las novelas de Glasgow de James Kelman y Alasdair Gray para poner de manifiesto como la literatura local en su valoración positiva de las identidades regionales, locales y municipales demuestra como las identidades son constructos más que categorías «naturales». Las particularidades son lo importante. En un párrafo de una de sus historias cortas que trata explícitamente el tema de la identidad, Alasdair Gray (1993: 104-5) logra transmitir muy claramente lo que está en cuestión:

> No, ni mi peor enemigo podría acusarme jamás de ser un nacionalista escocés. Yo no apruebo Escocia o Irlanda —ninguna de las dos Irlandas— o Inglaterra, Ar-

> gentina, Pakistán, Bosnia, etcétera. En mi opinión, las naciones, como las religiones y las instituciones políticas, han quedado obsoletas debido a la tecnología moderna. Como Margaret Thatcher dijo una vez tan acertadamente, «No existe nada semejante a la sociedad», ¿y qué es una nación sino un estupendo ejemplo de nuestra sociedad no-existente?

Entonces, ¿en qué cree?

> «Soy un hincha del Partick Thistle,»... «y creo en la Realidad Virtual». ¿Conocéis el Partick Thistle? Es un club de fútbol de Glasgow no sectario. El Rangers F. C. está abrumadoramente dirigido y sostenido por fanáticos protestantes, el Celtic F. C. por católicos, pero el himno de los seguidores del Partick Thistle dice así:
>
> Odiamos a los católicos romanos,
> Odiamos a los protestantes también,
> Odiamos a judíos y musulmanes,
> Te queremos, Partick Thistle...

La simple existencia de poesía local, novelas e historias cortas desafía los intentos monopolizadores de los géneros nacionales de escritura. Cuando las novelas locales llegan a circular globalmente, como el reciente éxito mundial de la novela de Edimburgo *Trainspotting*, entran en la creciente marea de literatura que concibe el espacio terrestre, al igual que las vidas de los protagonistas de esas novelas, como algo profundamente fragmentado y agitado. El auge de las identidades locales, basada en afirmaciones de especificidad histórica, va parejo a la circulación de novelas postnacionales, consiguientemente, al cuestionar la rigidez de los espacios territoriales en torno a los que se ha basado durante mucho tiempo gran parte de la producción literaria.

IV.2. *Migración y ciudadanía*

La ciudadanía moderna está estrechamente conectada al surgimiento del Estado. Las concepciones convencionales del Estado estipulan que el control sobre la población en su territorio es un requisito crucial del mismo. Del mismo modo, la lealtad exclusiva a un Estado concreto se contempla como una condición *sine qua non* de la ciudadanía. La participación política es también un componente esencial de la ciudadanía democrática. Las luchas para ampliar y profundizar la representación política, que se han centrado en el control democrático de las instituciones estatales, han servido para dar a los Estados una de sus fuentes de legitimación más importantes. Por consiguiente, la mayoría de las teorías y prácticas democráticas asumen que la existencia de una comunidad política territorial con ciudadanía es el medio de delimitar quien pertenece al «pueblo» y quien no. Según el derecho internacional, hoy en día sólo los Estados tienen la autoridad necesaria para otorgar o denegar el status de ciudadano. De este modo, la ciudadanía se ha vinculado fuerte-

mente a la idea de comunidad política, que, a su vez, se concibe como sinónimo de la exclusividad territorial del Estado-nación soberano.

Pero el lazo histórico entre Estados y ciudadanía está bajo la creciente presión de la inmigración y el desarrollo de los pactos globales y multinacionales de derechos humanos (como los acordados por la Unión Europea). En primer lugar, los derechos adquiridos por residencia, en cuanto opuestos a los derechos de nacimiento, son cada vez más los que definen la ciudadanía. En el caso de Europa y Estados Unidos se pueden exponer los argumentos que avalan «un cambio de paradigma (y escala)» en la forma de entender la ciudadanía, un cambio que traslada la ciudadanía de la soberanía del Estado-nación al régimen internacional de protección de los derechos humanos. Este cambio responde a las presiones tanto del número absoluto de inmigrantes como al miedo de los sindicatos y otros grupos de interés de que los derechos de todos se vean debilitados si no se concede a los inmigrantes algunos derechos de pertenencia a la comunidad política. No obstante, a la vez están creciendo los derechos políticos que se extienden de un Estado a otro a través de las fronteras. Hoy en día, ciudadanos de un Estado que residen en el extranjero pueden tener el derecho al voto y a una pensión, derechos que hasta ahora estaban restringidos a los residentes en el país. Este es el caso, por ejemplo, de los ciudadanos mexicanos residentes en Estados Unidos. En el seno de la Unión Europea la cuestión de la ciudadanía dual o incluso múltiple ha sido superado por la posibilidad de una ciudadanía europea que permite mantener las lealtades no sólo a los Estados sino también a las escalas subnacionales de identidad. Por consiguiente, la ciudadanía plural es una realidad emergente.

La migración internacional reciente se diferencia de la del pasado de dos maneras que desafían concretamente las concepciones tradicionales de la ciudadanía. Una es la concentración a largo plazo de comunidades de inmigrantes en determinadas ciudades y localidades sin alterar sus particularidades culturales, en vez de asimilarse a la «corriente principal» nacional. Esta situación se produce tanto por la mayor tolerancia y pluralismo cultural de los países receptores como por las mayores diferencias culturales existentes entre los nuevos inmigrantes y las sociedades receptoras. Muchos inmigrantes siguen apegados a sus «patrias» y se conciben a sí mismos más como ausentes temporales que como migrantes permanentes. Otra característica diferenciadora de la migración global contemporánea es la facilidad de movimiento de gente e ideas desde las áreas de origen a las de destino. Con las nuevas tecnologías de telecomunicación es relativamente fácil mantener vínculos por encima de las fronteras estatales y desarrollar apegos políticos y económicos sin necesidad de un llegar a un «compromiso final» con uno u otro Estado.

En la medida en que las definiciones de ciudadanía se ven afectadas por el novedoso carácter de la migración global contemporánea, hay presiones compensatorias para restablecer la «normalidad». En los últimos diez años se ha desatado el «pánico a la invasión», basado en el miedo exagerado al impacto y alcance de la inmigración, en lugares de destino tan diferentes como California, Francia o Italia. A menudo el pánico tiene un origen cultural, debido al incremento de flujos de emigrantes de países más pobres y subdesarrollados a otros más ricos y desarrolla-

dos, que son más diferentes de la población nativa que las generaciones previas de inmigrantes. Pero también reflejan preocupaciones económicas acerca de la competencia por los puestos de trabajo o las sobrecargas en el gasto público en la seguridad social o el bienestar social. Los partidos políticos juegan la «carta de la inmigración» en determinadas zonas y circunscripciones cuando utilizan la «amenaza» de la inmigración para movilizar a los votantes nativos. Sin embargo, llegado un momento a esta estrategia le puede salir el tiro por la culata, como le ocurrió al Partido Republicano en California, cuando un número suficiente de inmigrantes han obtenido la nacionalidad y demuestran su fuerza electoral votando en masa contra aquellos que demonicen a los inmigrantes acusándoles de ser las fuentes principales de los males sociales y fiscales locales.

La ciudadanía es un rasgo central de la soberanía estatal. Los Estados, sean democráticos o no lo sean, para mantener el poder dentro de su jurisdicción dependen en buena medida de que la identidad adoptada por sus ciudadanos siga siendo exclusiva de ellos. Históricamente se ha concedido algunos derechos civiles y sociales a los no-ciudadanos, pero, sin embargo, es creciente la trasformación relativa incluso de los derechos políticos. Los ciudadanos no-residentes, los ciudadanos inmigrantes, los residentes de jurisdicciones «influyentes» (como la Unión Europea) y las personas con ciudadanía múltiple son categorías de gente que tienen una experiencia de la ciudadanía de forma tal que se rompe la correspondencia de uno a uno entre Estado y ciudadanía sobre la que el poder político del Estado se ha basado durante mucho tiempo. Una de las grandes ventajas de los Estados, el hablar y actuar de parte de las naciones, se ve socavada cuando el vínculo clave entre ambas instituciones, una ciudadanía singular y vinculada afectivamente al Estado, se ve erosionado por los movimientos de gente que transgrede las fronteras del Estado en vez de reforzarlas.

IV.3. *Dinero y Estados*

El control y mantenimiento de una moneda exclusiva y uniforme en un territorio es normalmente considerado como uno de los principales atributos de la soberanía estatal. Si un Estado no puede emitir y controlar su propia moneda entonces no tiene mucho de Estado. Cohen (1977: 3) ofrece una concisa descripción de esta perspectiva:

> Casi todo el mundo reconoce que la creación de moneda es uno de los atributos fundamentales de la soberanía política. Casi todos los Estados emiten su propia moneda: dentro de sus fronteras nacionales es la única moneda que se suele aceptar para cumplir las tres funciones tradicionales del dinero (instrumento de cambio, unidad de cálculo, y reserva de valor).

La moneda tiene un rol simbólico fundamental adicional para garantizar la estatalidad:

> Tal y como lo planteó Keynes (el conocido economista), la solvencia de la moneda de una nación es quizá la prueba principal para los fieles (los ciudadanos) de que el objeto fundamental de su fe, el Estado-nación, es real, poderoso y legítimo; es el «garante de valor» fundamental (Brantlinger, 1996: 241).

Sin embargo, en los últimos treinta años varias tendencias han cuestionado la idea de que cada Estado debe tener su propia «moneda territorial» (monedas que son homogéneas y exclusivas dentro de los límites de un Estado dado). Esto no implica necesariamente una crisis del sistema estatal sino más bien un desafío a la legitimidad de los Estados que se sustenta sobre la reivindicación de que al controlar monedas exclusivas representan a naciones concretas y los intereses nacionales relacionados. Las monedas territoriales no se desarrollaron a mayor escala hasta el siglo XIX, una vez que el sistema estatal «westfaliano» ya estaba vigente (Helleiner, 1996). Sin embargo, simbólicamente las monedas (incluyendo los símbolos del sistema monetario y los billetes) fueron importantes para establecer la legitimidad del Estado central antes del siglo XIX. La estatalidad moderna no surgió al margen de los procesos de construcción de la nación, a pesar de que «Estado» y «nación» puedan ser distinguidos desde un punto de vista analítico: el primero se refiere a una serie de instituciones establecidas sobre un territorio específico, y la segunda atañe un grupo de personas que comparten un sentido de destino común y ocupan un espacio común. Por tanto, el hecho de que la creación de monedas territoriales fuera en su mayor parte un fenómeno del siglo XIX, no debería desmerecer la persistente conexión de varios siglos entre moneda y estatalidad, a pesar de lo escasamente eficaz que resultara esa conexión en la práctica.

Tres cambios monetarios han comenzado a desvincular monedas y Estados, de la manera en que una vez fueron definidos. El primero es el creciente uso de divisas extranjeras para ciertas transacciones dentro de territorios con moneda nacional. El caso más conocido es el desarrollo de los llamados mercados del eurodólar en Londres y en otros centros financieros europeos. Otros casos serían el desarrollo de paraísos fiscales como las Bahamas y las Islas Caimán dedicados fundamentalmente a cambiar, esconder y «lavar» moneda extranjera. Esta tendencia es parte de esa serie de procesos que conducen a la integración financiera global, al menos entre las economías más ricas del mundo.

El segundo cambio monetario es el surgimiento de proyectos para restringir o suprimir las monedas nacionales en favor de monedas supranacionales o regionales como en el caso de la Unión Europea. En la práctica, el dólar estadounidense, el ECU (ahora el euro), el marco alemán (hasta que fue reemplazado por el euro) y el yen japonés han servido como monedas transnacionales durante varios años. La mayoría del comercio mundial utiliza una u otra de estas monedas, independientemente de sus orígenes o destinos particulares. Monedas como el dólar estadounidense y el franco francés también han llegado a dominar grandes regiones más allá de sus fronteras, el dólar en América Latina y el franco francés en partes de África Occidental que anteriormente formaban parte del Imperio francés. Esta situación se debe en parte a la reforma económica a nivel internacional, pero también se debe-

ría a la acción de las elites locales que tratan de mantener sus reservas en las monedas «más sólidas» (más estables y fiables). La llegada del «euro» en el año 2002, que eliminó la mayor parte de las monedas territoriales europeas, indica que el proceso de transnacionalización de monedas se intensificará en los años venideros.

El tercero y último cambio es que en los últimos años han aparecido una serie de usos para las «monedas locales», formas de dinero simbólico y vales, que sustituyen a la moneda nacional corriente. A menudo estos usos son el resultado de experimentos en comunidades locales (por ejemplo, Ithaca, en el estado de Nueva York, y Montpelier, en el estado de Vermont, en Estados Unidos) y de cooperativas de consumidores o vales emitidos por empresas para adquirir sus productos o sus servicios. Por ahora, no pueden considerarse como una gran amenaza a las monedas territoriales, pero son un indicio de la falta de confianza que despiertan las monedas territoriales en ciertos lugares, quizá como resultado del uso de políticas monetarias que han perjudicado a ciertos grupos (y localidades) cuando las monedas son rápidamente revaluadas o se mantiene una alta inflación, lo que saca a la población fuera de la economía monetaria oficial y los sumerge una economía «negra» o sumergida donde predominan el trueque, las monedas extranjeras fiables (como ocurría con el marco alemán en muchas partes de la Europa del Este) o monedas locales.

Así pues, la desterritorialización de las monedas tiene tres aspectos: el auge de las transacciones en divisa extranjera dentro de territorios que hasta ahora han contado con «moneda territorial»; el rápido aumento del número de transacciones económicas que recurren a monedas supranacionales, y el uso creciente de monedas locales. Ninguno de ellos debe considerarse como un factor que vaya a acabar con las monedas territoriales existentes. El continuo desgaste de las monedas territoriales tendrá lugar sólo si los Estados continúan permitiéndolo. Sin embargo, el hecho de que todavía las monedas más «poderosas» encuentren ventajas en ese desgaste significa que probablemente continuará. Pero si se intensifica podría llegar un momento en el que incluso los Estados más poderosos encontrarán difícil resistir la erosión.

V. CONCLUSIÓN

Alguna vez tuvo cierto sentido explicar la trayectoria de la historia o el cambio social como una serie de «estadios» —como por ejemplo, en la famosa teoría de las «etapas del crecimiento económico» de Rostow (1960)— inscritos en territorios estatales. Hoy, sin embargo, el desarrollo económico y el cambio social están cada vez más determinados por la capacidad que tengan las localidades y las regiones para acceder a las redes globales. En este contexto, no tiene sentido concebir el poder como algo singular y permanentemente unido a los territorios de los Estados. Pero la lealtad a una espacialidad del poder estable sigue teniendo un atractivo considerable. No sólo permite la restricción de la política a un espacio «interno» que no presenta problemas, sino que también ofrece atractivo intelectual y estabilidad política al equiparar el espacio con los territorios estáticos de la estatalidad moderna que pue-

de servir entonces como plantilla para la investigación de otros fenómenos o como base para organizar la acción política. Poner en cuestión la territorialidad del Estado socava el «nacionalismo metodológico» que subyace tras los trabajos de las ciencias sociales, tanto de la corriente dominante como de gran parte de las radicales. Las principales ciencias sociales en las universidades occidentales contemporáneas (económicas, sociología y ciencias políticas) fueron fundadas para prestar servicios intelectuales a los Estados modernos con el fin de crear riqueza, controlar la sociedad y administrar el Estado, respectivamente. Por consiguiente, no es extraño que las ciencias sociales encuentren problemático moverse fuera de un mundo incuestionablemente dividido en unidades concretas de espacio soberano. En ese caso, la geografía política parece que estaría menos justificada. Como estaba supuestamente relacionada con la espacialidad del poder, ha permanecido durante bastante tiempo vinculada con una imaginación geopolítica que se basaba en concebir el poder coercitivo y el Estado territorial como indicadores de la modernidad. Corregir esta concepción es uno de los retos fundamentales a los que se enfrenta la geografía política de principios del siglo XXI.

ıACÍA

Dentro de la imaginación geopolítica moderna existe una tensión lógica entre, por una parte, la declaración normativa de la igualdad esencial de todos los Estados en su «estatalidad» que está implícita en la idea de soberanía estatal y en el derecho internacional, y, por otra, la realidad histórica de la dramática desigualdad de poder entre ellos. Esta tensión ha sido resuelta intelectual y prácticamente considerando la declaración normativa de igualdad soberana como una situación de partida semejante a una «condición natural», y concibiendo la desigualdad y la consiguiente jerarquía de Estados como resultado del inevitable proceso de competición que se produce entre los Estados una vez que comienza la «vida social». Después de revisar al argumento clásico acerca de por qué la existencia de una jerarquía de Estados es la condición «normal» de la política mundial, este capítulo indica cuáles son los principales axiomas sobre los que se asienta este supuesto, las condiciones histórico-geográficas en las que tenían sentido y las dificultades a las que se enfrenta ante las condiciones político-económicas contemporáneas.

I. LOS ORÍGENES SOCIALES DE LAS GRANDES POTENCIAS

Este punto de vista fue anticipado en la famosa disertación de Hegel sobre la servidumbre y el señorío, en las que las personas o «yoes» nominalmente iguales se verían atrapados en una jerarquía desigual y duradera. El motivo es que una «conciencia única» sólo puede conocerse a sí misma a través de otra, incluso en una situación de poder radicalmente desigual. Así, un señor es un señor sólo en virtud de una relación de *reconocimiento mutuo* del vínculo de servidumbre, pero el carácter de la relación es el de que «el otro» es subarrendado o anulado. El señorío se deriva de la conquista y negación del siervo. Por tanto, el reconocimiento del otro es necesario para su negación. Un señor debe tener un sirviente que lo reconozca como tal señor; a cambio, el señor debe reconocer la existencia del siervo. Así pues, paradójicamente el dominio o la *supremacía* de uno sobre el otro reconoce implícitamente la existencia separada del otro, aunque el otro sea despreciado. Así es como surge la supremacía dentro de un mundo de seres nominalmente iguales.

Si sustituimos a los seres humanos por los Estados, esta sería la explicación del motor de la política mundial que ha predominado en la imaginación geopolítica moderna. La paradoja entre la igualdad normativa de los Estados soberanos y la desi-

gualdad real entre ellos se ha resuelto al asumir que la adquisición de supremacía entre Estados sería equivalente a la asignación de status que refleja el modelo señorío/servidumbre. Los Estados de primer orden o las Grandes Potencias, por tanto, serían fruto de la competición entre Estados, pero esta situación sólo puede ser aceptada si es reconocida por los Estados subordinados. La supremacía depende a partes iguales del triunfo en la competición y del subsiguiente reconocimiento de ese triunfo por parte de los demás Estados.

En la Europa políticamente fragmentada en la que se desarrolló el moderno sistema de Estados territoriales, el prestigio militar constituía la principal medida del éxito de los competidores. Los Estados formaban un sistema análogo al de los grupos sociales. Cada uno trataba de imitar a los Estados más modernos y más prestigiosos que estaban por encima de ellos en la jerarquía. De esta forma, cada Estado procuraba ascender compitiendo con otros Estados. La modernización trajo consigo que los aspirantes emulen constantemente el éxito de las Grandes Potencias. La expansión territorial ha sido una estrategia para reclamar o mantener el status de Gran Potencia. Dependiendo de cómo se mire, igual que se ve un vaso medio lleno o medio vacío, todos los Estados se proponen conseguir la supremacía o evitar la subordinación.

La historia de las «carreras de armamento» es quizá el mejor ejemplo de la lucha por la supremacía. Dado que cada Estado desea la supremacía o teme la subordinación, cualquier escalada en la capacidad militar de un adversario potencial engendra en respuesta una escalada mayor. Así ocurrió con ocasión de la «rivalidad de buques de guerra» entre Gran Bretaña y Francia a mediados del siglo XIX, en primer lugar, y más adelante entre Gran Bretaña y Alemania entre 1894 y 1914. Los Estados Unidos y la Unión Soviética siguieron la misma lógica durante la Guerra Fría entre 1947 y 1991, intentando cada uno superar al adversario en potencia de fuego y número de misiles. El famoso apóstol estadounidense de la potencia marítima, Alfred Thayer Mahan (1840-1914), alcanzó la fama a finales del siglo XIX y principios del XX principalmente por su decidida defensa de la concepción de que Estados Unidos debía tener una gran armada que pudiera llegar a todos los rincones del globo si no quería verse eclipsado políticamente o incluso invadido por los países que dispusieran de una flota de gran alcance mayor. Basaba sus argumentos en la revisión de una época anterior (1660-1783), pero los proyectaba a un futuro indefinido. Sus concepciones gozaron de popularidad entre muchos líderes mundiales, entre los que se puede citar al káiser Guillermo II de Alemania, que estaba de acuerdo en el valor estratégico de la potencia marítima para llegar a dominar el mundo.

Esta concepción y las prácticas relacionadas con ella sólo serían ciertas si el carácter de los Estados fuera inmutable históricamente y si el mundo difícilmente concibe la modernidad en relación a las percepciones de atraso (posturas planteadas en los capítulos 3 y 2, respectivamente). Aceptar la identidad de los Estados como actores autosuficientes con «existencias» claramente limitadas es el paso más importante tanto en la representación como en la práctica de la lucha por la supremacía. Desde este punto de vista, los Estados tienen una identidad «en primera persona» semejante a la de las personas individuales. Por ese motivo ha tenido sentido

decir que «Francia» hace esto o «India» hace aquello, como si *cada uno* fuera un actor capaz por derecho propio. Una de las metáforas más poderosas de la teoría política moderna es la idea del Estado como un «organismo» o entidad autónoma con una identidad no subordinada que no puede ser reducida a ninguna de sus partes (sus poblaciones, grupos sociales, etc.) A este punto de vista, cuyos orígenes se hallan en la filosofía griega antigua, le atribuyeron características explícitamente biológicas a finales del siglo XIX autores como Friedrich Ratzel, uno de los fundadores de la geografía política, y alcanzó su apogeo con los nazis. Esta metáfora somete al Estado a un razonamiento analógico; a un tratamiento *como si* fuera una persona o un individuo biológico de algún tipo. Este razonamiento orgánico se convirtió en una parte esencial de la imaginación geopolítica moderna, especialmente cuando esta imaginación comenzó a decantarse por explicaciones «naturalizadas» (cosas de la vida) a finales del siglo XIX.

El segundo paso, considera que la «vida social», una vez superado el estado inicial de naturaleza, es esencialmente competitiva. Aunque el Estado proporciona los medios para reducir el conflicto y fomentar la cooperación dentro de sus límites territoriales, fuera de esos límites está un mundo en esencia presocial en el que es interminable «la lucha de todos contra todos» de la que hablaba el filósofo político inglés Thomas Hobbes (1588-1679). Se cree que todo el bienestar económico y social depende de que el Estado de cada uno tenga mayor capacidad de aplicar la violencia en comparación con otros Estados. Este planteamiento tiene sus raíces en la Europa de la antigüedad. El influyente teólogo San Agustín hizo hincapié en la naturalidad del peligro y la violencia ejercida por extraños para justificar la guerra. Él alejó la tradición cristiana occidental del pacifismo al reivindicar que la violencia era intrínseca a la naturaleza humana y de que podía ser conducida hacia una senda virtuosa si se utilizaba para convertir a los paganos y destruir a los herejes. Esta teología política ganó amplia aceptación en Europa y contribuyó al desarrollo de las doctrinas de la «guerra justa» utilizadas para justificar los conflictos tanto entre las autoridades cristianas como con los infieles de una u otra clase. Aunque durante los últimos doscientos años la competencia entre Estados ha tenido un carácter económico-político, y aunque este capítulo adopta necesariamente un tono económico-político para la presentación de este argumento, el hecho de que los orígenes de la justificación de la competencia militar y de otro tipo se encuentren en la historia religiosa de Europa Occidental indica que esa justificación tiene una historia cultural mucho más arraigada de lo que puede mencionarse aquí.

El problema que plantea la explicación social de la competición entre Estados y el nacimiento de las Grandes Potencias no es solamente teórico, tal y como el siguiente apartado intenta demostrar, sino que también es empírico. Ha dejado de mostrar la misma ligazón que parecía tener con la realidad en otras épocas. En el presente, la dinámica de la globalización está incentivando la apertura incluso de economías previamente cerradas o autosuficientes como las de China, Rusia y Estados Unidos; el estado del bienestar y las propiedades de los gobiernos se ven mermadas por las privatizaciones en todo el mundo, y las empresas trabajan teniendo cada vez más en cuenta los mercados regionales y globales (tendencias planteadas en el capítulo 3 en

la discusión sobre Estados y poder). En este contexto histórico los términos de la competencia económica y política entre Estados tienen menos sentido del que tenían cuando las prácticas económicas y políticas los fomentaban conjuntamente (como ocurrió desde finales del siglo XIX hasta 1945; véase el capítulo 5).

El objetivo del resto de este capítulo es el de señalar las condiciones histórico-geográficas en las que la búsqueda de la supremacía tenía quizás algún sentido y por qué hoy este componente de la imaginación geopolítica no lo tiene. No obstante, antes de comenzar a describir la geografía histórica de la supremacía es importante señalar cuáles son los principales axiomas en los que descansa el supuesto de la lucha permanente o transhistórica por la supremacía.

II. LOS AXIOMAS DE LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA

La jerarquía de las Grandes Potencias podría explicarse como resultado de la competencia por la primacía basada en dos axiomas relacionados con los Estados y sus atributos. El primero es que la diferencia *relativa* de poder entre Estados provoca que compitan entre sí para cambiar de status o adquirir poder. El segundo es que la competencia entre Estados tiene lugar en condiciones de anarquía internacional, es decir, en condiciones en las que hay poca o ninguna posibilidad de cooperación, y donde ganar lo es todo. Los teóricos modernos de las relaciones internacionales han adoptado estos axiomas muy formal y firmemente; pero también han configurado implícitamente la imaginación geopolítica moderna a medida que se ha ido desarrollando y cambiando con los años.

El hecho de centrarse en el «propio» Estado y en su seguridad ante las actividades preventivas y potenciales expolios por parte de otros Estados, refleja la profunda inseguridad ontológica (sentimiento de pérdida de previsión y de orden) de la población en el mundo moderno. La imaginación geopolítica moderna ha suministrado una respuesta tranquilizadora. Cuando la seguridad dejó de estar en manos de un orden religioso trascendental aunque aplicado en la Tierra, como la Iglesia cristiana medieval, había que encontrar un sustituto. Fuera de los límites del Estado moderno había un anárquico «estado de naturaleza», que había sido planteado por pensadores de principios de la modernidad como Maquiavelo o Hobbes, y más adelante por Hegel, al menos en sus textos más representativos (que es lo que nos interesa aquí). La simplificación geopolítica del mundo en espacios «seguros» o «peligrosos» suministró un criterio práctico para ordenar este mundo amenazador. En ocasiones se ha utilizado un vocabulario religioso para dar validez a la geopolítica secular con términos trascendentales clásicos. Así, uno de los adversarios más importantes asume forma satánica (Estados Unidos como el «Gran Satán» para el ayatollah Jomeini de Irán, la Unión Soviética como el «imperio del mal» para el presidente americano Ronald Reagan), o representa el Anticristo (como en las interpretaciones de la Unión Soviética durante la Guerra Fría para los cristianos fundamentalistas estadounidenses). Esta retórica, sin embargo, es con frecuencia la máscara que se pone a la amenaza extranjera y misteriosa que viene de tierras leja-

nas —¿y, después de *Independence Day*, de otros planetas?—. La anarquía de «ahí afuera» sólo puede ser contrarrestada asegurándose de que el «ahí afuera» no llega «aquí». Sólo la supremacía, es decir, una posición global dominante que apoye la propia seguridad nacional, puede garantizar que esa anarquía permanezca «ahí afuera».

El primer axioma de la lucha por la supremacía hace referencia a la idea de que el poder de los Estados individuales crece y decrece en diferentes proporciones, como resultado fundamentalmente de las diferencias en las tasas de crecimiento económico. Según este argumento, si unos Estados ganan poder, otros lo están perdiendo. El poder se gana o se pierde en relación a los otros, más que poseerse o no en sentido absoluto. Esta circunstancia implicaría la existencia de una «reserva global» de poder, que tiene un volumen fijo y que cuando es usada por un Estado en una proporción cada vez mayor reduce lo que está disponible para los otros. El experto en relaciones internacionales Robert Gilpin (1981: 13) expresa esta visión estática y en desuso del poder del Estado con estas palabras: «[E]l crecimiento del poder de varios Estados en el sistema causa una redistribución fundamental del poder en el sistema». El resultado, afirma el historiador Paul Kennedy (1987: XXII), es que, históricamente, «ciertos cambios económicos anunciaron el ascenso de nuevas Grandes Potencias que un día tendrían un impacto decisivo en el orden militar/territorial».

Se daban por sentado tres comportamientos que pueden utilizarse para conseguir cambios relativos en el crecimiento económico para hacer y deshacer Grandes Potencias. Primero, los gobiernos deben ver las ventajas del crecimiento relativo que les lleva a mejorar el status de sus Estados dentro del sistema estatal. Deben orientarse a conseguir tasas de crecimiento que sean más altas que las de sus competidores. Segundo, al igual que los capitalistas típicos cuando acumulan capital, los Estados nunca se conforman con pequeñas mejoras de status, ni siquiera con ser los primeros entre pares. Siempre aspiran a ser a ser el «Número Uno» o «el mandamás». Tercero, se considera que el aumento de poder conlleva invariablemente el aumento de las obligaciones militares y de los compromisos internacionales. A medida que los compromisos sobrepasan la capacidad de financiación de una Gran Potencia, la supremacía se diluye y los adversarios con compromisos más modestos van ocupando su lugar a la cabeza de la clasificación internacional. En resumen, se considera que las diferentes tasas de crecimiento económico tienen efectos acumulativos que activan «el auge y la decadencia de las Grandes Potencias», por citar la frase de Kennedy (1987) sobre la manera en que primero se alcanza la supremacía y luego se pierde.

Gran parte del debate público sobre Japón que tuvo lugar en los años ochenta y principios de los noventa en los EE UU descansa en estas premisas. Se cree que el creciente poder económico de Japón en relación el de Estados Unidos augura un cambio de orientación de un Estado comercial a un Estado político-militar, que reemplazaría con firmeza a los Estados Unidos en su papel de Potencia Número Uno Mundial. Que la economía japonesa tiene sólo la mitad del volumen de la estadounidense suscita poco o ningún interés. Japón ha estado creciendo más rápido que Estados Unidos (aunque a principios de los años noventa no fuese así) y esta trayectoria es

supuestamente un mal agüero para la posición americana. Por tanto, el relativo declive estadounidense está más relacionado con el crecimiento y la presunta expansión militar de Japón, que con un cambio en las capacidades absolutas o un cambio en relación a las tasas de crecimiento económico del pasado estadounidense.

Las metáforas «deportivas» han sido importantes tanto para señalar las diferencias «esenciales» entre el potencial de las naciones para desenvolverse a nivel mundial, como para plantear analogías que apelan al «sentido común», un aspecto significativo de la movilización para la guerra y otros aspectos de la competencia entre Estados. Michael Shapiro (1989: 70) subraya que la comparación entre la política mundial y las competiciones deportivas contribuye al objetivo geopolítico de despojar al espacio mundial de significados especiales: los lugares pierden su singularidad y la política mundial se convierte en un cálculo estratégico, puro y simple. El mundo se convierte así en un enorme terreno de juego en el que la ubicación geográfica equivale a la ubicación estratégica en un campo de fútbol o en un campo de baloncesto. Los presidentes estadounidenses (en particular Nixon y Bush) han sido especialmente aficionados a la aplicación de metáforas deportivas a la política mundial: «*punting*»*, «*play selection*»** y «*end-run*»*** son tres expresiones pertenecientes al fútbol americano, que el Presidente Nixon solía aplicar a la política exterior. Estas expresiones permitían a un hombre con fama de cierta torpeza en el trato social dar la impresión de ser «uno de los nuestros», entablando un diálogo con otros hombres amantes del deporte, asimismo ponen de manifiesto las obvias conexiones psico-sociológicas entre los deportes, como un tipo de guerra sublimada, y la historia del deporte como preparación para la lucha. Cabe la posibilidad de que fuera el Duque de Wellington quien empezara con la moda de las metáforas deportivas cuando, según se dice, comentó que «la Batalla de Waterloo fue ganada en las campos de deporte de Eton». Pero, desde un punto de vista más crítico, las analogías deportivas permiten una despolitización de la política mundial, porque fomentan un sentido de la competición interestatal como una manera *pura* de competir, sin salvaguardas morales o legales.

Shapiro utiliza *El juego estratégico,* el libro de Zbigniew Brzezinski, como un ejemplo práctico del género. «Al proponer un marco geoestratégico conjunto para la evolución del histórico conflicto soviético-estadounidense», el antiguo consejero

---

* *Punting* es una expresión usada en el fútbol americano para hacer alusión a la acción de dar un puntapié de volea. Es una de las pocas veces en las que está permitido que la pelota toque el terreno de juego, y es un intento de alejar la pelota lo máximo posible de la línea de gol: si el equipo no va a conseguir avanzar en el campo las 10 yardas que marcan el final de una jugada, entonces se recurrirá al *punting* en un intento de alejar de la línea de gol lo máximo posible el punto donde comenzará la jugada del equipo contrario *[Nota de la trad.]*.

** *Play selection* sería la estrategia de juego a la que recurre cada equipo. Puede estar establecida para todo el partido, o para uno o varios de sus tiempos *[Nota de la trad.]*.

*** *End-run* es una carrera hacia la línea de gol. El jugador que la realiza corre con la pelota a lo largo de uno de los laterales del terreno de juego, evitando la confrontación con la defensa del equipo contrario *[Nota de la trad.]*.

de seguridad nacional del presidente Carter utiliza un discurso de competición deportiva que implica que

> se trata simplemente de un conflicto entre dos fuerzas implacables que manifiestan diferente ideología e intereses históricos. Representa sistemáticamente a los Estados Unidos y la Unión Soviética como «dos potencias [...] fundamentalmente diferentes». Y la mayor parte del libro se ocupa de las características de esa diferencia entre los dos contendientes (Shapiro, 1989: 92).

Los dos oponentes son descritos así: uno es el hombre «real», y el otro el sucedáneo y menos hombre. Es evidente que este recurso metafórico no arroja luz sobre las consecuencias del conflicto sobre otros Estados ni sobre los orígenes históricos e intereses que se alimentan gracias a la prolongación del conflicto en un futuro indefinido (suposición de Brzezinski en la época en que escribía). Así pues, la imagen de los oponentes o competidores naturaliza un proceso de conflicto global entre adversarios inevitables:

> En el desalentador relato del conflicto de seguridad, sólo se alude a objetivos a nivel nacional, y las «amenazas» y «catástrofes» que podrían suceder sólo afectan a los intereses de entidades abstractas situadas en el escenario geopolítico. La estructura del discurso de los deportes modernos y su uso como vehículo para representar la política mundial tiene como efecto el situarnos más como espectadores de una competición que como sujetos dentro de estructuras que crean identidades y nos ubican en una economía política de la distribución de formas de peligro (Shapiro, 1989: 93).

El segundo axioma, el de la anarquía internacional, se deduce de una concepción implícita en la imaginación geopolítica moderna según la cual el sistema de Estados es *inherentemente* conflictivo en cualquier tiempo y espacio. Es decir, si un Estado abandona su ambición de ser el mandamás seguramente le reemplazaría otro. Esa es la respuesta a porqué el poder *relativo* tiene tanto peso. Si un Estado incrementa su poder relativo, entonces otro Estado debe tratar o bien de imitar su éxito o bien de equipararse aliándose con otros Estados. La primera forma es la llamada estrategia hegemónica, la segunda es una estrategia de «equilibrio de poder». En cualquier caso una situación «unipolar» es siempre entendida como algo momentáneo. Tarde o temprano, los Estados que se proponen ascender tratarán actuar para reducir su subordinación. El hecho de que Napoleón Bonaparte, el kaiser Guillermo, Hitler, el general Tojo, y Sadam Hussein aparentemente actuasen con este argumento para cambiar el *status quo* proporciona una serie de persuasivos ejemplos históricos en los cuales la prudencia exige una respuesta de la misma clase.

No obstante, la perspectiva general sobre la anarquía internacional supone una situación de anarquía a la que no influye el tiempo, ni el espacio ni la reflexión. La anarquía es producto de la *acción egoísta espontánea* de los Estados. Desde este punto de vista, la anarquía no puede entenderse como el resultado de la protección de

un conjunto de valores concretos que garantizan las relaciones de poder y autoridad. Sería más bien un «mercado» entre Estados, en el cual cada uno se asemeja a una persona individual que persigue su propio interés (cuya definición es exógena al modelo) pero desprovisto de reflexión alguna sobre por qué actúa de esta manera. Se diferencia del mercado «típico», sin embargo, en que la espontaneidad en este caso no origina un orden y beneficio colectivo sino desigualdad, jerarquía y desorden.

Este resultado procede no sólo de la acción espontánea de unos Estados «al chocar» con otros sino también de la falta de diferenciación entre tipos de *politeia* (formas de organizar la vida política) y tipos de sistemas de Estados (formas de organización de los Estados) que han existido históricamente. Desde este punto de vista, todos los Estados se suponen iguales, y parte del sistema de Estados territoriales originado en Europa en los siglos XVII y XVIII (el sistema westfaliano, así llamado por el Tratado de Westfalia de 1648, basado en la idea de gobernantes únicos de territorios claramente delimitados que reconocen recíprocamente su soberanía). Pero ha habido una gran variedad de maneras de organizar el poder geográficamente a través de la historia (muchas de ellas coexistieron con otras durante los años del propio sistema westfaliano), desde entidades jerárquicas pero territorialmente móviles como los imperios nómadas (el mongol, por ejemplo) a las no jerárquicas pero territorialmente fijas como las tribus sedentarias (los clanes escoceses), y entidades más modernas (europeas) que combinarían elementos jerárquicos y territoriales, diferentes unas de otras en de la relativa importancia de la acumulación de capital y en la coerción de las clases dominantes dentro su organización política (ciudades-Estado, Estados-nación e imperios). También han existido distintos tipos de sistema de Estados en los que han predominado diferentes relaciones entre los miembros de las diferentes unidades. El anárquico sistema westfaliano es el único en el que existen entidades supuestamente similares maniobrando continuamente entre ellas para obtener ventajas particulares. Otros sistemas de Estados han sido:

1) los de dominio (*suzerainties*)* en los que una unidad tiene un status superior al de las otras, como, por ejemplo, la hegemonía de EE UU en su esfera de influencia (el «mundo libre») después de la Segunda Guerra Mundial;
2) los complejos sistemas de subordinación jerárquica y poderes traslapados, como, por ejemplo, el sistema medieval europeo en el que el Papa compartía poder con una serie de monarcas y señores feudales, o el de los Estados Unidos antes de la Guerra Civil —lo que Deudney (1996) denomina el «sistema de Filadelfia» en el que los estados tenían mucho más poder del que tenían después de la Guerra Civil—, o el de la Unión Europea, y
3) los sistemas clásicos como los de la Grecia antigua, que comprendía entidades heterogéneas pero autónomas.

---

* *Suzerainty* es la condición por la cual un soberano o Estado tiene algún control políticos sobre otro Estado que es autónomo; por ejemplo, es la situación de un «protectorado» *[Nota de la trad.]*.

Esta variedad de formas de gobierno y de sistemas de Estados va en contra de la presunción de que en la historia ha existido un solo tipo de *politeia* o de sistema de Estados.

Los supuestos de la espontaneidad y de la ausencia de diferencias funcionales entre tipos de Estado y sistemas de Estados también han sido fundamentales para presuponer la existencia de la anarquía internacional. La «inevitabilidad» de la jerarquía es ocultada por la máscara de una anarquía que surge espontáneamente entre entidades similares, lo que diluye los compromisos éticos que, como consecuencia de la presunción de espontaneidad, nunca tienen por qué ser admitidos. El basar la anarquía internacional en la «espontaneidad» sirve para definir un mundo de Estados que es producto de fuerzas sobre las que las personas tienen escaso o nulo control consciente. La competencia entre Estados ocurre sin más. Es curioso que el objetivo de la imaginación geopolítica moderna haya sido siempre el encontrar un principio racional para la intervención en la política mundial, cuando a la vez la política mundial se ha construido en términos deterministas. Si la intervención es posible, entonces también hay un considerable campo de acción para cambiar los valores sobre los que se asienta la intervención. La suposición de la inevitabilidad de la anarquía es uno de dichos valores.

Las prescripciones políticas que se derivarían de la presunción de anarquía internacional nunca han estado muy claras, lo que indica que su supuesto «realismo» está lejos de ser algo seguro en todas las circunstancias históricas. Usando el ejemplo de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, una interpretación de la situación propondría que los gobiernos estadounidenses deberían de estimular la multipolaridad y el equilibrio de poder. El aislamiento geográfico americano, su gran economía y la posesión de una capacidad nuclear de primera línea garantiza a EE UU un decisivo rol nivelador en un sistema multipolar. Una lectura diferente, sin embargo, mantendría que los Estados Unidos deberían actuar reafirmando su primacía antes de que sea demasiado tarde para hacerlo. Desde este punto de vista, la multipolaridad se concibe como algo inherentemente inestable puesto que otros Estados intentan alcanzar la hegemonía y reemplazar a EE UU en la cima de la jerarquía internacional. En ambos casos el axioma de la anarquía no ofrece ninguna orientación.

Se daría una interesante analogía entre la reivindicación de la lucha por la supremacía entre los Estados y la estructura de recompensa de la sociedad estadounidense, caracterizada por la idea de que «el ganador se lo lleva todo». En los mercados donde «el ganador se lo lleva todo», minúsculas diferencias de comportamiento se convierten en enormes diferencias en la recompensa. La incesante presión que se ejerce sobre los «ganadores» y los «grandes éxitos» en los deportes, el mundo del espectáculo, la industria editorial, los negocios y las universidades (¡!), acapara la riqueza y puede animar a la gente con talento a buscar trabajos que son menos productivos socialmente que otras ocupaciones que podrían desempeñar. Los mercados laborales están estructurados de esta forma a causa, por un lado, de los efectos multiplicadores que conlleva la celebridad (discos, publicidad o libros, por ejemplo, acompañan a las hazañas atléticas o a las buenas actuaciones), y también por la ob-

sesión de ser el «Número Uno» o llegar el primero, constituye una importante medida del status en una sociedad en la cual hay bastante pocos marcadores de estratificación social aceptados. En vez de ser vistos como actores en un mercado capitalista, los Estados se han contemplado desde la misma óptica: implicados en una competición por una posición de primacía que produce altos beneficios para los pocos que lo consiguen, pero costosas carreras armamentísticas e inversiones improductivas para todos.

Aunque la obsesión de llegar el primero es característica de la cultura estadounidense, no es exclusivo de ella. El factor competitivo en el sistema de Estados europeo ha traído la extensión de ese sistema al resto del mundo, aunque la mezcolanza entre formas de gobierno haya sido mayor que lo que presume la imaginación geopolítica moderna. La recompensa del éxito ha atraído a las elites políticas de todo el mundo, dado que son los que probablemente se beneficiarán más de una mejora en su status internacional. Sin embargo, la analogía de «el ganador se lo lleva todo» ha alimentado la polémica acerca de la competitividad nacional que se ha producido recientemente en los Estados Unidos. Esto implica que el curso futuro de la competición será más económico que militar. De nuevo los Estados, como personas individuales o como empresas en un mercado, se conciben como si estuvieran luchando por la supervivencia en un mundo anárquico. Se cree que los bajos niveles de crecimiento económico en relación a otras Grandes Potencias (como Japón) son indicio de una inminente pérdida de primacía, tal como se entendía en el pasado el quedarse atrás en la carrera armamentística. Esta atención a las pérdidas y ganancias relativas caracterizan gran parte de la reciente controversia en los Estados Unidos acerca de la «amenaza» de Japón. En una ocasión ya casi legendaria, Robert Reich, ministro de Trabajo en la primera administración Clinton, preguntó a varios grupos de estudiantes, economistas profesionales, banqueros inversionistas, empleados con experiencia del Departamento de Estado y ciudadanos de la zona de Boston cuál de los siguientes escenarios era el más preferible para la economía de los Estados Unidos: 1) uno en el que la economía de Estados Unidos creciera un 25% durante los próximos diez años, mientras que Japón lo hiciera en un 75%; o 2) uno en el que la economía de Estados Unidos creciera en un 10% mientras que la japonesa lo hiciera en un 10,3 %. Casi todos excepto los economistas eligieron el 2. Quizás la magnitud de las diferencias apartó a algunos de la opción 1. Sin embargo, lo que es evidente y preocupante es que la mayoría de la gente estaba dispuesta a renunciar a un crecimiento económico absoluto mucho mayor con tal de evitar que Japón tuviera una ventaja relativa mayor.

La idea de la política mundial como una carrera de caballos o una competición deportiva, en la que quedar de segundo es como no quedar, tiene un atractivo persistente. De hecho, la política económica del gobierno estadounidense está inspirada en esa misma concepción de ganancias relativas. Por ejemplo, la política de Estados Unidos con respecto a la exportación y manufactura bajo licencia de satélites y del avión de combate FSX de Japón en los años ochenta fue explícitamente elaborada en términos de pérdidas y ganancias relativas. Pero, insistimos, esto no es simplemente una rareza de la cultura estadounidense. La obsesión con la ganancia relati-

va en la competición interestatal es consustancial con la imaginación geopolítica moderna. Las elites políticas de todo el mundo son adeptas de este principio. Entonces, tanto como representación de «cómo funciona le mundo», cuanto como práctica de los políticos, la búsqueda de supremacía mantiene su relevancia en la evolución de la política mundial, a pesar del cambio de la competencia militar a la económica como presunto motor subyacente.

III. LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA SUPREMACÍA

En los anteriores capítulos se afirma que la imaginación geopolítica moderna surgió en el contexto histórico no sólo de la expansión europea en ultramar sino también de la institucionalización progresiva del sistema de Estados europeo. En la Europa medieval había poca delimitación entre autoridades políticas. Las comunidades estaban unidas sólo por obediencia feudal y obligación personal más que por abstractas concepciones de una ciudadanía individual en un territorio circunscrito geográficamente. En cuanto la identificación de la ciudadanía con la residencia en un territorio específico pasó a constituirse como el hecho fundamental de la identidad política, la soberanía cambió de la persona del monarca al territorio del Estado y a sus instituciones. Aunque habitualmente se señale la paz de Westfalia de 1648 como el momento inicial del sistema de Estados moderno en el que los gobernantes se reconocen unos a otros el derecho de gobernar sobre el territorio de un Estado dado, quizás sea mejor pensar en la soberanía como algo que sucedía en la «práctica» en varios territorios que sólo lentamente se fue convirtiendo en una doctrina legal que se aplica a todos los territorios. Es cierto que la idea de la igualdad de soberanía no se aceptó generalmente hasta mucho más tarde, e incluso entonces se hizo con todo tipo de excepciones y salvedades (piénsese en el rol del Consejo de Seguridad de la ONU, por ejemplo). A pesar del efecto sistémico limitado, las nuevas reclamaciones de soberanía territorial debilitaron progresivamente antiguas formas de gobierno en Europa, tales como la Iglesia católica o el Sacro Imperio Romano-Germánico. Paralelamente, la emergente economía capitalista adquirió límites regulativos a través de los ya existentes, aunque todavía débilmente centralizados, Estados territoriales. No es de extrañar que los Estados territoriales llegaran a ser contemplados como las únicas fuentes de «actividad» en el mapa mundial. El capitalismo industrial reforzó esta tendencia, ya que la división espacial del trabajo que impuso fue organizada firmemente sobre una base territorial. En concreto, la clásica interpretación hobbesiana de los individuos abocados a luchar por la supervivencia en un entorno hostil pasó a aplicarse a los Estados. Siguiendo este argumento, el Estado territorial llegó a ser entendido, como en la economía política del mercantilismo, como un individuo abstracto ubicado en un entorno de anarquía global.

La conexión entre este mundo cada vez más estadocéntrico y la imaginación geopolítica moderna está en la tajante división trazada entre el «orden cívico» reinante dentro de las fronteras estatales y la lucha entre Estados por el poder más allá de dichas fronteras. Del mismo modo que las principales ideologías políticas suminis-

tran los diferentes marcos de referencia que compiten políticamente dentro de los Estados, la imaginación geopolítica ha proporcionado el marco de referencia para la organización de actividades estatales más allá de sus límites. Lugares cercanos y lejanos se clasifican en relación con la jerarquía de Estados: ¿Dónde están los principales competidores? ¿Dónde las mejores posibilidades para mejorar su puesto en la competición? ¿Dónde están los principales desafíos a la jerarquía establecida? Pueden trazarse mapas de las amenazas y los peligros basándose en la jerarquía interestatal existente en un momento dado, señalando tanto sus vínculos más débiles como los más fuertes.

No todos los Estados han tenido la misma capacidad para llevar a cabo sus visiones geopolíticas. Las denominadas Grandes Potencias de cada era son las que sí han sido capaces de inscribir sus particulares imaginaciones geopolíticas en el conjunto del mundo. El poder estatal ha supuesto la capacidad de actuar por parte de los Estados en las circunstancias de cada época, lo que presupondría acuerdos en cuanto al significado del comportamiento estatal que fueran compartidos por todas las partes, y que nacen de las acciones de los Estados y de otros actores. En esta argumentación, «hegemonía» se refiere a las normas y principios que regulan la política mundial aceptadas por los grupos y las clases sociales dominantes. Los significados serían aquellos difundidos por los Estados más poderosos, a veces procedentes de Estados «hegemónicos»; lo que pone de manifiesto la realidad material de la supremacía en ciertos escenarios históricos, como la de Gran Bretaña en el período 1815-1875 y la de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial (ver capítulo 5). Pero ha habido períodos, como el que abarca desde 1875 hasta 1945, en los que las prácticas y representaciones imperantes en los Estados no han tenido un único origen o proponente sino que han sido patrimonio de las elites políticas de varios Estados. El cambio en las condiciones económicas y tecnológicas es de vital importancia en el devenir del flujo y reflujo de candidatos a la primacía (ya sea en el sentido de dominación económica o territorial sobre otros Estados o como principales «fijadores de normas» en la política mundial). Particularmente significativa ha sido la habilidad que han mostrado los distintos Estados a través del tiempo para unir los avances positivos de las nuevas tecnologías con nuevas aplicaciones económicas y militares.

Uno de los planteamientos posibles (en el capítulo 5 se ofrece un análisis más pormenorizado) señala tres períodos desde 1815 hasta 1990 en los que las diferentes combinaciones de factores económicos, tecnológicos y políticos produjeron circunstancias muy diferentes para la supremacía. El primer período (1815-1875) se apoyaba en dos factores: 1) un equilibrio de poder entre un grupo de Estados nacionales y economías territoriales en Europa (más Estados Unidos que estaba creciendo), y 2) una tendencia expansiva hacia la inversión y el comercio organizado sin referencia territorial fuera de Europa, con instituciones británicas como principales organizadores.

En el segundo período (1875-1945) una serie de rivalidades imperiales dio lugar a una lucha por la supremacía en la que procuraban hacerse con el control territorial de diversas partes de la economía mundial. En este período se puede decir

que el trascendental «impulso» de someter a otros, que tienen las Grandes Potencias, fue puesto en práctica de un modo más abierto. Al principio, la competencia entre Estados imperiales (como Francia y Gran Bretaña) llevó a la creación de economías coloniales especializadas. Estas eran organizadas en su mayoría alrededor de zonas exclusivas ligadas a ciertas Grandes Potencias, lo que dio lugar a la enemistad de aquellos Estados (como Japón e Italia) que quedaron al margen. Los errores cometidos en la regulación económica tanto a nivel estatal como global (puestos de manifiesto en la Depresión de los años treinta) ocasionaron que se retrocediera a los bloques territoriales. Al final se produjo una lucha por la supremacía entre ideologías opuestas sobre el modo de organizarse mejor, y, por otra parte, sobre el modo de superar los bloques y cambiar a un tipo de organización político-económica alternativo.

El tercer período (1945-1990) asistió al surgimiento de dos Estados como principales contendientes por la supremacía global: los Estados Unidos y la Unión Soviética. La prioridad estadounidense era actuar como un Estado «internacional» para prevenir la re-emergencia de los bloques que muchos estadounidenses (y otros) consideraban que habían producido o exacerbado tanto la Depresión de los años treinta como la Segunda Guerra Mundial. Tres estrategias acompañaron a estas prioridades. La primera fue la desmilitarización y reorientación económica de Japón y Alemania. La segunda fue la contención de la Unión Soviética y de su modelo socialista de desarrollo económico a través de alianzas militares (como la OTAN) y de intervenciones político-militares (como en Corea o Vietnam). La tercera fue la creación de una serie de instituciones para proyectar a nivel global las prácticas e ideas estadounidenses sobre organización político-económica. Estas incluían las Naciones Unidas, el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, y acuerdos internacionales como el de Bretton Woods, firmado en 1944, que regulaba las relaciones monetarias internacionales. En los años sesenta estas estrategias ya habían dado lugar a los inicios de una economía mundial globalizada, en la que los Estados se internacionalizaban progresivamente. A los costes del conflicto militar global y el fracaso de la economía soviética en mantener al día su tecnología de información y comunicaciones, se unieron a otros factores (como movimientos sociales) para terminar con el orden de la Guerra Fría. La *Pax Americana*, diseñada para promover la interacción económica entre las economías nacionales no socialistas, estimuló un grado de globalización que hizo mella en los poderes de casi todos los Estados territoriales, entre los que se encontraban los Estados Unidos y su principal adversario, la Unión Soviética.

Por lo tanto, la aspiración a la supremacía no es simplemente un constructo ideológico que haya sido «puesto al descubierto» por hechos como la reciente desestabilización de las fronteras políticas al final de la Guerra Fría, ya que aparentemente ha proporcionado un objetivo socioeconómico a la estatalidad en determinadas circunstancias. Pero es difícil aceptarla como un atributo atemporal de la política mundial por diversos motivos. En primer lugar, tratar de obtener la supremacía fue adoptando diferentes formas en los diferentes períodos históricos. La combinación de elementos militares y económicos, por ejemplo, ha variado sus-

tancialmente con el tiempo, debido en parte a las posibilidades cambiantes del mercantilismo y de la apertura de las economías al comercio. Y, lo que es más importante, la manera en que el período más reciente ha acabado con el desgaste de los poderes estatales podría indicar que es el principio del fin. Lo que parece cada vez más claro es que la concepción trascendental de la lucha por la supremacía, como característica de la imaginación geopolítica moderna, implica la proyección de una serie de prácticas y representaciones históricamente contingentes sobre la política mundial en general. Retrospectivamente, los dos supuestos geopolíticos que hacían plausible la búsqueda de la supremacía como elemento fundamental de la imaginación geopolítica moderna se manifiestan ahora como supuestos históricamente contingentes en vez de como supuestos con validez universal: 1) que el poder surge de las ventajas de la ubicación geográfica, el tamaño de la población y los recursos naturales y de su combinación en un modo de producción territorial; y 2) que el poder es enteramente un atributo de los Estados territoriales, y que estos tratan de monopolizarlo en competencia con otros Estados.

A la luz de las tendencias más recientes hay cinco maneras concretas en las que la lucha por la supremacía se muestra como un concepto con diferente significado a lo largo de la historia. La primera, es que concentrarse en el poder relativo solo tiene sentido en un mundo donde hay una amenaza constante de desavenencias entre las Grandes Potencias. Tales circunstancias requieren una preparación constante para lograr o mantener una ventaja relativa. La posesión de armas nucleares de «respuesta» (*second-strike*) y la capacidad de lanzarlas hacen de esta vigilancia algo obsoleto. Lo que importa en la era nuclear no es la ventaja relativa —de hecho, importa poco (¿cuántas veces se puede destruir sobre lo destruido?)—, sino la capacidad absoluta de infligir daños mortales (ver capítulo3). Un único dispositivo nuclear colocado en una ciudad clave por uno de los Estados «débiles» (o por terroristas sin Estado) podría proporcionar la mencionada ventaja sin el inmenso gasto que supone el desarrollo de nuevas armas y sus costosos vehículos de distribución. De hecho, en esta situación concentrarse en una ventaja relativa sería peligrosamente engañoso: podría dar lugar a una profecía auto-cumplida como que el prepararse para una guerra nuclear probablemente convierte a la guerra en algo más probable que improbable. La proliferación de armas nucleares, por tanto, independientemente del carácter político de los regímenes de gobierno (democráticos/autoritarios, etc.), invierte la lógica de preparación para la guerra enunciada por Maquiavelo en la era moderna. Más y más Estados ya no tienen por qué ser mejores. Las armas nucleares vuelven prudentes a los gobiernos, sean o no el de los Estados Unidos o el de la Unión Soviética —pero los terroristas sin Estado son otra cosa totalmente distinta—. Los EE UU en el año 2000 realizan el 50% del gasto militar mundial, siete u ocho veces el de Rusia, Francia, Alemania y Gran Bretaña, las otras Grandes Potencias militares. En términos de cálculo esto equivaldría a una supremacía absoluta. Pero incluso los que proponen continuar con los altos niveles de gasto militar, como el Secretario de Defensa de los Estados Unidos, no pueden encontrar amenazas militares que justifiquen este presupuesto. Sólo Corea del Norte, Irán, Irak y Siria están catalogados como adversarios potenciales. Otras Grandes Potencias, probable-

mente las que son potenciales detentadoras de supremacía, no figuran en absoluto en las listas de Estados amenazadores: encuentran cosas mejores que hacer con su dinero.

Otras características de la organización y la tecnología militar contemporánea también estarían restando importancia al poder relativo. Una es la creciente importancia de guerrilleros y terroristas en los conflictos mundiales. Usualmente son guerreros sin Estado, luchando por esta o aquella causa pero sin la infraestructura o los objetivos típicos de la maquinaria militar con base estatal. Tecnología relativamente simple pero sin embargo devastadora (bombas, misiles Stinger, etc.) suministran medios a pequeños grupos movilizados para neutralizar o confundir a Estados muy poderosos (como el IRA en Gran Bretaña, ETA en España o Al Qaeda en todo el mundo, por ejemplo). Otra es el acceso a las redes de información que son claves en la preparación militar. Tanto Estados pequeños como grupos humanos sin Estado podrían acceder y destruir sistemas de mando y control (si tienen *hackers* hábiles y buenos ordenadores); es más, podrían implicarse en una «ciberguerra» (como los rebeldes zapatistas del sur de México): usando Internet para enviar menajes a simpatizantes y a organizaciones no gubernamentales para anunciar y restar eficacia a las operaciones estatales de contra-insurgencia. Esta es una guerra de información con un giro inesperado, que beneficia más a los grupos pequeños y marginales que a los enormes batallones de las Grandes Potencias.

En segundo lugar, el crecimiento económico y la prosperidad de las Grandes Potencias se ha intensificado desde 1945 gracias a un aumento del comercio y de la inversión internacional. El énfasis en las ganancias y pérdidas relativas es el reflejo de una ideología económica mercantilista en la que las economías nacionales son consideradas equivalentes a contenedores que sólo se pueden llenar a expensas de otros o por medio de la expansión territorial. Hoy, las tasas de crecimiento económico son mucho más altas cuando las economías son abiertas en lugar de cerradas. Esta es una de las lecciones del gran colapso soviético de 1990-92. El acceso a mercados globales es ahora condición principal para un crecimiento económico sostenido. A su vez, la creciente interdependencia económica incentiva la resolución de disputas de forma no militar. Los recursos de las empresas y de los individuos de un Estado particular ya no están exclusivamente ligados al territorio de un Estado. Tales vínculos e intereses en el extranjero son una fuerza de interdependencia simétrica cuando se comparten por todas las partes, factor que reduce la conflictividad y favorece la vuelta a la cooperación.

Una de las críticas más obvias al modelo de competencia por la supremacía es, desde luego, que los Estados no se parecen en nada a empresas competidoras en un modelo económico de «competición perfecta». Por un lado, como apunté anteriormente, no son todos iguales, mientras que las empresas competidoras sí suelen serlo. Tampoco está claro que la mayoría de los Estados actualmente tengan como único objetivo el incrementar las cuotas de mercado u obtener mayores beneficios. Ellos (al igual que las personas y las empresas) también pueden beneficiarse de cooperar unos con otros. Las alianzas militares y los acuerdos de comercio regional son ejemplos de la manera en la que se han plasmado tales beneficios. Otra

crítica, hecha por los defensores de las ventajas para todas las partes que se implican en el libre comercio y la ventaja comparativa, es que las economías nacionales suelen sufrir con la imposición de restricciones a las importaciones y exportaciones. Desde esta visión, aunque ciertos grupos de interés preocupados sobre la perspectiva de este o aquel sector podrían convencer a los demás de lo contrario, las economías nacionales *nunca* compiten sustancialmente entre sí *cuando hay un comercio relativamente abierto* —si se quiere consultar un argumento de este tipo véase la respuesta del economista Paul Krugman (1995) al historiador Paul Kennedy (1995)—. Asistimos a un retorno a la especialización al que sólo se le puede hacer frente utilizando la organización empresarial (la integración vertical, por ejemplo) o la concentración local o regional. Ya que una de las tendencias más importantes de la economía mundial es el alejamiento de lo primero para acercarse a lo segundo en los sectores líderes de la economía (como las tecnologías de la información, el sector aeroespacial o los servicios a la producción), las economías nacionales —al contrario que las más localizadas— tienen aún menos «competencia» entre sí que en el pasado, cuando la industria estaba organizada en una base más nacional más que transnacional. Una irónica confirmación de esta tendencia podría encontrarse si comparamos el título del libro más conocido del gurú de la administración de empresas Michael Porter, *La ventaja comparativa de las naciones*, con su contenido. De hecho el libro trata de cómo la economía de los Estados industrializados tiene cada vez más una base local y regional; en definitiva el libro trata sobre lo que Allen Scott (1996) denomina los nuevos «motores regionales» de la economía mundo.

La creciente preocupación de Estados y empresas por el «acceso a los mercados» (descrita en el capítulo 3) es sintomática de la internacionalización de los Estados. Aunque los Estados continúen controlando la normativa y las estructuras de sus propias economías nacionales, garantizan el acceso a competidores extranjeros a través de acuerdos internacionales y de convenios informales pero explícitos. El libre comercio y las políticas de inversión clásicas, por tanto, se aplican a áreas de la política industrial y de la reglamentación nacional para facilitar la colaboración empresarial transfronteriza. Esta constituye una consecuencia importante de las recientes rondas del GATT y del crecimiento de bloques de comercio regionales como la Unión Europea y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

Dos indicadores de esta creciente internacionalización son la progresiva dificultad de contabilizar el comercio en términos de transacciones entre economías nacionales y el creciente número de productos sin unos claros «orígenes nacionales». La tremenda expansión de la inversión extranjera directa y de la subcontratación significaría que en las balanzas comerciales nacionales de países como EE UU y Japón hay grandes cantidades de artículos manufacturados en el extranjero por empresas que operan desde dentro de sus confines. Por ejemplo, según las cifras oficiales el déficit del comercio estadounidense fue de 144.000 millones de dólares en 1986; pero si incluimos las actividades de compañías en el extranjero de propiedad estadounidense así como de las compañías de propiedad extranjera radicadas en los EE UU, el enorme déficit desaparece y se convierte en un superávit

de 77.000 millones de dólares. En el caso de Japón las cifras son más parecidas, pues reflejan una tasa más baja de inversión extranjera de las compañías industriales japonesas (Tabla 4.1).

Los artículos con los que se comercia actualmente no son tanto productos finales como componentes, materiales e investigación especializada, diseño, fabricación, publicidad y servicios financieros. Podemos encontrar un buen ejemplo en una compañía estadounidense por excelencia, la General Motors, cuya prosperidad se consideró en algún momento análoga a la del conjunto del país:

> Cuando un estadounidense compra un Pontiac Le Mans a General Motors, por ejemplo, se implica inconscientemente en una transacción internacional. De los 10.000 dólares pagados a GM, unos 3.000 van a Corea del Sur por trabajos de rutina y ensamblajes, 1.850 a Japón por componentes avanzados (motores, ejes de transmisión y electrónica), 700 a la antigua Alemania Occidental por ingeniería de diseño y estilización, 400 a Taiwán, Singapur y Japón por pequeños componentes, 250 a Gran Bretaña por servicios de diseño y publicidad, y unos 50 a Irlanda y Barbados por procesamiento de datos. El resto —menos de 3.000 dólares— va a peritos de Detroit, abogados y banqueros de Nueva York, intermediarios de Washington, seguros y atención sanitaria de los trabajadores de todo el país, y a los accionistas de General Motors en todo el mundo (Reich, 1991: A6)

Tabla 4.1 *Balanzas comerciales usuales y según la propiedad de EE UU (1986) y Japón (1983), en miles de millones de dólares estadounidenses.*

		EE UU	Japón
Exportaciones	[1]	224	146
Menos las transferencias dentro de las empresas		123	60
Más las ventas locales a multinacionales extranjeras		267	3
Más las ventas al extranjero de multinacionales de propiedad nacional		777	150
Balance total de las ventas al extranjero	[2]	1.145	239
Importaciones	[3]	368	114
Menos las transferencias dentro de las empresas		191	65
Más las compras locales de multinacionales extranjeras		445	58
Más las compras de multinacionales de propiedad nacional en el extranjero		446	90
Balance total de compras al extranjero	[4]	1.068	197
Balanza comercial	[1] – [3]=	–144	+32
Balanza comercial considerando la propiedad	[2] – [4]=	+77	+42

FUENTE: Adaptado de Julius (1990: 81).

Un tercer error del argumento de la «lucha-por-la-supremacía» es que la hegemonía «estadounidense» ha sido cualitativamente diferente de la que se produjo en eras previas. La estadounidense se ha ido institucionalizando globalmente a través de un gran número de organismos y ha tenido una profunda influencia cultural. La caída de la Unión Soviética ha dejado a los Estados Unidos como la única Gran Potencia con un mensaje global: consumo de masas, libertad personal, propiedad privada, mercados y democracia electoral, por nombrar sólo algunos de los elementos más evidentes de este mensaje. Algo especialmente significativo es que los esfuerzos de los Estados Unidos para implicar a otros Estados en «regímenes» internacionales de una u otra clase que abarcan una gran variedad de asuntos importantes, desde el comercio a los derechos de pesca y la degradación medioambiental, han tenido el efecto de poner de relieve las intervenciones colectivas más que las unilaterales a la hora de resolver conflictos.

Cuarto, el número de verdaderas Grandes Potencias es muy pequeño en estos momentos y los incentivos para la cooperación entre ellas muy grandes. En condiciones de interdependencia, cada Estado tiene interés en comprobar que los demás Estados suscriben normas comunes que regulen el comercio, la seguridad y las inversiones. Actualmente hay una tendencia incipiente entre las Grandes Potencias que consiste en la difusión del poder o pluralismo, en lugar de la multipolaridad entre Estados extraordinariamente «egoístas». Esta circunstancia indica la naturaleza social de las relaciones internacionales. Tradicionalmente, y reflejando la *ideé fixe* de la lucha-por-la-supremacía, las relaciones entre Estados se consideran como inherentemente conflictivas, como en el juego del «dilema del prisionero» (Fig. 4.1). En este juego, los dos participantes tienen preferencias idénticas, ambiciosas pero precavidas. Cada uno debe de actuar sin saber cómo lo hará el otro. Cada uno puede beneficiarse sin perjudicar al otro si cooperan (+20 para cada uno), pero la ganancia mayor se da si uno abandona antes que el otro (+40), y si los dos optan por abandonar los dos pierden (-20 cada uno). Sin conocimiento mutuo ni medidas de confianza mutua el resultado más probable es que pierdan los dos. En este juego un conflicto entre las dos partes no desembocará en cooperación si cada una de las partes cree que siempre puede ganar más sin cooperar (nótese que las mayores ganancias posibles no propician la cooperación, pero no hay duda de que las pérdidas potenciales son mayores en proporción). Esta situación supone, sin embargo, que cada Estado es un actor autosuficiente sin intereses contradictorios, que hay una serie de restricciones de información y que no hay canales institucionales y de comunicación para acomodar los distintos intereses. Las recientes experiencias en el ámbito de las negociaciones internacionales cuestionan todas y cada una de estas suposiciones.

Quinto, y último, tanto la gente corriente como las elites son cada vez más conscientes de la interdependencia global. Lenta e intermitentemente ha empezado a desarrollarse una sensación de destino global común, fomentado por el mayor acceso a información sobre lugares distantes y antes desconocidos. Pero está más relacionado con una sensación cada vez más profunda de la existencia de vínculos y enlaces en un mundo más interdependiente. Esta sensación no tiene por qué traducirse en una vinculación inmediata con los países vecinos, y mucho menos con los

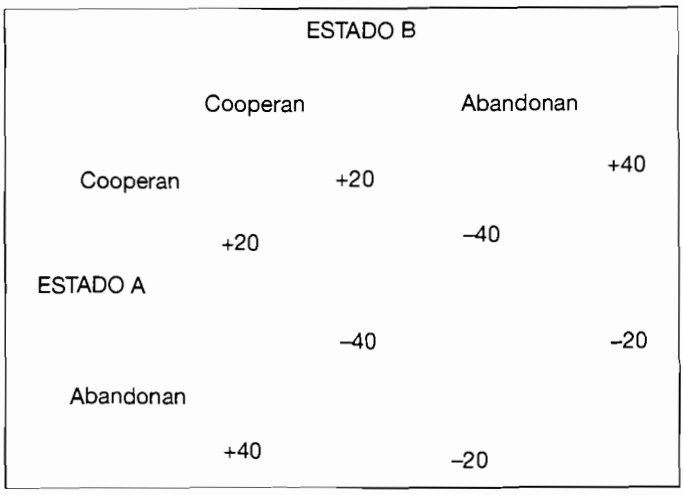


Figura 4.1 *El juego del dilema del prisionero.* En este juego, los dos participantes tienen preferencias idénticas, ambiciosas pero precavidas. Cada uno debe de actuar sin saber cómo lo hará el otro. Cada uno puede beneficiarse sin perjudicar al otro si cooperan (+20 para cada uno), pero la ganancia mayor se da si uno abandona antes que el otro (+40), y si los dos optan por abandonar los dos pierden (–20 cada uno). Sin conocimiento mutuo ni medidas de confianza mutua el resultado más probable es que pierdan los dos.

más lejanos. Indica, sin embargo, el surgimiento de una conciencia sobre la repercusión que tienen sucesos lejanos y que no tienen una simple solución militar (derramamientos de petróleo, incendios de bosques, refugiados causados por conflictos internos, invierno nuclear, etc.) en las perspectivas de la vida en «casa». Los activistas transnacionales en Europa y Norteamérica lograron que se impusieran sanciones contra el *apartheid* de Sudáfrica en los años ochenta, lo que constituye un buen ejemplo de que no son los intereses nacionales sino los movimientos sin base estatal y la preocupación por las normas de conducta de los Estados los que son ahora elementos importantes de la política mundial. El reciente recrudecimiento de los conflictos étnicos podría indicar exactamente lo contrario. Es, en efecto, indudable que hay situaciones donde las identidades e intereses de grupo están tan polarizados y amenazados que una solución pacífica del conflicto es casi imposible. Pero cabe esperar que las nuevas prácticas espaciales que suponen un aumento del comercio y las migraciones impongan poco a poco una sensación de destino común, incluso aunque también provoquen hostilidad y conflicto. Algunas facciones del conflicto palestino-israelí, indudablemente uno de los más problemáticos del mundo, ven un futuro en el que cada una de las partes tendrá que depender de los recursos y técnicas suministradas por la otra. ¿Por qué? Porque lo que ninguna de las partes puede hacer «es aparecer como un par de Estados-nación coherentes» (Avishai, 1995). Sus poblaciones están ya demasiado entremezcladas y son interdependientes entre sí.

IV. MÁS ALLA DE LA LUCHA POR LA SUPREMACÍA

Por tanto, en el mundo contemporáneo, la búsqueda de la supremacía tiene posibilidades limitadas. Es evidente que este mundo podría no durar. Las muestras de oposición a las consecuencias problemáticas de la globalización son cada vez más visibles. Se puede considerar que el orden trasnacional liberal emergente no mejora sino que empeora las condiciones de vida materiales para las personas «corrientes» y para los más pobres en países donde este proceso ha avanzado más. Los «agujeros» o déficits de la economía estadounidense, que no están tan relacionados con el comercio sino con el cambio tecnológico y la globalización de la producción, han producido una profunda desigualdad en los ingresos tanto entre los estratos sociales como entre las regiones. Esta situación podría llevar, en nombre de un incremento de la prosperidad, a un llamamiento a la reterritorialización de la economía estadounidense a través de medidas proteccionistas (como cuotas, aranceles, requisitos de contenido mínimo en los productos y regulaciones sobre la seguridad del producto). Ya se han alzado las voces; tanto las de los que se preocupan por la inmigración como las de los que se inquietan por la falta de trabajos para los que no tienen estudios o no están cualificados.

Desafortunadamente, es probable que en la economía mundial tal y como está organizada actualmente si se hiciera esto reduciría las inversiones en la economía territorial de los EE UU. Eso fue lo que ocurrió en Francia en 1983 cuando el gobierno de Mitterrand nacionalizó los activos monetarios y puso restricciones a los bancos, y como resultado se enfrentó inmediatamente a una fuga de capital masiva. Lo que sí tendría éxito sería una colaboración multilateral entre sociedades para regular las consecuencias sociales perjudiciales de la globalización. Tal y como surgieron en el pasado movimientos democráticos para contener a nivel estatal los impactos socialmente negativos del mercantilismo sin trabas, del mercado salvaje, en el futuro «el multilateralismo llegará a ser el escenario del conflicto entre los intentos de reforzar la libertad de movimientos de las poderosas y homogeneizadoras fuerzas económicas, y los esfuerzos para construir una nueva estructura de regulación que proteja la diversidad y a los menos favorecidos» (Cox, 1992: 177). Por tanto, pase lo que pase, una vuelta a la búsqueda de la primacía no parece una receta adecuada para triunfar, excepto para aquellos interesados en las industrias militar y de defensa, de las que dependen sus carreras y sus beneficios.

El mundo en el que ahora deben desenvolverse los Estados resulta irreconocible en el curso de una generación, debido a una serie de procesos económicos y políticos. El primero de ellos sería la globalización de la producción y las finanzas, la revolución en informática y telecomunicaciones, la internacionalización de los Estados involucrados en regímenes de todo tipo, la inmigración masiva desde los países más pobres a los países más ricos, y la difusión de una «cultura mundial» procedente de los estudios de Hollywood y de la CNN.

La consecuencia geopolítica más importante del desplazamiento de las fronteras estatales por los flujos de personas, bienes y capital que se mueven entre nudos locales dentro de redes globales, ha sido el deterioro de los procesos y explicaciones

convencionales de la *jerarquía* espacial. La lucha por la supremacía presupone un mapa mundial en el que los territorios estatales pueden mantener dentro de sus fronteras las ganancias que producen sus transacciones más provechosas. Las ganancias de esas transacciones pueden ser invertidas en aventuras político-militares de una u otra clase diseñadas para establecer la primacía o asegurar un rango superior a un Estado entre Estados «semejantes». Durante gran parte de los últimos doscientos años este ha sido el caso. Al respecto, el compromiso de la imaginación geopolítica moderna con la lucha por la supremacía era el reflejo de las prácticas imperantes de las Grandes Potencias, cuyo mundo aspiraba a comprender y expandir. La hegemonía norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, perjudicó la búsqueda de la supremacía al sentar los cimientos de una economía mundial que ahora desborda los confines de los Estados existentes.

La lucha por la supremacía requiere una jerarquía de *identidades políticas establecidas*, como las implícitas en el modelo hegeliano de servidumbre y señorío y en las explicaciones convencionales del origen de la jerarquía de los Estados. Los cambios que se han producido en las circunstancias histórico-geográficas llaman la atención sobre este requisito. Por tanto, el cambio de una geografía de fronteras a otra de flujos, que es parte esencial de la globalización, indica que existe una crisis de representación en la imaginación geopolítica moderna. Hay una crisis en la autoridad intelectual de las convenciones establecidas sobre el comportamiento de las Grandes Potencias, que eran los principales actores en la geopolítica clásica. Entre ellas estaba la lucha por la supremacía, que no era precisamente la menos importante. Pero, ¿cómo funcionó, en la práctica, la imaginación geopolítica moderna entre la época de Hegel y la nuestra? Este es el tema del capítulo 5.

CAPÍTULO 5

LAS TRES ERAS DE LA GEOPOLÍTICA

El objetivo de este capítulo es exponer la forma en que, desde principios del siglo XIX hasta los años ochenta del siguiente siglo, se habrían desarrollado tres épocas o eras específicas geopolíticas, basadas en la interacción entre las cambiantes condiciones materiales con los «principios» de la imaginación geopolítica moderna descrita en los capítulos previos. Aunque la imaginación geopolítica de cada «era» es diferente en muchos aspectos, existiría alguna continuidad, porque los viejos temas se reciclan en contextos nuevos. Los tres discursos o modos de representación que presentaré se denominan geopolítica civilizatoria (*civilizational*), geopolítica naturalizadora (*naturalized*) y geopolítica ideológica (*ideological*), respectivamente. En cada una de las épocas la política mundial ha estado organizada alrededor de las caracterizaciones del espacio, los lugares y los pueblos definidos por esos modos de representación.

I. CONTINUIDAD Y PERIODIZACIÓN DE LA IMAGINACIÓN GEOPOLÍTICA MODERNA

En la imaginación geopolítica moderna hay una continuidad evidente que se manifiesta de varias formas. Una es el mantenimiento de un lenguaje de diferencias espaciales expresadas con una metáfora temporal (moderno/atrasado). Otra sería la concepción del mundo como un todo en tanto que ámbito de referencia para las relaciones interestatales. Una tercera sería el exclusivo rol que tienen los Estados territoriales como actores de la política mundial. Por último, la existencia de la búsqueda de la supremacía por parte de las Grandes Potencias como factor que movería la política mundial. Sin embargo, con el tiempo, los giros idiomáticos y los contextos en que se utilizan han cambiado radicalmente. Entraña un gran peligro, intelectualmente hablando, pensar en el discurso geopolítico como algo continuo en términos generales desde el Renacimiento hasta finales del siglo XX, y seleccionar arbitrariamente unos temas y expresiones lingüísticas sin prestar atención al contexto (histórico y geográfico) en que han surgido. Al fin y al cabo, las condiciones tecnológicas, económicas y sociales que limitan o hacen posible tanto las prácticas como las representaciones han cambiado sustancialmente con los años. Por ejemplo, la economía mundial está organizada actualmente de una manera totalmente

diferente a como lo estuvo a finales del siglo XIX, durante el apogeo del colonialismo europeo.

No cabe duda de que cualquier división en períodos es intrínsecamente discutible. No sólo se puede criticar la falta de precisión de las fechas de comienzo y de final, sino que la historia es en sí misma dinámica y no se puede dividir fácilmente en períodos nítidamente diferenciados. Esta circunstancia es particularmente cierta cuando se establecen los períodos, como es inevitable, desde la situación social y geográfica concreta de un observador en particular, o cuando se conciben como «estadios» que llevan uno inevitablemente al otro en una progresión hacia el destino histórico. Pero intentar entender el curso de la historia implica imponer algún orden en ella, y aquí es donde aparecen los períodos. Los períodos amenazan la comprensión sólo si olvidamos que se superponen sobre el complejo fluir de la historia. Si no lo olvidamos, los períodos son extremadamente útiles; de hecho, son una de las pocas formas de ordenar analíticamente lo que si no sería un flujo incesante de sucesos. El historiador literario David Perkins (1992: 64) ha entendido bien tanto la importancia de establecer períodos como la insatisfacción que deja esa operación cuando se refiere a los períodos como

> ficciones necesarias [...] porque no se puede escribir historia ni historia literaria sin dividirla en períodos. Es más, necesitamos establecer el concepto de un período unificado para negarlo, y así hacer patente la particularidad, la diferencia local, la heterogeneidad, la fluctuación, la discontinuidad y la lucha que constituyen ahora nuestras categorías preferidas para entender cualquier momento del pasado.

Es evidente que dividir en períodos el discurso geopolítico simplifica un flujo de prácticas y representaciones que es en realidad muy complejo. Cada «período» contiene la semilla de su propia desaparición y también del origen de los períodos que le suceden. Las fechas establecidas para cada período son provisionales y discutibles. Cada período podría ser subdividido para representar los inevitables cambios y transformaciones de concepciones y prácticas. Lugares diferentes no comparten necesariamente todas las características representativas de cada período; por ejemplo, las elites políticas de las diferentes Grandes Potencias pueden hacer hincapié en diferentes aspectos cada una. Los pueblos subordinados o colonizados no comparten necesariamente los supuestos económicos y culturales en los que en un momento concreto y en un lugar específico se basa la imaginación geopolítica moderna. La periodización responde a las tendencias y creencias imperantes, a las acciones asociadas con ellas y a la forma en que evolucionan en el tiempo. Este planteamiento historicista no niega las continuidades señaladas en capítulos anteriores, o las diferencias existentes entre unos lugares y otros, sino que, en cada período los diferentes «principios» se interrelacionan de diferentes maneras para producir una «combinación» distinta de prácticas y representaciones geopolíticas. Este hecho daría lugar a las diferentes hegemonías, que consisten en una serie de reglas que gobernarían la política mundial en diferentes épocas (ver la Introducción). Estas reglas, al ponerse en correlación con las tendencias económicas, sociales y tecnológicas

tratadas en el capítulo 4, originarían una división en tres períodos: primero, el de principios del siglo XIX (1815-1875); segundo, el de 1875-1945, y tercero, el de 1945-1990. Pero ni qué decir tiene, teniendo en cuenta las afirmaciones y argumentos de los capítulos anteriores, que la imaginación geopolítica imperante que discurre a través de estos períodos tendría viejas raíces en el desarrollo del capitalismo y de la formación de Estados en la Europa de principios de la modernidad y en la expansión europea al resto del mundo. Ni siquiera las hegemonías que caracterizarían las diferentes eras están libres de contradicciones o de crítica. De hecho, son las contradicciones internas que presentan las que hacen que caigan las antiguas hegemonías y que surjan otras nuevas.

II. LA GEOPOLÍTICA CIVILIZATORIA

A finales del siglo XVIII una *geopolítica civilizatoria* surgió como parte de la reacción a la «lucha por la estabilidad» en una Europa Occidental que, en tiempos de las Guerras de Religión, había perdido su centro cósmico basado en una cristiandad común. Este sería un elemento de lo que Toulmin (1990: 170) ha denominado el intento de construir «una Cosmópolis más racional, para reemplazar la que se perdió alrededor de 1600». Esta versión de la imaginación geopolítica moderna alcanzó su máxima influencia en la primera mitad del siglo XIX. Antes de entonces sus diferentes principios no estaban entrelazados unos con otros en un conjunto de la manera en que lo estuvieron después de 1815.

La economía política internacional desde 1815 hasta 1875 se caracterizaba por un Concierto Europeo en el que ningún Estado «imponía su criterio» sobre los demás en Europa, y por un incipiente dominio económico británico en la mayor parte del resto del mundo. El Concierto fue diseñado para poner freno a los impulsos revolucionarios procedentes de la Revolución Francesa de 1789 y de sus secuelas. Las guerras que perseguían hacer la revolución o que pretendían conseguir territorios se contemplaban como amenazas al «equilibrio de poder» entre los Estados más poderosos o Grandes Potencias. Al mismo tiempo, el despegue del crecimiento económico de Gran Bretaña gracias a la Revolución Industrial tuvo como consecuencia que tuviera unas relaciones con los otros continentes distintas a las de los otros Estados europeos (excepto los Países Bajos). La búsqueda de mercados para las manufacturas y la disponibilidad de capital para invertir en ultramar desencadenó presiones para que hubiera una expansión exterior (tanto colonial como en general), que situaría a Gran Bretaña en otro nivel. Mientras el resto de Europa se concentraba en la creación de una economía nacional —un proceso casi concluido en Gran Bretaña—, los empresarios y líderes políticos británicos crearon una red mundial de flujos comerciales y financieros.

En esta fase de crecimiento del capitalismo mundial, las elites europeas consideraban mayoritariamente que la posición central de Gran Bretaña estaba no sólo al servicio de un interés nacional sino también de un interés «global». La economía nacional británica llegó a ser la locomotora de la economía mundial. El reciclado

de capital de las inversiones en todo el mundo convirtió a Londres en el principal centro financiero mundial. El interés político primordial del capital financiero estaba en evitar problemas económicas en los lugares donde tenía inversiones. No es de extrañar entonces que los gobiernos británicos llegaran también a valorar la «estabilidad» y frecuentemente intervinieran militarmente fuera de Europa cuando el *status quo* estaba amenazado. Con el éxito económico de las economías alemana y estadounidense, la economía británica, todavía comprometida en su mayor parte con las viejas tecnologías, se enfrentaba a un dilema. Por un lado, se encontraba con una competencia cada vez mayor en cuanto a manufacturas y, por el otro, tenía una ventaja relativa sobre los otros en su acceso al resto del mundo. Consecuentemente, después de 1875 Gran Bretaña dio la espalda a Europa y Estados Unidos (donde el capital británico tenía importantísimas inversiones) y se concentró en su Imperio y en aquellas regiones donde su hegemonía era aparentemente más segura. Esta circunstancia precipitó el derrumbamiento del Concierto de Europa, que ya había sido puesto en peligro por el nacimiento de nuevos Estados en Europa (como Italia y Alemania), que no tenían ningún compromiso en relación con el Concierto, y la aparición de un sistema global de imperios rivales (como Alemania, Francia, los Estados Unidos y Japón), que trataban de seguir los pasos británicos. Pero fue dentro de Europa donde se planteó el desafío más importante de la época. El orden político de la geopolítica civilizatoria era el definido por las elites aristocráticas y burguesas. Estaba diseñado fundamentalmente para dominar y reprimir el nacionalismo generado por la Revolución francesa. Pero a medida que transcurría el siglo XIX, comenzó a destacar una nueva concepción de la estatalidad basada en la creación de *Estados-nación*. Estos eran Estados construidos sobre divisiones y particularidades culturales. En la identificación del Estado con la nación, la soberanía territorial se fundía con el destino de la nación. Los «intereses» de los pueblos fueron rígidamente territorializados según se triplicaba el número de Estados en Europa. Este nuevo sistema de Estados no tenía lugar para la geopolítica civilizatoria.

La geopolítica civilizatoria se estableció casi completamente durante el contexto económico de 1815-1875, aunque sus «principios» tenían viejas raíces, tal y como describí en los capítulos previos. Sus principales elementos eran: 1) la dedicación a la sin par civilización europea; 2) una creencia en que las raíces de la singularidad europea se encontraban en su pasado; 3) un sentimiento de que otras culturas, aunque pudieran tener un noble pasado con grandes logros, habían sido eclipsadas por Europa, y 4) una creciente identificación con un Estado-nación en concreto como representación de la versión más perfeccionada de la diferencia europea.

La idea de que el área terrestre está dividida en «continentes» separados fue propuesta, en primer lugar, por los geógrafos griegos antiguos que identificaban tres continentes (Europa, Asia y Africa) delimitados por el Mar Mediterráneo y los ríos Nilo y Don (ver capítulo 1). Aunque más tarde el conocimiento geográfico indicó que Europa y Asia no estaban claramente separados una de otra por una cantidad de agua significativa, la división del mundo en continentes perduró porque el propio concepto de Europa cambió. El dominio geográfico de Europa se transformó de una región físico-geográfica a una región cultural; lo que ocurrió cuando la Iglesia cris-

tiana abandonó sus pretensiones de universalidad y definió una cristiandad circunscrita de una manera mucho más limitada. El «peligro» árabe y, más tarde, el «peligro» otomano otorgaron cierta credibilidad a la sensación de una parte de los vulnerables europeos de que existía un profundo abismo entre el mundo familiar de la Europa cristiana y el exótico mundo del Otro musulmán (ver capítulos 1 y 2).

Mapas llenos de imaginación mostraban Europa como una «reina» entre continentes, con orbe y cetro (Ilustración 5.1). Esto pone de manifiesto no sólo un sen-

Ilustración 5.1 *Europa como una reina.* De Sebastián Munster: *Cosmographia Universalis* (1588). Este mapa transmite tanto la sensación simbólica de la diferencia europea como su superioridad aristocrática.

FUENTE: Basle University Library

timiento de diferencia sino también un sentimiento de superioridad naciente. Será reforzado por las expediciones europeas de «descubrimiento» que manifestaban una patente iniciativa, visión y entusiasmo propios de los europeos. A lo largo de los siglos siguientes el sentimiento de superioridad «se consolidó paulatinamente en forma de una rígida arrogancia que sostiene que Europa es la más civilizada y mejor gobernada de todas las regiones del mundo» (Bassin, 1991: 3).

Los fundamentos de esta arrogancia no procedían simplemente de la comparación con los ignorantes no europeos, sino, sobre todo, de una sensación de haber tenido un pasado diferente (descrita en los capítulos 1 y 2). El resto del mundo estaría «disponible» para ser usado por los europeos porque la historia los había destinado para la Grandeza. No es una mera coincidencia que a principios del siglo XIX cundiera entre las elites europeas una obsesión con los «ejemplos» de la Grecia y Roma antiguas. Esta obsesión fue particularmente apreciable en los Estados Unidos, que en las mentes de sus líderes constituía una extensión de los ideales europeos más allá de los límites físicos de Europa. Los «padres fundadores» de EE UU encontraron un modelo en Roma, porque creían que Atenas había sido gobernada por las masas populares. A principios del siglo XIX esta idea es reemplazada por una más popular recuperación de Grecia que influirá en diversos ámbitos, desde la oratoria política hasta los topónimos y el diseño de las casas. En Europa, la educación «clásica» llegó a ser un prerrequisito para el éxito político y social. Y se intentaba comprender los acontecimientos contemporáneos desde el punto de vista de referentes clásicos.

La dicotomía trazada entre Europa y los demás continentes fue reforzada por la combinación, que se produjo en bastantes casos, de una patria «original» con una periferia colonial o una región de frontera, que caracterizaba a diferentes Estados como España (en las Américas), Inglaterra (en América del Norte), los Estados Unidos (más allá del litoral Este) y Rusia (en Siberia). Sin embargo, cada uno de ellos había tenido una experiencia colonizadora más cerca de casa. Los españoles poseían el sur que habían retomado de los moros, y los asentamientos costeros de EE UU eran en sí mismos el resultado de una invasión. Se podría decir que el Imperio británico, por ejemplo, había empezado en Irlanda y en algunos otros lugares de los márgenes célticos de las islas británicas (como la descripción de las invasiones inglesas a Escocia en el período 1290-1314 que la película *Braveheart* recuerda para los espectadores del siglo XXI). El colonialismo empezó *en* Europa. Con el tiempo se extendió al otro lado del Atlántico y después a otras regiones del mundo. En Irlanda, los gobernantes de Inglaterra tuvieron su primera experiencia en la tarea de dominar, cartografiar y rebautizar una tierra ocupada por una población hostil (intermitentemente) pero (siempre) «inferior». El hecho de que esta colonización quedase incompleta a causa de las persistentes diferencias políticas y religiosas continuó preocupando a la elite británica durante el siglo XIX. La imagen salvaje y desafiante de los irlandeses seguía contradiciendo la misión civilizadora de los ingleses: llevar la civilización y el orden a su colonia más antigua y cercana. Así pues, los primeros Otros, no fueron abstractos y desconocidos sino concretos y familiares.

Más allá de los límites de la patria, la *noblesse oblige* (la obligación de los de ran-

go superior para con los que estaban por debajo de ellos en el orden social) que las elites aristocráticas sentían hacia sus inferiores en la sociedad se proyectó más ampliamente. En el mejor de los casos, las ideas políticas de la mayoría de los imperialistas europeos eran que, como en el caso de Gran Bretaña en la India,

> el poder político tendía constantemente a depositarse en manos de la aristocracia natural; ese poder así depositado era válido moralmente, y no para ser dócilmente cedido a las reivindicaciones abstractas de los ideales democráticos, sino para ser reafirmado y ejercido con justicia y clemencia (Stokes, 1959: 69).

Esta concepción de una aristocracia natural condujo a los gobernadores británicos a aliarse con sus contrapartes locales, que, a pesar de sus diferencias raciales, eran vistos como sus colaboradores naturales. Pocas veces se vieron defraudados. En este contexto, aprender y entender el modo de funcionar de los pueblos colonizados, en particular de sus jerarquías sociales, fue una parte vital de la carga que suponía la difusión de «la luz de la civilización» europea hasta los rincones más oscuros del mundo. El novelista nigeriano Chinua Achebe (1975: 5) describe el desafío y la forma en que éste era concebido como sigue:

> Para la mente colonizadora fue siempre de suma importancia el poder decir: conozco a mis nativos, una afirmación que implicaba dos cosas a un tiempo: a) que el nativo era en realidad bastante simple, y b) que conocerlo y controlarlo estaban estrechamente relacionados: conocerlo era una precondición para controlarlo, y controlarlo una adecuada prueba de conocimiento.

Aunque obviamente paternalista y denigrante, esta concepción de los otros acarreaba un sentimiento de sorpresa e incluso de temor al mundo en el que los europeos se habían aventurado. De hecho, muchos europeos encontraron nobleza y simplicidad en las vidas y creencias de los nativos que encontraron. Las analogías con la Grecia y Roma clásicas solían sustentar esta actitud, e incluso se trasladaban a las imágenes que representaban los rituales y las celebraciones religiosas (Ilustración 5.2).

A diferencia de los Imperios europeos, en los cuales la «madre patria» europea estaba separada de la mayoría de sus colonias por grandes extensiones de agua, en Estados Unidos y Rusia no se daba una separación tan clara. Podían identificarse periferias y zonas de frontera pero no existían siempre límites físicos tan obvios. El problema se resolvió temporalmente con la designación de los Urales como el límite preciso entre la parte europea y la parte asiática del Imperio. De hecho,

> [l]a propuesta geográfica de que Rusia se dividía limpia y naturalmente en una zona europea y otra asiática se integró en los mismos fundamentos de la ideología imperial, que se fue perfeccionando a lo largo del siglo XVIII. Se difundió en los textos de geografía, que comenzaron a aparecer en cantidades cada vez mayores después de 1750, de forma que a finales de siglo ya había llegado a ser un cliché universalmente aceptado (Bassin, 1991: 7-8).

Ilustración 5.2 *Indios del Canadá hacen sacrificios al Gran Espíritu.* De Bernard Picart: *Cérémonies et coûtumes réligieuses des peuples idolâtres* (Ámsterdam, 1735). Este grabado muestra la sorpresa y simplicidad (y las analogías con la época clásica) con las que los europeos del siglo XVIII contemplaban las religiones primitivas.
FUENTE: Research Library, The Getty Research Institute, Los Angeles.

En los EE UU, como asentamiento europeo que se extendió hacia el interior continental a lo largo del siglo XIX, la región de frontera en expansión se constituyó en la raíz y el símbolo de una ampliación del territorio nacional hasta el Pacífico. Al principio se evocaba la Divina Providencia para justificar la invasión del continente. No obstante, la principal justificación pasó a ser la misión providencial de «América» de extender los ideales e instituciones americanas hasta el Pacífico, y más

allá. La retórica de la misión tuvo su mejor momento en los decenios de 1830 y 1840 con los entusiastas del «Destino Manifiesto» estadounidense y «La Gran Nación del Futuro». En 1847 el Secretario de Hacienda de los EE UU incluyó en su informe anual una sección que mencionaba la ayuda de un «poder mayor que ningún otro sobre la Tierra» que había guiado la expansión de América en el pasado y que «todavía vigila y protege nuestro destino, nos impulsa hacia delante, y ha seleccionado a nuestro feliz y gran país como modelo y como principal centro de atracción para todas las naciones del mundo» (citado en Pratt, 1935: 343).

Como sugiere esta última cita, los actores de la geopolítica civilizatoria, pese a evocar una perspectiva y unas pautas europeas, procedían de diferentes Estados que competían entre sí en la reivindicación de la autoridad espiritual de los antepasados. Abundaban las «nuevas» Romas, pero las reivindicaciones se basaban más en la imitación de los modelos de construcción de la nación francés e inglés que en una experiencia universal compartida del pasado «clásico» europeo. Después de haber logrado controlar las filiaciones religiosas, estos prototipos de Estados-nación modernos expandieron sus competencias hasta construir una serie de tradiciones, perspectivas e intereses colectivos.

Las identidades regionales y dinásticas se reelaboraron en identidades culturales «nacionales». Los motivos clásicos se mezclaron con los locales. Los ejércitos napoleónicos que recorrieron arrolladoramente Europa después de la Revolución francesa dejaron restos arquitectónicos y administrativos de su desmesurado orgullo clásico, desde los arcos de triunfo al código napoleónico. Pero una segunda influencia procedente de los Estados inglés y alemán no tardó en aludir a un pasado menos remoto:

> Iglesias góticas, sepulcros abovedados, museos y centros de reunión, adornados con referencias a batallas medievales y a héroes nacionales, llenaron las lagunas de la memoria colectiva de las naciones, y a los niños se les enseñó a venerar al rey Arturo y a Vercingetotix, a Siegfried y a Lemmingkainen, a Alexander Nevsky y a Stefan Dusan tanto, e incluso más que a Sócrates, a Catón y a Bruto (Smith, 1991: 81).

Así, el genio nacional fue ensalzado contrastándolo con el fondo de las hazañas de un pasado común pero antiguo.

Esta evocación de las raíces medievales sirvió para apoyar el sentimiento de pertenencia a comunidades concretas con atributos distintivos que requerían una «autorrealización» en las «patrias históricas». Los pioneros ingleses y franceses de la nacionalidad, a pesar de lo imperfecto y parcial de sus propios logros, constituyeron un modelo a imitar por los demás europeos: desde los griegos, que peleaban contra los turcos, a los alemanes e italianos, en lucha contra su fragmentación geográfico-histórica (descrita en el capítulo 2). No es extraño que los nuevos Estados-nación recurriesen a Francia e Inglaterra —especialmente a esta última tras su victoria en las Guerras Napoleónicas— a la hora del reconocimiento de su status de Estados-nación modernos.

Se trazó una clara distinción entre la posibilidad de esta nueva estatalidad en Europa y su imposibilidad en cualquier otro lugar. En Europa (y en cualquier lu-

gar donde ahora vivieran europeos) naciones y Estados podían unirse en forma de entidades territoriales limitadas en equilibrio mecánico con otras en un sistema de pesos y contrapesos. Esta analogía con la mecánica de Newton refleja la imagen de estabilidad que posibilitó la política internacional entre Estados nominalmente iguales. Fuera de este sistema existía un espacio ilimitado de formas políticas decadentes o primitivas que se prestaban más para la conquista que para el reconocimiento. El ejemplo del colindante Imperio otomano ilustra lo que señalamos: no fue reconocido como «miembro» del Concierto de Europa hasta 1856, e incluso entonces sus largas disputas con Rusia nunca recibieron la atención que se merecían. La Otredad de los turcos fue una de las principales barreras para su participación en la geopolítica civilizatoria que trazó gruesas líneas en torno a su hogar europeo y que incluso tenía problemas para incluir a europeos tan «marginales» como los rusos y los americanos.

III. LA GEOPOLÍTICA NATURALIZADORA

En antropología la idea de *totemismo* consiste en interpretar la naturaleza utilizando términos propios de los grupos humanos, tales como parentesco y genealogía, mientras que la *naturalización* sería lo opuesto: representar lo humano desde el punto de vista de los procesos y fenómenos naturales. Esto es lo que ocurrió con la geopolítica desde finales del siglo XIX hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, aunque ya tenía raíces más antiguas (como se indica en capítulos anteriores) y perdurará después en algunos aspectos (ver el siguiente apartado sobre geopolítica ideológica). En vez de ser una característica de la civilización, la geopolítica estaba ahora determinada fundamentalmente por el carácter natural de los Estados, que podría explicarse «científicamente» por asimilación a las nuevas explicaciones de los procesos biológicos que también caracterizaron a este período. La concepción de los Estados y la organización geográfica de la economía mundial a que dio lugar fundamentaron la rivalidad entre Imperios del orden geopolítico que abarca desde 1875 hasta 1945.

A medida que el viejo Concierto de Europa se deshacía en la década de 1870, surgieron dos grupos de Estados rivales: uno, comandado por Gran Bretaña y Francia (con el apoyo encubierto de EE UU), estaba a favor de la coexistencia entre el libre comercio y el imperialismo; y el otro, capitaneado por Alemania, era revisionista y los Estados que lo integraban estaban interesados en construir sus propios Imperios y cuestionaban el dominio financiero británico. En la década de 1890 esta división ya se había convertido en la característica principal de la política mundial. Se debió en parte al espectacular crecimiento de la economía alemana pero también al ferviente nacionalismo de la época. La ampliación de los sistemas nacionales de ferrocarril y la reorganización de los espacios económicos para dar un papel más importante a los mercados y sistemas financieros nacionales contribuyó decisivamente a la formación de las economías nacionales, a lo que se unió la ampliación de la alfabetización en las lenguas vernáculas y la universalización de la educación elemental

obligatoria que produjo un intenso sentimiento de diferencia y exclusividad nacional entre las masas populares. El nacionalismo había dejado de ser algo exclusivamente elitista. Por imitación unos de otros y como salida para la inversión durante la depresión económica de 1883-1896, una expansión masiva de los Imperios europeos incorporó una gran parte del mundo que había permanecido fuera del alcance del imperialismo europeo a la economía mundial, que estaba especializada geográficamente. Diferentes regiones del mundo ocuparon un lugar dentro de una división global del trabajo, a medida que la agricultura de plantación introducía los plátanos en América Central, el té en Ceilán (ahora Sri Lanka) y el caucho en Malasia (Ilustración 5.3). El eje principal de acumulación de capital estaba en la estructura colonia-metrópoli del Imperio británico y en la relación entre Estados Unidos y Gran Bretaña. El desafío para Alemania y para los demás revisionistas, como Italia y Japón, era construir una alternativa a esta estructura. Al final se demostró que era imposible si no se enfrentaban militarmente a los británicos y a sus aliados. El clímax llegó en 1914 cuando los sistemas de alianzas de ambos conjuntos de Imperios rivales, que se habían formado en la década de 1870 se reavivaron en respuesta a un conflicto que aparentemente tenía poca importancia sobre el estatus de Bosnia-Herzegovina.

El deslizamiento supuestamente inexorable e inevitable que llevaría a la Primera Guerra Mundial fue el resultado de una actitud común en todas las partes im-

Ilustración 5.3 *«Las selvas de hoy son las minas de oro del mañana».* Póster publicitario del Empire Marketing Board británico [Comisión Comercial del Imperio], Septiembre-Octubre 1927.

FUENTE: Constantine (1986)

plicadas que vieron la guerra como única salida al *impasse* político-económico en el que habían caído. El propio desarrollo de la guerra fue también el resultado de una mentalidad en la cual las personas individuales tenían que sacrificarse por el bien de un conjunto mayor: el Estado-nación que definía la totalidad de la identidad personal. La humanidad había perdido el control sobre su destino. La naturaleza dirigía los asuntos de Estado. La geopolítica naturalizadora característica de esta época tenía una serie de rasgos reveladores: un mundo dividido en pueblos imperiales y colonizados, Estados con «necesidades biológicas» de territorio/recursos y salidas para sus empresas, un mundo «cerrado» en el que el éxito económico-político de un Estado se conseguía a expensas de otro (si uno asciende otro baja), y un mundo de características geográficas y condiciones medioambientales estables con efectos predecibles en el status global de los Estados.

La naturalización tenía una serie de precondiciones. Una era la (aparente) separación entre las afirmaciones científicas y la posición subjetiva de un escritor o político en concreto. Estas afirmaciones partían de un conocimiento universal que trascendía cualquier punto de vista nacional, de género o étnico. Así, aunque el «interés nacional» era manifiestamente dirigido, se enmarcaba dentro de una perspectiva que lo situaba en el dominio de la naturaleza más que en el de la política. Un aspecto fundamental de esta concepción, y otra precondición para la naturalización, era la convicción de que la observación de las divisiones político-económicas mundiales era una forma de percepción inocente de la que podían deducirse generalizaciones sobre recursos y poder. En muchas ocasiones no se reconocía el compromiso preexistente con esta concepción de la percepción y la consiguiente forma de cartografiar, denominar y calificar diferentes espacios como «coloniales», «europeos», «potencias» o «atrasados».

«Científicamente», en el sentido empírico del término, el mundo que estaba más allá de lo inmediatamente conocido era un espacio vacío y en blanco que sería rellenado y etiquetado de acuerdo a la variación de sus características naturales respecto a los de Europa. El mundo fue entonces conocido y *poseído* no sólo políticamente sino epistemológicamente. Este fue el gran logro de la naturalización: despolitizar la rivalidad entre Imperios y presentarla como una serie de «hechos de la vida» naturales y geográficamente determinados. La invención de la geografía política durante este período es una muestra más de esta tendencia. Por un lado, la nueva disciplina fue abiertamente aclamada por sus defensores como una forma de educar tanto a las elites como a las poblaciones nacionales sobre el modo en que la geografía física limitaba y dirigía la formación de los Estados y la construcción de los imperios. Por otro, reivindicaba su rigor basándose en que ofrecía una perspectiva que era útil fundamentalmente para los Estados-nación de los cuales procedían sus defensores. Así pues, Mackinder propuso un modelo geopolítico global (ver Capítulo 1) pero lo que le interesaba principalmente eran las implicaciones de su modelo para el futuro del Imperio británico.

Por supuesto que existían corrientes de pensamiento conservadoras, socialistas y anarquistas que se inclinaban a censurar el dominio de los modos de pensamiento y acción naturalizados. Pero incluso estas corrientes empezaron a coquetear ma-

nifiestamente con reivindicaciones de estatus «científico» que los situaran fuera de la política y en el ámbito de la naturaleza, por así decirlo. Las concepciones voluntaristas sobre la nación y la clase que habían surgido con las revoluciones francesa y americana fueron cada vez más marginadas; por ejemplo, la polémica de Ernest Renan (1882) contra el concepto alemán de nación basado en «la sangre y el suelo», en defensa de una concepción más voluntarista (pertenencia por elección o voluntad) enseguida quedó relegada.

Uno de los elementos más importantes de la geopolítica naturalizadora fue la distinción entre pueblos imperiales y colonizados. Las leyes de ciudadanía, la clasificación de colonias (particularmente entre las colonizadas por europeos y las demás), las actividades misioneras e incluso la naciente división del trabajo en las asignaturas universitarias (por ejemplo, sociología *versus* antropología), operaron sobre la base de esta diferenciación. Pero esta distinción no fue meramente un «reconocimiento fruto de la necesidad», una respuesta pragmática a una división espacial obvia. Curiosamente, se apoyaba en la visión de que algunos europeos se habían hecho los amos *de* la naturaleza porque se habían «adaptado» mejor en el proceso natural de la evolución. La transformación o el desplazamiento de pueblos más primitivos se justificó, tal y como lo había formulado Charles Darwin (1839: 520), una de las fuentes intelectuales de este tipo de razonamiento: «las variedades de hombre parecen tratarse de la misma manera que las diferentes especies animales: el más fuerte siempre elimina al más débil».

Alrededor de 1880 en EE UU, las reivindicaciones basadas en el «racismo científico» sustituyeron a las basadas en la providenciales o en la civilización como base del destino estadounidense. Los anglosajones (y otros «teutones») fueron considerados como ejemplares de una capacidad evolutiva superior. Sus superiores principios políticos, su crecimiento numérico y su poder económico constituían pruebas suficientes de ello (a pesar de la contradicción que suponían los datos del Censo de los EE UU, que indicaba que otros grupos tenían un crecimiento mayor). Uno de los defensores del argumento de la capacidad describía un futuro anglosajón. «Se acerca el día», escribió, «en el que cuatro quintos de las raza humana serán descendientes de antepasados ingleses, tal y como ocurre hoy con cuatro quintos de la población blanca de los Estados Unidos [1885]» (citado en Pratt 1935: 348).

El principio de la selección natural se filtró así desde las teorizaciones científicas a la cultura popular, principalmente la idea de la «supervivencia del más fuerte». Llegó a ser de uso generalizado en la información periodística y en la literatura de viajes que siguió a la explosión del imperialismo europeo durante el cambio de siglo. La vieja forma de justificar el imperialismo en términos de edificación moral y de gracia religiosa dio paso a un discurso de competición racial y de dominio. Aunque al principio se lo utilizaba para distinguir las principales «razas» de la humanidad, rápidamente se prestó a distinciones más refinadas, como la de los americanos «anglosajones», y sirvió como inspiración para ideologías racistas (antisemitismo racial o antieslavismo, por ejemplo) y planteamientos eugenésicos que florecieron políticamente en Europa y Norteamérica en los años veinte y treinta. Estas ideas no estaban tan asociadas con un país en particular como Alemania, sino que eran com-

partidas internacionalmente. Por ejemplo, para retomar el ejemplo de Inglaterra e Irlanda de la sección anterior sobre geopolítica civilizatoria, a finales del siglo XIX se produjo una racialización de la presunta inferioridad de los irlandeses. Para el historiador Lord Acton, el éxito inglés y el fracaso irlandés a la hora de ser imperialistas era atribuible a la inferioridad natural de la raza irlandesa:

> Los celtas no se encuentran entre las razas progresistas [...] sino entre aquellas que suministran material, más que impulso, a la historia, y son o estacionarias o retrógradas [...] Son un elemento negativo en el mundo [...] y esperaron a que una mano externa [los ingleses] movilizara los tesoros que en sus propias manos no podían ser de utilidad (citado en Curtis, 1983: 53)

En Europa, los judíos fueron especialmente vulnerables al crecimiento del racismo científico. Las raíces del antisemitismo religioso en Europa eran profundas, se remontaban a la Edad Media. Pero el siglo XIX no sólo trajo un rápido avance de los judíos como grupo al propiciar su salida de los guetos (juderías) a la sociedad, sino que algunos grupos no judíos «experimentaron falta de raíces, fragmentación y alejamiento con respecto a un mundo que una vez había sido un mundo familiar y bien anclado» (Barnouw, 1990: 79). En consecuencia, los judíos se convirtieron en blanco de odios y miedos para aquellos nostálgicos de un mundo que habían perdido y que carecían de buenas perspectivas en la nueva sociedad nacional-industrial. La demagogia no tardó en describir a los judíos como cosmopolitas sin raíces en un mundo europeo dividido en Estados-nación de estrechas miras (Ilustración 5.4). No quedaba espacio para la diferencia dentro de los límites de los Estados. Los judíos eran peligrosos contaminadores de la homogeneidad nacional. Se consideraba que cada «raza» necesitaba su propio espacio. A los judíos se les describía desde un punto de vista «racial». En los trabajos del geógrafo político del siglo XIX Friedrich Ratzel (1844-1904), fundador de la teoría ecológica de la raza, los judíos aparecen en general como una raza bastante «fuera de lugar». Sander Gilman nos ofrece una idea de cómo Ratzel vinculaba el lugar con la raza cuando escribe:

> En Oriente Próximo fueron productivos (por ejemplo, al crear el monoteísmo), pero en Europa no tienen un significado cultural real. El vínculo entre lugar y raza está unido a lo racional para los alemanes en África o los judíos en Europa. Se presentan como imágenes similares, pero mientras los alemanes «sanan» en África, los judíos «infectan» en Europa (Gilman, 1992: 183-4).

Los geopolíticos nazis de los años treinta plantearon modelos formales para combinar pueblos colonizados y pueblos imperiales dentro de lo que denominaron «panregiones». Pese a lo descabellado que era superar las relaciones político-económicas del momento, estas cartografías expresaban, aunque de manera extrema, la suposición común de que el mundo estaba constituido por grupos raciales que podían ser claramente subdivididos en dos «tipos» de pueblos. Y unos existían básicamente para servir a los otros. Las razas dominantes y las subordinadas se unían territorial-

Ilustración 5.4 *«Detrás de las potencias enemigas: los judíos».* Propaganda racista nazi.
FUENTE: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín

mente en las panregiones. Cualquiera que fuera la influencia de los geopolíticos nazis, en particular de Karl Haushofer, sobre las prácticas del régimen nazi, quedan pocas dudas de que sus ideas se ajustaban a un contexto político más amplio en el cual nociones de jerarquía racial se unían con concepciones de la «vitalidad» del Estado para justificar la expansión territorial. Incluso el *Zeitgeist* (espíritu de la época) atrajo a su órbita intelectuales con impecables credenciales antinaturalistas. El clásico ejemplo es el del filósofo alemán Heidegger (1959: 39) quien en 1935 escribió, sin ironía aparente: «Estamos cogidos con pinzas. Situados en el centro, nuestro *Volk* sufre la más intensa presión. Es el *Volk* con mayor número de vecinos y por lo tanto el más amenazado. Con todo y con esto, es la más metafísica de las naciones».

Al mismo tiempo, y tanto a través de analogías como literalmente, el Estado territorial europeo adquirió el estatus de organismo con sus propias «necesidades» y «demandas», otra transposición de la biología evolucionista. Pero tenía raíces más

antiguas. Los filósofos idealistas alemanes de principios del siglo XIX como Hegel (1770-1831) y Fichte (1762-1814) habían considerado que el Estado es un ser o una entidad con vida propia. Esta idea dista un paso de la del Estado como un organismo, paso que se dio por la difusión de las ideas biológicas en las incipientes ciencias sociales y en la retórica de los políticos de la década de 1890.

Como todos los organismos, un Estado debe luchar contra su entorno (en este caso, otros Estados legítimos y «espacios vacíos») para sobrevivir. Precisaba de la adquisición de espacio y recursos para propiciar su sano crecimiento. El renacimiento del militarismo de finales del siglo XIX, tras su declive después de Napoleón, fue el corolario que contribuyó a alimentar la imagen del Estado como una entidad en permanente lucha, que sólo podía prosperar si los individuos y clases subordinaban sus intereses particulares a los intereses del conjunto mayor. La doctrina incluía tres puntos fundamentales: la armonía entre Estado y nación, los límites políticos naturales y el nacionalismo económico.

En Europa, el final del siglo XIX fue un momento de tremendos disturbios sociales. No sólo se produjeron enormes movimientos de población (continentales e intercontinentales) que desencadenaron una explosión urbana, sino que la creciente movilidad de capital también debilitó los circuitos locales y nacionales de ahorros e inversiones que previamente habían dado a las actividades de los capitalistas una apariencia de compromiso a largo plazo. Estas tendencias eran particularmente acusadas en Gran Bretaña donde en la década de 1890 se había generalizado una respuesta en contra de sus consecuencias sociales. Una de ellas fue el aumento de movimientos políticos que luchaban por los derechos económicos y políticos de los trabajadores y las mujeres. Otra, cada vez más popular entre las elites políticas, trataba de cortar de raíz el brote de estos nuevos movimientos «atrasando el reloj» hasta un tiempo en que se pensaba que todos los grupos sociales habían vivido en armonía social local; sólo que ahora la armonía social debía de realizarse a través de la unión entre la nación y el Estado territorial.

Una mítica comunidad medieval en la que cada estrato social conocía su lugar y sus obligaciones con respecto al conjunto se proyectó sobre toda la nación. Fue esta recreación del pasado local en el presente nacional lo que sirvió para dar al Estado su carácter orgánico. Se establece una contradicción entre este hecho y el funcionamiento de la economía del *laissez-faire*. Dicha economía se entendía como debilitadora de la unidad orgánica del Estado-nación. Para algunos conservadores influyentes se veía —¡y todavía se ve!— como una fuente de decadencia; es lo que Oswald Spengler (1926) denominó tras la Primera Guerra Mundial «la decadencia de Occidente». Esta perspectiva será ampliamente compartida por las elites nacientes de toda Europa (y sus extensiones de ultramar). En Rusia, los Urales serán cada vez más ignorados como división geográfica. Una corriente intelectual influyente presentaba «Rusia como una entidad trascendental geo-histórica, geo-política, geo-cultural, geo-etnográfica e incluso geo-económicamente, designada por un nuevo término genérico: *mestorazvitie*» (Bassin, 1991: 16). En Alemania, el patriotismo local o identificación con el *Heimat* (madre patria) se canalizó a través de los partidos políticos conservadores hacia una identificación generalizada con el *Reich*.

Sólo a través del progreso del *Reich* podía defenderse el *Heimat*. En EE UU, hasta la Guerra Civil, «los Estados Unidos» era un sustantivo plural. Después, se convirtió en singular. Esta transformación está asociada simbólicamente con el famoso discurso de Abraham Lincoln en Gettysburg en 1863: «Lo que había sido una simple teoría de abogados como James Wilson, Joseph Story, y Daniel Webster —que las naciones precedían a los Estados, en tiempo y en importancia— se convierte ahora en la realidad vivida de la tradición americana» (Wills, 1992: 145).

Otro elemento de la concepción del Estado como una entidad orgánica era la idea de que un Estado tenía «fronteras naturales». Esta circunstancia implicaba, en primer lugar, que las fronteras históricas no eran necesariamente las adecuadas. Se cuestionaba ahora el *status quo* territorial del Concierto Europeo. Pero asimismo implicaba que todos los miembros de una nación putativa o grupo étnico tenían el derecho natural de vivir dentro de los límites del Estado. Por último, también planteó la posibilidad de usar los atributos naturales para designar el área natural del Estado. Alguno de los argumentos que los conservadores suecos, como Kjellen, elaboraron en contra de la independencia de Noruega en 1905 afirmaba que las montañas escandinavas no eran una frontera natural. Tanto el concepto nazi de *Lebensraum* (que tomaron prestado del geógrafo alemán Ratzel), que justificó la expansión territorial alemana en *Mitteleuropa* (y en otras partes), como lo que se denominó de hecho la «liquidación intelectual» de Polonia (Burleigh, 1988: 50) tenían sus raíces en el concepto de fronteras naturales.

Esta lógica nunca se aplicó al mundo colonizado «sin patrias»; hecho que se plasma muy claramente en el caso de África. Tras la exploración de este continente, se produjeron la conquista y el gobierno colonial de forma rápida y devastadora. En 1884-85 las principales potencias europeas decidieron afianzar sus esferas de influencia. El «reparto de África» que se llevó a cabo durante los siguientes veinte años trazó líneas en el mapa que tenían muy poca relación con las pautas culturales o económicos subyacentes. En otros lugares, el establecimiento de fronteras coloniales fue menos precipitado, aunque en muchos casos fuera igual de arbitrario. Estos diseños siguen atormentando a estas regiones hasta el día de hoy.

Por último, uno de los principales pilares del «conservadurismo orgánico» fue el nacionalismo económico. Se consideraba que el Estado era la unidad básica para realizar las transacciones económicas. Las empresas y los individuos estaban subordinados a las necesidades del Estado-nación, idea que también tenía raíces biológicas. Escritores tan distintos en otros aspectos como el economista inglés Hobson (quién influirá el pensamiento de Lenin) y el geógrafo político inglés Mackinder compartían definiciones orgánicas del interés nacional como el motor que impulsa el crecimiento económico. En opinión de Hobson el Imperio sacrificaba la economía «nacional», mientras que Mackinder consideraba que el Imperio era un instrumento para mantener la base económica del poder militar, esencial para la supervivencia nacional. En lo que todos estaban de acuerdo era en entender la unidad orgánica de la economía nacional como «una empresa próspera». La *Weltpolitik* alemana (más o menos, el imperialismo económico), pese a entrar frecuentemente en conflicto con la doctrina del *Lebensraum* o expansión territorial, ofrecía una lógica popular simi-

lar para conseguir nuevos mercados en ultramar y fuentes de materias primas que sostuvieran la buena marcha de la industria alemana.

La idea de un «mundo acotado» era vital para que fuera plausible la utilización del lenguaje biológico para concebir los Estados europeos como entidades orgánicas. A medida que las regiones de frontera se «terminaban» en Norteamérica y las masas de tierra continental se incorporaban a la economía mundial, el control sobre el territorio parecía ser un requisito fundamental para el crecimiento económico. Para las elites británicas, en concreto, parecía haberse esfumado la certeza de que la economía mundial funcionaba a su favor. Se enfrentaban tanto a rivales proteccionistas como a un compromiso nacional con el libre comercio que el nuevo orden geopolítico había convertido en algo anacrónico. «El liderazgo económico británico se había evaporado, y para los británicos el mundo parecía estar mermando, encogiendo» (Kearns, 1993: 29).

Pero había más que eso. Desde 1880 a 1914 «una serie de cambios tecnológicos y culturales radicales crearon nuevas maneras de pensar y experimentar el espacio y el tiempo» (Kern, 1983: 23). Innovaciones como el telégrafo, el teléfono, el automóvil, el cine, la radio y la cadena de montaje redujeron considerablemente las distancias, acortaron el tiempo y pusieron en entredicho las jerarquías sociales. La implantación del ferrocarril y la invención del aeroplano fueron quizás los desafíos más importantes al pensamiento convencional sobre el tiempo y el espacio. Casi al mismo tiempo los océanos eran cartografiados a ritmo acelerado. Los principios de la navegación científica que habían establecido personajes tales como el estadounidense Matthew Fontaine Maury (1806-73) hicieron que los océanos pasaran de ser peligros inexplorados a ser una red de autovías con las corrientes y los vientos bien cartografiados (Hearn, 2002). Por tanto, el sentimiento de un mundo cerrado no era algo ilusorio ni producto de una sensibilidad genuinamente británica.

En un «mundo acotado» el énfasis estaría en la eficiencia nacional relativa. Los Estados deberían, por tanto, organizarse para incrementar la productividad más que sus rivales. Ningún Estado podía permitirse el lujo de dormirse en los laureles:

> El nacionalismo y el proteccionismo contribuyeron a que los países movilizaran los recursos de sus tierras y de sus gentes [...] Un país sin dotación de industrias modernas era vulnerable, sería una carga en una guerra, por lo que atraería la atención belicista de las naciones más equilibradas (Kearns, 1993: 18-19).

El principal debate político de finales del siglo XIX y principios del XX en Gran Bretaña estaba relacionado con los beneficios de mantener la política unilateral de libre comercio implementada desde 1870. Ambas partes adoptaron un lenguaje de interés nacional y «compartían su fe en la importancia del "poder económico nacional" pero no estaban de acuerdo en lo que el concepto significaba exactamente o en como debía ser medido» (Friedberg, 1988: 79).

Si las economías liberales del siglo XIX habían sido cuestionadas desde 1890 en adelante, sufrieron un golpe casi fatal en la Gran Depresión de los años treinta. Las

masas de desempleados del momento ocasionaron una serie de reacciones intelectuales y políticas. El corporativismo del Estado llevó la analogía orgánica a sus límites. Desde este punto de vista, en ascenso en la Italia fascista, la Alemania nazi, España y Portugal, los viejos supuestos económicos no eran útiles por más tiempo. La unidad nacional era ahora lo primero. El corporativismo del Estado era «un sistema de representación de intereses y/o actitudes, un acuerdo institucional concreto con características de tipo ideal para unir los intereses organizados de manera asociativa de la sociedad civil con las estructuras decisionales del Estado» (Schmitter, 1971: 86). El Estado podía liberarse de garantizar valores como la libertad individual y la igualdad para seguir su «propia» agenda de seguridad y asuntos exteriores con el total apoyo de su economía.

El fallo de la economía mundial capitalista también proporcionó una oportunidad para alguna forma de internacionalismo socialista. Pero la adopción por Stalin del «socialismo en un solo país» en una «patria socialista» soviética reproducía en realidad la economía territorial de otros regímenes más que cuestionarlos. Este «modelo» de socialismo (con planificación económica centralizada, agricultura colectiva, y nuevas elites políticas) amenazaba, por tanto, a las elites ya establecidas, en especial allí donde los partidos políticos comunistas afiliados a la URSS eran fuertes, y llevó a la asociación entre socialismo y «subversión» que sería tan importante en el discurso geopolítico de después de la Segunda Guerra Mundial.

La justificación más importante para estimular la economía nacional en Gran Bretaña y EE UU en los años treinta y cuarenta fue el razonamiento acerca de la intervención gubernamental en la economía propuesto por el economista inglés John Maynard Keynes. El liberalismo siguió siendo importante en ambos países cuando ya había desparecido en otras partes. Keynes dio con la «cuadratura del círculo» al sostener una síntesis de la actividad privada y la estatal a través de la «administración de la demanda para contrarrestar los ciclos». La economía nacional, por lo tanto, era el elemento básico para la macroeconomía keynesiana tal y como lo había sido para otras filosofías político-económicas. De hecho, sus parámetros básicos, como el de la inversión nacional, la «tendencia al ahorro» nacional, la inversión nacional y la productividad nacional eran indicadores de la eficiencia nacional que figuras anteriores y menos liberales hubieran reconocido inmediatamente lo que eran.

La característica definitiva de la geopolítica naturalizadora fue el hincapié que hizo en el carácter determinante de la ubicación geográfica o las condiciones medioambientales. El relativo éxito de ciertos Estados en la competición internacional era atribuido a las ventajas absolutas que le proporcionaba su localización y a unas condiciones medioambientales superiores. Los estrategas militares consideraban que los Estados «marítimos» (Estados al borde de las masas terrestres) poseían ventajas intrínsecas en comparación con los Estados «interiores», ya que tendrían menos Estados vecinos o contiguos y, por lo tanto, menos enemigos en potencia. Los Estados «oceánicos» o potencias marítimas se consideraban superiores a los «continentales» o potencias terrestres respecto al control sobre los océanos, que constituían las principales vías para los desplazamientos globales. Sólo la aparición del ferrocarril cues-

tionó este supuesto, y se debió al peso o tamaño relativo de la masa terrestre euroasiática, el «corazón continental» (*heartland*), en comparación con la dificultad que presentaba unir y vigilar el mantenimiento del orden en el «cinturón exterior» (*insular crescent*) (Mackinder) o en el «margen continental» (*rimland*) (Spykman) que se extiende a su alrededor. El uso de la proyección de Mercator para representar las áreas de superficie terrestre sirvieron para exagerar la sensación de que el mundo estaba dominado por Eurasia (especialmente Siberia) debido al agrandamiento sistemático de las áreas polares en comparación con las ecuatoriales (véase Figura 1.3. del Capítulo 1).

Este determinismo geográfico-espacial unido a modelos geopolíticos formales, sin embargo, no fue nunca tan popular como un determinismo ambiental menos específico (y más ambiguo). Desde este punto de vista el potencial de los Estados para convertirse en Primeras Potencias estaba en función de sus perspectivas industriales, que, a su vez, podían deducirse de sus recursos naturales (especialmente los recursos energéticos) y de su capacidad para explotarlos. Algunos fueron más lejos llegando a afirmar que esta capacidad estaba «determinada» por el clima. Entre 1900 y 1940 estas concepciones no eran excepcionales; de hecho, constituían la corriente principal de opinión, en especial entre las personas instruidas en disciplinas académicas como la geografía, la ecología y la geología. Gran parte de la geografía académica de la época en Alemania y en el mundo angloparlante se dedicaba a la elaboración de tipologías geográficas/ambientalistas, a la clasificación de Estados y regiones a través del inventario de recursos, características raciales, organización económica y política y características climáticas. Estas clasificaciones se enseñaban en las escuelas y se convirtieron en el «saber convencional» que explicaba por qué algunos lugares se habían «desarrollado» mientras que otros se habían quedado rezagados; los atributos naturales determinaban el destino nacional. Los manuales repartidos a los soldados estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial son clásicos de este género; su título revela el contenido: *Fundamentos Geográficos del Poder Nacional* (editado por el Ejército de los EE UU en 1944).

Así pues, la Segunda Guerra Mundial no fue ajena a este discurso geopolítico. La geopolítica naturalizadora abundaba en las representaciones de la propia guerra en las películas y en la propaganda cartográfica de ambas partes. Para los miembros del Eje (Alemania-Italia-Japón) suministraba la lógica para la guerra (expandirse o morir) y (en el caso alemán) para el holocausto antisemita, que constituyó una de sus características principales. Para los aliados la guerra era una lucha por la supervivencia de los Estados marítimos pacíficos, cuyo éxito se basaba en su habilidad para inventar y comerciar.

La guerra terminó con el orden geopolítico de la rivalidad interimperial y creó las condiciones para la construcción de un nuevo orden geopolítico en la postguerra: «El nuevo orden era cualitativamente distinto, se caracterizaba por la disolución de los Imperios coloniales debido al proceso de descolonización, y el surgimiento de los Estados Unidos como un hegemón económico, militar y político» (Biersteker, 1993: 16).

IV. LA GEOPOLÍTICA IDEOLÓGICA

Por definición, la imaginación geopolítica moderna es ideológica, si definimos ideología como una amalgama de ideas, símbolos y estrategias para fomentar o cambiar un orden social y cultural o, como lo formula el antropólogo Paul Friedrich (1989: 301): «ideas políticas en acción». Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, la imaginación geopolítica giraba, de forma mucho más explícita, en torno a concepciones rivales sobre la forma de organizar mejor la economía política internacional. La geopolítica de la Guerra Fría fue «linguacultural» (por usar el término de Friedrich) más que naturalizadora o civilizatoria. Con esto me refiero a que los valores, mitos y eslóganes procedentes de las experiencias de los dos Estados victoriosos, los EE UU y la URSS, definirían y determinarían las condiciones de la imaginación geopolítica de aquel período. Uno de ellas, los Estados Unidos, demostraría mayor efectividad en conseguir una aceptación más amplia para su «modelo» de organización político-económica. Pero su éxito se basó fundamentalmente en la presencia activa del otro como punto de comparación y amenaza.

Es necesario hacer hincapié en el carácter ideológico del conflicto que define el período. El historiador Anders Stephanson (1995: 123) ha resaltado que se debe precisamente a ese carácter el hecho de que la Guerra Fría permaneciese *fría.* Las esferas de influencia que se establecieron cuando acabó la Segunda Guerra Mundial resultaron duraderas porque, a la vista de que los dos contendientes poseían armamento nuclear que podía alcanzar el territorio del adversario, la parte que alterara el *statu quo* se enfrentaba a consecuencias potencialmente devastadoras. En respuesta a esta situación, la definición de dos zonas geopolíticas opuestas ideológicamente dio mucha importancia al hecho de mantener la pureza doctrinal en ambas partes de la «valla» que dividía los dos mundos. En consecuencia,

> las realidades geopolíticas y militares sirvieron para mantener la lucha sobre todo en el ámbito de la ideología. La rivalidad dio lugar a una carrera de armamentos de inconcebible derroche y capacidad destructiva, y alimentó numerosos conflictos mortíferos en el tercer Mundo; pero nunca se produjo la escalada a un enfrentamiento abierto entre la OTAN y el Pacto de Varsovia [...] Las dos partes «lo encontraron conveniente», si me permiten apropiarme de la expresión de Trollope, «para establecer un vínculo mutuo de odio inveterado» (Stephanson, 1995: 123).

Durante la dictadura de Stalin, entre 1943 y 1947, la Unión Soviética construyó una impresionante economía militar que requería una premisa: la existencia de una importante amenaza externa. La reciente invasión por la Alemania nazi no hacía difícil vender a la población soviética la sensación de que estaban amenazados. Unido a esta sensación de peligro exterior estaba la identificación con regímenes y movimientos revolucionarios contrarios al modelo de desarrollo económico estadounidense/occidental. Por parte de EE UU, el gobierno se propuso patrocinar, desde 1944-47 en adelante, un orden internacional de liberalismo económico en el que los gastos militares supondrían una protección para el comercio internacional

ya incrementado. Ello a su vez redundaría en ventajas para las empresas estadounidenses y estabilizaría la economía de ese país. Las instituciones y los principios fundamentales se difundieron rápidamente al comenzar la postguerra. Los principales Estados industrializados, excepto la URSS, aceptaron las reglas del juego económico internacional tal y como se redactaron en Washington, bien a través de incentivos (como las ayudas del Plan Marshall desde 1947) o de coacción (el préstamo en dólares a Gran Bretaña en 1946) o bien a través de la intervención directa y las reconstrucciones llevadas a cabo bajo supervisión estadounidense (como en Alemania Occidental y en Japón). Muchos de los elementos de este sistema se han mantenido hasta los años noventa, aunque algunos otros desaparecieron antes. Sus componentes son los siguientes:

1) la estimulación indirecta del crecimiento económico mediante la política monetaria y fiscal;
2) el compromiso con un mercado global creciente basado en la división global del trabajo;
3) la aceptación del dólar como principal divisa mundial;
4) la hostilidad a la planificación económica «estilo soviético», y
5) la asunción de la responsabilidad de vigilar los cambios políticos que podrían ser interpretados como perjudiciales para la estabilidad de la economía mundial.

Al final, los condicionantes internos de los dos Estados más importantes debilitaron el estatus global de cada uno de ellos. Alrededor de 1980 la economía soviética no había logrado suministrar mejores equipamientos militares ni mejores condiciones de vida para el pueblo soviético, porque el Partido Comunista y sus líderes cayeron en la autocomplacencia. Para los Estados Unidos, la internacionalización tuvo demasiado éxito. A principios de los setenta el crecimiento de otras economías presionaba al dólar, y mantener el papel de vigilancia resultaba cada vez más caro.

No sólo las relaciones internacionales sino también los acuerdos políticos y económicos de los Estados situados en la órbita de influencia soviética (China durante unos pocos años, a principios de los cincuenta, Europa del Este hasta 1989) sucumbieron ante los encantos del sistema estadounidense. Para este sistema, el conflicto político-militar con la Unión Soviética constituía el elemento de cohesión indispensable. Incluso durante las épocas de distensión o *détente,* la omnipresente Guerra Fría servía tanto para vincular Estados tan importantes como Alemania o Japón con el sistema estadounidense como para definir dos órbitas geopolíticas de influencia donde cada potencia por lo general respetaba los dominios de la otra. Esto impuso una estabilidad en la política mundial, ya que los EE UU y la URSS eran los principales poseedores de armas nucleares y podían ampliar la escala de los conflictos si sus «intereses estratégicos básicos» se veían amenazados, del mismo modo que fomentó diversas guerras «limitadas» en el Tercer Mundo de las antiguas colonias, donde cada uno de los bandos patrocinaba grupos armados o intervenía di-

rectamente para evitar que el otro lograra alguna «conversión» exitosa. A pesar de sus flaquezas económicas y políticas, los países del Tercer Mundo tenían que ser agasajados y engatusados. A diferencia del período anterior, el mapa mundial había dejado de ser un espacio vacío que esperaba que un pequeño número de Grandes Potencias rivales lo llenase. Los Estados Unidos y la Unión Soviética permanecían vinculados a filosofías anticoloniales, aunque estuvieran enzarzados en una competición imperial. Tenían que conseguir amistades y gente con influencias para ampliar sus órbitas de influencia; ya no podían imponer un dominio externo sin más.

Es en este escenario donde se desarrollaron las principales características de la geopolítica ideológica: un conflicto sistémico-ideológico por la organización político-económica; «tres mundos» de desarrollo en los que las órbitas soviética y estadounidense se disputaban la expansión por el «Tercer Mundo» de las antiguas colonias y Estados «no alineados»; la homogeneización del espacio global en bloques «amigos» y «amenazantes» donde reinaban los modelos universales de la democracia liberal capitalista y del comunismo sin contingencias geográficas, y la naturalización del conflicto ideológico utilizando conceptos tan importantes como contención, efecto dominó y estabilidad hegemónica. Los viejos argumentos de los discursos civilizatorios y naturalizadores se incorporaron al nuevo espacio discursivo. Los dos más importantes han sido la polaridad entre lo moderno y lo atrasado y la idea de «seguridad nacional». Recurriremos a ellos cuando sea oportuno.

La Guerra Fría comenzó como una serie de políticas estadounidenses diseñadas para reconstruir Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial, pero se transformó en un sistema de relaciones de poder y de representaciones ideológicas en que cada una de las «partes» se definía según lo que no era la otra. Eso sucedió de una manera *ad hoc,* pero tenía hondas raíces linguaculturales.

Durante la guerra los EE UU y la URSS habían sido aliados. En la posguerra la cuestión básica era como se organizaría política y económicamente Europa Occidental. Las maniobras estadounidenses para difundir su concepción de cómo se podría hacer mejor tropezó con la oposición de la Unión Soviética y de los partidos comunistas aliados en Europa Occidental. Desde 1945 a 1950 el conflicto inicial fue

> intensificado por una crisis aquí, una maniobra soviética allá, y un análisis de los protagonistas [en los Estados Unidos] que insistía en que Moscú estaba obligado a expandirse y que sólo los Estados Unidos podían evitar que llegase a dominar el mundo (Cox, 1990: 30).

La «pérdida» de China por la Revolución comunista fue un elemento especialmente importante en la profundización de la hostilidad estadounidense-soviética.

Pero la mutua suspicacia entre EE UU y la URSS se remontaba a la Revolución bolchevique de 1917. Había existido una «alarma roja» en los Estados Unidos que había evocado el fantasma de la subversión interna. Las fuerzas armadas estadounidenses habían intervenido en la Guerra Civil rusa en contra de los bolcheviques; el gobierno estadounidense sabía a lo que se enfrentaba. En los años veinte el temor a que influencias «extranjeras» pusieran en riesgo el funcionamiento de las inimita-

bles instituciones estadounidenses provocaron un resurgir del aislacionismo. Los «extranjeros» eran peligrosos. Los EE UU rechazaron reconocer el nuevo gobierno soviético que se había establecido en el viejo Imperio ruso.

Tanto los EE UU como la URSS eran Estados peculiares. Ambos se originaron en revoluciones con programas ideológicos muy explícitos. Ambos abogaban por mandatos populares que trascendiesen intereses de clase, étnicos, religiosos o regionales. Los dos se representaban a sí mismos como inspiradores de lecciones edificantes de experimentación político-económica en un mundo donde imperaba el cinismo. En este contexto, las prácticas de «política exterior» adquirieron una especial relevancia. En dos Estados donde no estaba claro en que consistía concretamente lo «estadounidense» o lo «soviético», el peligro de lo «no estadounidense» o lo «antisoviético» adquirió una importancia fundamental para la identidad nacional.

Ideológicamente, ninguno se veía a sí mismo como una entidad territorial limitada, aunque en ambos habían existido viejas disensiones acerca del ámbito geográfico de sus respectivas revoluciones. El debate sobre política exterior en los Estados Unidos giraba en torno a «aislacionismo» *versus* «internacionalismo». Pero alrededor de los años cuarenta las respectivas elites dominantes aspiraban a un dominio ideológico global. En el caso soviético se manifestaba en el linaje ideológico que inspiraba la ideología oficial (Marx-Engels-Lenin), aunque fuera menos evidente en la práctica oficial de aislar la economía soviética de conexiones externas. En los EE UU, el afán de exportar el «*ethos* americano» no era nuevo, pues desde 1890 en adelante los líderes estadounidenses estaban cada vez más convencidos de que la propia «América» era una idea que se podía vender:

> Los comerciantes estadounidenses llevarían los mejores productos a más personas; los inversores americanos contribuirían al desarrollo del potencial de los nativos; los reformadores americanos (misionarios y filántropos) erradicarían las culturas bárbaras y crearían un entendimiento internacional; la cultura de masas americana, al ofrecer entretenimiento e información a las masas, homogeneizaría las tareas y acabaría con las barreras geográficas y de clase. Un mundo abierto a la benevolente influencia americana parecía un mundo en la senda del progreso. Sus tres pilares (comercio e inversión sin restricciones, libertad de empresa y libre intercambio cultural) se convirtieron en la razón de ser intelectual de la expansión americana (Rosenberg, 1982: 37).

Esta perspectiva tenía orígenes más idealistas. En 1823 el presidente James Monroe había declarado que los Estados Unidos se opondrían a cualquier intervención extranjera en el hemisferio americano. Para muchos estadounidenses, esta doctrina llegó a ser tan sagrada como la Declaración de Independencia y la Constitución. Sin embargo, con los años sirvió para justificar la intervención militar de EE UU en cualquier lugar de América Latina y el Caribe, aunque ello le iba a dar un significado bastante diferente del sentimiento original expresado por Monroe. Durante el período de la Guerra Fría, la doctrina Monroe autorizaba a los gobiernos estadounidenses a intervenir en todo el hemisferio occidental y, por extensión, en el resto del

mundo. De este modo, un impulso originalmente democrático fue reciclado en las nuevas circunstancias, acabando así con su propósito original.

Dadas las pretensiones globales de ambos Estados, resulta curiosos que la subversión interna provocada por agentes de origen extranjero sea un tema recurrente en la visión que cada uno de los Estados tiene de su propia historia, al igual que una supuesta vulnerabilidad a las amenazas externas. Una vez más la eterna amenaza para los logros revolucionarios tenga probablemente alguna importancia. En los Estados Unidos los llamamientos a la opinión pública también han tenido importancia para legitimar cualquier clase de política exterior. De ahí que exagerar la vulnerabilidad y evocar la necesidad de «auto-defensa» hayan ganado en importancia a la hora de movilizar a la opinión pública a favor de las aventuras en el extranjero. La aparición de las armas nucleares —y de sus sistemas de lanzamiento a distancia— promovió en los estadounidenses un sentimiento de conexión con los acontecimientos en el resto del mundo debido a la posibilidad de escalada de los conflictos locales hasta convertirse en un conflicto nuclear global, posibilidad que antes no existía. No obstante, es posible que el hecho de que la seguridad territorial estadounidense no se haya visto perturbada en mucho tiempo haya dejado a la población sin mucho criterio sobre las «amenazas» externas; pero la experiencia soviética de invasión y asesinatos en masa en una fecha tan reciente como la Segunda Guerra Mundial proporcionó un fundamento más claro para la paranoia colectiva.

Una importante consecuencia de este sentimiento de vulnerabilidad compartido fue que cada uno de los Estados idealizó al otro. Cada uno se transformó en un adversario superpotente a ojos del otro, hecho especialmente evidente en el caso americano, donde se exageraban sistemáticamente las capacidades económicas y militares soviéticas. Por ejemplo, Holzman (1989) ha señalado la exageración sistemática en las estimaciones oficiales del gasto militar soviético desde 1960 a 1980. Gervasi (1988) en su versión comentada de la publicación del Pentágono *El Poder Militar Soviético,* encuentra pruebas de una gran exageración de las capacidades militares soviéticas que ahora, después del colapso de la Unión Soviética, sabemos que son absolutamente ciertas. En 1988 la política exterior estadounidense todavía se basaba en la existencia de una amenaza soviética a la posición estadounidense en la economía política internacional. Incluso cuando la URSS se desintegra en 1988-89 un grupo de expertos estadounidenses en asuntos militares e internacionales prepararon un informe en el que se daba por sentada la prórroga indefinida de la bipolaridad de la Guerra Fría. Aunque los problemas económicos de los EE UU (relacionados con el enorme déficit tanto de la balanza comercial como del gobierno federal) eran bien conocidos, se pasan por alto en el informe, que, en cambio, se dedica a hacer trucos estadísticos y cartográficos para demostrar la *creciente* vulnerabilidad estadounidense a la amenaza soviética. No sería exagerado decir que la elite política de los dos países se obsesionó con la del otro de tal manera que, tal y como lo expresa uno de sus integrantes, confiaban en no parecer ante los futuros historiadores como «dos dinosaurios que daban vueltas alrededor del otro en los escenarios del enfrentamiento nuclear» (Gorbachev, 1987-88: 494).

En el contexto de Estados «revolucionarios» peculiares con recetas bastante diferentes para la organización político-económica, términos abstractos como «comunismo» y «capitalismo» asumieron significados cargados de implicaciones culturales. Así como Estados Unidos personificaba el capitalismo y la Unión Soviética representaba el comunismo, cada uno de esos dos Estados se convirtieron en la manifestación geográfica de una economía política abstracta. Cada uno era extraño y peligroso para el otro. La línea divisoria de los asuntos mundiales tras la Segunda Guerra Mundial tenía raíces lingüísticas y culturales específicas que reducían la comunicación a una repetición de clichés sobre el carácter de la otra parte.

Joanne Sharp (2000) ha demostrado que en el caso estadounidense, tras el final de la alianza que mantuvieron EE UU y la URSS durante la guerra, una publicación de amplia difusión como el *Reader's Digest* presentó de forma continua una serie de artículos elaborados por «especialistas» que dieron lugar a unas determinadas ideas de «sentido común» sobre la Unión Soviética y la amenaza que planteaba para la americanidad. Esta campaña no cogió desprevenidos a sus lectores, puesto que al *Reader's Digest* le había preocupado la URSS desde principios de los años veinte. Ahora bombardeaba a los lectores con explicaciones de la total diferencia y el carácter opuesto de la URSS y los EE UU «realmente auténticos», y no aludía simplemente a diferencias de aspiraciones o experiencia histórica. Cada uno se hizo pasar como el auténtico oponente del otro. Tales representaciones tuvieron un gran efecto para movilizar a la opinión pública hacia un consenso sobre la Guerra Fría que acaparó cada vez más la política estadounidense desde 1947 hasta la guerra del Vietnam a finales de los años sesenta.

Ciertos intereses nacionales se beneficiaron de este reduccionismo geopolítico, que una vez que se puso en marcha se fue generalizando. En la Unión Soviética disciplinó a los posibles disidentes en el apoyo del monolítico aparato estatal. En los Estados Unidos creó consenso en torno a una «política de crecimiento», la ampliación de la economía militar y la oposición a cualquier política que transformara el país desde dentro (normalmente interpretada como «socialista» o izquierdista a causa de las conexiones entre socialismo y la URSS). En otras palabras, acabó con la posibilidad de una política democrática competitiva y abierta. La propia identidad estadounidense se asoció con un espectro político limitado a nivel nacional y un virulento posicionamiento antisocialista/antisoviético (raramente diferenciados) en el extranjero. El simple argumento de un gran conflicto entre un «Occidente» democrático y un «Oriente» enorme y expansionista se convirtió en «el guión geopolítico más influyente y duradero del período [de la Guerra Fría]» (Ó Tuathail y Agnew, 1992: 190).

Como «líder» de Occidente, el presidente estadounidense era un pieza clave para dotar de significado a la Guerra Fría.

> Desde el punto de vista etnográfico, el presidente de los Estados Unidos es el encargado del mantenimiento de la vida política estadounidense, una mezcla de cuentacuentos y chamán de la tribu. Uno de los grandes atributos del presidente, investido por la santidad, la historia y los rituales propios de la institución (el hecho de que

los medios de comunicación extraigan sus principales claves discursivas de la Casa Blanca) es el poder de describir, representar, interpretar y decidir (Ó Tuathail y Agnew, 1992: 195-6).

Reciclando y repitiendo ciertas imágenes y argumentos tomados del pasado estadounidense, el Presidente puede dotar de un sentido de continuidad a las prácticas de política exterior.

El 12 de marzo de 1947 el presidente Truman colocó una importante pieza para los fundamentos de la imaginación geopolítica de la Guerra Fría, en un discurso al Congreso estadounidense en el que, mientras «desaprobaba» el comunismo en Grecia, se refería a la historia de Estados Unidos al mencionar a los «pueblos libres que están resistiendo los intentos de ser sometidos por grupos armados minoritarios o por la presión externa». La audiencia estadounidense sabía bien que esta era una referencia a su propia experiencia. Relacionar la Guerra Fría con la Revolución estadounidense sería de allí en adelante un tema central del discurso de la Guerra Fría. El presidente Reagan, por ejemplo, consideraba que los *contras* («anticomunistas») nicaragüenses de los años ochenta eran «los equivalentes morales de los padres fundadores [de EE UU]».

Después de la Segunda Guerra Mundial la elite política de EE UU aprendió tres lecciones de la guerra y de la Gran Depresión que la precedió: que las políticas de disuasión llevadas a cabo con agresores en potencia eran peligrosas, que la seguridad nacional estadounidense dependía del equilibrio global de las fuerzas militares y no sólo del equilibrio en el «hemisferio occidental», y que los Estados Unidos deberían oponerse, donde quiera que fuese, a los intentos de formar bloques económicos o «panregiones» como las que habían surgido en los años treinta. Estos pasaron a ser los temas recurrentes en el discurso de la Guerra Fría a medida que se incorporaban a las prácticas del gobierno de los EE UU.

E hicieron que no tuvieran más remedio que «tomar la delantera» en el enfrentamiento con la Unión Soviética. Europa era el escenario principal para hacer frente a la posibilidad de una expansión soviética más allá de los confines aceptados por Roosevelt, Stalin y Churchill en la Conferencia de Yalta de principios de febrero de 1945. Tanto EE UU como la URSS llegaron a compartir un interés mutuo por este escenario. Berlín y su división se convirtieron en el centro simbólico de la Guerra Fría, donde cada parte se enfrentaba y desafiaba a la otra (Ilustración 5.5). La división geográfica de Europa garantizaba el estatus de la Unión Soviética y los Estados Unidos como los socios dominantes de las alianzas que habían formado en las dos mitades de Europa. Rápidamente, el objetivo común llegó a ser el mantenimiento del equilibrio. «En este sentido la Guerra Fría era más un juego minuciosamente controlado con reglas comúnmente acordadas que una competición donde pudiera haber claramente ganadores y perdedores» (Cox, 1990: 31).

Aunque hubo sublevaciones y movimientos puntuales en contra de esta división espacial, en especial en Europa del Este, y por parte del movimiento gaullista en Francia, las consecuencias más polémicas de la Guerra Fría se dejaron sentir principalmente en el «Tercer Mundo», término que es en sí mismo un producto de la

Ilustración 5.5 *Caída del Muro de Berlín.* Símbolo de la Guerra Fría tras ser levantado por el gobierno de Alemania oriental en 1961 para dividir físicamente su parte de la ciudad del Berlín occidental/capitalista, su caída en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989 representó el fin simbólico de la Guerra Fría. En la foto, la gente celebra el final de la división de Berlín la noche en cuestión en la puerta de Brandenburgo, el centro histórico de la ciudad.
FUENTE: Autor

Guerra Fría. Aunque en principio fue acuñado en Francia a finales de los años cuarenta para hacer referencia a un posible Tercer Estado o Tercera Vía, pronto comenzó a aludir a aquellas partes del mundo fuera de las órbitas de influencia establecidas por las «superpotencias», el Primer y el Segundo Mundo, en los que se concentraba el conflicto global (ver Capítulo 2). Esta lógica fue profética. El espacio geopolítico se conceptuó en términos de una división tripartita del mundo basada en la antigua distinción entre tradicional y moderno y en una nueva entre lo libre y lo ideológico. Los lugares concretos adquirían significado al ser inscritos en estas categorías geopolíticas, sin tener en cuenta sus cualidades particulares.

Esta categorización tripartita pone en marcha una mezcla de los principales atributos que resultarían de la combinación de los pares conceptuales «tradicional (atra-

sado) *versus* moderno» e «ideológico *versus* libre». En una primera combinación, el mundo moderno «desarrollado» se distingue del tradicional «subdesarrollado» (el Tercer Mundo). En una segunda, el mundo moderno se divide en dos partes: un Primer Mundo no ideológico (capitalista) o natural (libre), y un Segundo Mundo ideológico (socialista). Claro está, esta es la interpretación estadounidense predominante de quién es y quién no es «ideológico». En el contexto de la Guerra Fría sólo los políticos de izquierda o socialistas recibían esta denominación.

Esta clasificación no se quedó estancada en sus orígenes. De hecho, el concepto de Tercer Mundo ha acabado por significar resistencia al dominio discursivo de las superpotencias y la posibilidad de vías alternativas de desarrollo. Por ejemplo, las teorías del desarrollo basadas en la idea de «dependencia», que partieron de escenarios tercermundistas como América Latina y África, rechazan la idea de que los orígenes del desarrollo desigual estén en los propios países más pobres, alegando que se hallan en sus conexiones externas que tienen con la economía mundial. El Movimiento de Países No Alineados puesto en marcha por líderes del Tercer Mundo como Tito (Yugoslavia), Nehru (India) y Nasser (Egipto) trató de subvertir la mera idea de tener que limitarse a elegir entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Sin embargo, para las elites políticas y académicas dominantes de las dos partes que definían la Guerra Fría, cuando ésta se hallaba en su punto más álgido encontraban pocas dudas de que la subordinación y la imitación eran el orden del día. El Tercer Mundo era aquella vasta zona geográfica que aún no se había decantado por una determinada vía hacia la modernidad. El éxito de las superpotencias residiría en su capacidad de reclutar candidatos para sus respectivos modelos de economía política entre las filas del Tercer Mundo. Al mismo tiempo, y especialmente para los estadounidenses, existía la necesidad de oponerse a los gobiernos que llegaban al poder sin una adhesión clara a la política de EE UU Desde Guatemala en 1954 a Granada en 1986 la intervención estadounidense en el extranjero se justificaba por alguna de estas razones. La URSS siguió una lógica similar en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán.

En cada caso la situación local estaba invariablemente unida al contexto global, ya que ningún lugar particular tenía atributos singulares, sino sólo características que se derivaban de su posición en los espacios abstractos de la Guerra Fría. O eran «amistosos» o «peligrosos», «de los nuestros» o «de los suyos». Esta homogeneización del espacio global quitó la importancia o trivializó el conocimiento de los detalles de la geografía local. Todo lo que se necesitaba saber era: ¿de qué parte están?

No es posible definir lugares sin unas coordenadas de referencia más amplias; por ejemplo, todos los mapas dependen de unas proyecciones. Pero el «conocimiento de lo local» es posible hasta un cierto punto, que los razonamientos de la geopolítica de la Guerra Fría básicamente negaba. Los llamados «especialistas de área» tanto gubernamentales como académicos solían desesperarse ante su falta de influencia. Efectivamente, en los Estados Unidos los «expertos en grandes escenarios» como Henry Kissinger, Alexander Haig y Zbigniew Brzezinsky siempre tuvieron más peso que los especialistas de área en los debates políticos. El conocimiento de lo local era una preparación a la que se recurriría cuando fuese necesario. No servía para determinar

la identidad real de los lugares, cosa que sí se lograba situando estos lugares en un marco de referencia global.

Así pues, los conflictos cuyo origen era aparentemente local se interpretaban como manifestaciones locales del conflicto principal global. Las relaciones con las potencias exteriores, en forma de suministro de armas o de asesores, serían las únicas causas de los conflictos locales. Los Estados con unas pautas de desarrollo o una política exterior propia eran candidatos para la neutralidad o «finlandización», una postura temida que implicaba comerciar con el Enemigo pero sin un compromiso claro con una parte o con la otra. Los Estados no eran actores autónomos sino representaciones de una parte o de la otra, de los que se esperaba que cumplieran los objetivos políticos y económicos de las superpotencias. Organizaciones formales como el Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, por el lado estadounidense, y el Pacto de Varsovia y el Consejo para la Ayuda Económica Mutua (COMECON) por la soviética institucionalizaban la división. En las distintas organizaciones de las Naciones Unidas (como el Consejo de Seguridad y la Asamblea General), creadas al final de la Segunda Guerra Mundial para inaugurar un orden mundial más pacífico, las dos partes expresaban su hostilidad y desprecio mutuo. Al Tercer Mundo se le dio voz, pero muy poco más, en la UNCTAD (la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo).

La división espacial global se resumía a escala mundial en una tendencia, tanto en la historia cultural estadounidense como en la soviética (rusa), a trazar líneas pronunciadas que separasen el espacio propio del espacio del «Otro». En ambos casos, aunque se conozca más el caso estadounidense, el discurso político se había configurado en torno a la experiencia de la *región de frontera interna* que durante el desarrollo nacional había separado la civilización de la barbarie, lo doméstico de los salvaje, lo bueno de lo malo. El rumbo de la historia estadounidense aparece en muchos manuales escolares como la realización de un Destino Manifiesto: los estadounidenses serían un pueblo elegido destinado a ampliar su territorio, riqueza e influencia. De manera similar, en el caso soviético, los rusos se presentan a sí mismos como los portadores de la luz en la oscuridad cultural de Siberia y de Asia Central. La proximidad de la región de frontera colonial les permitió considerar que ellos se dedicaban a algo bastante distinto del despreciable imperialismo de los auténticos europeos.

Otro incentivo que acentuó la bifurcación del espacio global procedía de la posesión de un gran arsenal de armas nucleares por parte de las superpotencias. Si los aliados se veían envueltos en un conflicto siempre había un peligro de escalada del conflicto desde una guerra local/convencional a una guerra global/nuclear a medida que persuadían a sus respectivos «socios mayores» para que se unieran. Esto sirvió para disciplinar a los aliados ya que ellos suministraban los lugares donde comenzaría esa intensificación (por ejemplo, la guerra nuclear). La «bipolaridad», en el sentido de dos superpotencias militares, impuso un equilibrio de terror en el mundo y congeló los límites políticos desde 1945. Pero también contuvo a las superpotencias y, en los años sesenta, otorgó cierta influencia a los aliados que podían

aprovecharse del miedo a la destrucción mutua entre las superpotencias cuando pudieran amenazarse directamente con ICBM*. Las armas nucleares no son inherentemente estabilizadoras ni siquiera en situaciones de bipolaridad porque siempre existe un peligro de escalada automática. Sin embargo, la concentración de la propiedad de armas nucleares sirvió indudablemente para subrayar la diferencia de las dos superpotencias, pese a las otras carencias militares que pudieran tener.

George Kennan, un funcionario del gobierno estadounidense en la Unión Soviética al término de la Segunda Guerra Mundial, en su famoso «Telegrama Largo» desde Moscú o en el artículo firmado por «Mr. X» en *Foreign Affairs* de julio de 1947 sostenía que la URSS era un espacio totalmente distinto con el que no podía establecerse ningún compromiso significativo. Esta afirmación tuvo una gran influencia en las decisiones políticas que la administración Truman tomó en relación a la Guerra Civil griega (1947) y a la fundación de la OTAN (1949). No es ninguna sorpresa, por tanto, que la imagen de dos enormes bloques de espacio sin variaciones internas significativas se convirtiera en parte fundamental de la imaginación geopolítica de la Guerra Fría.

Tres conceptos geopolíticos desempeñaron un papel especialmente importante en la naturalización de estas concepciones del espacio y la política global tanto para los estadounidenses como para el resto. Esos conceptos fueron: la contención, el efecto dominó y la estabilidad hegemónica. La contención, elaborada primeramente por Kennan, hacía referencia al embargo económico y militar de la Unión Soviética. Se utilizó la geografía histórica rusa, y no sólo su diferencia cultural, para dar respetabilidad científica a este argumento. Como lo enunció Kennan (1947: 574):

> Las propias enseñanzas de Lenin exigen gran precaución y flexibilidad en el cumplimiento de los objetivos comunistas. Además, las lecciones de la historia rusa reafirman estos preceptos: siglos de oscuras batallas entre grupos nómadas en las extensiones de una vasta llanura sin fortificaciones. En este contexto la precaución, la prudencia, la flexibilidad y el engaño son las cualidades que se valoran, y la mente rusa u oriental aprecia de una forma natural esos valores.

Era imprescindible una política de «aplicación hábil y vigilante de una contrafuerza en una serie de puntos geográficos y políticos en cambio constante, correspondientes a los cambios y maniobras de la política soviética» (1947: 575) para contener a una Unión Soviética intrínsecamente expansiva. A lo largo de su argumentación Kennan recurría a una mitología patriarcal que insistentemente caracteriza a la URSS como un seductor y violador potencial cuyos instintos reprimidos pueden estallar en cualquier punto de sus fronteras a menos que se ejerza una presión continua en todas ellas para mantenerla contenida (Ó Tuathail y Agnew, 1992).

El concepto de contención de Kennan era mucho más expansionista de lo que algunos estudiosos posteriores han sostenido. Pero al menos estaba confinado a los

---

* ICBM es el acrónimo en inglés de Misiles Balísticos Intercontinentales *[Nota de la trad.]*.

márgenes de la Unión Soviética, a la manera del modelo del «corazón continental» de Mackinder. Aunque no hay pruebas de que existiera una conexión «directa» entre Mackinder y Kennan, sí es cierto que las ideas de Mackinder, aunque pensadas para un contexto histórico muy diferente, adquirieron entre algunos «intelectuales de la seguridad» estadounidenses de la posguerra un carácter profético pero científico para naturalizar la contención como política exterior y militar.

Sin embargo, el concepto de contención adquirió un carácter cada vez más expansivo. En los «códigos geopolíticos» de los presidentes estadounidenses se produjeron una serie de cambios desde los años cuarenta a los ochenta. Tras examinar los contenidos geográficos globales de los discursos presidenciales sobre el «estado de la Unión»*, O'Loughlin y Grant (1990: 527) encontraron la siguiente tendencia:

> En los años cuarenta y cincuenta, se hacía hincapié en la amenaza que se percibía en el «margen continental», zona de contención que abarcaría un semicírculo trazado alrededor del corazón continental soviético. En los años sesenta, al tema principal de la rivalidad entre los EE UU y la URSS se le añadió una atención especial a los conflictos de Cuba y Vietnam. En los setenta, década de distensión, se redujo la atención a la política exterior, que resurgirá con fuerza en forma de interés regional a finales de los setenta y principios de los ochenta, con los presidentes Carter y Reagan. Durante los años ochenta, la atención prestada a la rivalidad EE UU/URSS se desplazó hacia Oriente Medio, África del Sur y América Central.

El ámbito de la contención se amplió principalmente en virtud de la llamada teoría del dominó o efecto dominó. Esta teoría sostiene que cuanto antes se eliminara cualquier amenaza potencial al *status quo* global, donde quiera que fuera, menos probable sería que se produjese una difusión o efecto contagioso que en el futuro pudiese afectar a los Estados Unidos. En una versión más sofisticada, la teoría del dominó afirmaría que la credibilidad de los intereses estadounidenses en regiones clave como Europa se vería perjudicada si no se lograba proteger a los Estados satélites situados en los rincones más remotos del globo. En tales circunstancias, la resolución de EE UU de resistir cualquier agresión estaría abierta a la duda, y el Gran Enemigo se envalentonaría.

La metáfora de las fichas de dominó que se derrumban fue utilizada por primera vez por el presidente Eisenhower a mediados de los años cincuenta para describir las consecuencias de la «pérdida» de Vietnam del Sur si triunfasen los insurgentes comunistas:

---

* Discurso que el presidente de Estados Unidos dirige anualmente, el último martes del mes de Enero, al Congreso y al pueblo, en el que muestra su visión política y económica del país y explica sus planes para el futuro. Este discurso recibe amplia cobertura informativa. Forma parte de la tradición política de este país que el presidente se dirija al Congreso poco después de la vuelta de las vacaciones de invierno, y es requisito constitucional que éste informe al Congreso puntualmente acerca del «estado de la Unión» *[Nota de la trad.]*.

> Si colocas una fila de fichas de dominó y tiras la primera, lo que ocurrirá con la última es que se caerá muy rápidamente. Sería, por tanto, el inicio de una desintegración que tendría unas consecuencias muy serias (cit. en Gregory, 1978: 275).

Pero el presidente Truman ya había recurrido a una lógica muy parecida en sus argumentos en pro de la intervención estadounidense en la guerra civil de Grecia a finales de los años cuarenta. Aunque la metáfora que utilizó era diferente:

> Al igual que las manzanas de una cesta se infectan por la que está podrida, la corrupción de Grecia infectará Irán y a todo Oriente. También se extenderá la infección a África a través de Asia Menor y Egipto, y a Italia y Francia, ya amenazados por los partidos comunistas nacionales más fuertes de Europa Occidental. La Unión Soviética estaba haciendo una de las mayores apuestas de la historia a un coste mínimo (cit. en Gregory, 1978: 276).

Este argumento aparecerá de nuevo en los comienzos de la guerra de Corea, más explícita y reiteradamente durante la Guerra de Vietnam, y en Chile y Angola en los años setenta. Finalmente, fue la pieza clave de la política para América Central del presidente Reagan en los ochenta. El derrocamiento de la dictadura de Somoza en Nicaragua en 1979 llevó a la administración Reagan a apoyar a un grupo de contrarrevolucionarios llamados los «contras», que luchaban contra el régimen sandinista recién instaurado, que a su vez estaba apoyado por la Unión Soviética y su aliado en el Caribe, Cuba. Este apoyo se basaba fundamentalmente en la lógica de la teoría del dominó. El propio presidente Reagan especulaba abiertamente sobre la posibilidad de que si el régimen sandinista se mantenía, desestabilizaría los gobiernos vecinos y poco después los sandinistas llegarían a la frontera de México con EE UU.

La teoría del dominó es en realidad una metáfora sobre la reacción en cadena o sobre el contagio, tanto en la versión de las fichas de dominó como en la de la manzana podrida. Es eficaz para externalizar los conflictos locales enlazándolos con determinados aspectos del conflicto global, vinculando así la seguridad nacional estadounidense con la de lugares lejanos debido a la posibilidad de difusión de la revolución o del demonio del comunismo. El cambio político se convirtió así en un proceso epidemiológico natural que amenazaría con difundirse, como una enfermedad, a las regiones sanas hasta ese momento, y al final al propio Estados Unidos. El miedo que tenía a la contemporización la generación a cargo de la política exterior estadounidense (y soviética) tras la Segunda Guerra Mundial se expresaba en una metáfora de vínculos o encadenamientos que convirtió la contemporización —o cualquier negociación— en impensable dentro del discurso aceptable.

En los años setenta, cuando el dominio estadounidense sobre una parte del globo comenzó a desaparecer, una tercera característica naturalizadora se sumó al discurso geopolítico de la Guerra Fría: tanto para la cooperación interestatal como para una próspera economía mundial se necesitaba de un hegemón benevolente, como

EE UU, que optimizase ambas situaciones. «Tanto Gran Bretaña en el siglo XIX como los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial habrían contribuido al desarrollo de un mundo interdependiente y sobre todo pacífico» (Grunberg, 1990: 433). Cualquiera que fuera la veracidad empírica de esta afirmación, y es muy dudosa, la idea sirvió para «relacionar el destino del mundo con el de los Estados Unidos», no habría «posibilidad de evitar el caos, excepto a través del fortalecimiento del poder de los EE UU» (1990: 447-8).

A la manera de padre bondadoso o de un héroe que se sacrifica, el destino de los Estados Unidos era evitar el cataclismo que de otro modo sobrevendría tras su desaparición. La justificación de su importancia, sin embargo, era diferente. Las representaciones de la paternidad estadounidense eran simplemente demasiado ambiguas. La justificación vino de la mano de una *necesidad del sistema* de que existiera un proveedor de «bienes públicos» —al que recurrir como prestamista, que defendiese las reglas del libre comercio, que poseyese una unidad monetaria estable—, que no serían suministrados sin un hegemón, ya que así sería posible para cualquier Estado obtener los beneficios de estos bienes sin pagar por ellos. En un sistema internacional anárquico sólo un déspota benevolente puede defender el interés común. Consecuentemente, el buen funcionamiento de la economía mundial requería la continuidad del «liderazgo» estadounidense.

La imaginación geopolítica de la Guerra Fría, por tanto, a pesar de ser claramente ideológica en el sentido de que existían dos modelos político-económicos opuestos, también extendió varios «mitos» naturalizadores que podrían ser examinados periódicamente. Estos mitos permitieron que la Guerra Fría se convirtiese en una profecía que se autocumplía y que estaba situada más allá de cualquier consideración racional. En conjunto, la articulación de la geopolítica de la Guerra Fría ayudó a asegurar y reforzar una serie de «identidades geográficas («Occidente», «la Unión Soviética», los «Estados Unidos»), y sirvió para controlar las diferencias sociales y culturales dentro de estos espacios» (Ó Tuathail, 1993). La polaridad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética fue fundamental en este proceso. Pese a que excepcionalmente ciertos intelectuales de gobierno, como el presidente Nixon y su secretario de Estado Henry Kissinger a principios de los años setenta, trataron de convertir la bipolaridad de la política exterior estadounidense en un equilibrio de poder multipolar, pero su empeño en demostrar «credibilidad» allí donde el poder de los EE UU pudiera ser cuestionado les condujo de nuevo, a través de la teoría del dominó, a la bipolaridad.

V. CONCLUSIÓN

La imaginación geopolítica moderna, al igual que la configuración del espacio global que pretende reflejar, ha ido cambiando. En este capítulo he examinado el modo en que la imaginación geopolítica moderna se ha adaptado y ha respaldado las tres eras de la política mundial moderna. La geopolítica civilizatoria de principios del siglo XIX fue reemplazada por la geopolítica naturalizadora de finales del siglo XIX y

principios del XX. Después de la Segunda Guerra Mundial una geopolítica ideológica fue el fundamento de las nuevas «realidades» geopolíticas de la época.

Cada una de estas versiones de la imaginación geopolítica moderna tenía su propia mezcla de elementos. La primera se basaba más en el antagonismo entre el espacio europeo y los demás, que se consideraba entonces que justificaba el dominio europeo. La segunda se centró especialmente en las demandas territoriales e imperiales de Estados rivales cuyos intereses eran económicos y cuyas identidades eran raciales. La tercera se basaría en la competición entre los modelos de modernidad representados por la URSS y los EE UU, dos Estados con una historia de expansión y de organización interna que difieren considerablemente de las de las Grandes Potencias europeas.

Pero también ha habido continuidades. Podemos encontrarlas en temas recurrentes como la proyección geográfica de la contraposición «atrasado *versus* moderno», que encontramos en el discurso geopolítico desde sus orígenes en el Renacimiento europeo, que concibe el mundo como una sola entidad y los Estados territoriales como los únicos actores de la política mundial que procuran encontrar estrategias para alcanzar la supremacía mundial. Se puede decir que actualmente el mundo vive tiempos postmodernos debido a la creciente conciencia del carácter eurocéntrico de esta forma de pensar. La clave está en examinar y afrontar de manera crítica escenarios alternativos para el futuro, conociendo todo lo posible acerca del funcionamiento de la imaginación geopolítica moderna. El siguiente capítulo intenta hacer esto respecto al mundo posterior a la geopolítica ideológica.

CAPÍTULO 6

¿UNA NUEVA ERA DE GEOPOLÍTICA «GLOBAL»?

La desaparición de la Unión Soviética en su papel de Otro ideológico eliminó el fundamento de la geopolítica ideológica de la Guerra Fría. Se marchitaron el envoltorio protector y el marco organizativo que la Guerra Fría proporcionaba a la vida política e intelectual, sobre todo en Estados Unidos. Han sido sustituidos por una inseguridad ontológica extrema, una sensación generalizada de incertidumbre respecto a cómo se podrá organizar la política mundial sin ella. En algunas partes hay incluso nostalgia de «aquellos días maravillosos» en que el Este era el Este y el Oeste era el Oeste, y los dos siempre serían diferentes. La percepción estadounidense de que había aumentado la inseguridad se agudizó considerablemente a raíz de los ataques terroristas del 11 de Septiembre contra el *World Trade Center* de Nueva York y el Pentágono de Washington (los primeros ataques militares importantes sufridos en el territorio continental de Estados Unidos desde que la armada británica quemó la Casa Blanca en la guerra de 1812). Aunque por el momento los efectos a largo plazo no están claros, se están configurando diversos escenarios geopolíticos que este capítulo se dedica a describir.

Hay una cuestión que parece indudable: la geopolítica ideológica de la Guerra Fría era efectiva porque los dos Estados que se arrogaban el aura de la modernidad se enfrentaron globalmente. Ni un Islam militante ni, por ejemplo, «los malvados señores de la droga» constituyen sustitutos equiparables en términos de definición, competitividad y potencia, a pesar de que las descripciones realizadas por algunos comentaristas y políticos que demonizan a Japón, China y/o el mundo islámico pudieran dar esa impresión. Al no disponerse de otra visión del mundo que goce de tanta aceptación, y como tampoco existe un sustituto convincente de la antigua Unión Soviética, es preciso reconfigurar una vez más la imaginación geopolítica. Pero los indicios de cómo se va a efectuar esa reconfiguración son confusos y contradictorios. Es difícil señalar un único escenario en relación con lo que está sustituyendo a la Guerra Fría como pauta organizadora de la geopolítica global. Tres escenarios ofrecen diferentes perspectivas sobre lo que está ocurriendo. Tras hacer una somera descripción de cada uno de ellos, llegaré a una breve conclusión sobre la «geopolítica global».

I. TRES ESCENARIOS

Los tres candidatos más evidentes para constituir el fundamento de una nueva geopolítica son: en primer lugar, el que se deriva de las nuevas prácticas y representa-

ciones de una economía global transnacional y desterritorializada (a la que se suele denominar con el término de «globalización»); un segundo que contempla la perspectiva de guerras culturales entre distintas «civilizaciones», y un tercero que considera que Estados Unidos ejerce un dominio imperial que carece casi por completo de rivales militares. Cada uno de esos escenarios puede ser aceptado o rechazado, considerado progresista o regresivo, pero el hecho de que existan escenarios tan divergentes plantea que, de momento, ninguna de estas perspectivas ni de las acciones que origina ha logrado descartar a las demás. Existen indicios de las tres. Si me inclino por el primer escenario es porque creo que el resultado de la prolongada rivalidad entre EE UU y la Unión Soviética es un mundo en que las redes transnacionales han adquirido una importancia cada vez mayor en la vida de los pueblos de casi todo el mundo. Los otros dos escenarios parecen habituados a un mundo de espacios fijos, en un caso de civilizaciones territoriales y en el otro de un imperialismo de base estatal. En ninguno de los dos casos se trata del mundo que veo manifestarse todos los días.

I.1. *El «régimen de acceso a los mercados» y la oposición que concita*

Además, en el primer escenario existe la posibilidad de utilizar la pluralidad de espacios que surgen gracias al influjo del liberalismo transnacional, que hemos descrito en capítulos anteriores (principalmente en los capítulos 4 y 5), para configurar un tipo de «antigeopolítica» basada en el compromiso de actuar con los lugares y la gente como si contaran independientemente de su «estatus» económico y militar global. Muchos elementos de los movimientos «antiglobalización» que se activan en las reuniones de organismos internacionales y el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en Brasil, adoptan este enfoque: la creación de coaliciones internacionales para enfrentarse a los expolios originados por la movilidad de capital, pero también para acoger favorablemente un mundo menos atomizado desde el punto de vista territorial y más propicio al cambio social. No obstante, sin dichos movimientos subversivos es probable que se intensifique el «régimen de acceso a los mercados» (*market-access regime*) del capitalismo mundial y su énfasis en una economía mundial en que el capital cada vez tendrá menos impedimentos para circular por el mundo con el fin de explotar en su beneficio las diferencias en las tasas de rendimiento de las inversiones. Un mundo de zonas ricas y zonas pobres —el cual, mejor que con el mapa político mundial, se representa recurriendo al sistema de ciudades mundiales y sus zonas periféricas— pondrá cada vez más en peligro la jerarquía actual de Estados (véase la Fig. 6.1). Cualquiera que sea la tendencia que llegue a predominar (la antigeopolítica de la protesta o la intensificación del «régimen de acceso a los mercados») hay una cierta probabilidad a largo plazo de volver a los contornos de la política mundial definidos durante las tres eras anteriores de la geopolítica.

Así pues, desde ese punto de vista lo que ocurra será algo nuevo, en que los antiguos principios tendrán una relevancia menor, pero que no van a desaparecer inmediatamente. Las ideas sobre el declive relativo, la rivalidad entre los Estados te-

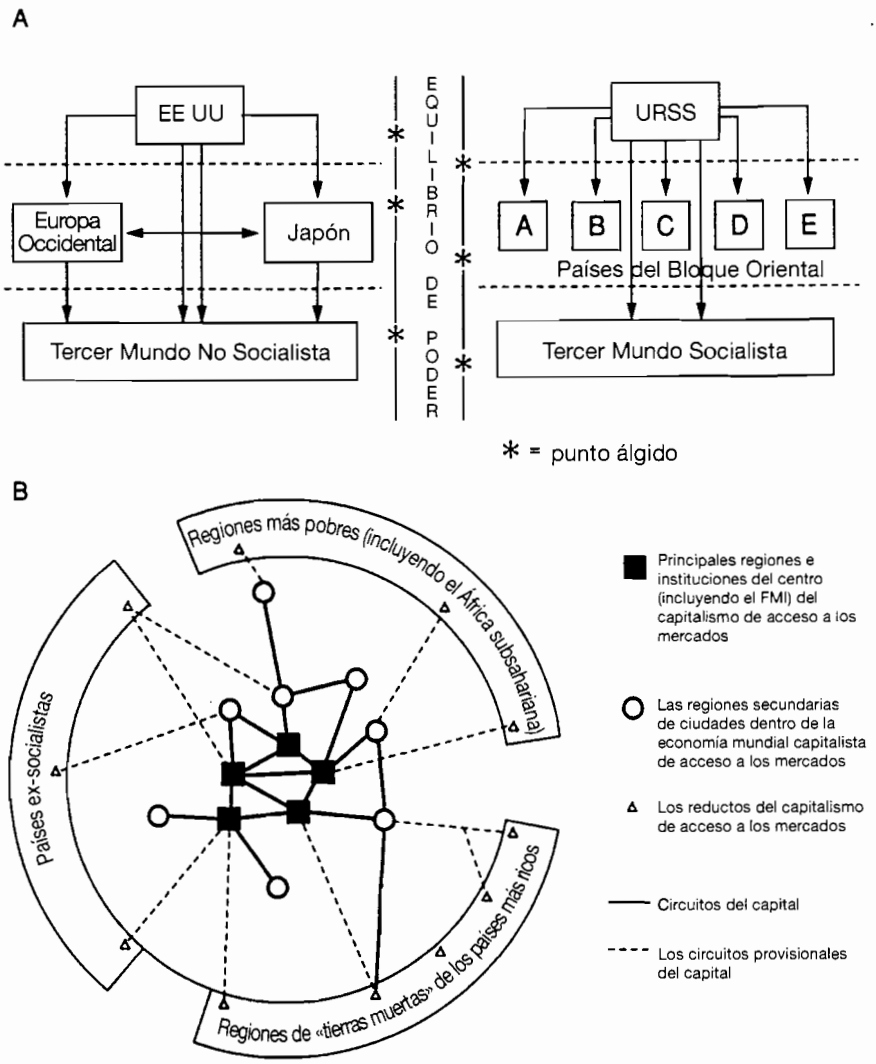


Figura 6.1 *El mundo durante (A) y después (B) de la Guerra Fría*
FUENTE: Agnew y Corbridge (1995)

rritoriales, la elaboración de estrategias estatales a nivel global, y la concepción del desarrollo en términos de atraso o modernidad están demasiado arraigadas para que se las sustituya fácilmente. El vocabulario de la geopolítica que gira en torno a los Estados sigue siendo asegurado materialmente por las presiones de los grupos sociales que reaccionan ante la expansión de la globalización económica resucitando las identidades étnicas y locales o intentando resucitar los poderes del Estado. A las identidades nacionales sólidas les cuesta desaparecer. Los Estados siguen constituyendo la principal estructura de oportunidad para la mayoría de las formas de actividad política, aunque aumenten en número y ámbito las fuerzas contraguberna-

mentales. La «gubernamentalidad» (los regímenes territorializados de autoridad gubernamental) y los movimientos o tendencias en su contra coexisten actualmente con mayor o menor tensión entre ellos. A pesar de que las empresas transnacionales hayan ganado más poder, los Estados constituyen el entorno regulador en que han de actuar esas empresas. Los opositores a las políticas de apertura de mercados siguen viéndose obligados a trabajar en los canales institucionales existentes, que en su mayoría sigue organizando el Estado. El gobierno de EE UU sigue siendo el mayor patrocinador y la fuente de apoyo más importante de la globalización del comercio, las finanzas y la producción.

Los acontecimientos del 11 de Septiembre de 2001 y la subsiguiente recesión económica producida en Estados Unidos y en el mundo han perjudicado algo el desarrollo de los escenarios más avanzados de la globalización. El gobierno de Estados Unidos ha trabajado para restablecer controles fronterizos más efectivos tras haber tenido en años precedentes una permisividad mayor que favorecía la circulación fronteriza de bienes, de capital y, lo más problemático, de personas. Como parte de la «guerra al terrorismo», el gobierno de EE UU ha puesto en el punto de mira los Estados que considera que apoyan el terrorismo o suponen una probable amenaza militar para Estados Unidos o sus aliados. Así pues, en lugar de considerar que el terrorismo global es un fenómeno cualitativamente nuevo, se ha producido una tendencia a volver a encajarlo en el molde de los Estados. El gobierno de EE UU también se ha vuelto cada vez más proteccionista en relación con las importaciones de acero y productos agrícolas, utilizando los ataques como pretexto para fortalecer la economía territorial de Estados Unidos ante la competitividad extranjera.

Pero el hecho de que este restablecimiento de las fronteras signifique una vuelta radical a un mundo de Estados con fronteras rígidas está sujeto a considerables dudas. El crecimiento de la economía mundial ha pasado a basarse en una gran variedad de intercambios interestatales. Por ejemplo, la economía de EE UU depende de una forma crítica de la importación de capital que compense la falta de ahorro del país. El reciente crecimiento explosivo de la economía de China se basa en el fácil acceso de que gozan sus artículos manufacturados al mercado estadounidense y a otros mercados. Los mercados del capital están cada vez más integrados, por encima de las fronteras nacionales. Actualmente los Estados pequeños son capaces de operar en la economía mundial en condiciones ventajosas, fenómeno que ha originado que países de tamaño pequeño o mediano predominen en los diez primeros lugares de la tabla de clasificación internacional de mayor renta *per capita*. A medida que se ha modificado la equiparación entre el crecimiento del tamaño y de la economía, se han reducido considerablemente las posibilidades de que estallen conflictos armados y haya expansiones territoriales que originen sustanciosos rendimientos económicos. El mundo del «régimen de acceso a los mercados» es completamente distinto de los mundos que lo precedieron, por lo que es probable que también se requiera un tipo de política diferente para hacer frente a sus expolios. Por ejemplo, la estrategia de «hacerse con el Estado», por la que han abogado durante mucho tiempo tanto los leninistas como los socialdemócratas al considerar que era

la más adecuada para emprender planes de cambios sociales radicales, parece que se ha quedado obsoleta. Otro tema totalmente distinto es que sea precisa la sustitución por las redes globales sin ubicación de una «multitud» rival, como se afirma en el *Imperio* de Hardt y Negri (2000). No cabe duda de que probablemente se trata de un ejercicio frustrante en tanto el mundo permanezca dividido territorialmente y las identidades políticas estén arraigadas en los lugares. Lo que de hecho parece más fructífero es señalar que los peores excesos del «régimen de acceso a los mercados», especialmente los programas fiscales defendidos por el FMI y el Banco Mundial, son destructivos de la lealtad al lugar de los pueblos y, por tanto, basar la oposición política no en el éter nebuloso del «estar en contra de» sino en la realidad de la vida cotidiana de las personas.

La era de la globalización desde la década de los setenta del siglo XX ha tenido consecuencias innegables, pero no todas ellas son negativas. Por un lado, Estados como China e India han experimentado considerables tasas de crecimiento económico que quizá auguren el principio de un cambio a largo plazo en la distribución de la renta global. Por otra parte, la historia indica que en el mundo hay menos violencia de la que hubo en el siglo XX, por lo menos en lo que se refiere a grandes guerras interestatales. Por último, las mujeres y otros grupos «naturalmente» excluidos de la política en tiempos pasados han logrado forzar su salida al escenario. Así pues, la globalización tiene muchos aspectos positivos que muchos de sus críticos no tienen en cuenta, porque en muchos casos se refugian en la nostalgia de un pasado donde predominaban los Estados, o albergan la utópica idea de que los modos de producción tribales o feudales constituyen una alternativa plausible al capitalismo global.

Los cambios relacionados con la globalización han sido posibles gracias a una gran cantidad de cambios tecnológicos, económicos y culturales: desde el «almacenaje de acuerdo con los pedidos que hace el cliente» (*just-in-time warehousing*), el transporte mediante contenedores, el fax, Internet y la facilidad para viajar en avión por todo el mundo, pasando por la producción en el exterior y la integración de los mercados mundiales de productos, moneda y bolsa, hasta la unificación mundial del gusto de los consumidores, el enorme aumento de comunidades en la diáspora y la disponibilidad generalizada de vacaciones «exóticas». Pero quizá estos cambios auguren un cambio más profundo que no se limite a la redistribución de los ingresos globales, la disminución de las guerras interestatales y la redistribución del poder. Eso es lo que creen los que consideran que se avecina una «geopolítica posmoderna». Desde este punto de vista, la globalización «es el tropo fundamental para ligar la racionalidad capitalista neoliberal, la técnica informática, la cultura del consumo de masas y la integración de los mercados mundiales de una geopolítica posmoderna» (Luke, 2003: 228). La consecuencia es que «[l]o que una vez fueron "sólidos" circuitos del poder geopolítico organizados en sistemas jerárquicos cerrados tienen que enfrentarse a arquitecturas de poder de fuentes abiertas donde el capital y la autoridad funcionan en los nódulos de diversas redes» (Luke, 2003: 229-30). ¿Cómo es posible que la imaginación geopolítica moderna pueda sobrevivir a largo plazo a estas presiones?

I.2. *El «choque de civilizaciones»*

El escenario de «guerras entre culturas» ha adquirido una especial popularidad entre los que aspiran a reconstituir la geopolítica ideológica de la Guerra Fría de forma multipolar. La geopolítica de la Guerra Fría se basaba en la oposición fundamental entre lo que se suponía que eran dos tipos de sociedad/cultura completamente distintos. En realidad, no cabe duda de que las diferencias culturales son siempre relativas y que las culturas comparten muchas cosas aunque cuando se las toma por separado parezcan mucho más singulares de lo que son. Por ejemplo, tanto la cultura «islámica» como la «asiático-confuciana» combinan influencias de otras partes del mundo (principalmente Europa) y han sufrido cambios importantes con los años. Deberíamos desechar la imagen de la inalterabilidad y el aislamiento de las culturas por la imposición ideológica que supone. Sin embargo, un creciente número de escritores e intelectuales de Estado están subrayando la importancia de los valores e instituciones culturales en el clima de confusión geopolítica que se ha producido tras la Guerra Fría.

Por ejemplo, en opinión del politólogo Samuel Huntington (1993), el exponente más influyente del «choque de civilizaciones», las guerras futuras se producirán entre naciones y grupos de «diferentes civilizaciones» (la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la cristiana ortodoxa y la latinoamericana; y quizá también la africana y la budista) (véase la Figura 6.2). Las fallas entre estas culturas definirán las guerras geopolíticas del futuro: «La cultura y las identidades culturales [...] están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la Posguerra Fría [...] La política global se está reconfigurando según líneas culturales» (Huntington, 1993: 23).

Los mapas de Huntington parecen cumplir un objetivo técnico y heurístico. Se limitan a describir la «realidad» de un mundo dividido en fallas y señalan en qué parte del mundo estallarán los conflictos. Así ha concebido los mapas tradicionalmente la imaginación geopolítica moderna. La única novedad que aporta Huntington es que las «civilizaciones» delimitadas territorialmente sustituyen a los Estados territoriales, que pasan a ser los «agentes» de las civilizaciones de las que forman parte. No obstante, los mapas, como indican los capítulos 2 y 3, reflejan a sus creadores en la misma medida o más que el mundo que pretenden describir. En este caso, para obtener civilizaciones diferenciadas Huntington debe «hacer un congelado de imagen de cada cultura» en mentalidades permanentes e intemporales que reflejan más su propia perspectiva que las ambiguas y cambiantes espacialidades del mundo que conocemos muchos de nosotros (Shapiro, 1999: 6).

El problema con el escenario de Huntington es doble. Primero, ¿quién se identifica con esas «culturas» de grandes dimensiones? No cabe duda de que la categoría «occidental» es problemática, puesto que los intentos actuales de crear una conciencia compartida de «Europeidad» (en la Unión Europea) naufragan ante la dificultad soterrada que entraña la resurrección e invención de etnias e identidades nacionales. La creciente divergencia entre Europa y Estados Unidos en diversas cuestiones políticas también plantea que la categoría «occidental» ha dejado de ser tan

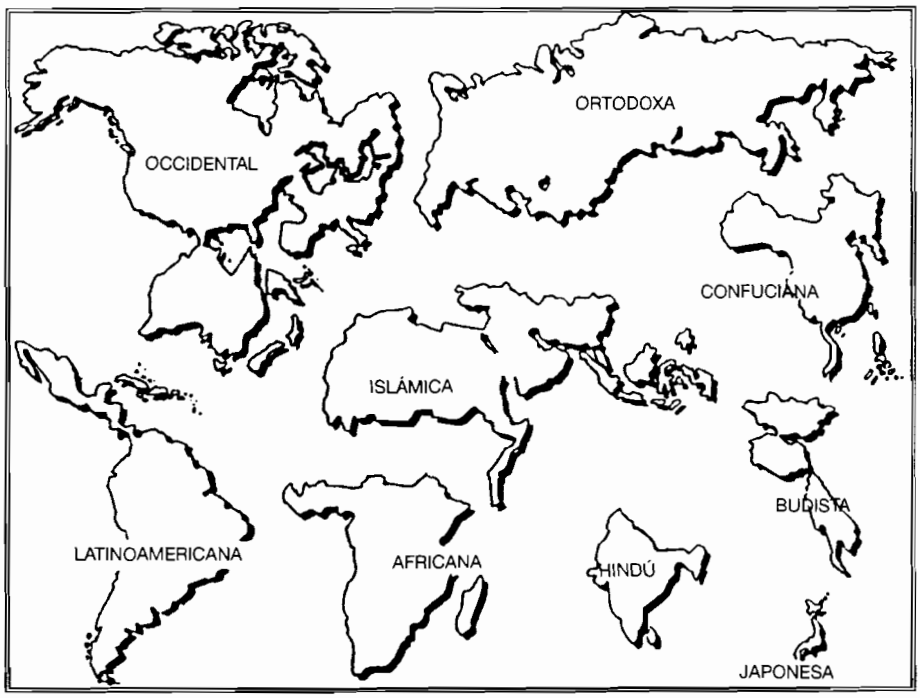


Figura 6.2 *Las civilizaciones de Huntington (1993).* Cada civilización se muestra de manera completamente diferenciada a fin de transmitir visualmente el tamaño relativo y el ámbito de las civilizaciones en conjunto.
FUENTE: Rediseñado de Huntington (1993)

obviamente homogénea como parecía anteriormente. En segundo lugar, la globalización socava la cerrazón cultural. Los crecientes flujos de información, productos, personas y capital entre ciertas partes del mundo (especialmente entre Europa, Norteamérica y el Este de Asia) no sólo causan posibles roces entre culturas sino que también las unen, y aumentan la tensión en el seno de las propias áreas culturales cuando los grupos sociales e individuos mantienen distintas opiniones sobre una u otra influencia externa. Las culturas, salvo si se consideran superorganismos al margen de los poblaciones, nunca están petrificadas sino que se van adaptando ante los condicionamientos externos y los cambios internos. Así pues, «la cultura» no tiene capacidad para sustituir el papel de la ideología de la Guerra Fría que todo lo abarcaba. Lo dificulta el hecho de que un mayor número de Estados tengan mayor capacidad de actuar de forma independiente tras acabar la Guerra Fría y los condicionamientos que les impone a todos ellos la globalización.

Después de exponer estos argumentos, el escenario del «choque de civilizaciones» ha recibido una cierta confirmación tras los ataques terroristas del 11 de Septiembre de 2001. El supuesto grupo que llevó a cabo los ataques, la red de fundamentalismo islámico Al Qaeda, está liderado por el millonario saudí Osama Bin Laden. Bin Laden acepta la lógica del «choque». Él es el profeta y organizador del

Ilustración 6.1 *«¿De verdad crees que esto dará resultado?»*. Esta viñeta señala una de las principales dificultades de «la guerra contra el terrorismo» de EE UU: encontrar a Osama Bin Laden, el líder de la red terrorista *Al Qaeda* presunto responsable de los ataques del 11 de Septiembre de 2001.

FUENTE: The New Yorker Collection 2002, Mick Stevens de cartoonbank.com

conflicto entre civilizaciones, el moderno geopolítico árabe por excelencia. Buscado activamente por las fuerzas armadas estadounidenses, aunque sin éxito (a finales de 2004), no es tanto un hombre de acción como un teórico de lo que divide las «civilizaciones» islámica y occidental (Ilustración 6.1). Tiene un efecto hipnotizador y carismático en los que le rodean, y mantiene un punto de vista claro sobre el mundo, que se basa en una determinada lectura, aunque peculiar y herética, del libro santo del Islam, el Corán. Sus agentes reclutan a seguidores de un modo parecido al del reverendo Moon y su Iglesia de la Unificación (y otras sectas): abordando a hombres jóvenes vulnerables que pertenecen a mezquitas y centros islámicos de la diáspora árabe, sobre todo en Alemania, Inglaterra y Norteamérica, así como estudiantes universitarios de Egipto, Argelia y Arabia Saudí, utilizando su alienación respecto al mundo occidental para convertirlos en fanáticos. Explotando las fronteras abiertas, la velocidad del transporte y de las telecomunicaciones de un mundo globalizado, se ha propuesto instaurar un mundo geopolítico distinto al que se avecinaba dominado por Estados Unidos. Al ser un producto de la globalización, él es todo menos una figura «tradicional», por muy antigua que alegara que es la tradición que se ha inventado. El mapa del mundo que hace es una imagen en espejo del de Huntington y otros profetas del «choque de civilizaciones». Al igual que los expertos occidentales Bin Laden colapsa la ontología en la geografía, movimiento clave de la imaginación geopolítica moderna. Las cualidades y los defectos

tienen tratamientos geográficos. Como los expertos citados no logra percibir la arbitrariedad de los «códigos civilizatorios» que caracterizan al mundo, pero a diferencia de ellos, él considera que el mundo islámico es superior y hay que protegerlo para que no lo contamine Occidente. Como ellos, desprecia el multiculturalismo, la igualdad de géneros y la tolerancia porque asocia estos ideales sociales con la degradación y la debilidad. Como ellos, y a diferencia del pensamiento político ortodoxo, descarta que el mundo de los Estados sea el modelo futuro de la política mundial, y da prioridad a la tarea de asegurar un «espacio-propio» (*home-space*) de la civilización islámica, que se define en contraposición a un Occidente que ha dominado el mundo árabe demasiado tiempo.

Los problemas de Bin Laden serán de tres tipos, sea cual sea el éxito inicial y posterior de sus actividades terroristas. El primero es que la versión del Islam que representa es particularmente puritana y violenta. Como han señalado comentaristas como Huntington: «El Islam actual alberga una compleja y pluralista diversidad de relaciones entre instituciones políticas religiosas» (Shapiro, 1999: 4). Cabe la posibilidad de que las circunstancias especialmente anómicas de Afganistán tras la invasión soviética de 1979-89, la posterior guerra civil, y la sequía hayan resultado favorables para la propagación de la percepción que tiene Bin Laden del mundo entre los partidarios, predominantemente pashtunes, del régimen de los talibanes. Es muy posible que los jóvenes árabes aislados de la realidad circundante, viviendo en residencias de estudiantes y hostales baratos en los países occidentales, sigan resultando fáciles de incorporar a sus filas. Pero las aspiraciones nacionalistas de los palestinos, las divergencias en la interpretación del Islam entre las ramas Suní y Chíi, las diferencias entre los árabes y otros musulmanes, los rasgos tolerantes de la mayoría de los estadounidenses musulmanes y la profunda atracción que ejercen el consumismo o la democracia, o ambas, en todo el mundo árabe actuarán en su contra. Las encuestas demuestran que la mayoría de los encuestados musulmanes y árabes manifiestan que comparten muchos de los valores de los estadounidenses u otros «occidentales», están a favor de los ideales democráticos, y, aunque desaprueban la política exterior de EE UU en Oriente Próximo, serían partidarios de que sus países tuvieran «mejores relaciones» con Estados Unidos (*The Economist*, 19 de Octubre de 2002: 43).

El segundo problema que se le plantea a Bin Laden y Al Qaeda es que los atentados terroristas del 11 de Septiembre de 2001 han contribuido a reasegurar la identidad estadounidense y más en general, las identidades occidentales que se habían empezado a debilitar tras el fin de la Guerra Fría. Durante la Guerra Fría la Unión Soviética representaba al Otro que servía para definir la identidad estadounidense. Así pues, la política exterior de EE UU avalaba la identidad estadounidense. En los noventa se produjo una gran nostalgia de aquel mundo, en particular entre los intelectuales de Estado y el complejo militar-industrial, que había dado sentido a su existencia y les había proporcionado generosos cheques. Al carecer de una amenaza o peligro abrumador, como la antigua Unión Soviética y sus misiles, la política exterior de Estados Unidos había perdido sentido y también coherencia. Este hecho había eliminado uno de los principales pilares en que se había basado la identidad

política típicamente estadounidense durante cincuenta años. No cabe duda de que Bin Laden ha contribuido a reestablecer una profunda sensación de peligro exterior que no se puede ignorar y que puede reorientar la política exterior de Estados Unidos. La consecuencia es una «guerra antiterrorista» de duración indefinida, en la que el poder de Estados Unidos tiene por objeto intentar poner a salvo la «patria» de EE UU de los enemigos tanto internos como externos. Osama Bin Laden es el nuevo enemigo número uno en torno al que se puede reorganizar la política exterior de EE UU y redefinir una identidad nacional con nuevos bríos.

El tercero es un problema que se puede y se debe crear a Bin Laden y sus seguidores. Se trata de cuestionar la plausibilidad de la historia de un «Occidente» singular, la geografía moral, si se quiere, en la que prospera Bin Laden: un mundo secular, consumista, en bancarrota espiritual, amoral y excluyente que no valora nada que no sea el «balance final» y un crecimiento económico constante a cualquier precio. En la sombra proyectada por los peores atentados terroristas presenciados en suelo estadounidense, los estadounidenses pueden empezar a preguntarse qué han provocado en el mundo y cómo deberían cambiar para que todo el mundo fuera un lugar mejor donde vivir. Evidentemente, los estadounidenses podrían limitarse a seguir igual, imponiendo su hegemonía económica y militar para mantener el mundo a raya. Pero ellos, y otros, podrían empezar a cuestionar las abstracciones geopolíticas que convierten a los lugares en artículos geopolíticos, a los pueblos en títeres de las superpotencias y de las redes terroristas que aspiran a tener un poder parecido, ya sea para producir los escombros de Kabul o el derribo de las torres del *World Trade Center*.

I.3. *Del estadocentrismo a la unipolaridad de Estados Unidos*

Un tercer escenario desconfía que haya cambiado algo respecto al papel de los Estados, en concreto, y a la naturaleza de la geopolítica, en general. Desde este punto de vista, todo lo que ha cambiado es que un Estado, Estados Unidos, ha adquirido la supremacía global. El gobierno estadounidense, que estaba dispuesto a adoptar una actitud de no intervención antes del 11 de septiembre de 2001, proponiendo un escudo antimisiles nacional, oponiéndose a los acuerdos internacionales y adoptando en general una actitud hostil a la idea de una «comunidad internacional», decidió después pasar a la ofensiva. El paso de un «realismo» defensivo a uno ofensivo implica apostar por el imperio aunque se plantee en términos de una eterna «guerra contra el terrorismo» y contra los Estados que se considera que apoyan el terrorismo (como Irak y su líder, Sadam Hussein). En este escenario el siglo XXI promete convertirse en el auténtico «Siglo Americano».

La premisa fundamental de este escenario es que no hay alternativas relevantes al ejercicio del poder estadounidense. Este poder tiene tres aspectos principales, sopesados en diversos grados por distintos comentadores y profesionales. El dilema es que esos tres aspectos no son necesariamente compatibles y es evidente que dan muestras de que son intrínsecamente contradictorios. El primero es militar. En esta categoría no hay quien se pueda equiparar a Estados Unidos (Figura 6.3). En con-

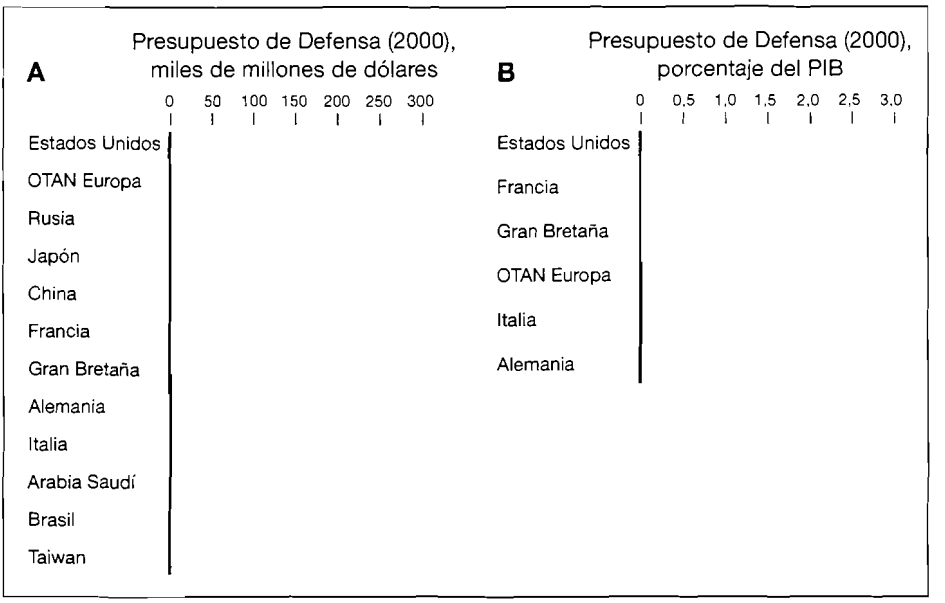


Figura 6.3 *Presupuestos de defensa por países*, absoluto (A) y relativo (B) (año 2000)
FUENTE: El autor de varias fuentes

tra de las predicciones que se hacían en los ochenta respecto al declive estadounidense, con la desaparición de la Unión Soviética Estados Unidos se ha impuesto como hiperpotencia militar global. La capacidad militar de Estados Unidos tiene una superioridad tecnológica aparentemente incuestionable. Este factor tiene los dos efectos simultáneos de tentar a los gobiernos estadounidenses a que emprendan arriesgadas intervenciones en todo el mundo, y de hacer vulnerable el «territorio nacional» estadounidense a guerras «asimétricas»: la utilización de terrorismo con o sin armas de destrucción masiva. Si la declaración de guerra a Irak de 2002 pertenece a la primera categoría, los atentados terroristas de 2001 pertenecen a la segunda. La capacidad militar y los planes para utilizarla reflejan dos temores: el aumento del terrorismo global contra objetivos estadounidenses en su propio territorio y en el extranjero y el surgimiento de posibles rivales globales, de China sobre todo. Esas han pasado a ser las cuestiones principales desde el advenimiento del gobierno de G. W. Bush en 2001. Si los gobiernos de Clinton de los años noventa se habían dedicado a integrar al resto de los Estados principales del mundo en un orden liberal-trasnacional basado en normas, el gobierno de Bush se ha ocupado fundamentalmente de acometer una ambiciosa reinstauración del realismo ofensivo:

> previniendo de todas las formas posibles el surgimiento de un rival o la combinación de rivales peligrosos para EE UU, en cualquier parte del mundo, y oponiéndose no sólo a cualquier aspirante a hegemón rival, sino incluso a la posibilidad de que otros Estados desempeñen el papel de gran potencia en su propia región (Lieven, 2002: 9).

No tiene nada de extraño que este enfoque haya resultado muy popular entre los grupos nacionalistas en Estados Unidos y en países extranjeros, como Israel, que perciben ventajas para ellos en una política exterior estadounidense más agresiva. «El nuevo trazado del mapa» de Oriente Medio con el derrocamiento de Sadam Hussein en Irak y las amenazas a los actuales regímenes de Irán y Siria, por ejemplo, sirve para garantizar tanto la superioridad militar israelí en la región como el suministro de petróleo a largo plazo a la voraz economía estadounidense. Lo que es más sorprendente es que la «vuelta» de un estadocentrismo explícito —una de cuyas manifestaciones es el eventual intento de Estados Unidos de forjar un imperio global— como pieza central de la política mundial encuentre apoyo en elementos de la izquierda política (por ejemplo, Gowan, 2002), tanto por su rechazo de la «hipocresía» que suponía la «comunidad mundial» de la que hablaba Clinton, etc., como por la reinstauración del Estado como actor y objetivo principal del cambio político. La nostalgia de las antiguas certezas se resiste a morir en todo el espectro político.

Pero hay fuerzas compensatorias. Como han señalado muchos comentaristas, entre los que se puede incluir a Anatol Lieven (2002) y John Ikenberry (2002), por ejemplo, el secreto del éxito que anteriormente había tenido Estados Unidos como potencia hegemónica se basaba en su capacidad para convencer a otros países de que siguieran su ejemplo. Además, es probable que «un dominio mundial unilateral basado en una superioridad militar absoluta» no resulte atractivo para gran parte de la opinión pública estadounidense y para los sectores del capital estadounidense invertidos en negocios transnacionales (Lieven, 2002). Eso se debe asimismo en no poca medida a que la base económica del poder estadounidense presiona en la dirección contraria.

La segunda dimensión es indudablemente la del poder económico de Estados Unidos. En su calidad de fuerza suprema de la economía mundial desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha procurado que la economía mundial se abriera a un flujo relativamente libre de capital y comercio en beneficio de su economía nacional y de los capitalistas que la controlan. No obstante, podría resultar que esta base económica a largo plazo del poder estadounidense actuara contra el modelo neoimperial implícito en la militarización de la política exterior de Estados Unidos a partir de 2001. Pero, paradójicamente, ¡en muchos casos se considera que ese es otro de los canales que se utiliza para el ejercicio unilateral del poder de Estados Unidos! No cabe duda de que el fácil acceso o el control de los recursos fundamentales, como el petróleo, actúa en esa dirección, pero, en realidad, gran parte del poder económico estadounidense se ha basado precisamente en evitar el control directo de lugares lejanos. El éxito logrado por Estados Unidos como Gran Potencia ha conllevado aplastar o debilitar imperios estatistas de una u otra índole. Si en los años cuarenta fueron la Alemania nazi y el Imperio japonés, desde los años cuarenta hasta los ochenta fue la Unión Soviética. Hoy en día sus políticas económicas están debilitando el neomercantilismo de Estado de Japón y Corea del Sur. China ya ha avanzado hacia una economía capitalista más audaz, estimulada en gran medida por la apertura de la economía estadounidense a las exportaciones chinas. La

faceta curiosa de la contención estadounidense de la Unión Soviética durante la Guerra Fría fue un internacionalismo dedicado a *expandir* —en vez de restringir— el desarrollo económico con el fin de estabilizar y reavivar la economía de Estados Unidos. Aunque esa forma de proceder a menudo iba en contra del aspecto militar de la Guerra Fría, en la reacción estadounidense a las revoluciones antiimperialistas en Corea, China y Vietnam, concretamente, ahora está implícita en la máxima de Deng Xiaoping: «hacerse rico es magnífico». Así pues, una economía mundial hecha por los EE UU ha proporcionado la base para la globalización que aglutina en la actualidad a importantes zonas del mundo. El problema es que la economía estadounidense no siempre ha resultado beneficiada «de forma natural»: en los años setenta y ochenta Estados Unidos tuvo auténticos problemas económicos a causa de las propias políticas que sus gobiernos habían puesto en marcha. Durante los años noventa el gobierno de Clinton emprendió una agresiva política económica para remediar la situación promocionando las exportaciones de productos estadounidenses, abriendo determinadas economías a las exportaciones de servicios de EE UU y utilizando el dólar estadounidense para manipular la economía mundial en beneficio de Estados Unidos. Si ese tipo de medidas seguirán reportando beneficios duraderos a Estados Unidos o no continúa siendo una cuestión sin resolver. El propio éxito de la apertura de la economía mundial que llevó a cabo Estados Unidos le hace vulnerable en la actualidad a fluctuaciones externas. Lo que es más seguro es que un imperialismo estadounidense agresivo conllevará costes económicos que la economía de EE UU está cada vez peor preparada para afrontar. El derrocamiento de regímenes y la reconstrucción de países, como se planteó en el caso de Irak en 2002, es una empresa costosa para un país como Estados Unidos que, aunque sea la economía nacional mayor del planeta, también tiene el mayor déficit en la balanza de pagos del mundo y una enorme deuda estatal que va en aumento (Nordhaus, 2002).

Por último, los líderes del gobierno de EE UU son los únicos actores libres para elegir el equilibrio de fuerzas y el acuerdo en el cálculo hegemónico en el centro de la política mundial. Pero es posible que las dimensiones militar y económico-cultural de la presencia estadounidense en la política mundial sean dos cosas bastante distintas. Durante la Guerra Fría actuaron conjuntamente porque sus objetivos eran diferentes. El objetivo del poder militar era principalmente poner freno al poder y la influencia de la Unión Soviética. En cambio, la influencia político-económico se concentraba en reconstruir las economías destrozadas por la guerra de Europa y Japón y ligarlas a la *Pax Americana*. Tras el final de la Guerra Fría los gobiernos estadounidenses se enfrentan al reto de equilibrar la coacción con el acuerdo. La ausencia de «un peligro común» ha hecho que ese equilibrio resulte muy difícil, motivo del giro de 180 grados que ha supuesto el gobierno de G. W. Bush respecto al de Clinton. Temporalmente, al menos, tras el 11 de Septiembre de 2001, el tema militar está en alza exacerbado por el nacionalismo popular americano, por las nuevas armas electrónicas de las que sólo dispone el ejército de EE UU, por los temores en torno a la accesibilidad de los suministros de petróleo y por el atractivo que supone una «guerra contra el terrorismo» de duración indefinida. Pero esta fórmula ha funcionado mal con Europa porque las clases políticas europeas y sus pueblos se

han acostumbrado a una relación diferente con Estados Unidos. La hegemonía que antes ejercía Estados Unidos tenía una mezcla de coacción y acuerdo, especialmente en lo que a Europa se refería. El cambio excesivo en dicha postura puede debilitar la posición política global de EE UU precisamente cuando su poder militar está en su apogeo. A diferencia de hegemones anteriores, si Estados Unidos opta por el imperio es posible que lo único que logre sea debilitar el mismo mundo que pretende estar creando desde hace tiempo.

II. CONCLUSIÓN

¿Qué conclusión podemos sacar de estos distintos escenarios? Me parece que hay una tensión inherente entre el mundo globalizado patrocinado por Estados Unidos —y que ahora también ha producido redes de terror global y de narcotraficantes internacionales— y el papel de EE UU como fuerza imperial de la política mundial. Aunque de momento no haya un rival claro de la hegemonía global de Estados Unidos, cada vez hay más posibilidades de que surja un mundo donde esa hegemonía sea puesta en cuestión si adopta un fundamento unilateral y coactivo. Así pues, es muy posible que este sea un momento adecuado para preguntarse si acaso la propia imaginación geopolítica moderna, que está en mayor o menor grado en la base de todos estos escenarios, no debería jubilarse de la escena global por caduca. La atracción que ejerce la globalización reside en parte en las posibilidades que ofrece para que haya un mundo donde se deje de oír la exclamación «*Aníbal ad portas*» («¡Aníbal está en las puertas!», versión romana del posterior «¡Qué vienen los rusos!»). No obstante, todavía no podemos confiar en que eso vaya a ocurrir. El mundo sigue estando controlado por otra máxima que ha perdurado siglos pero que hasta ahora nunca ha conseguido dar lugar a lo que promete: *si vis pacem, para bellum* («si quieres la paz, prepárate para la guerra»).

CAPÍTULO 7

CONCLUSIONES

El objetivo de este libro es examinar de forma analítica los comienzos y el desarrollo de la imaginación geopolítica moderna, poniendo de manifiesto los elementos que la componen y en qué forma se combinan en diferentes circunstancias materiales y, a consecuencia de disputas y contradicciones, se suceden una serie de épocas geopolíticas distintas. En estas conclusiones repito las premisas en las que se basa el libro, planteo una serie de posibles críticas que se podrían aducir, y por último expongo algunas ideas que contemplan la geografía política mundial de una forma distinta.

I. LA REVISIÓN DE LAS PREMISAS TEÓRICAS

La perspectiva del libro parte de dos premisas teóricas. La primera es que en el ámbito de la geografía política lo intelectual y lo político no son separables. Desde sus orígenes, la geografía política ha servido al arte de gobernar, fundamentalmente de ciertos Estados; pero esta disciplina pretende haberlo hecho desde la objetividad, casi siempre desde una óptica no sesgada. Esta contradicción es bastante problemática, y entiendo que invalida todo el planteamiento. Al igual que los exploradores de Australia que vimos en el capítulo 2, los estudiosos y los practicantes de la política mundial han encontrado lo que querían porque lo sabían desde el principio. Lo que sabían mantenía la rueda de la geopolítica girando indefinidamente. Nunca podían sorprenderse. Nunca podían ver que había un punto de vista nativo que podía merecer la pena que se tuviera en cuenta. No había posibilidades para la búsqueda de características y argumentos comunes. Como dijo e hizo Cesar cuando llegó a Gran Bretaña: «Llegamos, vimos, vencimos».

La segunda premisa es que la construcción de la imaginación geopolítica moderna no se hizo de una vez. Aunque los pilares o principios fundacionales han seguido siendo más o menos los mismos, el producto final ha experimentado una serie de importantes transformaciones con el cambio del mundo político que pretendía desvelar y reflejar. La imaginación o las ideas no existen «ahí fuera» o sólo en los textos y los documentos, sino que están implícitas en las prácticas o en la acción social. Para sobrevivir y abrirse camino tienen que haberse transmitido de generación a generación por ser de sentido común o constituir una guía para la acción, así como haberse adaptado satisfactoriamente a los retos y al cambio de contextos históricos.

II. LA DISCUSIÓN DE LAS CRÍTICAS

Estas premisas y los argumentos que desarrollo a partir de ellas son algo diferentes de otros trabajos recientes sobre geografía política, política mundial y geopolítica. Es de vital importancia señalar que se ha encontrado que la imaginación geopolítica moderna existe con anterioridad a la primera utilización de la propia palabra geopolítica. No veo ningún problema con esto. Sólo un nominalismo lingüístico extremo que da a las palabras un poder causal excepcional lo negaría. Yo presento un argumento histórico para demostrar que determinadas interpretaciones geográficas han estado en la base de las acciones de las elites políticas, y que la geografía política —y otras disciplinas— han tomado esas interpretaciones como base de sus argumentaciones. Aunque el análisis de los textos de los autores que utilizan explícitamente el término geopolítica no está excluido de este planteamiento, tengo la impresión de que dedicarse exclusivamente a esta tarea se queda corto. El papel de la imaginación geopolítica moderna en la política mundial se demuestra mejor en sus consecuencias prácticas durante un largo período de tiempo que en el examen de las afirmaciones de los máximos exponentes de la disciplina. Uno de los retos para algunos de los autores contemporáneos es decidir si están interesados en la historia del pensamiento geográfico o en la historia de la imaginación geopolítica moderna, o al menos tener claro cuál es cuál.

El enfoque que adopto para entender la elaboración de la imaginación geopolítica moderna es historicista, porque no da por sentada la existencia de una serie de creencias, conocimientos, actitudes y prácticas rígidas que permanecen invariables en lo esencial a través de los siglos. Al contrario, mi enfoque parte de la idea de que se producen cambios en el meollo de la imaginación geopolítica moderna como consecuencia del cambio de los tiempos. Las cambiantes condiciones tecnológicas, económicas, sociales y políticas son especialmente importantes. Ésta también es una postura controvertida, porque lo habitual es presentar alguna característica del pasado reciente o lejano —las argumentos sobre el significado de las categorías raciales, supongamos — y proyectarla hacia delante o hacia atrás en el tiempo, como si no tuvieran una trayectoria histórica característica y fueran características estructurales del pensamiento. En todos los capítulos, y sobre todo en el capítulo 5, he intentado poner de manifiesto la dependencia del contexto histórico que tienen la sustancia y la utilización de la imaginación geopolítica moderna. Cualesquiera que sean las deficiencias de la periodización utilizada en el capítulo 5, el hecho de agregar «moderna» a la «imaginación geopolítica» plantea el arraigado sentido de dependencia histórica que creo que debe asumir toda explicación sobre el funcionamiento de las argumentaciones geográficas en la política mundial. Este planteamiento se acepta de buen grado cuando se piensa en el reciente desmoronamiento de la geopolítica de la Guerra Fría, tal y como se formula en expresiones como «repensar la geopolítica», pero parece más difícil de admitir cuando se examina el pasado. Parece que el temor a recibir críticas por la periodización que se adopte provoca renuencia a cualquier tipo de planteamiento de carácter histórico.

III. MAS ALLÁ DE LA GEOPOLÍTICA

Un tema que ha estado presente en todos los capítulos es que las condiciones actuales no son propicias para que permanezca la imaginación geopolítica tal y como la hemos conocido en el pasado, aunque haya continuos intentos de insuflarle nueva vida, como pone de manifiesto el ejemplo de Brzezinsky (1997). El hecho de que haya perdido mucho de su atractivo intelectual, aunque no del todo el político, plantea, efectivamente, que la posibilidad de repensar la geopolítica también depende del cambio de las circunstancias históricas. No cabe duda de que este es un momento adecuado para repensar la histórica dependencia de la geografía política respecto a la imaginación geopolítica. Una vez más, algunos autores no estarán de acuerdo. Desde mi punto de vista, la situación actual plantea la necesidad de abandonar el compromiso *a priori* con las escalas geográficas global y nacional-estatal que en cierto modo acaparan todas las posibles influencias causales en la política mundial. Esta postura implica desestimar tanto el *statu quo* como la búsqueda de una «nueva» imaginación geopolítica construida sobre viejos principios. Lo que se necesita es una imaginación *geográfica* que tome en serio los lugares como escenarios de la vida humana y que trate de interpretar la política mundial desde el punto de vista de la repercusión que tiene en el bienestar material y en la identidad de los pueblos de distintos lugares. Este planteamiento implicaría tratar diversas cuestiones: las identidades nacionales y otras identidades en épocas de enormes movimientos de población y de diáspora, las crecientes desigualdades globales, el creciente papel de las regiones y de las localidades en la regulación del crecimiento económico, el surgimiento del supranacionalismo a escala tanto internacional como regional y, sobre todo, el creciente impacto de la globalización de la producción y de las finanzas en los Estados y las localidades de todo el mundo.

En la imaginación geopolítica moderna el poder se ha definido estrictamente como la capacidad de obligar a los demás a hacer algo que tú (persona, Estado) quieres y, al menos desde el siglo XIX, se ha relacionado cada vez más con los Estados territoriales. Sin embargo, la espacialidad del poder no tiene por qué reducirse siempre a la territorialidad de los Estados. Se pueden señalar por lo menos cuatro modelos de espacialidad del poder, cada uno de los cuales ha predominado en distintas épocas de orden geopolítico. Cada uno de esos modelos está estrechamente relacionado con una determinada serie de circunstancias político-económicas y tecnológicas. Por tanto, la espacialidad del poder preponderante ha variado con el cambio de las circunstancias materiales y de los modos imperantes de entenderlas. Este enfoque de la historicidad de la espacialidad implica que tanto las fuerzas materiales como las perspectivas o representaciones intelectuales interactúan para producir la espacialidad del poder preponderante en una era histórica concreta. Pero cada una tiene asimismo una validez sïncrónica puesto que el poder político de todas las épocas nunca puede limitarse a una de ellas exclusivamente. Mejor dicho, en un sentido equivalente al de la justamente reputada investigación de Karl Polanyi (1944) sobre la sociedad de mercado desde el punto de vista del surgimiento del intercambio mercantil a expensas de la reciprocidad y la redistribución como principios

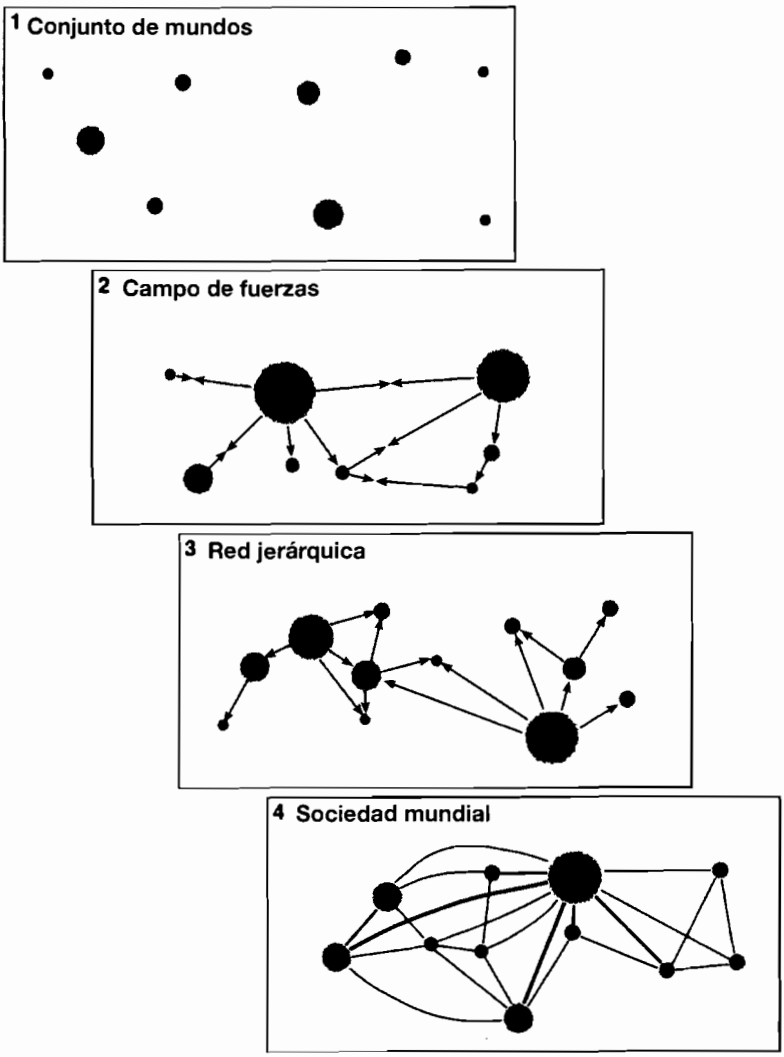


Figura 7.1 *Las espacialidades del poder*
FUENTE: Reproducido de Durand *et al.* (1992: 18)

de integración económica, cuando un modelo alcanza el papel predominante, los demás no se ven eclipsados sino que pasan a ocupar papeles subordinados o incipientes. Así pues, los modelos ofrecen una forma no sólo de «historizar» el poder político, sino también de explicar la complejidad de la espacialidad del poder en cualquier época histórica (Figura 7.1).

El primer modelo es el de un «conjunto de mundos». En este modelo los grupos humanos viven en áreas culturales o civilizaciones distintas que tienen escasa interacción o comunicación entre ellas. Los nodos en este caso son «las civilizaciones». Cada zona tiene la sensación de que lo que hay tras sus fronteras es totalmente

distinto, pero carecen totalmente de nociones concretas sobre los demás. Las formas comunales de construcción social tienen lugar en un entorno territorial de asentamientos permanentes con flujos de emigrantes y movimientos estacionales, pero cuyas fronteras exteriores son poco claras. El tiempo es cíclico o estacional, y las dinastías o las estaciones se reemplazan unas a otras en una secuencia natural. El poder político está en gran medida orientado al interior y tiene por objeto mantener la dinastía y el orden interno. Su espacialidad reside en una concepción marcadamente física del espacio como distancia que hay que conquistar o circulación que hay que lograr.

El segundo modelo es el de un «campo de fuerzas». Los nodos son en este caso los Estados. Este es el modelo geopolítico que concibe los Estados como elementos territoriales definidos rígidamente en que todo Estado sólo puede adquirir poder a expensas de los demás y todos los Estados controlan totalmente su propio territorio. Es parecido a un campo de fuerzas en mecánica en el que todos los Estados ejercen presión unos contra otros, y el el resultado de esa lucha mecánica depende de la población y los recursos que cada uno ponga sobre el tapete. El éxito también depende de la creación de bloques de aliados o de clientes y de la detección de puntos espaciales de vulnerabilidad en la situación de los adversarios. Todos los atributos de la política, como los derechos, la representación, la legitimidad y la ciudadanía, se restringen al territorio de los propios Estados. Se supone que el reino de la geopolítica queda al margen de esos asuntos. La fuerza y el uso potencial de la fuerza es la norma suprema fuera de las fronteras estatales. El tiempo se ordena utilizando un fundamento global racional de modo que los trenes puedan ser puntuales, los trabajadores puedan llegar al trabajo a tiempo y las fuerzas militares puedan coordinar sus actividades. Así pues, la espacialidad preponderante es la de la de la territorialidad-estatal, donde los límites políticos albergan la mayoría de las actividades sociales, económicas y políticas.

El tercero en la lista de los modelos es el de la «red jerárquica». Los nodos son las ciudades-región. La estructura espacial en la que están insertados es una economía mundial de núcleos, periferias y semiperiferias geográficos ligados por diversos flujos de mercancías, personas e inversiones. Las transacciones que se basan fundamentalmente en el intercambio mercantil producen pautas de desarrollo desigual puesto que los flujos mueven el dinero en redes de comercio y de comunicación que producen concentraciones de abundancia o de pobreza relativa en distintas regiones. En la escala local, sobre todo la de los centros urbanos, las zonas de influencia, los *hinterlands*, son conectados con un mundo más amplio, cuyo ámbito geográfico se ha hecho cada vez planetario durante los últimos quinientos años. El poder político depende de dónde esté un lugar ubicado en la jerarquía de emplazamientos que abarca desde los centros globales hasta las periferias rurales. El tiempo es el que organiza el ámbito geográfico y el ritmo temporal de las transacciones financieras y económicas. La espacialidad es la de las redes espaciales que ligan entre sí una jerarquía de nodos y zonas que están conectadas por flujos de personas, mercancías, capital e información. Hoy en día esas redes son particularmente importantes en la conexión de las ciudades-región que

constituyen los nodos en torno a los que se organiza cada vez más la economía global.

El cuarto, y último, modelo es el de la «sociedad mundial integrada». Los nodos en este caso son las agrupaciones sociales. Este modelo se ajusta al ideal humanista de un mundo en que tanto la comunidad cultural como la identidad política y la integración económica están estructuradas en una escala global. Pero también refleja una mayor conciencia de la existencia de problemas globales comunes (como los medioambientales) que no respetan las fronteras estatales, de la inutilidad de las guerras entre Estados debido a las armas nucleares y las ventajas que en la guerra moderna ofrece la defensa en comparación con el ataque, y del crecimiento de una «opinión pública» internacional. Este modelo da prioridad a la comunicación a escala global basada en redes entre diversos actores que carecen relativamente de jerarquía y cuya intensidad mayor o menor depende de la voluntad de los propios actores. El tipo de conexión, parecido a brotes, lleva a algunos a contemplarlas (con un término popularizado por el filósofo Gilles Deleuze) como una especie de rizomas de ciertas plantas que se extienden produciendo retoños en múltiples pero impredecibles direcciones. Tanto el tiempo como el espacio de definen tanto por el ritmo como por la forma de espaciar las actividades humanas, y uno y otra son espontáneos y recíprocos. Llega un momento en que no se puede distinguir el espacio real del espacio virtual. Es evidente que este modelo tiene una fuerte dosis de utopía pero también refleja algunas de las incipientes propiedades de un mundo más interconectado que es el que se está creando actualmente.

En el mundo contemporáneo hay muestras de la presencia conjunta de todos estos modelos, los antiguos modelos territoriales más o menos en declive y los últimos modelos de redes que en cierta forma resurgen tras un período de cien años en que destacaba el modelo de campo de fuerzas —aunque no fuera el único existente—. Si la tendencia al separatismo regional augura una fragmentación que puede afianzar el modelo del campo de fuerzas al surgir nuevos Estados, la globalización económica y la unificación cultural global contribuyen a afianzar los modelos de la red jerárquica y de la sociedad mundial integrada. No obstante, el avance hacia la unificación político-económica (como en la Unión Europea) y el desarrollo de movimientos culturales con un notable elemento territorial (como los movimientos fundamentalistas islámicos que están a favor de una comunidad política territorial panislámica) tienden a presionar para que se reafirme un conjunto de mundos.

Sin embargo, desde el punto de vista histórico ha habido un paso de un modelo a otro en calidad de elemento hegemónico o rector. En esta línea se puede plantear un esquema teórico en el que, en primer lugar, el modelo del conjunto de mundos diera paso lentamente al modelo del campo de fuerzas alrededor de 1500 d. C. (Figura 7.2). Mientras este modelo estaba estableciendo su supremacía, empezó a surgir la red jerárquica en y en torno al marco de referencia que supone el sistema de Estados. En la época del colonialismo europeo, la parte del mundo en que los Estados se reconocían entre sí como legítimos actores estaba totalmente separada de las regiones a las que se negaba dicho estatus. Desde 1945 el modelo de red jerárquica ha ido adquiriendo mayor predominio en la distribución del poder político.

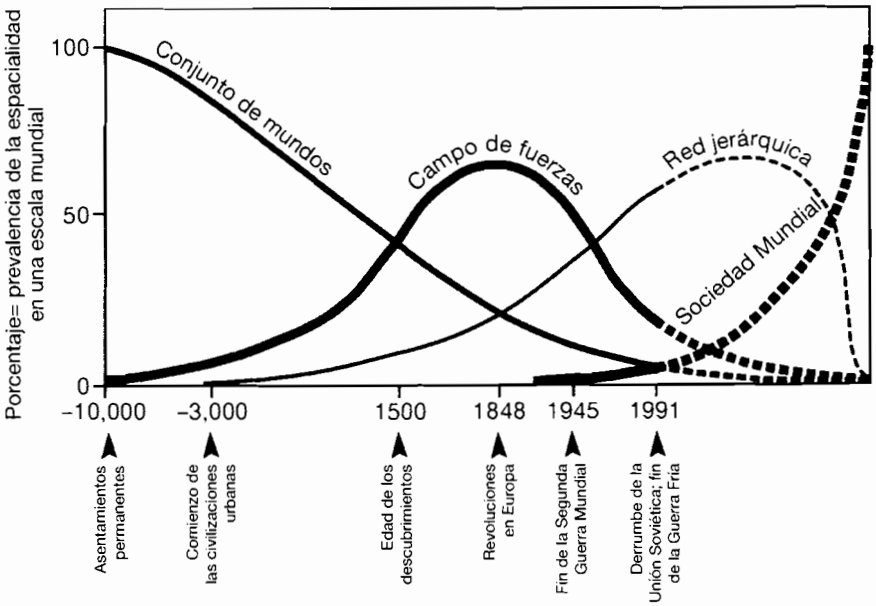


Figura 7.2 *Diacronía de las espacialidades del poder*
FUENTE: Reproducido de Durand *et al.* (1992: 18)

Tras el fin de la Guerra Fría, que había producido una importante reinstauración del modelo del campo de fuerzas, está en auge el modelo de red jerárquica, aunque hay muestras de una incipiente tendencia al modelo de sociedad mundial integrada. Pero este modelo está todavía en mantillas.

Claro está que este marco de referencia es exclusivamente indicativo de tendencias a largo plazo. Pero lo que sí ofrece es un sentido de espacialidad histórica del poder político, asociado en distintas épocas con distintas modalidades dominantes de espacialidad. Desde este punto de vista, la escala del Estado-territorial es una más de una serie de escalas geográficas que están implicadas en la organización y expresión del poder político. En cada uno de los cuatro modelos se destacan distintas relaciones entre las escalas geográficas: desde la regional mundial y las escalas locales en el modelo del conjunto de mundos, pasando por las escalas del Estado-territorial y global del modelo del campo de fuerzas, hasta las complejas conexiones centro-periferia y global-local de los modelos de la red jerárquica y de la sociedad mundial integral. Lo que está claro es que la concepción del poder del Estado-territorial no es un rasgo trascendental de la historia humana moderna sino un rasgo históricamente contingente de la relación entre escalas geográficas en la definición y concentración de prácticas políticas.

No obstante, una agenda política e intelectual que se base en la concepción del poder desde la perspectiva de diferentes modelos geográficos, se verá alterada necesariamente si sólo se considera «correctora» de la imaginación geopolítica moderna. Tras demasiadas generaciones de determinismo geográfico global y de supremacía

del Estado, y tras el centenario de la primera vez que se usó la palabra «geopolítica», los geógrafos políticos y otros especialistas deben decidirse por fin entre ser agentes de una imaginación que ha acarreado múltiples desastres a la humanidad o tratar de entender los rasgos comunes y las diferencias geográficas en sí mismas. Dicho de otro modo, ya es hora de tomar partido. Pero antes es preciso que seamos conscientes de nuestros viejos hábitos de pensamiento y acción y que los superemos: *vincit qui se vincit* («venció, aquel que se venció a sí mismo»).

GLOSARIO DE TÉRMINOS

cosmografía Ciencia del mundo en la que la estructura del cosmos en general y del mundo en particular se describían a modo de inventario exhaustivo de particularidades. En él se incluían tanto folclore (saberes populares) como observación documentada, pero siempre desde el punto de vista de una imagen preexistente del mapa mundial que había que rellenar. Fue popular en los siglos XV y XVI, pero más tarde se eclipsó ante el empuje de la geografía y antropología modernas.

discurso Marco o contexto en el que se utilizan las palabras y adquieren un significado específico. En el discurso geopolítico, palabras como «subdesarrollo», «raza», «corazón continental» y «gran potencia» adquieren su significado en relación con otras palabras dentro de una corriente de pensamiento, que sirve para orientar e interpretar las prácticas y las acciones.

elites Grupos de altos cargos gubernamentales, líderes políticos, expertos en política exterior y sus colaboradores más directos que existen en todo el mundo y que llevan a cabo, influyen e interpretan la política mundial. En relación a la política exterior, estos grupos incluyen tanto a practicantes como «intelectuales de Estado».

espacialidad Manera de concebir el espacio terrestre, en la medida que influye en la organización de un fenómeno concreto, como el poder o las relaciones sociales.

Estado El gobierno de un territorio delimitado que reivindica la autoridad política y legal y el monopolio legítimo de la fuerza y otros poderes soberanos en toda su jurisdicción. A menudo se conjuga con la idea de nación (un pueblo con características comunes) para crear el Estado-nación, en el que se produce el emparejamiento territorial de la nación y el Estado.

Estado-nación Estado donde los límites territoriales también contienen a la nación de la que el Estado afirma que es representante.

geopolítica Estudio de la repercusión de las distribuciones y divisiones geográficas en la marcha de la política mundial. Originalmente, se refería al impacto de la disposición espacial de los continentes y océanos y de la distribución de los recursos humanos y naturales en las relaciones interestatales. En la actualidad, el término también se refiere al examen de todos los supuestos, designaciones e interpretaciones geográficas que intervienen en la elaboración de la política mundial —como ocurre en la geopolítica crítica—, y como todos ellos cambian en concordancia con las condiciones materiales —geopolítica histórica—.

globalización Los procesos e ideas asociados a un mundo en el que la información, el comercio, las inversiones, las finanzas y los fenómenos culturales influyen cada vez más en todo el mundo y están cada vez menos sujetos a una regulación efectiva por parte de los Estados —en particular los más poderosos— a diferencia de lo que ocurría en el pasado. Esta tendencia en una de sus formas más extremas se piensa que conduce a un mundo de «flujos» que reemplaza al mundo de «territorios» que ha caracterizado el mundo moderno. Pero incluso los flujos requieren una base en algún lugar, aunque ésta no tiene por qué estar en la misma escala que la que están los actuales Estados. El término se usa también para referirse al surgimiento de modos supranacionales de regulación política de la economía mundial (la Unión Europea, las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, etc.). A estos hechos quizás se les podría aplicar mejor términos tales como «regionalismo» o «globalismo»

grandes potencias Estados e imperios que ejercen el dominio o liderazgo en una época concreta.

hegemonía Principios y reglas fundamentales que rigen las prácticas económicas y políticas de un período determinado, tal y como los aceptan las coaliciones de elites. En ocasiones, se asocia la política mundial al dominio de ejercido por un solo Estado (hegemón). Esta acepción también implica que el dominio no suele ser simplemente coercitivo, sino que incluye también el control sobre las «reglas del juego» o el diseño de la agenda política.

ideología Concepción estructurada acerca de cómo funciona el mundo y en interés de quién. En una de sus acepciones, ideología o ideológico es un calificativo que se utiliza para descalificar a la oposición política, implicando que sus ideas son falsas y erróneas. En otras ocasiones se califica de ideología a cualquier modelo de pensamiento cuyo objetivo sea «desenmascarar» las apariencias del mundo.

imaginación geopolítica moderna Visión del mundo y de su funcionamiento geográfica que acompañó al surgimiento del Estado y del capitalismo en Europa, y que fue estimulada por los encuentros de los europeos con el resto del mundo y, a la vez, orientó estos encuentros.

liberalismo transnacional Una serie de ideas y de prácticas asociadas con un tipo de organización económica no circunscrita por las fronteras de los Estados sino que incorpora la totalidad del mundo como espacio potencial para la inversión, el comercio y la producción.

marca Área fronteriza frecuentemente disputada por los Estados vecinos. Se puede referir también a un Estado aprisionado entre vecinos más poderosos.

mercantilismo Doctrina económica que prevaleció en Europa desde el siglo XVI al XVIII, en la que los Estados regulaban firmemente la industria y el comercio sobre la base de cuatro supuestos: que las exportaciones a países extranjeros aumentaban el poder nacional; que las exportaciones eran preferibles al comercio interno y a las importaciones extranjeras; que la riqueza del Estado dependía básicamente de la posesión de oro y plata; y que la intervención del Estado estaba justificada por estos objetivos. Las ideas mercantilistas nunca desparecieron del todo, sino que resurgieron en conexión con la mayoría de los modos de or-

ganización territorial de la economía, entre los que figura la explotación de las colonias para el suministro de materias primas y metales preciosos.

nación Grupo de personas con una nacionalidad común (los lazos de parentesco y los cívicos suelen ser la base más común para la definición de la nacionalidad) que ocupan y reivindican un territorio histórico.

poder La capacidad de conseguir objetivos. A la hora de definirlo, se ha sobrevalorado el poder para coaccionar a otros (o poder *sobre*) a expensas del poder de acción (o poder *para*).

politeia *(polity)* Organización estructurada del poder en un grupo social que tiene una identidad característica, puede movilizar a miembros del grupo y perdura en el tiempo. Esta definición no sólo incluiría Estados territorialmente limitados sino que Iglesias, grupos de interés y movimientos sociales pueden ser tipos de *politeia.* Las *politeias* no tienen por qué estar organizadas territorialmente, y pueden coexistir en redes de poder e influencia estratificadas, superpuestas e interactivas.

sistema de Westfalia Conjunto de Estados que se reconocían entre sí que surgió lentamente por efecto del Tratado de Westfalia (1648) en el que se legisló por primera vez el derecho de un gobernante a una jurisdicción territorial exclusiva. Los nuevos Estados (incluyendo los viejos imperios y otras *politeias*) que han surgido con el tiempo, han querido que se reconociera que formaban parte de este sistema, aunque el modelo original europeo partía de una coincidencia aproximada entre Estado y nación. La creciente permeabilidad de los límites estatales con la globalización de la economía mundial, la falta de legitimidad y de eficacia de muchos Estados y la falta de correspondencia entre naciones y Estados han sido factores que han ido minando el requisito básico de jurisdicción exclusiva.

territorialidad estatal La asociación del Estado con un territorio concreto y bien definido.

Tres Mundos Los tres mundos del desarrollo tal y como se definieron en la Guerra Fría: el Primer Mundo de los Estados modernos capitalistas, el Segundo Mundo de Estados modernos pero comunistas y el Tercer Mundo al que pretendían extender su influencia los otros dos en abierta rivalidad.

BIBLIOGRAFÍA

ACHEBE, C. (1975) *Morning Yet on Creation Day*, Londres, Faber.

AGNEW, J. A. (1989) «The devaluation of place in social science», en J. Agnew y J. Duncan (eds.): *The Power of Place: Bringing Together Geographical and Sociological Imagination*, Boston, Unwin Hyman.

— (1993) «Representing space: space, scale and culture in social science», en J. Duncan y D. Ley (eds.): *Place/Culture/Representation*, Londres, Routledge.

— (1993) «The United States and American hegemony», en P. J. Taylor (ed.): *The Political Geography of the Twentieth Century*, Londres, Belhaven Press.

— (1994) «The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory», *Review of International Political Economy*, 1, 53-80.

— (2001) *Reinventing Geopolitics: Geographies of Modern Statehood*, Heidelberg (Alemania), Hettner Lectures, Institute of Geography of the University of Heidelberg.

— (2001) «Disputing the nature of the international in political geography», *Geographische Zeitschrift*, 89, 1-16.

— (2002) «Political power and geographical scale», en Y. H. Ferguson y R. J. B. Jones (eds.): *Political Space: Frontiers of Change and Governance in a Globalizing World*, Albany (New York), SUNY Press.

—, y CORBRIDGE, S. (1995) *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*, Londres, Routledge.

ALKER, H. (1996) *Rediscoveries and Reformulations: Humanistic Methodologies for International Studies*, Cambridge, Cambridge University Press.

ALLEN, B. (2002) *Lost Geographies of Power*, Oxford, Blackwell.

ANDERSON J. (ed.) (2002) *Transnational Democracy: Political Spaces and Border Crossings*, Londres, Routledge.

APPADURAI, A. (1988) «Putting hierarchy in its place», *Cultural Anthropology*, 3: 36-49.

APPLEGATE, C. (1990) A *Nation of Provincials: The German Idea of* Heimat, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

ARRIGHI, G., y SILVER, B. (eds.) (1999) *Chaos and Governance in the Modern World-System*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

AVISHAI, B. (1995) «The inseparables: for Israel, separation from Palestinians is a chimera», *The New Yorker*, 16 Octubre: 5-6.

BANFIELD, E. (1958) *The Moral Basis of a Backward Society*, Nueva York, Free Press.

BARNOUW, D. (1990) *Visible Spaces: Hanna Arendt and the German-Jewish Experience*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.

BARRY, K. (1997) «Paper money and English Romanticism. Literary side-effects of the last invasion of Britain», *Times Literary Supplement,* 21 de Febrero: 14-16.

BASSIN, M. (1987) «Race contra space: the conflict between German *Geopolitik* and National Socialism», *Political Geography Quarterly,* 6: 115-34.

— (1991) «Russia between Europe and Asia: the ideological construction of geographical space», *Slavic Review,* 50: 1-17.

— (1993) «Turner, Solov'ev and the «frontier hypothesis»: the nationalist signification of open spaces», *Journal of Modern History,* 65: 473-511.

BENN, S.I. (1967) «State», *Encyclopedia of Philosophy,* Vol. VIII, Nueva York, Collier-Macmillan: 6-11.

BERGER, J. (1972) *Ways of Seeing,* Londres, BBC Books.

BIERSTEKER, T. (1993) «Evolving perspectives on international political economy: twentieth-century contexts and discontinuities», *International Political Science Review,* 14: 7-33.

—, y WEBER, C. (eds.) (1996) *State Sovereignty as Social Construct,* Cambridge, Cambridge University Press.

BILLIG, M. (1995) *Banal Nationalism,* Londres, Sage.

BONDANELLA, P. y MUSA, M. (eds.) (1979) *The Portable Machiavelli,* Nueva York: Penguin.

BOROUJERDI, M. (1996) *Iranian intellectuals and the West: The Tormented Triumph of Nativism,* Syracuse (Nueva York), Syracuse University Press.

BOURDIEU, P. (1977) *Outline of a Theory of Practice,* Cambridge, Cambridge University Press. [Traducido al castellano por T. Kauf: *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción,* Barcelona, Anagrama, 1999]

BRANTLINGER, P. (1996) *Fictions of State: Culture and Credit in Britain, 1694-1994,* Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.

BROTTON, J. (1998) *Trading Territories: Mapping the Early Modern World,* Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.

BRZEZINSKI, Z. (1986) *Game Plan,* Boston, Atlantic Books [Trad. al castellano por A. Tiscornia: *El juego estratégico,* Buenos Aires, Planeta, 1988].

— (1997) *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives,* Nueva York, Basic Books [Trad. al castellano por M. Salomon: *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos,* Barcelona, Paidós, 1998].

BURCH, K. (1994) «The "properties" of the state system and global capitalism», en S. Rosow, N. Inayatullah y M. Rupert (eds.) *The Global Economy as Political Space,* Boulder (Colorado): Lynne Rienner.

BURLEIGH, M. (1988) *Germany Turns Eastward: A Study of* Östforschung *in the Third Reich,* Cambridge: Cambridge University Press.

CAMPBELL, D. (1992) *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity,* Minneapolis: University of Minnesota Press.

— (1997) *National Deconstruction: Violence, Identity and Justice in Bosnia,* Minneapolis, University of Minnesota Press.

CARALEY, D. J. (ed.) (2002) *September* 11, *Terrorist Attacks, and U.S. Foreign Policy,* Nueva York, Academy of Political Science.

CARINI, C. (1975) *Benedetto Croce e il partito politico,* Firenze, Olschki.

CARPENTER, R. H. (1995) *History as Rhetoric: Style, Narrative and Persuasion*, Columbia (South Carolina), University of South Carolina Press.

CARTER, P. (1989) *The Road to Botany Bay: An Essay on. Landscape and History*, Chicago, University of Chicago Press.

CASTELLS, M. (1996) *The Rise of the Network Society.* Oxford: Blackwell [Trad. al castellano por C. Martínez Gimeno y J. Alborás: *La sociedad red*, Madrid, Alianza, 2000].

CERNY, P. G. (1993) «The deregulation and re-regulation of financial markets in a more open world», en P. G. Cerny (ed.) *Finance and World Politics: Markets, Regimes and States in the Post-Hegemonic Era*, Aldershot (Reino Unido), Elgar.

CHABOD, F. (1961) *L'idea di nazione*, Bari, Laterza.

CHACE, J. (2002) «Imperial America and the Common Interest», *World Policy Journal*, 19: 1-9.

CHOMSKY, N. (1992) *Deterring Democracy*, Londres, Verso. [Trad. al castellano por M. Carol: *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica, 1992]

CHOW, R. (1996) «We endure, therefore we are: survival, governance, and Zhang Yimou's *To Live*», *The South Atlantic Quarterly*, 95: 1039-64.

COHEN, B. J. (1977) *Organizing the World's Money*, Nueva York, Basic Books.

— (1998) *The Geography of Money*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.

COLLINS, R. (1986) *Weberian Sociological Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.

CONNOLLY, W. 1989 *Political Theory and Modernity*, Oxford, Blackwell.

CONSTANTINE, S. (1986) *Buy and Build. The Advertising Posters of the Empire Marketing Board*, Londres, HMSO.

CORBRIDGE, S. E. (1986) *Capitalist World Development: A Critique of Radical Development Geography.* London: Macmillan.

CORBRIDGE, S. E. (1993) *Debt and Development.* Oxford: Blackwell.

COSGROVE, D. E. (1996) «Geography and vision», Conferencia Inaugural, Department of Geography, Royal Holloway, University of London, 29 de Febrero.

— (2001) *Apollo's Eye: A Cartographic Genealogy of the Earth in the Western Imagination*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

COWHEY, P. F. y ARONSON, J. D. (1993) *Managing the World Economy: The Consequences of Corporate Alliances*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press

COX, M. (1990) «From the Truman doctrine to the second superpower détente: the rise and fall of the Cold War», *Journal of Peace Research*, 27: 25-41.

COX, R. W. (1987) *Power, Production, and World Order: Social Forces in the Making of History*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1992) «Multilateralism and world order», *Review of International Studies*, 18: 161-80.

CRARY, J. (1990) *Techniques of the Observer: On Vision and Modernity in the Nineteenth Century*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.

CROCKER, C. (1977) «The social function of rhetorical forms», en J. D. Sapir y C. Crocker (eds.) *The Social Uses of Metaphor: Essays on the Anthropology of Rhetoric*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

CRONE, G. R. (1978) *Maps and Their Makers: An Introduction to the History of Cartography*, Hamden (Connecticut), Archon Books.

CROSBY, A. W. (1997) *The Measure of Reality: Quantification and Western Society, 1250-1600*, Cambridge, Cambridge University Press.

CROXTON, D. (1999) «The Peace of Westphalia of 1648 and the origins of sovereignty», *International History Review*, 21: 569-91.

CUMINGS, B. (1999) «Still the American Century», *Review of International Studies*, 25: 271-99.

CURTIS, L. (1983) *Nothing But the Same Old Story*, Londres, Information on Ireland.

DALBY, S. (1988) «Geopolitical discourse: the Soviet Union as other», *Alternatives*, 13: 415-42.

DALLEK, R. (1983) *The American Style of Foreign Policy: Cultural Politics and Foreign Affairs*, Nueva York, Mentor.

DARWIN, C. (1839) *Journal of Researches into the Geology and Natural History of the Various Countries Visited by the H.M.S. Beagle*, Londres, Henry Colburn [Trad. al castellano por J. Mateos: *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S. M. «Beagle»*, Madrid, Calpe, 1921].

DAVIDSON, B. (1992) *The Black Man's Burden: Africa and the Curse of the Nation-State*, Nueva York, Times Books.

DEIBEL, T. L. (1992) «Strategies before containment: patterns for the future», *International Security*, 16: 79-108.

DEPARTMENT OF DEFENSE (DoD) (1995) *1995 Annual Report*, Washington DC, US Government Printing Office.

DERLUGUIAN, G. M. y GREER, S. L. (eds.) (2000) *Questioning Geopolitics: Political Projects in a Changing World-System*, Westport (Connecticut), Greenwood Press.

DESAI, M. (2002) *Marx's Revenge: The Resurgence of Capitalism and the Death of Statist Socialism*, Londres, Verso.

DEUDNEY, D. (1995) «Nuclear weapons and the waning of the *real*-state», *Daedalus*, 124: 209-31.

— (1996) «Binding sovereigns: authorities, structures, and the geopolitics of the Philadelphian system», en T. Biersteker y C. Weber (eds.) *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2000) «Regrounding realism: anarchy, security, and changing material contexts», *Security Studies*, 10: 1-45.

DIJKINK, G. (1996) *National Identity and Geopolitical Visions: Maps of Pride and Pain*, Londres, Routledge.

DODD, N. (1995) «Money and the nation-state: contested boundaries of monetary sovereignty in geopolitics», *International Sociology*, 10: 139-54.

DUNCAN, J. (1993) «Sites of representation: place, time and the discourse of the other», en J. Duncan y D. Ley (eds.) *Place/Culture/Representation*, Londres, Routledge.

DURAND, M. F.; LÉVY, J., y RETAILLÉ, D. (1992) *Le Monde: espaces et systèmes*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

EAGLETON, T. (1991) *Ideology: An Introduction*, Londres, Verso [Trad. al castellano por J. Vigil: *Ideología: Una introducción*, Barcelona, Paidós, 1997].

ECO, U. (1999) *Serendipities: Language and Lunacy*, Nueva York, Columbia University Press.

Economist, The (2002) «Muslim opinion polls», 19 de Octubre: 43.

ELLIOTT, J. H. (1991) «The world after Columbus», *New York Review of Books*, 10 de Octubre: 10-14.

ESPOSITO, J. L. (1992) *The Islamic Threat. Myth or Reality*, Nueva York, Oxford University Press [Trad. al castellano por S. Masó: *El desafío islámico*, Madrid, Acento, 1996].

ESTEVO, G. (1992) «Development», en W. Sachs (ed.) *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*, Londres, Zed Books.

EZE, E. C. (ed.) (1997) *Race and the Enlightenment: A Reader*, Oxford, Blackwell.

FABIAN, J. (1983) *Time and Its Other: How Anthropology Makes Its Object*, Nueva York, Columbia University Press.

FAIRGRIEVE, J. (1932) *Geography of World Power*, Londres, University of London Press.

FERGUSON, Y. H., y MANSBACH, R. W. (1996) *Polities: Authority, Identities, and Change*, Columbia, University of South Carolina Press.

FERRERA, M. (1987) «*Il* mercato politico-assistenziale», en U. Ascoli y R. Catanzaro (eds.) *La società italiana degli anni ottanta*, Bari, Laterza.

FORGACS, D. (1990) *Italian Culture in the Industrial Era, 1880-1980: Cultural Industries, Politics and the Public*, Manchester, Manchester University Press.

FRANK, R. H., y COOK, P. J. (1995) *The Winner-Take-All Society*, Nueva York, Free Press.

FRIEDBERG, A. L. (1988) *The Weary Titan: Britain and the Experience of Relative Decline, 1895-1905*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

FRIEDRICH, P. (1989) «Language, ideology, and political economy», *American Anthropologist*, 91: 295-312.

GADDIS, J. L. (1982) *Strategies of Containment*, Nueva York, Oxford University Press.

— (1987) «Introduction: the evolution of containment», en T. L. Deibel y J. L. Gaddis (eds.) *Containing the Soviet Union*, Washington DC, Pergamon-Brassey's.

GERVASI, T. (1988) *Soviet Military Power: The Pentagon's Propaganda Document Annotated and Corrected*, Nueva York, Vintage.

GIDDENS, A. (1979) *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Londres, Macmillan.

GILMAN, S. L. (1992) «Plague in Germany, 1939/1989: cultural images of race, space, and disease», en A. Parker, M. Russo, D. Summer y P. Yaeger (eds) *Nationalism and Sexualities*, Londres, Routledge.

GILPIN, R. (1981) *War and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

GINSBORG, P. (1990) *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Londres, Penguin.

GOODY, J. (1996) *The East in the West*, Cambridge, Cambridge University Press.

GOPNIK, A. (1996) «The first Frenchman», *The New Yorker*, 7 de Octubre: 44-53.

GORBACHEV, M. S. (1987-88) «The reality and guarantees of a secure world», *Foreign Broadcast Information Service SOV* - 87 - 180, 17 de Septiembre de 1987.

GOWAN, P. (1999) *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for Global Dominance*, Londres, Verso.

— (2002) «A calculus of power», *New Left Review*, 16: 47-67.

GRAFTON, A. (1992) *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press of the Harvard University Press.

GRAMSCI, A. (1971) *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, Lawrence and Wishart [Trad. al castellano del original italiano por V. Gerratana: *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1999].

GRAY, A. (1993) *Ten Tales Tall and True*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich.

GREENBLATT, S. (1991) *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Chicago, University of Chicago Press.

GREGORY, D. (1994) *Geographical Imaginations*, Oxford, Blackwell.

GREGORY, R. (1978) «The domino theory», en A. De Conde (ed.) *Encyclopedia of American Foreign Policy*, Vol. 1, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

GRESS, D. (1998) *From Plato to NATO: The Idea of the West and Its Opponents*, Nueva York, Free Press.

GRUNBERG, I. (1990) «Exploring the "myth" of hegemonic stability», *International Organization*, 44: 431-77.

GUHA, R. (1989) «Dominance without hegemony and its historiography», *Subaltern Studies*, 6: 210-309.

GUPTA, A. y FERGUSON, J. (1992) «Beyond "culture": space, identity, and the politics of difference», *Cultural Anthropology*, 7: 6-23.

HALL, P. (ed.) (1989) *The Political Power of Economic Ideas: Keynesianism Across Nations*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

HANNAFORD, I. (1996) *Race: The History of an Idea in the West*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.

HARDT, M., y NEGRI, A. (2000) *Empire*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press [Trad. al castellano por Alcira Bixio: Imperio, Barcelona, Paidós, 2002].

HARLEY, J. B. (1989) «Deconstructing the map», *Cartographica*, 26: 1-20.

HARVEY, D. (1989) *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell [Trad. al castellano por Martha Eguía: *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1998].

HASLAM, J. (2002) *No Virtue Like Necessity: Realist Thought in International Relations since Machiavelli*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.

HAY, D. (1968) *The Age of the Renaissance*, Londres, Thames and Hudson [Trad. al castellano por M. Bofill: *La época del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1988].

HEARN, C. G. (2002) *Tracks in the Sea: Matthew Fontaine Maury and the Mapping of the Oceans*, Camden (Maine), International Marine/McGraw-Hill.

HEFFERNAN, M. (1998) *The Meaning of Europe: Geography and Geopolitics*, Londres, Edward Arnold.

HEGEL, G. W. F. (1821) [1967] *Philosophy of Right*, Oxford, Oxford University Press [Trad. al castellano por C. Díaz: *Filosofía del Derecho*, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1993].

HEGEL, G. W. F. (1931) *The Phenomenology of Mind* (2ª ed. inglesa), Nueva York, Humanities Press [Trad. al castellano por W. Roces: *Fenomenología del Espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981].

HEIDEGGER, M. (1959) *An Introduction to Metaphysics*, New Haven, Yale University Press [Trad. al castellano por P. A. Ackermann: *Introducción a la Metafísica*, Barcelona, Gedisa, 1992].

HELLEINER, E. (1994) *States and the Reemergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press.

— (1999) «Historicizing territorial currencies: monetary space and the nation-state in North America», *Political Geography*, 18: 309-39.

HELMS, M. W. (1988) *Ulysses' Sail. An Ethnographic Odyssey of Power, Knowledge, and Geographical Distance*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

HENRIKSON, A. (1991) «Mental maps», en M. J. Hogan y T. G. Patterson (eds.) *Explaining the History of American Foreign Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.

HIGONNET, M. R. (1994) «New cartographies, an introduction», en M. R. Higonnet y J. Templeton (eds.) *Reconfigured Spheres: Feminist Explorations of Literary Space*, Amherst: University of Massachusetts Press.

HOLZMAN, F. D. (1989) «Polities and guesswork: the CIA and DIA estimates of Soviet military spending», *International Security*, 13: 101-31.

HOLDAR, S. (1992) «The ideal state and the power of geography: the life and work of Rudolf Kjellén», *Political Geography, 11:* 307-23.

HUDSON, A. C. (1996) *Globalization, regulation and geography: the development of the Bahamas and the Cayman Islands as offshore financial centres.* Tesis Doctoral inédita, University of Cambridge.

HUNTINGTON, S. P. (1993) «The clash of civilizations?», *Foreign Affairs*, 72: 22-49. [Trad. al castellano: «El conflicto entre civilizaciones, próximo campo de batalla», *ABC Cultural*, 2 de Julio de 1993: 16-26].

IKENBERRY, G. J. (2002) «America's imperial ambitions», *Foreign Affairs*, 81: 44-60.

INAYATULLAH, N. (1997) «Theories of spontaneous disorder», *Review of International Political Economy*, 4: 319-48.

IVIE, R. L. (1984) «Speaking "common sense" about the Soviet threat: Reagan's rhetorical stance», *Western Journal of Speech Communication*,48: 39-50.

JACOBITTI, E. E. (1981) *Revolutionary Humanism and Historicism in Modern Italy*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.

JACOBS, J. M. (1996) *Edge of Empire: Postcolonialism and the* City, Londres, Routledge.

JACOBSON, D. (1996) *Rights across Borders: Immigration and the Decline of Citizenship*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

JAY, M. (1993) *Downcast Eyes: The Denigration of Vision in Twentieth Century French Thought*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

JULIUS, D. (1990) *Global Companies and Public Policy. The Growing Challenge of Foreign Direct Investment*, Nueva York, Council of Foreign Relations

KAHLER, M. (1992) «Multilateralism with small and large numbers», *International Organization*, 46: 681-708.

KEARNS, G. (1993) «Prologue: fin de siècle geopolitics: Mackinder, Hobson and theories of global closure», en P. J. Taylor (ed.) The *Political Geography of the Twentieth Century*, Londres, Belhaven Press.

KEMP, M. (1990) *The Science of Art: Optical Themes in Western Art from Brunelleschi to Seurat*, New Haven, Yale University Press.

KENNAN, G. [MR. X] (1947) «The sources of Soviet conduct», *Foreign Affairs*, 25: 566-82.

KENNEDY, P. (1987) *The Rise and the Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House. [Trad. al castellano por J. Ferrer: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Actualidad y Libros, 1992].

— (1995) «"Too serious a business", a reply to Professor Krugman», *Peace Economics, Peace Science and Public Policy*, 2: 16-22.

KEOHANE, R. O. (1984) *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

KERMODE, F. (1967) *The Sense of an Ending*, Nueva York, Oxford University Press [Trad. al castellano por L. Moreno de Sanz: *El sentido de un final: Estudios sobre la teoría de la ficción*, Barcelona, Gedisa, 1983].

KERN, S. (1983) *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge (Massachusets), Harvard University Press.

KLARE, M. (2002) «Hawks with their eyes on oil. United States: energy and strategy», *Le Monde Diplomatique* (edición en inglés), Noviembre: 1-2.

KLOTZ, A. (1995) «Norms reconstituting interests: global racial equality and US sanctions against South Africa», *International Organization*, 49: 451-78.

KNOX, P. L. y AGNEW, J. A. (1994) *The Geography of the World Economy* (2ª ed.), Londres, Edward Arnold.

KRISHNA, S. (1994) «Cartographic anxiety: mapping the body politic in India», *Alternatives*, 19: 507-21.

KRISTOF, L. (1968) «The Russian image of Russia», en C. A. Fisher (ed.) *Essays in Political Geography*, Londres, Methuen.

KRUEGER, A. (1992) «Global trading prospects for the developing countries», *The World Economy*, 15: 457-74.

KRUGMAN, P. (1995) «A reply», *Peace Economics, Peace Science and Public Policy*, 2: 26-30.

— (1996) *Pop Internationalism*, Cambridge (Massachussetts), MIT Press.

KUHL, S. (1994) *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism*, Nueva York, Oxford University Press.

KUNDERA, M. (1984) *The Unbearable Lightness of Being*, Nueva York, Harper and Row [Trad. al castellano por F. de Valenzuela: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona, Tusquets, 1993].

KUPPERMAN, K. O. (1995) «Introduction: the changing definition of America», en K. O. Kupperman (ed.) *America in European Consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill (North Carolina), University of North Carolina Press.

LANARO, S. (1989) *L'Italia nuova. Identitá e sviluppo, 1861-1988*, Turín, Einaudi.

LEMBO, R. (1988) «Il Mezzogiorno tra storia e antropologia», *Studi Storici*, 29: 1051-68.

LESTRINGANT, F. (1994) *Mapping the Renaissance World: The Geographical Imagination in the Age of Discovery*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

LEWIS, M., y WIGEN, K. (1997) *The Myth of Continents*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

LIEVEN, A. (2002) «The push for war», *London Review of Books*, 3 de Octubre: 8-11.

LUGARD, F. D. (1926) *The Dual Mandate in Tropical Africa*, Edinburgh, Oliver and Boyd.

LUKÁCS, G. (1971) *The Theory of the Novel*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press [Trad. al castellano por M. Sacristán: *Teoría de la novela*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999].

LUKE, T. W. (1996) «Governmentality and contragovernmentality: rethinking sovereignty and territoriality alter the Cold War», *Political Geography*, 15: 491-507.

— (2003) «Postmodem geopolitics: the case of the 9.11 terrorist attacks», en J. Agnew, K. Mitchell y G. Toal (eds.) *A Companion to Political Geography*, Oxford, Blackwell.

LUKES, S. (1975) *Power: A Radical View*, Londres, Macmillan [Trad. al castellano por J. Deike: *El poder: un enfoque radical*, Madrid, Siglo XXI, 1985].

MACK SMITH, D. (1994) *Mazzini*, New Haven, Yale University Press.

MACKINDER, H. J. (1904) «The geographical pivot of history», *Geographical Journal*, 13: 421-37 [Trad. al castellano: «El pivote geográfico de la historia», en A. B. Rattenbach, A. M. Uribe y otros: *Antología Geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar, 1985].

MCNAMARA, R. J. (1995) *In Retrospect: The Tragedy and Lessons of Vietnam*, Nueva York, Times Books.

MCNEILL, W. H. (1982) *The Pursuit of Power*, Chicago, University of Chicago Press.

MAHAN, A.T. (1965) *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, Londres, Methuen [ed. original 1890].

MAIER, C. J. (1979) *La rifondazione dell'Europa borghese: Francia, Germania e Italia nei decennio sucesivo alla prima guerra mondiale*, Bari, De Donato.

MANCHESTER, W. (1992) A *World Lit Only by Fire: The Medieval Mind and the Renaissance, Portrait of an Age*, Boston, Little Brown.

MANDROU, R. (1978) *From Humanism to Science, 1480-1700*, Londres, Penguin.

MANN, M. (1984) «The autonomous power of the state: its origins, mechanisms and results», *European Journal of Sociology*, 25: 185-213 [Trad. al castellano: «El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados», *Zona Abierta*, 1991, 57-58: 15-50].

MANTINO, A. (1953) *La formazione della filosofia politica di Benedetto Croce*, Bari, Laterza.

MANZONI, A. (1827) *I promessi sposi* [Trad. al ingles de Bruce Penman: *The Betrothed*, Londres, Penguin, 1972].

MASON, T. (1988) «Italy and modernization: a montage», *History Workshop*, 25/26: 127-47.

MASSEY, D. (1993) «Politics and space/time», *New Left Review*, Abril: 65-84.

MATTELART, A. (1996) *The Invention of Communication*, Minneapolis, University of Minnesota Press [Trad. al castellano por G. Multigner: *La invención de la comunicación*, Barcelona, Boch, 1995].

MEARSHEIMER, J. J. (2001) *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, Norton.

MELVIN, M. (1988) «The dollarization of Latin America as a market-enforced monetary reform: evidence and implications», *Economic Development and Cultural Change*, 36: 543-58.

MERTES, T. (2002) «Grass-roots globalism», *New Left Review*, 17: 101-10.

MITCHELL, T. L. (1839) *Three Expeditions into the Interior of Eastern Australia: with descriptions of the Recently Explored Regions of Australia Felix and of the Present Colony of New South Wales* (2ª ed.) 2 vols., Londres, T. W. Boone.

MONEY, J. (1997) «No vacancy: the political geography of immigration control in advanced industrial countries», *International Organization*, 51: 685-720.

MORLEY, D. (2000) *Home Territories: Media, Mobility and Identity*, Londres, Routledge.

MOSSE, G. L. (1980) *Masses and Man: Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*, Detroit (Michigan), Wayne State University Press.

NINKOVICH, F. (1994) *Modernity and Power: A History of the Domino Theory in the Twentieth Century*, Chicago, University of Chicago Press.

NORDHAUS, W. D. (2002) «Iraq: the economic consequences of war», *New York Review of Books*, 49, 5 de Diciembre: 9-12.

NORRIS, C. (1992) *Uncritical Theory: Postmodernism, Intellectuals, and the Gulf War*, Amherst (Massachusetts), University of Massachusetts Press [Trad. al castellano por M. Ta-

lens: *Teoría Acrítica: posmodernismo, intelectuales y la Guerra del Golfo*, Madrid, Cátedra, 1997].

NUSSBAUM, F. (1995) *Torrid Zones: Maternity, Sexuality, and Empire in Eighteenth-Century English Narratives*, Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.

NYE, J. (1990) «The changing nature of world power», *Political Science Quarterly*, 105: 177-92.

Ó TUATHAIL, G. (1992) «Putting Mackinder in his place: material transformation and myth», *Political Geography*, 1, 11: 100-18.

— (1993) «Japan as threat: geo-economic discourses on the US-Japan relationship in US civil society, 1987-1991», en C. H. Williams (ed.) *The Political Geography of the New World Order*, Londres, Belhaven Press.

— (1996) *Critical Geopolitics: The Politics of Writing Global Space*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

—, y AGNEW, J. A. (1992) «Geopolitics and discourse: practical geopolitical reasoning in American foreign policy», *Political Geography*, 11: 190-204.

OAKES, G. (1995) *The Imaginary War: Civil Defense and American Cold War Culture*, Nueva York, Oxford University Press.

O'BRIEN, R. (1992) *Global Financial Integration: The End of Geography*, Nueva York, Council on Foreign Relations Press.

O'LOUGHLIN, J., y GRANT, R. (1990) «The political geography of presidential speeches, 1946-1987», *Annals of the Association of American Geographers*, 50: 504-30.

PAGDEN, A. (1992) *European Encounters with the New World. From Renaissance to Romanticism*, New Haven, Yale University Press.

— (1994) *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500 - c. 1800*, New Haven. Yale University Press.

— (2001) *Peoples and Empires: Europeans and the Rest of the World from Antiquity to the Present*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.

PARSONS, T. (1951) *The Social System*, Nueva York, Free Press [Trad. al castellano por J. Jiménez Blanco y J. Cazorla Pérez: *El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial, 1999].

PERKINS, D. (1992) *Is Literary History Possible?*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

PIRON, S. (1996) «Monnaie et majesté royale dans la France du 14e siècle», *Annales (Histoires, Sciences Sociales)*, 51, 2: 325-54.

PLETSCH, C. E. (1981) «The Three Worlds, or the division of social scientific labor, circa 1950-1975», *Comparative Studies in Society and History*, 23: 565-90.

POLANYI, K. (1944) *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press.

PORTER, M. (1990) *The Competitive Advantage of Nations*, Londres, Macmillan [Trad. al castellano por R. Martín Aparicio: *La ventaja competitiva de las naciones*, Barcelona, Plaza y Janés, 1991].

PRATT, J. W. (1935) «The ideology of American expansion», en A. Craven (ed.) *Essays in Memory of William E. Dodd*, Chicago, University of Chicago Press.

PRATT, M. L. (1992) *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge.

PUTNAM, R. (1993) *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

RECORD, J. 2002 *Making War, Thinking History: Munich, Vietnam, and Presidential Uses of Force from Korea to Kosovo*, Washington DC, Naval Institute Press.

REICH, R. (1991) «The myth of "Made in the U.S.A."», *Wall Street Journal,* 5 de Julio: A6.
— (1996) *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*, Nueva York, Knopf.
RENAN, E. (1992) [1882] «Qu'est-ce qu'une nation?», en *Discours et conferences, Oeuvres completes,* vol. I, Paris, Pocket [Trad. al castellano por R. Fernández-Carvajal: *¿Qué es una nación?*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983].
RINGMAAR, E. (1996) «On the ontological status of the state», *European Journal of International Relations,* 2: 439-66.
ROBERTS, D. (2001) *Great Exploration Hoaxes*, Nueva York, Modem Library.
ROSECRANCE, R. (1996) «The virtual state», *Foreign Affairs,* 75: 584-604.
ROSENAU, J. N. (1990) *Turbulence in World Politics: A Theory of Change and Continuity*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.
ROSENBERG, E. S. (1982) *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, Nueva York, Hill and Wang.
ROSTOW, W. (1960) *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Nueva York, Cambridge University Press [Trad. al castellano por R. Pimentel: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista,* México, Fondo de Cultura Económica, 1970].
ROTSTEIN, A. y DUNCAN, C. (1991) «For a second economy», en D. Drache y M. Gertier (eds.) *The New Era of Global Competition*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
RUGGIE, J. G. (1993) «Territoriality and beyond: problematizing rnodernity in international relations», *International Organization,* 47: 139-74.
RYAN, M. T. (1981) «Assimilating New Worlds in the sixteenth and seventeenth centuries», *Comparative Studies in Society and History,* 23: 519-38.
RYAN, S. (1996*) The Cartographic Eye: How Explorers Saw Australia*, Cambridge, Cambridge University Press.
SADER, E. (2002) «Beyond civil society: the Left after Porto Alegre», *New Left Review,* 17: 87-99.
SAID, E. W. (1978) *Orientalism: Western Conceptions of the Orient*, Nueva York, Vintage [Trad. al castellano por M. L. Fuentes: *Orientalismo*, Madrid, Prodhufi, 1990].
SANDERS, J. W. (1983) *Peddlers of Crisis: The Committee on the Present Danger*, Boston, South End Press.
SANDHOLTZ, W. (1993) «Choosing union: monetary politics and Maastricht», *International Organization,* 47: 1-39.
SARTORI, G. (1966) *Stato e politica nel pensiero di Benedetto Croce*, Napoles, Morano.
SCHMITTER, P. (1971) «Still the century of corporatism?», *Review of Politics,* 36: 85-131.
SCHWOEBEL, R. (1967) *The Shadow of the Crescent: The Renaissance Image of the Turk (1453-1517)*, Nieukoop, De Graaf.
SCOTT, A. J. (1996) «Regional motors of the global economy», *Futures,* 28: 391-411.
SCOTT, J. T. y SULLIVAN, Y. B. (1994) «Patricide and the plot of *The Prince:* Cesare Borgia and Machiavelli's Italy», *American Political Science Review,* 8-8: 887-900.
SHAPIRO, M. J. (1989) «Representing world polities: the sport/war intertext», en J. Der Derian y M. J. Shapiro (eds.) *International / Intertextual Relations*, Lexington (Massachuserts), Lexington Books.

— (1995) «The ethics of encounter: unreading/unmapping the Imperium». Ponencia presentada en el Congreso Anual de la *International Studies Association*, Chicago, Febrero.

SHARP, J. P. (1993) «Publishing American identity: popular geopolitics, myth and the *Reader's Digest*», *Political Geography*, 12: 491-503.

— (1996) «Hegemony, popular culture and geopolitics: the *Reader's Digest* and the construction of danger», *Political Geography*, 15: 557-70.

— (2000) *Condensing Communism:* «Reader's Digest» *and American Identity*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

SIGNORELLI, A. (1986) «Review of *La nostra Italia*», *L'Indice*, 8: 46.

SIMPSON, D. (1993) *Romanticism, Nationalism and the Revolt Against Theory*, Chicago, University of Chicago Press.

— (1996) *The Academic Postmodern and the Rule of Literature: A Report on Half-Knowledge*, Chicago, University of Chicago Press.

SLATER, J. (1987) «Dominos in Central America: will they fall? Does it matter?», *International Security*, 12: 105-34.

SMITH, A. D. (1991) *National Identity*, Londres, Penguin [Trad. al castellano por A. Despujol: *La identidad nacional*, Madrid, Trama, 1997].

SMITH, G. (1994) *The Last Years of the Monroe Doctrine, 1945-1993*, Nueva York, Hill and Wang.

SMITH, W. D. (1980) «Friedrich Ratzel and the origins of Lebensraum», *German Studies Review*, 3: 51-68.

— (1986) *The Ideological Origins of Nazi Imperialism*, Nueva York, Oxford University Press.

SOJA, E. (1989) *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Social Theory*, Londres, Verso.

SOLOMON, R. C. (1993) *The Bully Culture: Enlightenment, Romanticism, and the Transcendental Pretense*, Lanham (Maryland), Littlefield Adams.

SOROS, G. (1998-99) «Capitalism's last chance?», *Foreign Policy*, 113: 66.

SPANOS, W. V. (2000) *America's Shadow: An Anatomy of Empire*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

SPENGLER, O. (1926) *The Decline of the West*, Nueva York, Knopf [Trad. al castellano por Manuel G. Morente: *La decadencia de Occidente : bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1923-1927, 4 vols.].

SPRINGBORG, P. (1992) *Western Republicanism and the Oriental Prince*, Cambridge, Polity Press.

SPRUYT, H. (1994) *The Sovereign State and Its Competitors: An Analysis of Systems Change*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press.

SPURR, D. (1993) *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham (North Carolina), Duke University Press.

STEPHANSON, A. (1995) *Manifest Destiny: American Expansion and the Empire of Right*, Nueva York, Hill and Wang.

STOKES, E. (1959) The *English Utilitarians and India*, Londres, Oxford University Press.

TAYLOR, P. J. (ed.) (1993) *The Political Geography of the Twentieth Century*, Londres, Belhaven Press.

TESCHKE, B. (2002) «Theorizing the Westphalian system of states: international relations from absolutism to capitalism», *European Journal of International Relations*, 8: 5-48.

THOMPSON, J. A. (1992) «The exaggeration of American vulnerability: the anatomy of a tradition», *Diplomatic History, 16:* 23- 43.

TILEY, R. (2001) *Australian Navigators: Picking Up Shells and Catching Butterflies in an Age of Revolution*, Sydney, Kangaroo Press.

TIPPS, D. (1973) «Modernization theory and the comparative study of societies: a critical perspective», *Comparative Studies in Society and History, 15:* 199-226.

TOLAN, S. (2002) «Beyond regime change. The administration doesn't simply want to oust Saddam Hussein. It wants to redraw the map of the Middle East», *Los Angeles Times*, 1 de Diciembre: M1-6.

TOULMIN, S. (1990*) Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*, Chicago, University of Chicago Press.

TULLIO-ALTAN, C. (1986) *La nostra Italia. Arretratezza socioculturale, clientelismo, trasfomismo e ribellismo dall' Unità ad oggi*, Milán, Feltrinelli.

VAN CREVELD, M. (1993) *On Future War*, Oxford, Blackwell.

VEYNE, P. (1990) *Bread and Circuses: Historical Sociology and Political Pluralism*, Londres, Alien Lane.

VIRILIO, P. (1994) *The Vision Machine*, Bloomington (Indiana), Indiana University Press [Trad. al castellano por M. Antolín Rato: *La máquina de vision*, Madrid, Cátedra, 1989].

WADE, R. (1998-99) «The fight over capital flows», *Foreign Policy*, 113: 41-54.

WALKER, R. B. J. (1993) *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.

WALLERSTEIN, I. (1991) *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Cambridge, Polity Press.

WALTZ, K. E. (1979) *Theory of International Politics*, Nueva York, Random House.

WEBER, M. (1978) *Economy and Society*, vol. 1 (eds. G. Roth and C. Wittich), Berkeley y Los Angeles, University of California Press. [Trad. al castellano del original alemán por J.M. Echeverría, J. Roura Parella, E. García Máynez, E. Ímaz y J. Ferrater Mora: *Economía y Sociedad: esbozo de una sociología comprensiva*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1964, 2 vols.].

WELDES, J. (1996) «Constructing national interests», *European Journal of International Relations*, 2: 275-318.

WHITFIELD, P. (1998) *New Found Lands: Maps in the History of Exploration*, Nueva York, Routledge.

WILLS, G. (1992). *Lincoln at Gettysburg: The Words that Remade America*, Nueva York, Simon and Schuster.

WOLF, E. R. (1982) *Europe and the People Without History*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press [Trad. al castellano por A. Bárcenas: *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994]

WOLFF, L. (1994) *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization in the Mind of the Enlightenment*, Stanford (California): Stanford University Press.

WOLIN, S. (1985) «Postmodern society and the absence of myth», *Social Research*, 52: 217-39.

WOLTER, J. A., y GRIM, R. E. (eds.) (1996) *Images of the World: The Atlas Through History*, Nueva York, McGraw-Hill/Library of Congress.

YAHIL, L. (1990) *The Holocaust: The Fate of European Jewry*, Nueva York, Oxford University Press.

ZACHER, M. (1992) «The decaying pillars of the Westphalian temple: implications for international order and governance», en J. N. Rosenau y E.-N. Czempiel (eds.) *Governance Without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.

ZERUBAVEL, E. (1992) *Terra Cognita: The Mental Discovery ofAmerica*, New Brunswick (New Jersey), Rutgers University Press.